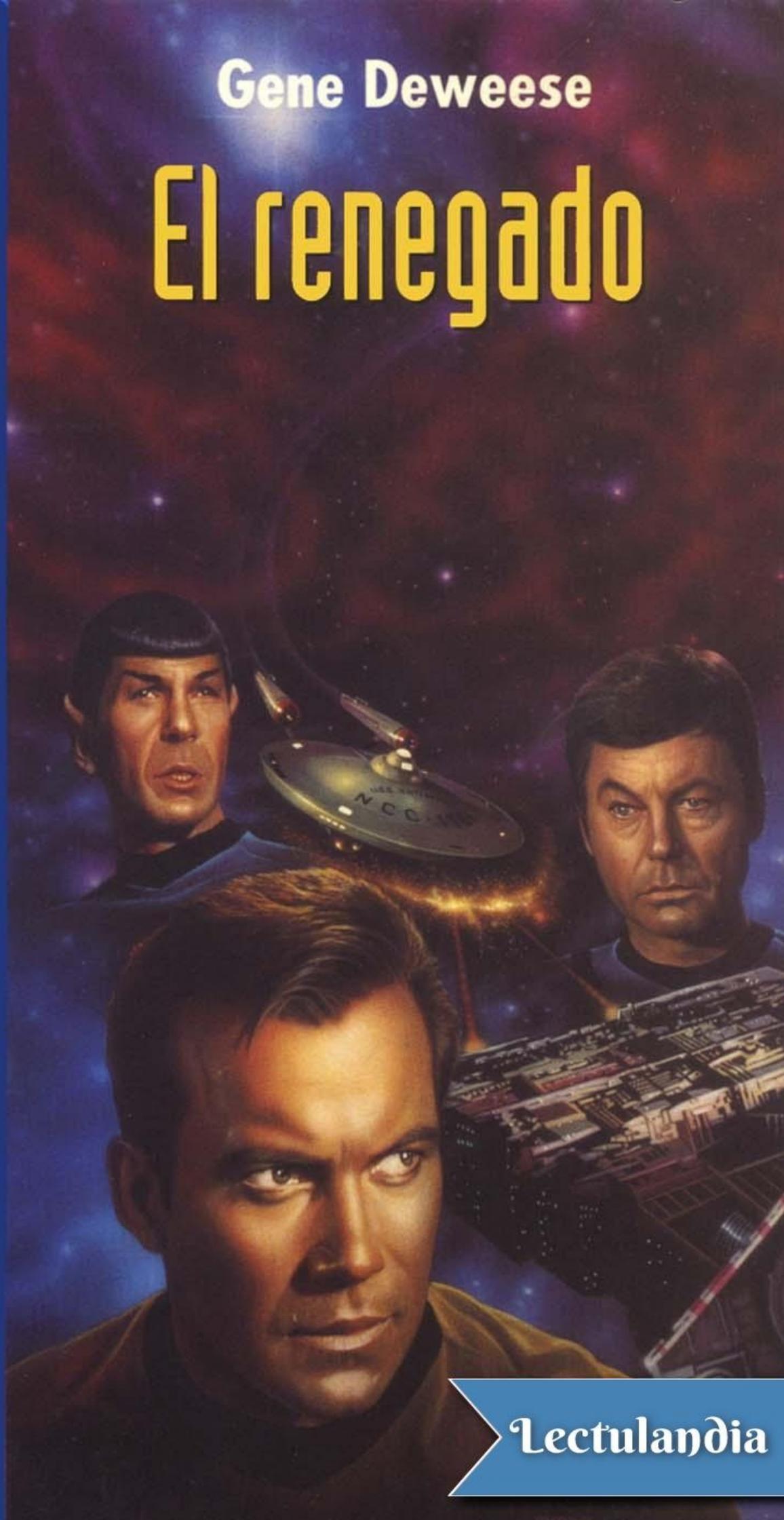




Gene Deweese

El renegado

STAR TREK



Lectulandia

A la *Enterprise* se le ha encomendado la misión de mediar entre Chyrellka y su colonia Vancania, que ha iniciado una lucha de liberación justo antes de que le fuera concedida la independencia. Y si extraño le parece a Kirk el comportamiento del primer ministro de Chyrellka cuando éste sube a bordo de la nave de la Federación, más extraño les parece a Spock y McCoy, enviados al planeta rebelde, el comportamiento de Delkondros, el dirigente independentista. Porque en realidad, los problemas son más amenazadores, y en ellos tienen mucho que ver los klingon... y un fantasma del pasado, un renegado terrestre.

Lectulandia

Gene Deweese

El renegado

Star Trek - 12

ePUB v.1.0

Huygens 20.04.12

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Hargemon —había utilizado el nombre durante tanto tiempo que ya no pensaba en sí mismo con otro— levantó los ojos hacia su comandante y se echó a reír; el sonido reverberó en la atestada y espartana sala de la computadora.

—¡Así que después de todo, será la *Enterprise*, con el gran capitán James Tiberius Kirk sentado sobre el volcán! —El adjetivo aplicado al capitán destilaba sarcasmo.

El comandante sonrió.

—Cosas del azar. Supuse que le agradecería saberlo.

—No podríamos haber deseado un capitán de nave estelar mejor que él. ¡Le gusta tanto ser puesto de ejemplo para los demás!

—Usted necesitará cambiar de aspecto, naturalmente, aunque sólo sea como precaución.

—Eso habría sido necesario fuera la nave que fuese. Todos los oficiales de la flota estelar se enorgullecen de su buena memoria... entre otros rasgos inútiles. Pero, dadas las circunstancias, necesitaré muy poco más de lo que la naturaleza ya me ha proporcionado. —Sonrió mientras se pasaba los dedos por la tupida pero cuidadosamente recortada barba gris rojizo.

—Seré yo quien decida lo que va a necesitar y lo que no —replicó el comandante mientras la sonrisa desaparecía abruptamente de su rostro—. No permitiré que se tomen medidas a medias, al menos en este caso. Hay demasiadas cosas en juego. Un número excesivo de personas han trabajado con un ahínco sin límites para que pueda permitir que una sola ponga en peligro ese trabajo por simple descuido; o —agregó mientras entrecerraba los ojos a modo de advertencia— a causa de su ego o cualquier objetivo personal que ese hombre pueda considerar digno de conseguir.

—¡No se preocupe —le espetó Hargemon—, que yo soy tan consciente como usted de la importancia de nuestros objetivos comunes! —Abarcó con un movimiento de una mano los equipos que atestaban el diminuto laboratorio—. ¡No olvide que soy yo quien ha invertido miles de horas en estos primitivos aparatos que ustedes llaman computadoras! También sé perfectamente que sin mí...

—Sin usted, mis objetivos no podrán ser alcanzados. Sí, soy plenamente consciente de lo importante que es su talento para esta empresa. Después de todo, fui yo quien le encontró y le reclutó. Pero, si fracasa, me veré obligado a reconsiderar mi primera valoración. Simplemente, recuerde esto: yo tendré una segunda oportunidad. Usted no la tendrá. Ahora, vaya a prepararse. Inspeccionaré los resultados cuando esté listo.

—No necesito...

—Inspeccionaré los resultados cuando esté listo —repitió el comandante con voz

glacial mientras se volvía de espaldas a Hargemon y traspasaba la lisa puerta metálica que era la única salida de la sala.

«¡Maldito bastardo santurrón! —pensó Hargemon echando humo—. ¡Se vuelve tan tirano como Kirk!» Pero no dijo nada en voz alta. Se limitó a mirar con ferocidad hacia la puerta, hasta que ésta acabó de cerrarse con un chasquido. Mientras se volvía nuevamente hacia la terminal, respiró profundamente para calmarse. Una vez que se hubiera ocupado de Kirk, habría tiempo más que de sobras para el «comandante» y el resto... enormes cantidades de tiempo y múltiples oportunidades.

1

DIARIO DEL CAPITÁN, SUPLEMENTO:

Vamos de camino hacia el planeta Chyrellka para hacer, según lo expresaría el doctor McCoy, de bomberos.

Establecimos el primer contacto con los chyrellkanos hace diez años. Ellos declinaron el ingreso en la Federación, pero tras aquel encuentro inicial, el capitán Brittany Méndez, de la Exeter, señaló que Chyrellka y su colonia de Vancadia nos proporcionaban un ejemplo perfecto de cómo establecer y administrar pacíficamente una colonia.

A diferencia de las civilizaciones tecnológicas emergentes, Chyrellka ya había establecido un gobierno mundial eficaz antes de abandonar su propia atmósfera; y cuando sus sondas les informaron que Vancadia tenía una biosfera casi idéntica a la de su propio planeta, excepción hecha de la total ausencia de formas de vida más avanzadas que los primates arborícolas, se dispusieron a instalar una colonia con una lógica y una determinación vulcanianas.

Al carecer de motores de tecnología de impulso, los primeros viajes a Vancadia eran sin retorno. Las lanzaderas los ponían en órbita en torno a Chyrellka, donde eran transferidos a naves interplanetarias construidas en el espacio. Luego, al llegar a Vancadia, abandonaban la órbita en naves de descenso sin posibilidad de retorno. Pasaron casi cuarenta años antes que los colonizadores estuvieran en condiciones de fabricar impulsores que les permitieran regresar a la órbita.

Desde el principio, los chyrellkanos habían planeado conceder la independencia a los colonizadores de Vancadia, una vez que hubiesen alcanzado la total autosuficiencia. Hace una década, el capitán Méndez observó que, puesto que la población de Vancadia contaba con cerca de ocho millones de miembros, la autosuficiencia parecía estar a pocos años de distancia.

Y ahora, sin embargo, la Federación ha recibido una urgente solicitud de ayuda para que haga de mediadora en lo que el mensaje de Chyrellka describía como «una creciente disputa virulenta entre Chyrellka y su colonia rebelde».

Con la pálida piel realzada por un cabello negro azabache de rizos apretados y una barba igualmente negra y primorosamente recortada, el rostro del líder de Chyrellka parecía gigantesco en la pantalla principal del puente de la *Enterprise*. Detrás de él podían verse otras caras desenfocadas.

—Bienvenidos al espacio de Chyrellka —saludó el líder—. Yo soy Kaulidren. Mi pueblo y yo apreciamos la prontitud con que su Federación ha respondido a nuestra

solicitud de ayuda.

—Gracias, Kaulidren —le respondió Kirk—. Primer ministro Kaulidren, ¿no es así?

La cabeza se inclinó en un movimiento de asentimiento casi imperceptible.

—Y usted es el capitán James Kirk, comandante de la *USS Enterprise*. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, primer ministro. Entraremos en órbita dentro de unos minutos, y estaremos preparados para transferirles a bordo a usted y su delegación en cuanto la *Enterprise* iguale la órbita con la de su nave.

—Es usted muy amable, capitán —le contestó Kaulidren mientras levantaba una mano con la palma orientada hacia afuera—, pero no, gracias. Considérelo superstición, si le place, pero me resulta inquietante la perspectiva de que los átomos que me componen sean prácticamente separados y transmitidos sin protección alguna a través del espacio para esperar que puedan volver a encajar los unos con los otros en su sala de transporte.

—Yo no lo consideraría en lo más mínimo una cuestión de supersticiones, primer ministro —replicó Kirk mientras reprimía una sonrisa al observar que el doctor McCoy, por suerte fuera del campo visual de su interlocutor, hacía una mueca para expresar su acuerdo con Kaulidren—. Le aseguro, sin embargo, que el transportador es perfectamente seguro. Pero, si lo prefiere...

—Sí, lo prefiero, capitán, especialmente dado que, según tengo entendido, su nave es totalmente capaz de recibir en su interior a la mía. Confío en que no me hayan informado mal.

—Ni en lo más mínimo, primer ministro. Su nave es un poco más grande que nuestra lanzadera, pero la cubierta del hangar la alojará sin ningún problema. Nuestro rayo tractor de aterrizaje podría realizar la maniobra...

—Preferiría hacer entrar mi nave por sus propios medios, si fuera posible.

Kirk se contuvo para no fruncir el ceño.

—Es posible, sí, pero, según tengo entendido, su nave está impulsada por cohetes propulsores convencionales. Sería peligroso utilizarlos en cualquier área cerrada, aunque se tratase de una tan grande como la cubierta del hangar.

—Mi nave está equipada con reactores de maniobra... los cuales le aseguro que no entrañan peligro alguno... y son perfectamente adecuados para las maniobras de atraque en el espacio.

—En una gravedad cero, sí, primer ministro, pero en la cubierta del hangar, así como en todas las zonas de la *Enterprise*, se mantiene constantemente una gravedad de 1-g.

Kaulidren guardó silencio durante un momento.

—Gravedad artificial —comentó finalmente—. Lo había olvidado. Pero, ¿no es

posible retirar temporalmente la gravedad en un área aislada?

—Sería más fácil emplear los rayos tractores de aterrizaje.

«O el sistema del transportador», pensó Kirk.

—Pero, ¿es posible hacerlo sin causar graves problemas a su nave?

—Es posible, sí.

«No tiene sentido discutir —pensó Kirk—. Ahorra las energías para cosas de importancia, como conseguir que el primer ministro y el representante de la oposición entre los colonizadores comiencen a mantener conversaciones.»

—Tomaré las medidas necesarias para ello.

—Gracias, capitán. Estoy ansioso por encontrarme personalmente con usted para tratar nuestros problemas.

Abruptamente, la pantalla se apagó.

—Han cortado la transmisión, señor —informó la teniente Uhura antes de que le preguntaran—. ¿Quiere que intente establecer contacto otra vez?

—Por el momento, no, teniente. Señor Sulu, ¿cuánto falta para el encuentro?

—Menos de cinco minutos, capitán.

Kirk pulsó uno de los botones que tenía en los brazos del asiento de mando.

—¿Señor Scott? ¿Nos ha oído?

—Sí, capitán. No puedo decir que lo apruebe, pero lo he oído.

—Estoy de su parte, Scotty, pero contentemos al primer ministro en las pequeñas cosas. A menos que haya equivocado mucho mis cálculos, tendremos más que suficientes de las grandes cuando comencemos.

—Sí, capitán, ya sé a qué se refiere. La cubierta del hangar estará a gravedad cero cuando se abran las compuertas. Confío en que advertirá usted a todo el personal implicado. Dos de mis muchachos están en el muelle de la lanzadera, comprueban...

—Le dejaré a usted ese honor, señor Scott —le interrumpió Kirk mientras se ponía de pie y se encaminaba hacia el turboascensor—. ¿Señor Spock, doctor McCoy? Por el tono del primer ministro, espera que le reciban a bordo nada menos que los oficiales de mayor graduación.

Diez minutos más tarde, los tres se hallaban en la galería de observación posterior, en lo alto de la cubierta del hangar —Scotty había conseguido mantener una gravedad normal en el tercio posterior de la cubierta—, mientras la nave de Chyrellka se deslizaba lentamente a través de las compuertas del hangar. Guiada por pequeños impulsos de los reactores de maniobras, la nave que entraba le recordó a Kirk nada menos que a una pulida versión más pequeña de las primeras lanzaderas espaciales de los Estados Unidos, que aún se conservaban limpias y brillantes en el museo de Astronáutica. Incluso la insignia, siete estrellas de siete puntas sobre un fondo a rayas diagonales rojas y verdes, no era demasiado diferente a la de aquellas históricas naves terrestres.

Cuando se aquietó el campo atmosférico contaminado que rielaba levemente, las compuertas comenzaron a cerrarse.

Pero la nave continuó su avance; el piloto no veía o ignoraba la señal de aterrizaje que estaba pintada sobre la cubierta.

—¿Qué demonios hace? —masculló McCoy mientras la nave se deslizaba por entre las torres de control de operaciones de la cubierta, en dirección al ascensor de las lanzaderas—. Si se mete ahí detrás, donde todavía hay gravedad...

—No se preocupe, Bones —le respondió Kirk mientras miraba rápidamente a los dos alféreces que se encontraban junto a los controles del rayo tractor de aterrizaje—. Estamos preparados por si sucede algo así.

Pero no ocurrió... no del todo. Segundos antes que Kirk decidiera que era el momento de hacerles una señal a los alféreces para que se hicieran cargo del aterrizaje, los reactores frontales despertaron finalmente a la vida y anularon el movimiento de avance.

Sin embargo la nave todavía se movía, según advirtió Kirk al cabo de un instante, aunque ahora lo hacía lateralmente. Frunció el ceño y comenzó una vez más a hacerles la señal a los alféreces, pero, antes que pudiera concluir el gesto, una última serie de impulsos detuvo completamente la nave, con una de las alas de afilada punta casi tocando la pared situada bajo el pasillo que llevaba a la galería de observación frontal. Con leves golpecitos y algunos crujidos, posó sobre la cubierta el tren de aterrizaje que acababa de asomar, sus llantas se hincharon ligeramente cuando Scotty restableció la gravedad un instante después que se posara.

En el momento en que Kirk y los otros comenzaron a bajar por la escala que llevaba desde la galería a la cubierta del hangar, una de las puertas de la nave se retiró hacia el interior y se deslizó suavemente a un lado. Por la abertura descendió una escalerilla y Kaulidren salió del oscuro interior. Ataviado con un uniforme de color gris oscuro, no completamente militar, permaneció de pie y observó en silencio a los tres oficiales que se le acercaban. Cuando llegaron a su posición, descendió rápidamente los escalones; evitó de manera inequívoca cogerse a la barandilla, como si quisiera demostrar que no le había afectado el cambio abrupto de gravedad cero a 1-g. Los cuatro hombres perfectamente afeitados que salieron tras él, vestidos con uniformes similares, pero de color más claro, no se adaptaron tan rápidamente y se aferraron a la barandilla hasta acabar de descender. Uno de ellos, que llevaba en la mano una caja metálica parecida a un maletín con lo que semejaba ser una anticuada cerradura electrónica, casi perdió pie en el primer escalón.

—Bienvenido a bordo de la *Enterprise*, primer ministro Kaulidren —declaró Kirk, quien inclinó ligeramente la cabeza en una especie de breve reverencia que, según sus informes, era la forma correcta de saludar. Kaulidren, sin embargo, en lugar de devolverle la reverencia, dio un paso al frente y le tendió la mano derecha.

—Estamos en una nave de la Federación —declaró sin rodeos—. Observaremos las costumbres de la Federación.

«Es costumbre de la Federación emplear los transportadores», pensó Kirk, pero mantuvo la sonrisa en los labios al estrechar la mano del primer ministro. El apretón, según descubrió, era tan firme y denotaba tanta práctica como el de cualquier almirante. Los otros cuatro ofrecieron debidamente sus manos cuando Kaulidren les presentó colectiva y anónimamente como sus «consejeros», pero la forma de estrechar las manos era poco acogedora e incluso incómoda.

—Mi primer oficial, el comandante Spock —anunció Kirk cuando el último de los cuatro hubo retrocedido para flanquear a Kaulidren—, y mi oficial médico jefe, el teniente comandante Leonard McCoy.

Kaulidren le dio la mano a cada uno por turno, pero luego volvió a mirar a Spock.

—Es usted vulcaniano, si no me equivoco, comandante.

—Está usted en lo cierto, primer ministro —replicó Spock.

—Eso es bueno —comentó Kaulidren, asintiendo con la cabeza—. Tengo entendido que los vulcanianos son famosos por su lógica y su imparcialidad.

—Lo son —intervino Kirk, que hizo caso omiso del fruncimiento de perplejidad que comenzaba a formarse en el entrecejo de McCoy—. Está usted notablemente bien informado, primer ministro.

—Aunque hayamos preferido mantenernos independientes de la Federación, hemos intentado asimilar cualquier información que ustedes han querido compartir con nosotros. En cualquier caso, me siento animado por la presencia del comandante Spock. Esas cualidades de lógica e imparcialidad serán muy necesarias si queremos resolver nuestros problemas actuales.

—Por supuesto, prestaré mi asistencia para cualquier cosa que me sea posible, primer ministro —le aseguró Spock. —Eso no hace falta decirlo —replicó Kaulidren, y volvió a mirar a Kirk—. Ahora bien, me han dicho que las computadoras de ustedes, duotrónicas, creo que se llaman, son capaces de recibir la información de nuestros sistemas comparativamente primitivos.

—Con toda probabilidad, sí —le contestó Kirk—. Las duotrónicas, como seguramente sabrá, son notablemente versátiles.

—Sí —asintió Kaulidren mientras recorría la cubierta del hangar con la mirada—. Según tengo entendido, controlan literalmente la totalidad de esta nave.

—Supervisadas por la tripulación —aclaró McCoy.

—Por supuesto. Después de todo, las computadoras son meras máquinas, por complejas que sean. Requieren la constante supervisión humana. Al menos eso pasa con las nuestras, y supongo que todavía es el caso de las suyas.

—Ya lo creo que sí —respondió McCoy con un tono lo bastante enfático como para que una de las cejas de Spock se alzara ligeramente y Kirk le echase una mirada

de soslayo.

—Muy bien —comentó Kaulidren mientras señalaba el maletín que aún tenía en la mano uno de sus consejeros—. He traído registros que documentan una pequeña parte de las atrocidades que han cometido los terroristas rebeldes. Espero que la computadora de ustedes sea capaz de verificar su autenticidad.

—Será capaz de verificar que los acontecimientos registrados sucedieron efectivamente, que no son imágenes creadas por computadora —contestó Spock—, pero eso es todo. En cuanto a la identidad y afiliación de los implicados, no es posible hacer ninguna confirmación. En asuntos de esa índole, tendremos que apoyarnos únicamente en sus palabras, primer ministro.

—¿Sugiere usted...? —comenzó a preguntar Kaulidren con el ceño fruncido.

—No sugiero nada, primer ministro. Simplemente constato un hecho.

El fruncimiento desapareció tan rápidamente como se había formado.

—Por supuesto. Acepte mis disculpas, comandante Spock. Me temo que mis tratos con los rebeldes, algunos de los cuales consideré amigos personales en otra época, me han predispuesto a la desconfianza. Sólo les pido que vean los documentos que he traído y escuchen lo que tengo que decirles.

Tras respirar profundamente, Kaulidren se volvió a mirar su nave por encima del hombro. Un sexto hombre —éste algunos centímetros más alto que Kaulidren y todos los demás, que llevaba un uniforme de tono más oscuro y una pistola extraña colgada del cinturón— había surgido de la nave y estaba de pie, firme, en lo alto de la escalerilla, justo ante la puerta que se cerraba en aquel momento.

—Espero que no se sienta ofendido, capitán, si uno de mis hombres se queda de guardia mientras estamos lejos de nuestra nave.

—Por supuesto que no —le respondió Kirk mientras reprimía el fruncimiento que luchaba por formarse en su entrecejo—, pero le aseguro que no es necesario.

—Lo comprendo. Sin embargo, por irracional que pueda ser, me sentiré más cómodo si permanece allí.

—Como usted quiera, primer ministro. Ahora, si tiene la amabilidad de seguirnos, nos pondremos a trabajar.

«Para lo que servirá —pensó escépticamente Kirk mientras abría la marcha en dirección a los turboascensores—, si no confía en nosotros un poco más de lo que ha demostrado hasta ahora.»

Minutos más tarde se encontraban sentados en torno a la mesa de la sala de conferencias. Y Spock insertaba en la computadora las cintas de datos proporcionadas por Kaulidren. Las luces del panel parpadearon cuando la computadora comenzó a analizar los aparatos de Chyrellka y adaptó sus propios circuitos de entrada para leer los datos.

—Según tengo entendido, primer ministro —comentó Kirk en tanto esperaban

que se encendiera la pantalla aún en blanco—, Vancadia iba a recibir la independencia dentro de dos años, en el centésimo aniversario del primer aterrizaje por parte de los chyrellkanos.

Kaulidren profirió un bufido.

—Perfectamente cierto. Pero no se contentaron con esperar.

—Sin embargo, según los datos que obran en poder de la Flota Estelar, no había señal alguna de conflicto cuando contactamos con ustedes por primera vez. En cualquier caso, ninguna que nuestros representantes pudieran detectar.

—Es que no había ningún conflicto... entonces.

—No obstante, ahora es obvio que sí los hay. ¿Qué sucedió en ese período de tiempo, primer ministro? ¿Cómo se deterioraron tan rápidamente las relaciones entre ambos mundos?

Kaulidren hizo un gesto brusco hacia la ranura en la que Spock había insertado la cinta de datos.

—Está todo ahí... el terrorismo, los asesinatos, la destrucción.

—Comprendo —insistió Kirk—, pero, ¿explica cómo comenzó todo? ¿Por qué comenzó? Deben existir algunas razones y, si queremos servirle de algo, necesitamos averiguar cuáles son.

Kaulidren frunció levemente el ceño y luego se encogió de hombros.

—Si habla usted con los «rebeldes», quizá ellos puedan explicárselo. Para mí constituye el más absoluto de los misterios. Como usted dice, Vancadia debía obtener su independencia dentro de dos años. Sin embargo, hace tres, aparentemente, decidieron que la necesitaban de inmediato. Su interlocutor era un exaltado que se llama Delkondros.

—¿Dieron alguna explicación para esa repentina... impaciencia?

Kaulidren se encogió de hombros.

—Sólo puedo suponer que se cansaron de esperar. O que Delkondros les metió en la cabeza que no había ninguna necesidad de esperar. Él no era más que uno de los veinte miembros del consejo en aquella época, pero es un hombre muy ambicioso —agregó con una mueca—. O, para concederle el beneficio de la duda, digamos que es muy optimista. En cualquier caso, a las pocas semanas de convertirse en presidente del consejo comenzó a hacer sonar los tambores de la independencia inmediata y a proferir ultrajantes acusaciones contra nuestros administradores coloniales. Luego se inclinó abiertamente por la violencia, por más que varios de los más razonables miembros del consejo la repudiaron. No había forma de razonar con él y al final no nos quedó otra alternativa que declararles proscritos a él y a los miembros del consejo que permanecieron a su lado. Pasaron a la clandestinidad, y desde entonces han dirigido una campaña terrorista contra nosotros.

Kaulidren se interrumpió y echó una mirada de impaciencia hacia Spock y la

computadora.

—Los datos están siendo procesados, capitán —comentó Spock—. Parecen genuinos.

Kaulidren profirió un bufido.

—¡Por supuesto que son genuinos! ¿Cree que somos tan estúpidos para tratar de engañar a una computadora de nave estelar? Veamos, ¿puede sacar la grabación en la pantalla?

Spock hizo girar la pantalla de manera que pudiesen verla los que estaban sentados a la mesa. En ella aparecía una imagen congelada: era el interior de una habitación pequeña que tenía un escritorio atestado de papeles, un par de sillas de madera y varios archivadores anticuados. Aparentemente, la cámara había sido montada en lo alto de una pared. Sentado ante el escritorio, con la espalda vuelta hacia una ventana, había un hombre de pelo entrecano vestido con una blusa y pantalones oscuros de corte holgado. Uno más joven, ataviado con ropas más claras, se encontraba de pie frente al primero, con ambas manos apoyadas sobre el escritorio. Ambos estudiaban unos papeles colocados encima de pilas de más papeles. Durante los primeros segundos la imagen se vio con mucho grano y mal definida, pero el foco se afinaba a cada momento que pasaba.

—¿Hay algo que funciona mal? —preguntó secamente Kaulidren—. ¿Por qué no hay movimiento?

—Todavía está procesando —le explicó Kirk—. La computadora permanece en el primer cuadro mientras aclara el resto de las imágenes. En cuanto haya...

La imagen comenzó a moverse y la banda sonora se puso en funcionamiento.

—Ya veo —comentó Kaulidren, mientras hacía un gesto para pedir que quitaran el volumen—. Este es el primer «incidente» del que tenemos registro directo. Se produjeron una docena de ataques antes que pusiéramos todas nuestras oficinas bajo constante vigilancia por cámara. El hombre que está detrás del escritorio... era... nuestro jefe de administración para el distrito colonial del noroeste. El otro era su ayudante, un colono propiamente dicho, pero aparentemente le consideraban un enemigo por haberse asociado con nosotros. O simplemente le consideraron prescindible.

Kaulidren tragó con dificultad y apartó la mirada.

—Ya he visto este «incidente» demasiadas veces, capitán Kirk. La nitidez de imagen que ofrece su computadora sólo consigue hacer que me trastorne aún más.

En la pantalla, los dos hombres hablaban silenciosamente. De pronto, la ventana que estaba detrás del escritorio se hizo añicos. Antes de que nadie pudiese reaccionar, los trozos del cristal se desparramaron por la oficina y un paquete del tamaño y forma de un ladrillo golpeó contra la espalda de la persona que se encontraba detrás del escritorio. Durante una fracción de segundo los dos hombres volvieron la cabeza

hacia el objeto, el de más edad con una mueca de dolor.

Luego, sin que ninguno de los dos hubiese llegado a ver de hecho el objeto, ambos dieron un respingo y se dispusieron a huir.

Sólo iniciaron el movimiento. El hombre que se hallaba ante el escritorio consiguió girar en redondo y dar un solo paso largo para abalanzarse hacia la puerta. Simultáneamente, el que se encontraba detrás de dicho mueble se puso en pie de golpe, derribó la silla a sus espaldas e inició un salto que le habría llevado hasta lo alto del escritorio.

Entonces se produjo la explosión.

Acabó en un instante; el cuerpo del hombre de mayor edad apenas había comenzado a describir una voltereta ascendente en el aire, cuando la lente de la cámara se hizo pedazos en el momento en que algo —¿un trozo de la silla que estaba detrás del escritorio?— chocó contra él. Momentos después aparecieron unas pocas imágenes, tomadas éstas desde el pasillo al que daba la oficina; una media docena de personas, que aparentemente formaban un equipo de rescate, retiraba los restos del escritorio y del techo parcialmente derrumbados, sobre los cadáveres.

—Verá —comentó Kaulidren, mientras volvía fugazmente los ojos hacia la pantalla—, eso es típico de las carnicerías causadas por los rebeldes. No hubo aviso alguno, a menos que uno considere a los asesinatos anteriores como un aviso de los subsiguientes. A esos dos hombres —ambos amigos míos, podría agregar—, no se les dio ni la más mínima oportunidad de escapar de la muerte. Sencillamente, fueron ejecutados.

—¿El resto de la información que nos ha traído es similar a ésta? —le preguntó Kirk.

—Todo es documentación sobre la brutalidad de las acciones de los rebeldes, sí.

—¿Y nada más?

—Si duda usted de la autenticidad...

—No hay duda alguna sobre la autenticidad de los propios acontecimientos —le interrumpió Kirk—, pero, como ya ha señalado antes el señor Spock, no existe forma de verificar quiénes eran las víctimas ni quienes sus asesinos. Y aunque la hubiera, seguiría siendo igualmente válido que esos sucesos, por bárbaros y reales que sean, no nos ayudarán para nada a conseguir nuestros objetivos. Lo que nosotros necesitamos es...

—¡Pero sí le demuestra la clase de gente con la que estamos tratando! ¡Eso puede verlo sin ningún lugar a dudas!

Kirk reprimió un suspiro que era mezcla de compasión e irritación.

—Primer ministro Kaulidren —le dijo—, nosotros estamos aquí, por solicitud de su gobierno, con el fin de intentar negociar la paz entre ustedes y los rebeldes. El primer paso para lograr esa finalidad es encontrar las causas subyacentes del

conflicto.

—Pero nosotros pensábamos que, una vez que puestos al corriente de los hechos...

—¿Que la Federación se pondría de su parte en este conflicto?

Kaulidren parpadeó, aparentemente desconcertado por la franqueza de Kirk. Respiró profundamente.

—¡Sin duda no se pondrán ustedes de parte de unos asesinos y terroristas!

—Primer ministro Kaulidren... —Kirk apoyó las manos sobre la mesa, ante sí, en un gesto suplicante—. Por favor, compéndalo... no estamos aquí para ponernos absolutamente de parte de nadie. Hemos venido para averiguar cuanto podamos sobre la verdad, y para emplear ese conocimiento en los esfuerzos que realicemos para conseguir que cesen las hostilidades.

—Pero, capitán Kirk...

—Capitán —le interrumpió la voz de Uhura desde el intercomunicador—. Entra una transmisión de Vancadia.

Kirk miró a Kaulidren, que tenía el entrecejo fruncido por aquella interrupción.

—Pásela aquí, teniente —le dijo.

—De inmediato, señor.

Un instante después la voz de Uhura fue reemplazada por una furibunda voz masculina.

—¡...las mentiras tramadas por Kaulidren! —comenzó, obviamente en mitad de una frase.

—¡Yo no miento! —estalló Kaulidren, ahogando las palabras siguientes antes que Kirk le hiciera un gesto para indicarle silencio.

—¡...antes que sea demasiado tarde! —acabó la voz, y luego hizo una pausa.

—Es una grabación, señor —se apresuró a informar Uhura—. La volveré a pasar.

—¡No deben escuchar a Kaulidren! —comenzó la voz sin preámbulo alguno—. Por muchas mentiras que les haya contado sobre ese llamado terrorismo, yo represento a los colonos y, si vuestra Federación está verdaderamente comprometida con la justicia, tienen que hablar con nosotros antes de emprender ningún tipo de acción. ¡Deben acudir a Vancadia y averiguar la verdad sobre las mentiras tramadas por Kaulidren! ¡Tienen que escucharnos, antes que sea demasiado tarde!

—¿Ha localizado la procedencia, teniente? —le preguntó Kirk a Uhura por el intercomunicador.

—El teniente Pritchard realiza un sondeo con los sensores, capitán.

—¿Teniente Pritchard? —le preguntó Kirk al joven oficial que se ocupaba de la terminal científica cuando Spock se encontraba ausente del puente.

—Sí, señor, la tengo. El mensaje proviene de una pequeña nave lanzada desde Vancadia hace apenas unos minutos. Todavía tiene los motores encendidos y está a

punto de entrar en órbita.

—Teniente Uhura, intente establecer nueva comunicación.

—Ya lo intento, pero no se trata de un mensaje subespacial. A esta distancia, pasarán al menos tres minutos antes de que podamos obtener alguna respuesta.

—Comprendido, teniente. Inténtelo de nuevo. Nos aproximaremos más —Kirk se volvió a mirar a Kaulidren—. Si lo desea, retrasaremos nuestra partida hasta que usted y sus hombres puedan regresar a su nave.

—¿Qué? —estalló Kaulidren—. ¿Que va a marcharse usted? ¡Capitán, no puedo creer que vaya a aceptar la idea de encontrarse con esos carniceros!

Kirk asintió con gesto terminante.

—Ya lo creo que acudiremos a Vancadia, primer ministro. Si desea permanecer a bordo de la *Enterprise*, puede hacerlo. Si no...

—¡Por supuesto que me quedaré! ¡No hay forma de saber qué nuevas mentiras habrán tramado!

—Muy bien, primer ministro —replicó Kirk. Luego, mientras hablaba otra vez por el intercomunicador, Kirk se puso de pie—. Vamos de camino hacia el puente. Teniente Sulu, trace un curso y ponga rumbo en dirección a Vancadia.

—Pero ahí hay más datos... —comenzó a decir Kaulidren con furiosos gestos hacia la pantalla de la computadora, que ahora estaba en blanco.

—Todavía estarán ahí cuando lleguemos a Vancadia, primer ministro —le contestó Kirk.

—Como usted quiera, capitán, pero...

—¡Capitán! —interrumpió el teniente Pritchard—. ¡La nave que transmitió el mensaje acaba de ser destruida!

2

Detalles, señor Pritchard —exigió secamente Kirk, que se detuvo junto al intercomunicador mientras echaba una penetrante mirada a Kaulidren y los miembros de su séquito. Los rostros de aquellos hombres, sin embargo, eran impenetrables.

—Había una docena de naves de mayor tamaño en órbita alrededor de Vancadia —informó Pritchard—. Dos de ellas dispararon casi simultáneamente sobre la nave mensajera cuando entraba en órbita. Había transmitido de manera continuada desde el instante en que abandonó la atmósfera del planeta.

—¿Supervivientes?

—Está demasiado lejos para que los sensores detecten si los ha habido, señor, ni siquiera podemos saber si antes del ataque había forma de vida alguna a bordo de la nave y, en ese caso, su número. Las lecturas provisionales indican que la nave era demasiado pequeña para dar cabida a más de dos personas.

—Muy bien. Señor Sulu, pongámonos en camino, plena potencia de impulso.

—Sí, señor.

Kirk cerró el intercomunicador.

—Caballeros, si tienen la amabilidad de acompañarme al puente... —El capitán abrió la marcha hacia el turboascensor más próximo; Kaulidren y su séquito marcharon inmediatamente detrás, con Spock y McCoy en la retaguardia.

—¿Qué sabe usted de lo que acaba de suceder, primer ministro? —preguntó Kirk cuando las puertas del turboascensor se cerraron tras ellos—. No parece usted demasiado sorprendido.

—No lo estoy, capitán. Supongo que la responsable fue una de nuestras naves de vigilancia. —¿Naves de vigilancia?

—Mantenemos una vigilancia constante sobre Vancadia. Los intentos por parte de los rebeldes de llevar sus actividades terroristas hasta la propia Chyrellka han hecho que sea de vital necesidad.

—Disparar contra una nave desarmada no constituye un acto de vigilancia, primer ministro —señaló Spock.

Antes que Kaulidren pudiera responder al vulcaniano, las puertas se abrieron en el puente. Vancadia ocupaba ya la totalidad de la pantalla delantera.

—Reducimos a un cuarto de potencia de impulso, capitán —informó Sulu—. Entramos en órbita estándar alrededor de Vancadia.

Los ojos de Kaulidren se abrieron con asombro mientras seguía a Kirk por el puente.

—¿Hemos llegado tan rápidamente a Vancadia?

—Para una nave interestelar, primer ministro, las distancias interplanetarias son cortas. Señor Pritchard, ¿algún indicio de supervivientes, ahora que tenemos la zona

en el radio de alcance de los sensores?

—Ninguno, señor. —Al levantar los ojos, Pritchard vio a Spock y dio un paso atrás para entregarle el puesto de la terminal científica mientras acababa su informe—. Pero tampoco existe indicio alguno de que la nave estuviera tripulada por formas de vida antes del ataque. Los análisis de restos de masa reducen nuestras anteriores estimaciones sobre el tamaño de la nave. No podía alojar más de una persona, lo más probable es que estuviera desarmada y fuera dirigida por control remoto.

—Si había alguien a bordo, capitán —intervino Uhura—, ciertamente tuvieron tiempo de recibir nuestra respuesta antes de la destrucción, pero no hubo acuse de recibo. La misma señal se repitió hasta el final.

—¿Está completamente segura de que tuvieron tiempo suficiente como para replicar?

—Sí, señor. La destrucción se produjo aproximadamente un minuto después de llegarles nuestra señal.

«Cosa que no prueba absolutamente nada», pensó Kirk con ferocidad. Con el ataque de las naves de vigilancia, un piloto solitario habría tenido otras cosas en la cabeza.

Volvió su atención hacia la pantalla principal, en la que se veía una nave, presumiblemente una de las naves de vigilancia de Chyrellka, que flotaba en la distancia. Era cientos de veces más grande que la lustrosa navecilla que en aquellos momentos se hallaba en el hangar de la *Enterprise*, su forma angulosa y robusta estaba obviamente diseñada para no descender jamás a la atmósfera de un planeta. Los cañones de láser salpicaban su proa rectangular como mortales pecas geométricamente perfectas.

—Esa es una nave formidable, primer ministro —observó Kirk, y se volvió para mirar a Kaulidren—. ¿Cree usted que necesitaremos nuestros escudos?

Kaulidren pareció consternado.

—No me gustaría que esto se divulgara y llegase a oídos de los vancadianos —comenzó mientras descendía hasta el área de mando del puente para detenerse junto a Kirk—, pero los cañones láser son falsos excepto tres de ellos, y la mayor parte del casco de la nave está vacío. Hemos aprendido que cuando más formidable parece un arma, menos necesario es utilizarla.

—Pero, obviamente, éstas han sido utilizadas, primer ministro —insistió Kirk—. Acabamos de ver cómo las utilizaban. Y los rayos láser de esa potencia, tanto da que sean tres en lugar de veintitrés, son igualmente mortales para una nave desprotegida. Volveré a preguntárselo: ¿Necesitaremos activar los escudos?

—Ciertamente, no para protegerse contra nosotros —le contestó a decir Kaulidren con tono de indignación.

—¿Sino para protegernos de los rebeldes? ¿Es eso lo que insinúa?

—Ellos intentarían cualquier cosa.

—La nave esa que acaban ustedes de destruir... ¿qué «intentaba»? —intervino McCoy.

—Caballeros, deben entender ustedes la situación con la que nos enfrentamos —comenzó Kaulidren con total seriedad—. Si nosotros les permitiéramos un acceso al espacio sin restricciones...

—Capitán —interrumpió Uhura—, recibimos una señal electromagnética procedente de la superficie del planeta. No hay señal visual.

—Pásela a los altavoces, teniente, y haga que llegue a la sala de motores. ¿Está usted ahí, señor Scott?

—Sí, capitán —le respondió la voz de Scotty por el intercomunicador.

Un instante después otra voz llenó el aire del puente; era la misma que habían oído procedente de la nave derribada.

—Llamando a la nave estelar de la Federación —comenzó, con más ansiedad que enojo esta vez; aparentemente no era una grabación—. ¿Pueden oírme?

—Podemos oírle —replicó Kirk—. Aquí el capitán James Kirk, capitán al mando de la *USS Enterprise*. Identifíquese.

Una confusión de voces brotó brevemente por los altavoces, pero la primera volvió a dejarse oír, esta vez hablaba con calma, incluso de manera deliberada.

—Soy Delkondros, presidente del Consejo de independencia Vancadiano. ¡En la caprichosa y no provocada destrucción de nuestra nave han visto ustedes la verdadera cara de los tiranos chyrellkanos! Si...

—¡Ustedes sabían que sería derribada! —intervino Kaulidren, colérico—. ¡La enviaron al espacio para que fuera derribada!

—¿Kaulidren? —La afectada formalidad se desvaneció en la voz de Delkondros, para ser reemplazada por una furia fría—. ¿Qué mentiras ha contado usted para que le permitan el acceso a bordo de una nave de la Federación?

—¡Pregúnteselo! —exigió Kaulidren—. ¡Pregúntele por qué ha lanzado al espacio una nave que sabía que iba a ser derribada!

—¡Y pregúntele a él —contestó Delkondros— por qué la han derribado! No había alarma de ninguna clase, sino simplemente un ataque virulento y no provocado. ¡Sus robots asesinos, Kaulidren, no sabían si había tripulantes a bordo o no los había! ¡Ellos nunca lo saben! ¡Y a ustedes no les importa!

—¿Y quién llevó a cabo el primer ataque? —Kaulidren hablaba a voz en grito—. ¿Quién habría matado a millares si no le hubiésemos detenido? ¡No culpe a Chyrellka por los resultados de su propia locura, Delkondros!

—¡Caballeros! —intervino Kirk con tono terminante—. Hemos venido hasta aquí para actuar como mediadores, no como árbitros.

—¡Pero acaba de ver usted mismo lo que las fuerzas de Kaulidren le han hecho a

nuestra nave! —protestó la voz.

—Lo hemos visto —respondió Kirk—. También hemos visto grabaciones de lo que el primer ministro asegura que han hecho los vancadianos.

—¡Mentiras! ¡Todo mentiras! ¡Si quiere conocer la verdad, debe acudir aquí, a Vancadia! ¡Nosotros tenemos pruebas irrefutables: los cuerpos de nuestros líderes asesinados! ¡Si la ciencia médica de ustedes es tan maravillosa como nos han hecho creer, encontrarán el veneno chyrellkano todavía alojado en los tejidos de los cadáveres!

—¡No le escuche! —intervino Kaulidren—. ¡Incluso si dicho veneno existe, es obra de ellos y no nuestra! ¡Pregúntele cómo llegó a ser elegido para el consejo, en primer lugar! ¡Cómo murió su opositor, muy convenientemente, una semana antes de las elecciones!

—¡Mi opositor murió, primer ministro Kaulidren, porque ustedes pensaron que yo sería más fácil de controlar, más fácil de engañar! ¡Pero se equivocaban! ¡Y, cuando se dieron cuenta del error cometido, hicieron que sus marionetas de la administración colonial intentaran matarme y, cuando eso no dio resultado, intentaron matar a todo nuestro gobierno!

—¡Ustedes mataron a su propio gobierno cuando se convirtieron en terroristas, y después comenzaron a matarnos a nosotros!

—¡Caballeros, por favor! —exclamó Kirk, con repentina impaciencia. Por un momento había imaginado que podría formarse una cierta idea de la situación mediante el sencillo sistema de dejar que se enfrentaran verbalmente y escuchar, pero resultaba obvio que eso no iba a suceder—. Gritarse acusaciones mutuamente no servirá de nada. Ahora, a menos que alguno de ustedes tenga algo más que una sarta de acusaciones contra las supuestas actuaciones por el otro bando...

—¡Muy bien, capitán Kirk! —interrumpió Delkondros con aspereza—. ¡Si duda usted de mi palabra, envíe a alguien aquí abajo! ¡Envíenos un médico! ¡Que baje a estudiar las pruebas, que venga a examinar a aquellos de entre nosotros que hemos sobrevivido a la matanza! ¡Déjele que decida quién dice la verdad! ¡Quizá ese médico pueda incluso descubrir la fuente de los venenos! ¡O proporcionarnos el antídoto que Kaulidren se niega a compartir con nosotros!

Kirk dirigió una mirada interrogativa al doctor McCoy.

—¿Bones?

—¿Cree que ha de preguntármelo, Jim? —le contestó McCoy mientras se encaminaba hacia el turboascensor—. Estaré listo en cuanto haya recogido mi escáner y el equipo médico.

Kirk sonrió débilmente.

—Si lo desea, presidente Delkondros, el médico de nuestra nave puede ser transferido a la superficie y... evaluar esas pruebas de las que me ha hablado.

También podrá determinar si existe un antídoto para el veneno, o si éste puede ser sintetizado. ¿Sería eso satisfactorio para usted?

—¡Por supuesto que lo sería! ¡Lo único que queremos es una investigación honrada que conduzca a la verdad! ¡Y salve vidas!

—¡Y el vulcaniano! —intervino Kaulidren—. Pregúntele a Delkondros si estaría dispuesto a aceptar un observador que se rija solamente por la lógica, no por la teatralidad emocional barata.

—¿Hay un vulcaniano a bordo? —crepitó la voz de Delkondros, que no ahogó del todo el divertido resoplar procedente del turboascensor al cerrarse las puertas tras McCoy.

—Mi primer oficial, el señor Spock, es medio vulcaniano —respondió suavemente Kirk.

—En ese caso, le recibiremos con mucho gusto, por supuesto —le aseguró Delkondros—. No tenemos absolutamente nada que temer de la lógica ni de la imparcialidad. Muy al contrario, esas cualidades nos resultan tremendamente necesarias.

Kaulidren frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Señor Spock? —Kirk se volvió hacia la terminal científica—. ¿Le importaría unirse al doctor y a mí?

—Por supuesto, capitán.

—¡Capitán! —exclamó Kaulidren con el entrecejo aún más fruncido—. ¡No irá a bajar usted con ellos!

Kirk, esta vez incapaz de reprimir el fruncimiento de su propio ceño, se volvió a mirar a Kaulidren.

—He pensado que podría acompañarles en este viaje, primer ministro. ¿Existe alguna razón por la que no deba descender?

—Indudablemente, él teme por su seguridad, capitán —respondió la voz de Delkondros, ahora cargada de sarcasmo en lugar de cólera—. Pero, si he de decirle la verdad, también yo preferiría que permaneciese usted a bordo de su nave... donde podrá vigilar de cerca al primer ministro. Yo, desde luego, no me fiaría de él...

—Como ustedes lo deseen, caballeros —interrumpió Kirk, cuya voz reflejaba una parte del sarcasmo del presidente—. Nada más lejos de mi intención que negarles a ambos la primera cosa en la que han estado de acuerdo desde nuestra llegada. Presidente Delkondros, le pondré en contacto con la sala del transportador. Podrá darle al oficial que está a cargo las coordenadas para la transferencia. —Kirk le hizo a Uhura un gesto de asentimiento y ella desplazó un interruptor en el tablero de comunicaciones—. Ahora, primer ministro Kaulidren...

—Capitán Kirk —le interrumpió el interpelado—, desaconsejo enérgicamente que envíe a sus hombres a la superficie de Vancadia.

Con el ceño fruncido, Kirk se volvió a mirar al chyrellkano.

—¿Y eso a que se debe, primer ministro? Hace apenas unos instantes parecía usted dispuesto, incluso ansioso, por que al menos Spock acudiera al planeta.

—¡Ni por un segundo pensé que Delkondros iba a aceptar la propuesta! Pero, ahora que lo ha hecho, comprendo que debe tratarse de una trampa. Usted no ha tratado con esa gente, capitán. No los conoce, no sabe de qué son capaces. Por favor... debe ver el resto de las grabaciones que he traído a bordo antes de tomar la decisión de poner a sus hombres en manos de Delkondros.

Kirk negó con la cabeza.

—Los rebeldes saben que cualquier acción que emprendan contra mis hombres será contraproducente.

—¡Son una gente completamente irracional! —estalló Kaulidren.

Los ojos de Kirk se encontraron con los de Spock y percibió que los pensamientos de su primer oficial eran un eco de los suyos propios: «Ahí está el cocodrilo, llamando bocazas al sapo». Se habría echado a reír si la situación no hubiera sido tan claramente desesperada.

—Primer ministro —comenzó Kirk... pero antes que pudiera continuar, la voz femenina de la computadora le interrumpió.

—Alerta de intrusión —declaró con la misma carencia de emociones de siempre—. Personal no autorizado ha sido detectado en la sala de la computadora principal, en la cubierta ocho.

3

Al volverse apresuradamente hacia la pantalla principal, Kirk pasó fugazmente los ojos por los hombres de Kaulidren. No faltaba ninguno. —Computadora —dijo secamente, mientras pulsaba uno de los botones en los brazos del asiento de mando—, bloquee las puertas de acceso a la sala de la computadora principal. Seguridad, envíe un destacamento a la sala de la computadora principal. Alerta de intrusión.

—Aquí seguridad, sí, señor —replicó casi instantáneamente la voz de la teniente Shanti con su leve timbre de contralto.

—Señor Spock, pase la sala de la computadora a pantalla. —No hay manera, capitán —le contestó Spock sin levantar la mirada—. Los circuitos de control no responden. —Computadora —ordenó Kirk, mientras sentía que la inquietud comenzaba a roerle por dentro—, identifique al intruso.

—Humanoide desconocido —comenzó a decir la computadora, y luego quedó en silencio.

—¿Computadora?

La máquina siguió en silencio.

Kirk volvió rápidamente su mirada hacia Spock, que trabajaba con los controles de la terminal científica. —¿Están bloqueadas las puertas de acceso? —Todo indica lo contrario, capitán.

Kirk atravesó rápidamente el puente y se detuvo junto al primer oficial.

—¡Anulación, señor Spock!

El vulcaniano negó con la cabeza.

—No es posible en las condiciones actuales, capitán. Ninguno de los controles está...

Spock se interrumpió bruscamente. Un momento después los pasillos atestados de maquinaria de la sala de la computadora principal aparecieron en la pantalla del puente. Estaban vacíos. Las puertas de acceso, bloqueadas tal como se veía en la imagen, se abrieron silenciosamente pasado un instante.

—El desperfecto en el circuito de control —anunció la monótona voz de la computadora— ha sido aislado y corregido.

—¿Desperfecto en el circuito de control? —preguntó Kirk con aspereza, y se volvió para mirar a Spock.

—Capitán, creo que la computadora nos dice que la alerta ha sido consecuencia de un desperfecto.

—Afirmativo —replicó instantáneamente la computadora.

—¿No había nadie en la sala de la computadora principal? —fue la siguiente pregunta de Kirk.

—Afirmativo.

Kirk frunció el entrecejo.

—Teniente Shanti, informe de la situación.

—Salimos del turboascensor en cubierta ocho, capitán, avanzamos hacia sala de la computadora principal.

—La alerta podría haber sido una falsa alarma, teniente, pero de todas formas tenga cuidado. Informe de cualquier cosa inusual, por pequeña que sea.

—Sí, señor.

—Señor Spock, ¿algún indicio de la causa de ese desperfecto en el circuito?

—Ninguno, capitán. Las lecturas sólo indican que se produjo un conflicto entre dos equipos sensores diferentes instalados en el interior de la sala. Los esfuerzos realizados por la computadora para conciliar esos informes conflictivos parecen haber provocado que los circuitos de control no respondieran y ocasionado al menos el borrado parcial de las lecturas conflictivas.

«El doctor McCoy diría que eso suena muy parecido a una crisis nerviosa», pensó Kirk.

—¿Cuál era, específicamente, ese conflicto, señor Spock?

—Desconocido, capitán. Con un poco de tiempo, podría someterlo a un programa completo de diagnóstico, pero, debido que aparentemente se han borrado los datos, tenemos sólo una probabilidad de menos del diez coma siete por ciento de poder aislar una causa específica del problema. También existe un programa especial que yo he creado, y que podría incrementar esas probabilidades en una cifra indeterminada, pero aún no ha sido sometido a prueba alguna.

Kirk asintió con la cabeza y volvió a mirar la pantalla.

—Haga lo que pueda, señor Spock.

—Por supuesto, capitán.

—Capitán. —La voz de la teniente Shanti le llegó a través del intercomunicador—. En la sala de la computadora no hay nadie y todo parece estar en orden. No obstante, uno de mis hombres informa haber oído que el turboascensor funcionaba.

—Computadora —dijo Kirk a toda velocidad—, imagen del interior del turboascensor.

La pantalla rieló momentáneamente, de manera poco característica, al desaparecer de ella la imagen de la sala de la computadora y ser reemplazada por el interior del turboascensor. Estaba vacío, pero las puertas se cerraban en aquel momento, y la tripulación del puente llegó a captar un atisbo de la cubierta del hangar, con la lanzadera chyrellkana al fondo.

—Computadora —ordenó Kirk—, imagen de la cubierta del hangar. Teniente Shanti, diríjase inmediatamente a la cubierta del hangar.

—Sí, señor.

En la pantalla frontal apareció la cubierta del hangar. La nave de Kaulidren tenía

el mismo aspecto captado a través de las puertas del turboascensor que se cerraban. El corpulento guardia aún se encontraba de pie en lo alto de la escalerilla, sus ojos recorrían tranquila y deliberadamente la desierta extensión de la cubierta. A un lado estaban aparcadas las lanzaderas de la *Enterprise*, excepto una en la que trabajaban los hombres de Scott, en el taller de mantenimiento de la cubierta veinte. La sala de control del rayo tractor que se hallaba en lo alto de una pared estaba vacía, porque los dos alféreces que Kirk había destinado temporalmente allí durante la maniobra de ataque habían regresado ya a sus tareas regulares.

Desde algún punto les llegó un sonido, un leve raspar de metal contra metal, pero inmediatamente fue ahogado por el siseo de las puertas del turboascensor. La teniente Shanti salió de él; su diminuta figura se veía más empequeñecida aún por los dos fornidos miembros de su destacamento, de metro ochenta de estatura. Sin embargo, la estatura de la mujer era engañosa: Kirk sabía que, con su destreza en las artes marciales, podía enfrentarse perfectamente a cualquiera de los otros dos.

—Teniente Shanti —comenzó el capitán, pero fue interrumpido por Kaulidren, que había permanecido insólitamente silencioso durante toda la alerta.

—¿Qué sucede, capitán Kirk? ¿Por qué ha enviado esa gente a mi nave?

—Teniente Shanti —repitió Kirk por encima de las palabras de Kaulidren—, hemos detectado un sonido metálico en alguna parte de la cubierta del hangar, justo antes de llegar ustedes. ¿Puede ver algo que lo justifique?

—También nosotros lo hemos oído, capitán —le contestó ella—, justo en el momento de abrirse las puertas del turboascensor. Parecía proceder de las inmediaciones de la nave alienígena.

—Ya veo. —Kirk le lanzó otra penetrante mirada a Kaulidren mientras se volvía hacia la terminal científica—. Señor Spock, sondee el hangar en busca de formas de vida.

Spock se concentró momentáneamente en las lecturas de su terminal.

—Sólo registro el destacamento de seguridad y el centinela del primer ministro, capitán.

Kirk dio media vuelta para mirar la imagen de la cubierta del hangar y la contempló durante varios segundos.

—Teniente Shanti —ordenó finalmente—, regrese a la sala de la computadora principal. Revísela minuciosamente en busca de cualquier cosa que indique que el desperfecto no haya sido tal desperfecto.

—Sí, señor —respondió Shanti—. ¿Quiere que busque rastros de una verdadera intrusión, capitán?

—Correcto, teniente.

—Capitán Kirk —intervino abruptamente Kaulidren—. ¿Cree usted que verdaderamente pudo haber entrado alguien en la sala de la computadora?

—No puedo descartar esa posibilidad, primer ministro.

—Si alguien hubiera entrado en la sala de la computadora... ¿habría tenido esa persona acceso a las computadoras de todas las áreas de la nave, desde esa sala?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—La grabación que yo traje a bordo, la que su primer oficial introdujo en la computadora de la sala de conferencias... ¿podría haber sido... afectada por ese hipotético intruso?

Kirk reprimió la arruga que luchaba por fruncirle la frente y el impulso de señalarle al primer ministro que, si realmente había un intruso a bordo de la *Enterprise*, todo apuntaba a que había llegado a bordo de la propia lanzadera del primer ministro.

—Si dicho intruso existiera —comenzó con el tono más sereno que pudo—, y si sabía con exactitud qué era lo que buscaba, y si tenía un conocimiento enciclopédico de la computadora, así como una extraordinaria destreza para hacer uso de esos conocimientos, entonces sería remotamente posible. Sin embargo, no hay más de dos o tres docenas de personas, en el mejor de los casos, que posean ese tipo de destreza en toda la Flota Estelar.

—¿Y no hay ninguna de esas personas a bordo de la *Enterprise*?

—Sólo una, primer ministro, y puedo asegurarle que no estaba ni remotamente cerca de la sala de la computadora en el momento en que se produjo el desperfecto.

—¿Cómo puede estar tan seguro, capitán?

—Por la misma razón que también usted puede estarlo, primer ministro. El señor Spock no se ha apartado de nuestra vista desde que usted subió a bordo.

Kaulidren le lanzó una mirada fugaz a Spock y luego pareció relajarse.

—Por supuesto, capitán, le presento mis disculpas. Después de lo que ha pasado en los últimos meses, es difícil no convertirse en un paranoico. Pero que yo haya llegado siquiera por un instante a considerar posible que mis enemigos hayan podido adquirir semejante conocimiento, y hallado luego la forma de subir a bordo de una nave estelar de la Federación con el único propósito de manipular la grabación que yo he traído, supera incluso mis más paranoicas fantasías. Le presento, una vez más, mis disculpas. No obstante, con respecto a la decisión de permitir que sus hombres bajen a la superficie...

Como si hubiera esperado aquella frase, las puertas del turboascensor se abrieron con un siseo y el doctor McCoy las traspuso y recorrió todo el puente con una sola mirada.

—Ya veo que usted y mi mitad lógica vulcaniana todavía holgazanean por aquí arriba. ¿Significa eso que le han convencido de lo contrario y habré de bajar yo solo?

—Tuvimos una falsa alarma en la sala de la computadora —le explicó Kirk—, pero ya está todo bajo control. ¿Correcto, señor Spock?

—Todas las lecturas parecen normales ahora, capitán, pero... —Una contracción arrugó la frente de Spock—. No he podido determinar ni la naturaleza ni la causa exactas del desperfecto.

El doctor profirió una carcajada jadeante.

—¿Lo he oído bien, Spock? ¿Acaba de admitir que ha aparecido algo que no puede usted hacer? ¿Y con la computadora, nada menos? Lamento habérmelo perdido. Bueno, ¿está listo para bajar o debo marcharme solo?

—Spock está preparado, Bones —le contestó Kirk con una ligera mueca mientras le indicaba con un gesto al teniente Pritchard que regresara a la terminal científica—, pero yo permaneceré a bordo, a petición de nuestro huésped y su colega de Vancadia.

—¡Capitán Kirk! —Kaulidren había ido adoptado un aire más y más tenso desde que McCoy regresó al puente—. ¡Una vez más, siento que es mi deber ponerle sobre aviso: esa gente, esos terroristas rebeldes, no son de confianza! Traiga a Delkondros a bordo de su nave si es que tiene que hacerlo, pero no...

—Tomo nota de su advertencia —le respondió Kirk—. Señor Spock, doctor McCoy, si uno de ustedes tiene alguna reserva...

—No después que esa nave fuera derribada, no, no la tengo —le interrumpió McCoy—. Bueno, ¿me acompañará usted, Spock, o no?

—Le acompaño, doctor —le contestó Spock mientras deslizaba la correa del sensor portátil por encima del hombro y avanzaba hacia el turboascensor para reunirse con el médico.

Cuando las puertas se cerraron tras los dos oficiales, Kirk se volvió hacia la terminal de comunicaciones.

—Teniente Uhura, ¿puede contactar otra vez con Delkondros?

—Sí, señor. —Los dedos de la mujer corrieron veloces por los botones del tablero—. Adelante, capitán.

—Presidente Delkondros —comenzó Kirk—, dos de mis hombres, el teniente comandante McCoy, nuestro oficial médico jefe, y el comandante Spock, nuestro oficial científico, están preparados para ser transferidos a las coordenadas que usted le ha transmitido a la sala del transportador.

—Le estoy tremendamente agradecido —contestó la voz de Delkondros—. Sé sin ningún género de duda que una vez hayan visto nuestras pruebas...

—Las evaluarán con imparcialidad —le interrumpió Kirk.

—Por supuesto. Es lo único que pedimos.

Kaulidren hizo una mueca, pero guardó silencio.

Un minuto más tarde se abrió la conexión con la sala del transportador. Kirk reprimió una sonrisa al oír la voz de McCoy como telón de fondo, ininteligible, pero obviamente descontenta, que le daba a Spock un sermón sobre algo. Fue interrumpida abruptamente.

—Preparados, capitán —anunció el jefe de transportes, tras algunos segundos de vacilación.

—Proceda, señor Kyle —ordenó Kirk mientras se sentaba en su sillón—. Pero esté preparado para sacarles de allí a la primera señal de problemas. Mantenga el transportador centrado sobre los comunicadores de ambos.

—Sí, señor. —Se produjo una pausa—. Activación —se oyó luego.

El puente quedó en silencio y Kirk, una vez más, observó a Kaulidren para intentar dilucidar qué significaba la expresión del barbudo rostro del primer ministro. ¿Miedo? ¿Furia?

—Ya están abajo, señor —anunció el teniente Pritchard desde la terminal científica—, en las coordenadas prescritas.

—Teniente Uhura, ¿continúa abierto el contacto con Delkondros?

—No, señor. Cortó la comunicación cuando el señor Spock y el doctor McCoy eran transferidos.

Kirk frunció el entrecejo.

—Vuelva a establecer contacto.

—Sí, señor —replicó Uhura, mientras sus dedos corrían veloces por el panel de controles.

—Se lo advertí, capitán —comenzó a decir Kaulidren, pero Kirk le interrumpió con un gesto y se volvió en redondo para encararse con Pritchard, que se encontraba ante la terminal científica.

—Teniente...

—Hay algún tipo de escudo, capitán. Bloquea los sensores.

—Las transmisiones de radio también están bloqueadas, señor —intervino Uhura con una evidente preocupación reflejada en su voz.

—¡Sala de transportador —dijo Kirk con sequedad—, tráigales de vuelta a bordo, ahora!

«¡Imposible!»

Un pensamiento destelló inútilmente en la mente de Kirk en el momento mismo en que hablaba. «¡Estos mundos están al menos a cincuenta años de la invención de cualquier clase de escudo! Según los informes de la visita inicial...»

—Lo intento, señor, pero hemos perdido el contacto con sus comunicadores y...

—El escudo, sí, ya lo sé. Esté preparado para el instante en que lo bajen. Señor Pritchard, analice el escudo. ¿Puede ser neutralizado? ¿O penetrado?

—Penetrado, sí, con nuestras armas. Parece destinado a bloquear dentro del espacio normal las comunicaciones basadas en la electromagnética. Ofrecería alguna resistencia a los objetos materiales como los torpedos de fotones o los rayos fásicos, pero no la suficiente para detenerlos. Incluso un disparo fásico de bajo poder podría ser capaz de...

—¿Y los rayos transportadores?

—Si pudiera aumentarse el poder...

—Yo no me arriesgaría —le interrumpió Scotty mientras atravesaba el nivel superior del puente y se detenía junto a Uhura—, excepto como último recurso. Una ligera distorsión podría resultar fatal.

—Comprendido, señor Scott. Pritchard, ha dicho que también los sensores están bloqueados. Eso significaría que el escudo tiene también un componente subespacial.

—Lo tiene, capitán, pero el componente subespacial parece ser... bueno, creo que podría llamarsele «accidental». Sólo un efecto colateral del campo en sí.

—¿Entonces no bloquea de hecho los sensores?

—No completamente, señor. Es algo más parecido a... la estática. Muchísimos detalles se pierden, y los que quedan probablemente no son fiables.

—¿Qué porción del planeta está afectado?

—Aproximadamente unos diez mil kilómetros cuadrados, señor.

—Es visible en la pantalla, capitán —intervino Sulu.

Kirk se volvió bruscamente para encararse con la pantalla. Pasaban por encima del lado nocturno del planeta, pero eso tenía poco efecto sobre los sensores. En su mayor parte, aquel mundo tenía el mismo aspecto que cualquier otro planeta de clase M, con sus océanos, masas continentales y nubes... excepto un área circular emplazada en la costa dentada de un continente que tenía la forma aproximada de un diamante y ocupaba la mitad del hemisferio meridional. Allí, a pesar de una casi total ausencia de nubes, la superficie presentaba un aspecto indistinto, casi borroso y, a lo largo de más de cien kilómetros, la línea que separaba las tierras de las aguas, que aparecía claramente delineada en otras zonas, no sólo era brumosa sino que parecía oscilar, como si se la mirara a través de una lente distorsionadora que se moviera continuamente.

—¿Tendría un mundo con el nivel tecnológico de éste la energía necesaria para crear un escudo semejante? —preguntó Kirk, aunque ya conocía la respuesta.

—Yo no lo creo, capitán —fue la contestación de Scott—. Para generar un escudo de ese tamaño, sólo la antimateria podría proporcionar la energía necesaria.

—Lo cual, según los informes de los exploradores de la Federación redactado hace menos de diez años, no sería técnicamente asequible para ninguno de los dos mundos hasta pasado un siglo.

—Sí, capitán, y aunque se tenga la energía, está el pequeño detalle de que primero hay que saber generar un escudo. No se me ocurre cómo pueden haberlo conseguido, al menos no sin ayuda del exterior.

—Pensaba exactamente lo mismo, señor Scott —comentó Kirk con una mueca, cuando la imagen de su viejo amigo Tyree, el líder de los montañeses de un planeta primitivo, se inmiscuyó en su mente. También allí los nativos habían realizado un

gigantesco salto tecnológico en poco menos de una década. En aquel caso, la nueva tecnología había consistido en la pólvora y los fusiles de chispa, no en un escudo energético de diez mil kilómetros cuadrados, pero lo inesperado e improbable de ambos avances era, en parte, comparable.

En aquel lugar, el planeta de Tyree, el «avance» había sido obra de un pequeño grupo de klingons que secretamente llevaban a cabo los «inventos», subvertían a los nativos y fomentaban la guerra.

—Sondeo de sensores a máximo alcance, señor Pritchard —ordenó Kirk mientras se levantaba bruscamente del asiento de mando y avanzaba a grandes zancadas hasta la terminal científica—. ¡Si en este sistema solar hay alguna nave capaz de alcanzar velocidades hiperespaciales, quiero saberlo! O cualquier otra área protegida con escudos, sobre o fuera del planeta.

—Sondeo de sensores a máximo alcance, señor —le contestó Pritchard, que se atrevió a echarle una fugaz mirada al capitán por encima del hombro.

Kirk podía percibir el nerviosismo del joven oficial y sabía que su presencia no hacía más que aumentarlo, pero no podía evitarlo. Las vidas de Spock y McCoy estaban en juego allá abajo, y no podía permitirse perder tiempo ni energía para apaciguar los sentimientos de Pritchard.

Pasados unos minutos, Pritchard levantó sus ojos hacia él con expresión de disculpa.

—Lo siento, señor, pero no hay absolutamente nada. Sólo un dispositivo de camuflaje romulano podría...

Kirk negó con la cabeza.

—Dudo mucho que los romulanos estén detrás de lo que sucede aquí, sea lo que sea, señor Pritchard. A menos que hayan cambiado de manera radical, serían muchísimo más propensos a desafiar abiertamente a la Federación que a utilizar tácticas solapadas como la que tenemos delante. Continúe con el sondeo, teniente. Busque cualquier cosa que se salga de lo corriente. Cualquier cosa.

Kirk se irguió y se alejó de la terminal científica para encararse con Kaulidren.

—¿Qué sabe usted sobre ese escudo, primer ministro?

—¿Qué quiere usted que sepa de él? No soy científico. Pero ya le puse sobre aviso sobre la naturaleza traidora de Delkondros. Yo...

—Pero no me advirtió de la existencia de ese escudo. ¿Es algo nuevo para usted?

—No sabía que lo tuvieran, si es eso lo que me pregunta. Hasta donde yo sé, nunca lo habían utilizado antes. Aunque no puedo decir que me sorprenda.

—¿Por qué no? ¿Han hecho antes de ahora cosas de este tipo?

Kaulidren asintió con vehemencia.

—¿Por qué otro motivo íbamos a necesitar mantener este mundo bajo constante vigilancia? Sus naves, incluso las más pequeñas, de un tamaño no superior a la que

yo he utilizado para subir a bordo de la *Enterprise*, son ahora capaces no sólo de entrar en órbita alrededor de Vancadia, sino de realizar el viaje hasta Chyrellka... ¡y regresar! Sus fuentes de energía...

—¡Capitán! —interrumpió Pritchard en tono alarmado—. ¡La fuerza del escudo aumenta rápidamente!

Kirk se volvió de inmediato hacia la terminal científica y estudió el visor principal. La imagen de Vancadia rielaba.

Luego la distorsión cesó y la superficie del planeta quedó tan clara como el cristal. Virtualmente en el mismo instante, la conexión con la superficie quedó restablecida. La voz de Delkondros estalló en el puente; las palabras eran pronunciadas con precipitación, pero tenían una claridad ominosa.

—Cualquier intento de transportar a sus hombres a bordo ocasionará su muerte inmediata.

Los ojos de Kirk se dilataron con incredulidad. Tras tragarse el impulso de preguntarle a aquel hombre si estaba loco, Kirk le hizo a Uhura una señal para que cortara la transmisión desde la *Enterprise*.

—Sala de transporte —gritó Kirk—, centre las coordenadas sobre esos transmisores, pero active sólo cuando yo le dé la orden.

—Transportador centrado, señor. A la espera de su orden.

—Teniente Pritchard, sondeo de área con máxima resolución de sensores.

—Once humanoides en el área inmediata a los comunicadores. Imposible determinar identidades a esta distancia. No hay indicios de armas energéticas avanzadas.

—Capitán Kirk. —La voz de Delkondros volvió a sonar—. Sé que me ha oído. ¿Ha comprendido lo que acabo de decirle?

—Sala de transportes, permanezca a la espera —dijo Kirk mientras le hacía a Uhura una señal para indicarle que volviera a abrir el canal.

—Le he oído, Delkondros —continuó, dirigiéndose al presidente del consejo de Vancadia—, pero tengo la esperanza de no haberle comprendido correctamente. ¿Me ha dicho usted que mis hombres son ahora sus rehenes?

—A corto plazo, eso podría ser verdad, capitán Kirk, pero creemos que no nos queda otra elección, especialmente dado que usted ha recibido a Kaulidren a bordo de su nave. ¡Es él quien está loco! ¡Debe creerme!

—¡Me sentiría más inclinado a dar crédito a sus afirmaciones, Delkondros, si no amenazara usted la vida de mis oficiales! Déjeles en libertad y podremos hablar. Podemos transferirle a usted mismo a bordo, si es eso lo que quiere. ¡Estamos dispuestos a escuchar todo lo que tenga que decir, a tomar en consideración cualquier prueba que tenga! ¡Mis hombres han bajado a su planeta para eso, para estudiar las pruebas! ¡Así que si realmente tiene las pruebas que afirma tener, déjeles en libertad

y permítales evaluarlas!

—¡Eso es precisamente lo que planeo hacer! —le contestó Delkondros—. ¡Pero no en ese orden!

—Déjeme hablar con ellos —dijo Kirk con aspereza.

—Lo lamento, pero eso es imposible. Aunque no tenemos ningún deseo de hacerles daño, créame. Sólo si usted nos obliga...

—¡Loco! —le interrumpió Kaulidren—. ¡Ya se lo advertí, ese hombre está completamente loco!

—¡Seguridad! —gritó Kirk—, estén preparados para escoltar a Kaulidren y a sus hombres fuera del puente cuando les dé la orden.

Los dos oficiales que se hallaban a ambos lados del turboascensor, avanzaron.

—¡No estoy loco, capitán, sólo desesperado! —gritó Delkondros—. ¡Con él a bordo de su nave, cómo puedo estar de otra forma! Sus mentiras...

De pronto, un manicomio de voces de otras personas brotó por los altavoces, todas gritaban al mismo tiempo y se ahogaban las unas a las otras.

—¡¿Qué sucede?! —gritó Kirk por encima del escándalo.

Pero no obtuvo ninguna respuesta inteligible, sólo la continuación de los gritos, y luego los ruidos producidos por cosas que alguien derribaba y rompía.

Entonces se abrió el canal de uno de los comunicadores, que transmitía los mismos sonidos, como un eco amortiguado, desde otro punto de la misma sala en la que se encontraba Delkondros. Durante un momento aumentó y disminuyó, como una antena en busca de la dirección correcta, y luego se estabilizó; de él surgió un nuevo sonido, que no era eco de los que llegaban por el otro canal; era algo que raspaba directamente contra el comunicador, como si lo arrastraran por una superficie áspera.

Y luego, la voz de Spock. Era apenas un susurro, pero la dicción precisa y el control total resultaban inconfundibles.

—Sala del transportador —dijo Spock—. Transfiéranos a bordo... ¡ahora!

—¡Hágalo! —confirmó instantáneamente Kirk mientras se volvía hacia la terminal científica—. Teniente Pritchard, siga la operación con los sensores.

—Sí, señor. Transportador activándose...

Por encima de la confusión de voces que les llegaba desde el cuartel general de Delkondros, se oyó el sonido crepitante de un arma de energía. Durante un momento, el volumen del canal del comunicador fue más alto que el otro, pero luego, abruptamente, el comunicador quedó en silencio.

—¡Disparos de láser! —exclamó Pritchard, y profirió un grito ahogado—. Ambos hombres... ¡las lecturas de sus formas de vida han desaparecido! ¡Deben haberles disparado!

—Transportes, transfíeralos directamente a enfermería. ¡Enfermería, llegan heridos, McCoy y Spock, daños desconocidos!

—¡He perdido la señal! —gritó el oficial jefe del transportador.

—¡Los comunicadores —intervino Pritchard—, fueron destruidos por el disparo, fuera de lo que fuese!

—¡Transportador, campo amplio al máximo! —gritó Kirk—. ¡Tráígalos a bordo!

—Trato de hacerlo, pero algo...

—¡El escudo ha sido reactivado, capitán! —exclamó Pritchard.

—¡Incrementa la energía de los rayos transportadores!

—No servirá de nada, capitán —le contestó la voz del oficial jefe de transportes—. El campo amplio no es bastante concentrado para permitir...

—¡La fuerza del escudo aumenta! —dijo Pritchard—. ¡Los rayos transportadores ya no tienen suficiente fuerza para penetrarlo, ni siquiera aunque tuviéramos comunicadores en los que centrarlos! A menos que el escudo pueda ser desactivado...

—La antimateria que ese escudo necesita para alimentarse —gritó Kirk—. ¿Puede localizarla?

Pritchard pulsó apresuradamente una media docena de botones y estudió las lecturas.

—Negativo, capitán. El componente subespacial del escudo ha aumentado aún más que el resto. Las lecturas de los sensores no son ahora fiables ni en lo más mínimo.

—Los sondeos que realizó mientras el escudo estaba bajo... ¿le han indicado algo?

—Negativo, capitán. Si la fuente de energía emplea la antimateria, debe tener su propio escudo protector.

Kirk golpeó ambas manos abiertas sobre los brazos de su asiento, en un gesto de frustración.

—Uhura...

—Se perdió todo contacto cuando fueron destruidos los comunicadores, capitán. No he conseguido restablecerlo. No hay respuesta en las frecuencias subespaciales ni estándar.

Durante un momento no hubo más que silencio, Kirk volvió a mirar la pantalla frontal del puente de mando y contempló el círculo de cien kilómetros de rielantes distorsiones que señalaba el área cubierta por el escudo. Ahora emergía más pronunciado, la distorsión era tan fuerte en algunos puntos que parecía translúcida.

Al capitán Kirk le dolía la garganta y sentía un vacío en el estómago.

«Impotentes —pensó con los puños apretados—. Completamente impotentes a pesar de todo. Con o sin escudo, podríamos haber arrasado el planeta, pero no hemos podido salvar a Bones y Spock. Ni siquiera podemos traer sus cadáveres de vuelta a bordo...»

4

—¿Se ha creído usted ese fraude?— murmuró McCoy con una sacudida de cabeza cuando se cerraron las puertas del turboascensor y quedaron fuera de la vista de Kaulidren y su sombrío séquito agrupado en el puente.

—Si me pregunta, doctor, si he creído que las declaraciones del primer ministro Kaulidren son completamente fieles a la verdad, le diré que no, no lo he creído. En este punto, sin embargo, no tenemos ninguna forma práctica de establecer su valor de forma concluyente.

McCoy profirió un bufido.

—¿Y?

—Sólo sugiero, doctor, que sería ilógico descartarlas completamente.

—Para usted tal vez sea así. En cuanto a mí, me preocuparía más bajar a la superficie de su planeta, especialmente si él nos acompañase. El primer ministro me da más miedo que esos a los que él llama terroristas.

—No puedo estar en desacuerdo con usted, doctor. La objetividad del primer ministro Kaulidren parece, efectivamente, disminuida por su tendencia a la emocionalidad. De todas formas, sus advertencias no pueden descartarse enteramente. Como usted mismo ha declarado con frecuencia, la presencia de emociones no necesariamente invalida...

—¡Si está tan preocupado, Spock, no tiene necesidad de acompañarme! ¡Todavía puedo bajar solo a la superficie!

—Yo no estoy «preocupado», doctor. Simplemente, como he dicho antes, me limito a no descartar globalmente las afirmaciones de Kaulidren, y le aconsejaría que mantuviera su mente igualmente abierta al respecto.

—Haré cualquier cosa que satisfaga su lógica vulcaniana de «mente abierta» —masculló McCoy en el momento en que se abrieron las puertas y ambos salieron al pasillo que llevaba a la sala del transportador—. Pero ese tipo no pretende más que agitar las cosas. Creo que hasta usted es capaz de comprender eso, Spock; ¡los dos vimos lo que sus «naves de vigilancia» le hicieron a esa nave que intentaba contactar con nosotros! Incluso aunque Delkondros sólo la haya lanzado para demostrarnos que los de Kaulidren le dispararían... bueno, el caso es que sí le dispararon, y que Delkondros estaba en lo cierto. Quienquiera que la haya derribado, no podía saber si había gente a bordo, no sin sensores. Eso debería de ser bastante concreto para que su lógica lo entendiera.

—Por supuesto, doctor —asintió Spock cuando entraban en la sala del transportador—, pero las pruebas presentadas por el ministro sobre las acciones de los colonos eran...

—¡Pruebas respecto a las cuales sólo podemos aceptar su palabra! Usted mismo

dijo que no había forma de saber quiénes eran las personas de esas escenas. ¿Quién puede decir que las atrocidades que él nos enseñaba no eran las cosas que los de su bando les han hecho a los colonos, y no lo contrario?

—Nadie, doctor. Sin embargo, cuando existe la posibilidad, la lógica dicta que uno debe estar preparado para las consecuencias resultantes de que cualquiera de las dos cosas sea la verdad.

—¡Que la zurzan a la lógica, Spock! —McCoy se detuvo junto a la base de la plataforma del transportador para mirar con ferocidad al vulcaniano, que ya se había colocado sobre uno de los círculos—. No se necesita más que los sentidos de un caballo viejo para penetrar en las intenciones de Kaulidren. ¡Por si no lo ha notado, le diré que tiene una idea bastante distorsionada de cómo funciona la Federación! Se cree que somos unos matones como él, y quiere que les hagamos a los colonos el mismo tipo de cosas que, según él, le han hecho estos, sólo que con creces. ¡Es evidente que no va a permitir que una nadería como la verdad se interponga en su camino para conseguir lo que quiere!

—No estoy en desacuerdo con la esencia de nada de lo que ha dicho, doctor —replicó pacientemente Spock.

—¡Le aseguro que tiene una forma muy rara de manifestar su acuerdo con los demás, Spock! Si...

Interrumpió la frase al oír el sonido de alguien que se aclaraba la garganta detrás de él. Era Kyle, el jefe de la sala del transportador.

—¿Preparados, caballeros?

Tras echarle una última mirada ceñuda a Spock, el doctor McCoy subió a la plataforma, dio media vuelta, se colocó en el centro del círculo que estaba junto a Spock y le hizo con la cabeza un gesto de asentimiento a Kyle.

—Preparados, capitán —informó el jefe de la sala de transportes.

—Proceda, señor Kyle —le respondió la voz del capitán Kirk—. Pero esté preparado para sacarles de allí a la primera señal de problemas. Mantenga el transportador centrado sobre sus comunicadores.

—Sí, señor —replicó Kyle—. Activación.

McCoy miró a Spock mientras sacudía la cabeza y suspiraba al ver que el vulcaniano miraba hacia abajo, con los ojos dirigidos discretamente hacia el sensor que llevaba colgado del hombro, preparado para estudiar las lecturas del instrumento en el instante mismo en que se materializaran en la superficie del planeta.

—¿Sólo una precaución lógica, Spock? —preguntó, pero las palabras apenas habían salido de su boca cuando el familiar estremecimiento del campo del transportador desvió repentinamente la atención del médico e hizo que la concentrara en sí mismo.

«A decir verdad —pensó mientras controlaba un estremecimiento—, eso de ser

arrojado a través del espacio por esta condenada máquina me angustia más que la posibilidad de peligro que entrañen los colonos, e incluso Kaulidren.»

Era una de las cosas en las que podía estar perfectamente de acuerdo con el primer ministro. Nunca se habituaba al transportador, por muchas veces que pasara por él. La sola idea de dejar de existir durante unos pocos segundos, excepto como patrón energético, le causaba siempre una sensación de... desamparo. Y ésta era una sensación que detestaba visceralmente, en especial cuando había una máquina implicada en el asunto.

Comenzaba a apretar los dientes cuando los rayos energéticos del transportador solidificaron sus garras sobre él y la sala se desvaneció ante sus ojos.

Cuando le soltaron y pudo volver a moverse, los músculos de sus mandíbulas se relajaron y dejó escapar el aliento con un inaudible suspiro de alivio. Se encontró de pie junto a Spock sobre un suelo de cemento desnudo, cerca de uno de los extremos de lo que parecía ser una gran sala de conferencias improvisada con dos mesas metálicas llenas de abolladuras puestas la una a continuación de la otra para conseguir más espacio. Las sillas, de las que no había dos iguales, parecían restos de salas de espera y líneas de ensamblaje. Aproximadamente unos doce hombres se hallaban de pie al otro lado de la mesa, en el otro extremo del lado izquierdo de la sala, como si desearan mantener la máxima distancia posible entre ellos y el área en la que acababan de materializarse Spock y McCoy. Detrás de los hombres, en una pared lisa de bloques de cemento, había una sólida puerta metálica de incendios cuyos goznes eran lo único que no estaba manchado de herrumbre. En la pared que estaba a doce metros directamente en frente de McCoy y Spock había una puerta corredera abierta a medias, mientras que detrás de ellos, a la mitad de la distancia anterior, había otra puerta de madera, completamente cerrada y con la pintura desconchada.

Por un momento reinó el silencio. McCoy vio por el rabillo del ojo que Spock levantaba los ojos abruptamente del sensor y lanzaba rápidas miradas hacia todas las puertas.

—Yo soy Delkondros —dijo el más alto y obviamente el más musculoso de los hombres mientras comenzaba a conducir a sus compañeros desde el extremo más alejado de la mesa en dirección a los recién llegados.

Una barba completa le ocultaba la parte inferior del rostro y unas pobladas cejas le sombreaban los ojos, pero tenía el cráneo completamente desnudo. Todos los hombres llevaban camisas y pantalones indefinidos y de color oscuro, pero Delkondros y otro de ellos, de aspecto casi tan poderoso como el presidente del consejo, llevaban también lo que parecían ser antiguas armas de proyectiles sujetas a la cintura.

—Estos hombres son todos miembros del consejo de independencia.

McCoy comenzó a avanzar para saludar al hombre, pero la mano de Spock le aferró velozmente para contenerle.

—Las formalidades de nuestro encuentro deberán ser momentáneamente pospuestas, presidente Delkondros —declaró Spock sin hacer caso de la feroz mirada de McCoy—. Tenemos orden de permanecer en contacto constante con la *Enterprise*.

—Al menos podría esperar hasta que... —comenzó McCoy, pero Spock le interrumpió con su característica brusquedad.

—Le sugeriré que no cuestione las órdenes que tenemos, doctor McCoy —replicó Spock, que ya tenía en la mano el comunicador—. Según recordará por nuestras desventuras en Neural, el capitán no da órdenes sin tener buenas y suficientes razones para ello.

McCoy frunció el entrecejo.

—¿Neural? ¿De qué rayos habla usted, Spock?

—No obtendrá ninguna respuesta, comandante Spock —le informó Delkondros con un suspiro, mientras él y los demás se detenían a unos tres metros y medio de distancia—. Esta zona está ahora protegida por un escudo, no puede establecerse ninguna clase de comunicación. —Desplazó la mano hasta hacerla descansar sobre el arma de fuego, pero no la desenfundó. El otro miembro del consejo que iba armado hizo lo mismo.

Con menos disimulo, Spock miró su sensor y volvió a recorrer rápidamente la sala con los ojos.

—No hagan ninguna tontería, ninguno de los dos —les advirtió Delkondros.

—¿Qué cree usted que hace? —le espetó McCoy, que miraba con el ceño fruncido las manos que se movían en torno a las armas—. ¡Hemos bajado aquí para ayudarles!

—Sabemos que eso es lo que ha dicho su capitán, doctor McCoy, pero... —

—¡También es la verdad!

—Tal vez lo sea —admitió Delkondros—, pero, mientras Kaulidren esté a bordo de su nave para poder influir sobre él, no queremos correr riesgo alguno. Ahora, coloquen sus comunicadores sobre la mesa.

—¿Para qué? —protestó McCoy—. Creía haber entendido que de todas formas no funcionarían.

—Mientras el escudo permanezca activado, no lo harán —le contestó Delkondros, que aparentemente intentaba hablar con un tono de disculpa—. Pero la energía necesaria para mantener en funcionamiento el escudo es más de la que podemos permitirnos, y no durará mucho tiempo. Ahora, por favor, caballeros, no pierdan ustedes el tiempo. Sus comunicadores les serán devueltos cuando hayan acabado con la misión que les ha traído hasta aquí.

Durante un segundo más, el doctor McCoy miró con expresión ceñuda al

presidente del consejo de Vancadia, luego sacudió la cabeza y profirió un suspiro de irritación. Las sospechas de Delkondros respecto al capitán Kirk eran estúpidas, pero, en el caso de Kaulidren, el asunto era completamente distinto. El primer ministro era, obviamente, el tipo de hombre capaz de intentar absolutamente cualquier cosa. No tendría la más mínima posibilidad de éxito, por supuesto, no con Jim Kirk, y posiblemente tampoco con ningún otro capitán de la Flota Estelar, pero Delkondros no tenía forma de saberlo; y, obviamente, no estaba dispuesto a aceptar la palabra de nadie, al menos no la de ellos. No, si Spock y él querían conseguir algo en aquel planeta, sencillamente habrían de ceder a las paranoicas exigencias de Delkondros.

—¡Vamos, Spock —dijo finalmente mientras depositaba su propio comunicador sobre la mesa—, acabemos de una vez con esta estupidez! ¡Así podremos ponernos a trabajar en el asunto que nos ha traído aquí!

Spock vaciló durante un momento y luego dejó su comunicador sobre la mesa, junto al del doctor McCoy. El médico miró entonces a Delkondros.

—Y ahora, ¿qué es eso que quiere enseñarnos?

Antes que el presidente del consejo de Vancadia pudiera contestarle, uno de los hombres que le acompañaban, un tipo de estatura baja y cuerpo delgado pero fuerte, con una barba en la que comenzaban a aparecer algunas canas, avanzó velozmente para encararse con él.

—¡Esto es una locura! —estalló el hombre—. ¡No puedo permitir que continúe adelante! ¡Creo que incluso tú puedes comprender que sólo lograrás empeorar la difícil situación de Vancadia!

El presidente miró al hombre con el ceño fruncido.

—Hemos hablado de esto un centenar de veces, Tylmaurek. Pensaba que finalmente habías aceptado mis puntos de vista.

Tylmaurek, enojado, negó violentamente con la cabeza.

—¿Es que no puedes darte cuenta de lo que haces, Delkondros? ¡Arruinas la única oportunidad que tenemos! ¡Esta gente quiere ayudarnos, pero si tú continúas con este disparate, sólo conseguirás volverlos contra nosotros! ¡Pondrás las cosas de tal forma que la Federación ya no estará nunca más dispuesta a escucharnos!

—Ese hombre tiene razón —intervino McCoy, animado de pronto por la presencia de alguien que parecía tener un poco de sentido común—. Mire, yo sé cómo se siente respecto a Kaulidren, pero si nos secuestra no va a conseguir nada positivo, y usted lo sabe. Con ello sólo logrará hacer que parezca que también ustedes defienden una causa injusta.

—¡Eso mismo es lo que yo les dije! —exclamó Tylmaurek, casi a gritos, mientras se volvía apresuradamente hacia Spock y McCoy—. Desde el mismísimo principio les dije que debían confiar en ustedes. Que era el único camino posible. ¡A la Federación no se le puede hacer chantaje, al menos no la gente como nosotros!

Hizo una pausa para recorrer con una mirada de ferocidad a los incómodos miembros del Consejo de Vancadia.

—¿Es que no lo podéis entender? ¿No habéis oído lo que han dicho? E incluso en caso de que mientan, ¿pensáis que esto les hará cambiar de parecer? Además, una vez que les hayamos obligado a estudiar nuestras pruebas y los hayamos puesto en libertad, ¿cómo tenéis planeado controlarlos? ¿O es que pensáis retenerles como rehenes por toda la eternidad?

Mientras Tylmaurek hablaba, McCoy notó que dos miembros del consejo —un joven de unos veinticinco años, sin barba, y un hombre robusto y alto que frisaba la cincuentena se apartaban del grupo, rodeaban la mesa y avanzaban hacia la salida de incendios del fondo de la sala.

Sin embargo, quien habló fue un hombre delgado de cabellos oscuros, que había permanecido con el grupo.

Tylmaurek tiene toda la razón —declaró con nerviosismo mientras evitaba mirar a Delkondros a los ojos—. Esta gente se ha transportado hasta aquí por su propia y libre decisión. Tú nos dijiste que nunca jamás se acercarían siquiera a nosotros, a menos que les engaáramos. Pero lo han hecho, y ahora me parece que deberíamos confiar en su palabra.

—Además —dijo alguien que estaba en la parte de atrás del grupo—, como dice Tylmaurek, si mientan, no hay absolutamente nada que podamos hacer para remediarlo. Estamos obligados a aceptar su palabra. No nos queda ninguna otra alternativa. Estos hombres no son simplemente otro par de matones chyrellkanos.

Delkondros frunció momentáneamente el entrecejo y dirigió sus ojos rápidamente de uno a otro rostro.

—¿Habla Tylmaurek en nombre de todos vosotros? ¿Pensáis todos de la misma forma?

Al principio no hubo más que un silencio inmóvil, pero luego, uno a uno, los demás miembros del consejo murmuraron su asentimiento. Excepto el que, al igual que Delkondros, iba armado. Éste le echó una mirada de soslayo a Delkondros, pero guardó silencio.

—Muy bien —declaró finalmente Delkondros—, si ese es vuestro deseo, que así sea. Que las consecuencias caigan sobre vuestras cabezas, no sobre la mía.

—¿Hará entonces que bajen el escudo? —le preguntó Spock—. ¿Nos permitirá ponernos en contacto con la *Enterprise*?

—Si ese es su deseo, sí.

—Lo es.

—Muy bien —respondió Delkondros mientras asentía resignadamente con la cabeza—. Haré que bajen el escudo.

Delkondros retiró la mano de donde la había tenido hasta entonces, cerca del

arma de fuego, sacó de un bolsillo un aparato del tamaño de un comunicador y pulsó uno de los botones que tenía en la superficie.

—¡Ya era hora! —masculló McCoy mientras se disponía a avanzar hacia la mesa, pero antes que pudiera dar un solo paso la puerta que estaba directamente detrás de él y de Spock se abrió de golpe.

—¿Qué rayos...? —comenzó a decir.

Pero las palabras siguientes no llegaron a salir de los labios del médico de la *Enterprise*; sin previo aviso, Spock se volvió y se lanzó contra él, le aferró por los hombros y se zambulló literalmente contra el suelo junto con el médico, que quedó boqueando, en el momento en que varios disparos de rayo láser crepitaron por la puerta abierta y hendieron una media docena de veces el espacio que él y Spock habían ocupado una fracción de segundo antes. Uno de los disparos le acertó en un hombro al miembro del consejo que iba armado. El arma que había desfundado cayó de los dedos insensibilizados. Antes que llegara a caer, un segundo disparo le dio de lleno en el pecho.

La sala se convirtió en un caos; la mayoría de los miembros del consejo gritaba y chillaba a un tiempo. Algunos siguieron el ejemplo de Spock y se arrojaron al suelo, a la vez que otros se volvieron y echaron a correr hacia la puerta, y unos terceros se quedaron inmóviles por la consternación. Delkondros sacó su propia arma de la funda y saltó a un lado para alejarse del hombre herido. Durante un momento, apuntó con su arma a los dos miembros de la tripulación de la *Enterprise*, pero antes que pudiera disparar, un hombre tambaleante apareció en la puerta con una pistola de láser en la mano. Delkondros desplazó el cañón de su pistola hacia arriba y disparó al intruso, lo que produjo un sonido atronador en aquel espacio cerrado. La bala —porque se trataba, en efecto, de una antigua arma de proyectiles— le dio de lleno al hombre y lo lanzó hacia atrás; el arma de láser salió disparada de su mano y traspuso la puerta que tenía a sus espaldas antes de caer sonoramente al suelo.

Repentinamente reinó el silencio, durante un momento todos quedaron inmóviles, incluso aquellos que habían comenzado a huir hacia la puerta opuesta. A diferencia de todos los demás, el rostro de Delkondros carecía de expresión; no miraba al hombre al que había disparado, ni siquiera al miembro herido del consejo, sino que contemplaba atentamente a Spock y McCoy con el entrecejo fruncido.

McCoy hizo caso omiso de aquella ceñuda mirada y se puso trabajosamente de pie.

—¡Haga el favor de bajar ese condenado escudo! —le espetó a Delkondros mientras corría hacia el miembro del consejo que había sido alcanzado por los disparos de láser—. ¡Hemos de enviarle a nuestra enfermería... inmediatamente! ¡De lo contrario no tendrá ni una sola posibilidad de sobrevivir!

Se arrodilló junto al hombre caído y acercó el sensor médico a las heridas.

—Todavía respira —masculló—, pero a duras penas, si sufre un shock antes que podamos...

McCoy se interrumpió en medio de la frase, las arrugas de su entrecejo se transformaron en un fruncimiento de perplejidad mientras desplazaba el sensor arriba y abajo y leía en la pantalla. Las lecturas eran completamente erróneas, incluso para un hombre tan seriamente herido como aquel. El ritmo cardíaco, las indicaciones del metabolismo básico...

Levantó bruscamente los ojos hacia el presidente del consejo.

—Delkondros, ¿quién es este hombre?

—¿Tiene eso alguna importancia, doctor? —intervino Spock, que avanzaba hacia la mesa y se apoderaba de los comunicadores mientras hablaba, sin apartar ni por un instante los ojos de Delkondros—. Lo que importa ahora es que bajen ese escudo.

—¡Ya lo creo que importa, Spock! —le espetó McCoy—. ¡A menos que todos mis instrumentos se hayan vuelto completamente locos, este hombre no es en absoluto un hombre! ¡Es un klingon!

—No sea estúpido, doctor —le dijo Spock con una fuerza nada característica en él—. Ese hombre es obviamente...

—¡Ya basta, cállense los dos! —exclamó Delkondros, que profirió un fuerte suspiro—. He debido darme cuenta antes. Usted ya lo sabía, ¿no es cierto, Spock? No se moleste en negarlo. Le vi comprobar las lecturas de su sensor desde el momento mismo en que llegaron aquí. Y, por la forma en la que se apartó usted y apartó al doctor McCoy de la línea de fuego, es evidente que ya veía venir lo que sucedería.

De golpe, todas las acciones anteriores de Spock, la enigmática referencia hecha a Neural, adquirieron sentido para McCoy. El vulcaniano había intentado ponerle sobre aviso, y él había sido demasiado condenadamente obtuso para captarlo, ahora...

—Pero no tiene ninguna importancia —declaró Delkondros mientras sacudía la cabeza con burlona tristeza—. Ahora ya lo saben. Todos lo saben.

Sus ojos recorrieron veloz y fugazmente a los otros miembros del consejo. Con una mano pulsó un botón del aparato de señales que todavía sujetaba. Con la otra levantó el arma para apuntar directamente a Spock. McCoy, en el mismo momento en que se ponía de pie de un salto, vio el dedo de Delkondros que se tensaba sobre el gatillo.

Pero entonces, Tylmaurek, que se hallaba al lado derecho del presidente, a menos de un metro de él, le propinó un rápido golpe en la muñeca.

La pistola se disparó, la bala no dio por pocos centímetros a Spock, que se había lanzado hacia adelante, y abrió un agujero en la pared que estaba detrás de él.

Con la pistola aún aferrada en la mano, Delkondros le propinó un codazo a Tylmaurek en el pecho; la fuerza del golpe levantó al hombrecillo del suelo y le hizo retroceder a trompicones mientras luchaba para recobrar el aliento. Casi desmayado,

chocó contra McCoy y ambos cayeron al suelo en un enredo de brazos y piernas.

Antes que Delkondros pudiera volver a apuntar el arma, Spock le aferró la muñeca y forcejeó para mantener el cañón apartado de su propio pecho. Dos atronadoras detonaciones más dispararon balas que dieron contra el suelo y arrancaron mortales fragmentos de cemento que volaron en todas direcciones; luego Delkondros se colocó con un brusco giro a espaldas de Spock y deslizó el otro brazo alrededor de su cuello, encajó el antebrazo bajo el mentón del vulcaniano y luego comenzó a apretar con una fuerza tremenda los tensos músculos de su garganta.

«¡Buen Dios, él también es un klingon!», comprendió McCoy, ya demasiado tarde, mientras luchaba para salir de debajo del peso laxo de Tylmaurek.

En tanto los pies de Spock se levantaban del suelo, lo que dejaba al vulcaniano indefenso en las férreas manos de Delkondros, McCoy consiguió ponerse de pie y abrir su equipo médico. Después de encontrar una pistola hipodérmica, buscó un frasco pequeño y lo abrió mientras daba la vuelta por detrás de Delkondros.

Luego se lanzó hacia adelante y presionó la pistola hipodérmica contra el cuello de Delkondros, lo cual la activó automáticamente. La pistola produjo un elocuente siseo y la cabeza del klingon giró al intentar él encararse con McCoy. Ese movimiento permitió que los pies de Spock volvieran a tocar el suelo y le proporcionaron el punto de apoyo que había perdido, luego los dos se lanzaron repentinamente hacia un lado.

Un sonido gutural, casi un gruñido, salió de la garganta del presidente del consejo; por un instante el hombre se puso rígido, su brazo se lanzó hacia arriba y empujó la cabeza Spock bruscamente hacia atrás.

Un momento después el brazo se aflojó y cayó. El arma golpeó contra el suelo, seguida inmediatamente por el propio Delkondros, que se inclinó hacia atrás y golpeó el suelo a los pies de McCoy con un ruido sordo.

—Gracias, doctor —le dijo Spock a McCoy mientras se volvía y echaba a correr hacia la puerta por la que había aparecido el hombre con la pistola de láser.

Tras cerrarla de un golpe y echarle el cerrojo, dio media vuelta para encararse con el grupo de miembros del consejo que daban vueltas por la sala sin saber qué hacer, mientras McCoy avanzaba apresuradamente hacia el hombre al que había herido Delkondros.

—¿Sabe alguien desactivar el escudo del que ha hablado Delkondros? —preguntó Spock con una voz manifiestamente ronca a causa de la presión que había sufrido su garganta.

—Él no nos ha dicho nunca dónde están los generadores —le contestó uno de ellos, seguido por un coro de afirmaciones—. ¡Ni siquiera sabíamos que existiera un escudo hasta que él nos expuso el plan que había trazado!

—En ese caso, será mejor que todos abandonemos este lugar lo más rápidamente

posible.

—Este hombre está muerto —declaró McCoy al ponerse en pie tras realizar un apresurado examen del hombre que yacía junto a la puerta—, y es humano. ¡Pero no puedo dejar a ese otro ahí tirado, aunque sea un klingon!

—No tenemos otra alternativa, doctor —dijo apresuradamente Spock—, si queremos tener alguna posibilidad de sobrevivir. Los dos que realmente dispararon el rayo láser antes de empujar a este hombre a través de la puerta también son klingons, y sin duda regresarán. El propio Delkondros es un klingon, y acaba de llamarlos. Es lógico suponer que su siguiente acción será matar a todos los que se encuentren aquí dentro, para que su presencia en este planeta continúe siendo un secreto.

Tras coger su comunicador, McCoy siguió de mala gana a Spock en dirección a la puerta del otro lado de la sala. —¡No, por aquí! ¡Todos por aquí!

Tylmaurek, aunque aún estaba sin aliento a causa del tremendo codazo que le había propinado Delkondros, se encontraba ya de pie al otro extremo de la mesa y señalaba la salida de incendios. Uno de los dos hombres que anteriormente se habían alejado lentamente de los demás miembros del consejo manipulaba la cerradura.

Tras mirar el sensor que llevaba colgado del hombro, Spock cambió de dirección y avanzó apresuradamente hacia la puerta indicada, en el momento en que ésta se abría con un sonoro sonido raspante.

—Vamos, doctor. Sólo tenemos unos segundos.

McCoy hizo una mueca, se sujetó el comunicador al cinturón y traspuso corriendo la puerta detrás de Spock.

—¡Si salimos de esta, Spock, quizá alguien se tome el trabajo de explicarme qué demonios pasa aquí!

Como los otros miembros del consejo se limitaban a dar vueltas sin ton ni son, Tylmaurek alzó la voz hasta casi un grito.

—¡Escuchadme todos! ¡Los vulcanianos no mienten! ¡Todos habéis leído la información que el capitán Mendez nos trajo referente a la Federación! Si el señor Spock dice que Delkondros es un alienígena, un klingon, entonces podéis dar por seguro que lo es. ¡Y si dice que los klingon vienen hacia aquí para matarnos a todos, sin duda es verdad! ¡Si queréis salvar la vida, seguidme ahora mismo!

Como para subrayar aquellas palabras, algo golpeó contra la puerta a la que Spock había echado el cerrojo. Un momento más tarde, el mortal crepitar de un disparo de láser puso en movimiento incluso a los más escépticos miembros del consejo. Aunque Tylmaurek volvió a llamarlos, todos salieron disparados por la puerta del otro extremo de la sala, uno de ellos se detuvo apenas lo suficiente como para recoger el arma de Delkondros y echarle una mirada de negra sospecha a Tylmaurek por encima del hombro.

—¡No! —les gritó Tylmaurek, pero lo único que pudo hacer fue verlos marchar.

Bruscamente enfurecido, después de que el último hombre desapareciera por el pasillo, Tylmaurek dio media vuelta y siguió a Spock, McCoy y a los otros dos miembros del consejo por la puerta de incendios. Se detuvo y forcejeó con la puerta para cerrarla.

Pero estaba atascada. Los goznes, a pesar de no estar herrumbrosos, habían dejado caer la puerta hasta tocar el desigual y resquebrajado piso de cemento. Spock, al ver que la puerta estaba atascada, se metió el comunicador en el cinturón, la aferró con ambas manos y tiró hacia arriba. Desde la sala de conferencias, el sonido de los rayos láser con que los klingon intentaban agujerear la otra puerta se hizo más alto y menos amortiguado. Un momento después uno de los rayos la atravesó y comenzó a abrir una zanja de bordes dentados en el suelo, apenas a unos centímetros del inconsciente Delkondros.

Cuando los restos de la puerta saltaron y ésta se abrió, la otra, la de la salida de incendios, se cerró con un sonoro choque metálico y Tylmaurek hizo encajar el cerrojo y selló la entrada que dejaban a sus espaldas.

Se encontraron en un almacén enorme y pobremente iluminado, donde se amontonaban cajas de todos los tamaños que formaban corredores sombreados. Tylmaurek echó a andar inmediatamente por una de las naves.

—Por aquí —les dijo a los demás mientras echaba a correr al trote y les hacía una señal con el brazo para indicarles que le siguieran—. Hablaremos cuando hayamos salido de aquí y estemos a salvo. Entonces quizá podamos trazar algún plan.

Los otros le siguieron. Avanzaron por el edificio durante quizá un minuto y luego Tylmaurek se detuvo cerca de una plataforma baja de madera, una especie de muelle de carga y descarga, según advirtió McCoy. El vancadiano apoyó una llave electrónica contra el panel de una puerta pequeña que estaba junto al muelle, la abrió y salió por ella. Echó rápidas miradas arriba y abajo de la calle oscura y desierta, tras lo cual les hizo señas para que le siguieran.

—Por allí —les indicó el otro lado de la calle sin salida, hacia un área que parecía un parque densamente poblado de árboles.

Cuando cerraba la puerta después de haber salido, un grito débil les llegó desde algún punto del interior del edificio, luego la detonación apagada de un arma de proyectiles y el apenas audible pero inconfundible crepitar de los rayos láser. Tylmaurek dio tal respingo que casi se le cayó la llave electrónica al tratar de meterla otra vez en el bolsillo. Cuando dio media vuelta para echar a correr detrás de los otros, su rostro tenía una expresión implacable.

—¿Qué le dice ahora su máquina? —le preguntó a Spock, y miró con expresión ceñuda el sensor del vulcaniano mientras atravesaban la calle a la carrera—. ¿Sabe cuál de mis amigos ha muerto?

Al entrar en el área arbolada, Spock se detuvo y miró el sensor, después levantó

los ojos nuevamente hacia Tylmaurek y McCoy, pues el médico también le observaba con expresión ceñuda.

—Lo siento —declaró con tristeza—. Las únicas formas que registra ahora en esa zona son las de los klingon.

5

«Debería haber estado con ellos», pensó amargamente Kirk, cuyos ojos continuaban sin poder apartarse de los diez mil kilómetros cuadrados de rielante distorsión que desdibujaban la imagen de Vancadia en la pantalla frontal.

«¡No tendría que haber cedido a las exigencias de esos dos pendencieros egomaniacos! Si hubiéramos estado los tres ahí abajo, en lugar de sólo ellos dos...»

—¡Se lo advertí! —La rasposa voz de Kaulidren penetró a través de la insensibilizadora coraza que se había levantado en torno a la mente de Kirk—. ¡Le advertí que esa gente no era de fiar! ¿Comprende ya la clase de criaturas que son? ¿Va a escucharme ahora?

Kirk rechinó los dientes con una repentina cólera y dio media vuelta para encararse con el primer ministro.

—¡Le he escuchado, primer ministro, pero en todas sus advertencias no oí absolutamente nada referente al escudo que acaban de levantar!

Kaulidren meneó bruscamente la cabeza y su propia ira pareció igualar a la de Kirk.

—¿Cómo podíamos advertirle de algo sobre lo que nada sabíamos? ¡Nosotros nos hemos enterado de la existencia del escudo al mismo tiempo que ustedes! Pero seguro que no es tan poderoso... le he oído decir a su teniente Pritchard que podría ser fácilmente atravesado por sus armas.

—Primer ministro Kaulidren... —Kirk respiró profundamente para intentar calmarse. Cuando habló nuevamente, su voz era más tranquila y el tono más controlado—. Nosotros no hemos venido aquí para ponernos de parte de nadie. ¡Y, desde luego, le aseguro que no hemos venido para matar a miles de personas inocentes, que es lo que conseguiríamos si disparamos a ciegas nuestras armas a través de ese escudo!

—Pero ahora que han sido asesinados sus propios hombres, ¿afirma usted, capitán, que esa llamada Primera Directriz a la que su Federación le da tanta importancia no les permite siquiera defenderse?

—¡Por supuesto que no! ¡Pero disparar un torpedo de fotones contra una ciudad inerte difícilmente se parece a lo que yo llamaría defensa! ¡Sería exactamente el mismo tipo de venganza genocida a la que se entregan los klingon!

—¿Es venganza hacer justicia cuando sus propios hombres han sido asesinados, capitán? —le preguntó Kaulidren—. Le aseguro, capitán, que la fuerza es el único idioma que entienden Delkondros y los de su calaña.

—En ese caso, habremos de enseñarles otro —fue la sencilla respuesta de Kirk.

—Capitán, capitán... —comenzó Kaulidren mientras sacudía comprensivamente la cabeza—. Supongo que debería haber sabido que no podía esperar una acción

directa y decisiva por su parte... y me parece que no puedo culparle del todo. ¡He leído los relatos históricos que nos ha proporcionado la nave El Dorado, he visto muchos ejemplos de cómo tratan sus superiores a cualquiera que demuestra tener un poco de firmeza, un poco de iniciativa! Ahí tiene los casos de Geiken, de Wenzler, de Carmody...

Kirk parpadeó, sorprendido por las palabras del primer ministro. Si los nombres que acababa de pronunciar eran verdaderamente la idea que aquel hombre tenía de los héroes, particularmente en el caso de Jason Carmody, las posibilidades de llegar a una resolución pacífica entre Chyrellka y Vancadia eran realmente muy remotas.

Carmody, recordó Kirk con una mueca mental, había estado al mando de la Chafee, una pequeña nave exploradora, en la época anterior al establecimiento de la zona neutral. Había hecho caso omiso de la insistencia de sus subordinados, que le instaban a ser más cauteloso, y se había trasladado a la superficie de Delar Siete —un mundo primitivo emplazado a pocos parsecs^[1] de un área de conocida actividad klingon— en sus prisas por comprobar lo que más tarde resultaron ser lecturas falsas de la presencia de dilitio. Él y su tripulación se encontraron en medio de una encarnizada batalla entre fuerzas respaldadas por los klingon y otra fracción nativa, y en lugar de transferirse inmediatamente a bordo como exigía la primera directriz —y el liso y llano sentido común—, Carmody sacó su pistola de láser y se puso a disparar cuando uno de los suyos resultó herido. Mató o hirió a una docena antes que sus hombres lograran dominarle y hacer que todo el grupo regresara a bordo de la nave. La totalidad de la tripulación de la Chafee acabó perdida más tarde en el espacio.

—Lamento que piense usted de esa forma, primer ministro Kaulidren —le contestó Kirk—, pero eso no cambia los hechos.

—¿Hechos? ¡Los hechos son que Delkondros acaba de asesinar a dos de sus hombres y usted se propone no hacer nada al respecto!

—No, primer ministro —le espetó Kirk con aspereza—. ¡El verdadero hecho es que no sabemos quién los ha asesinado!

—¡Pero si usted ha oído a Delkondros! ¡Él le dijo que los retenía como rehenes! ¡Incluso le amenazó con hacer exactamente lo que ha hecho... matarlos si intentaba usted sacarlos del planeta! Sin duda, usted...

—Puede que todo eso sea cierto —le interrumpió Kirk—, pero a mí me pareció que se había entablado alguna clase de lucha en el momento en que los mataron. ¿Qué sucedería si algún otro grupo... incluso algunos de sus propios hombres hubieran atacado a Delkondros? Mis hombres podrían haber quedado simplemente atrapados en el fuego cruzado. O, ya que estamos en ello —agregó Kirk, que miró directamente a Kaulidren con el entrecejo fruncido al pasarle una nueva posibilidad por la cabeza—, no tenemos forma alguna de saber si fue realmente Delkondros quien capturó a mis hombres. ¡Por lo que yo sé, también podría haber sido uno de sus

funcionarios coloniales, que se hacía pasar por Delkondros! Todo este asunto muy bien podría ser simplemente una mascarada sangrienta destinada a engañarnos para conseguir que nos pongamos de parte de ustedes, e incluso que tomemos represalias contra los colonos.

—¡Estoy seguro de que no puede creer usted una cosa tan estafalaria como esa, capitán!

«Si sus héroes son gente como Carmody, ya lo creo que puedo», pensó Kirk, pero negó de mala gana con la cabeza.

—De momento, no, aunque cuanto más nos insta usted a tomar represalias, más plausible me resulta la idea. Así pues, intente comprenderlo, primer ministro. Independientemente de lo que usted pueda haber pensado cuando solicitó nuestra ayuda, la Federación no se pone de parte de nadie en las disputas que le son ajenas, nunca, bajo ninguna circunstancia. Nosotros no somos jueces y jurados, por muy tentadora que pueda resultar la perspectiva en la presente situación. ¡Nosotros somos, aquí y ahora, solamente mediadores, eso es lo único que somos, eso es lo único que podemos ser!

Kirk se volvió bruscamente hacia la terminal científica.

—Señor Pritchard, instale un programa que controle constantemente ese escudo, algo que alerte tanto al puente como a la sala del transportador... y también a motores... en el momento en que haya la más ligera señal de debilitamiento, el más ligero indicio de cualquier tipo de cambio.

—Sí, capitán.

—En cuanto tenga eso en funcionamiento, vuelva a los sondeos por sensor. Quiero estar enterado de todas las naves y todas las fuentes energéticas que haya en el sistema de Chyrellka.

—De inmediato, señor.

—Teniente Uhura, abra un canal de comunicación con la Flota Estelar. Hemos de informar de todo esto, no sólo de las muertes sino también de la existencia de ese escudo y de todas sus implicaciones.

Tras acusar recibo de la orden con voz débil, Uhura se puso a trabajar en los controles mientras Kirk se reclinaba en su asiento y se preparaba para lo que vendría a continuación.

Cuando Spock informó que los klingon eran los únicos seres vivos en la zona en la que debería de haber habido más de media docena de miembros del consejo, un turbador silencio se apoderó de Tylmaurek y de los otros dos, y luego el primero hizo una mueca de furia. Se volvió bruscamente y echó a andar a la carrera hacia el parque densamente arbolado. Los demás le siguieron sin decir nada.

Mientras corrían, McCoy sacó el comunicador que llevaba colgado del cinturón.

La presencia de los klingon hacía aún más imperiosa la necesidad de contactar con la *Enterprise*, aunque ellos dos no consiguieran llegar a bordo. La presencia de los klingon explicaba sin lugar a dudas que las relaciones entre Chyrellka y Vancadia se hubieran ido al diablo en menos de diez años, pero no explicaba por qué estaban allí ni qué esperaban lograr con ello. Fuera lo que fuese, a menos que él o Spock pudieran informar a la *Enterprise* y a la Federación, tenían muchas probabilidades de éxito. Y siempre era una mala noticia que los klingon tuvieran éxito en algo. La última vez que se habían tomado la molestia de hacer que uno de ellos tratara de pasar por un ser humano, había sido con el fin de envenenar un cargamento de quadrotricalc que iba a ser enviado a un planeta hambriento respecto al cual abrigan ciertos propósitos. Nadie sabía cuántas personas habrían muerto si hubiesen tenido éxito en aquel pequeño plan, pensó un furioso McCoy.

—McCoy a la *Enterprise* —gritó al comunicador mientras corría—. ¡McCoy a *Enterprise*... conteste, *Enterprise*!

Spock, que iba algunos pasos por delante, volvió brevemente la cabeza y llamó al médico.

—Doctor, evidentemente el escudo continúa levantado... y es igualmente obvio que cubre un área mucho más grande que la del edificio en el que nos hallábamos. Le sugiero que concentremos nuestros esfuerzos en escapar, más que en...

McCoy cerró el comunicador con disgusto, volvió a meterlo bruscamente en el cinturón y casi lo dejó caer en el proceso.

—¡Maldición, Spock, ya trato de escapar! ¡Soy un médico, no un corredor de fondo!

Todavía se hallaban en lo profundo de la zona arbolada, sin luces delante ni detrás, y el médico empezaba a quedarse sin aliento.

—¿Adónde vamos? —preguntó en voz alta—. ¿Y cuánto falta para que lleguemos?

—Otros diez metros, más o menos —le respondió Tylmaurek, que iba más adelante y parecía tan desfondado cómo él—, y habremos salido de aquí; llegaremos al lugar en el que hemos dejado nuestros vehículos. —Se oyó una amarga risa entre jadeos—. En un principio tomamos precauciones con el fin de tener una ruta de escape por si los chyrellkanos descubrían dónde nos habíamos reunido y nos atacaban, pero cuando Delkondros, o como sea su nombre klingon, trazó el complot del secuestro y yo no conseguí hacerle renunciar a él, nosotros tres... —miró a los otros dos miembros del consejo que les acompañaban—. Bueno, los tres trazamos nuestro propio complot. Estos dos iban a intentar distraer a Delkondros mientras yo les sacaba al exterior. Pensábamos que, una vez fuera del edificio, estaríamos libres del escudo y ustedes podrían contactar con su nave, pero, por lo que he oído, deduzco que también en eso me había equivocado.

—Eso es lo que parece —consiguió articular McCoy mientras Tylmaurek volvía a hundirse en un silencio jadeante. Pocos segundos más tarde les hizo detener a poca distancia de una línea de arbustos de hoja perenne. Más allá había lo que podría haber sido, excepto por los contornos suavemente redondeados de las casas y la total ausencia de curvas en el trazado, una calle residencial algo deslucida del siglo veintiuno de la Tierra. Incluso los postes del alumbrado, unos tubos circulares relumbrantes, no se diferenciaban mucho de los del planeta de McCoy. Sin embargo no se veía a nadie que hubiese salido a dar un paseo, aunque el tiempo, claro y seco, invitaba a hacerlo. Un solo vehículo de color gris oscuro, que se desplazaba por un sistema flotante casi silencioso, siseó al pasar. Cuando hubo desaparecido de la vista, Tylmaurek les hizo un gesto para que avanzaran a través de una abertura que había en la hilera de arbustos.

—El toque de queda chyrellkano no comienza hasta dentro de una hora —les comentó Tylmaurek, que empezaba a recobrar el aliento—, pero no hay necesidad de correr riesgos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó finalmente en un tono casi plañidero el más joven de los otros dos miembros sobrevivientes del consejo—. Yo puedo enfrentarme con Delkondros y los chyrellkanos, pero esos alienígenas...

—Hay una casa —declaró Tylmaurek, y les dio una dirección—. Es otra de las precauciones que he tomado, al igual que la ruta de escape. Nadie más conoce su existencia, ni Delkondros ni ninguno de los otros miembros del consejo, así que debería ser segura... a menos que los alienígenas tengan máquinas parecidas a estos sensores —agregó con una mirada interrogativa dirigida a Spock.

—No puedo estar seguro de ello, consejero, pero no creo que tengan nada equiparable. Y aunque lo tuviesen, es casi seguro que no podrán utilizarlo para localizar e identificar a ninguna persona en concreto.

—Eso es un alivio —replicó Tylmaurek—. Por la forma en que usted y Delkondros hablaron del asunto dentro de aquel edificio, empezaba a pensar que se trataba de magia pura, y ya tenemos bastantes problemas sin necesidad de preocuparnos por algo así. Por de pronto, Delkondros conoce los nombres que hemos utilizado desde que nos vimos obligados a pasar a la clandestinidad, y sabe también dónde vivimos. —Hizo una pausa, y su rostro se contorsionó con una mueca—. Debería haberle matado, ahora me doy cuenta de ello, pero ya es demasiado tarde. Doctor McCoy, ¿cuanto tiempo pasará hasta que se despierte de eso que le ha hecho usted?

—Nunca lo había empleado antes con un klingon, así que resulta difícil determinarlo. Podría haber despertado ya, o podría pasar otra hora dormido.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. Estaremos más seguros en esa casa hasta que decidamos qué hacer y tracemos algún plan. En cualquier caso —les dijo a

los otros dos miembros del consejo—, vosotros dos tenéis familias de las que debemos encargarnos. —Hizo una pausa y volvió a mirar a los dos tripulantes de la *Enterprise*.

—Ustedes saben sobre los klingon más que yo. He leído acerca de ellos en las historias de la Federación que nos proporcionaron, pero eso es todo. ¿Qué harán ahora? ¿Intentarán seguirnos la pista?

—Lo que vayan a hacer dependerá de cuántos son y de los recursos disponibles —le contestó Spock—, así como de las razones que tengan para estar aquí. No obstante, una vez sepan que ustedes han escapado, es razonable pensar que acudan a sus casas y aguarden su regreso. Tampoco sería algo muy insólito en ellos llevarse a las familias de ustedes como rehenes, con el fin de obligarles a que se entreguen.

—Y, en caso de que se entreguen —agregó McCoy con tono lúgubre—, lo más probable es que les maten a ustedes y a sus familias. Con ellos no se puede desechar ninguna posibilidad. La vida, incluida la de los mismos klingon, no significa mucho para ellos, a menos que se trate de la suya propia. Lo único que les importa es ganar; y, para un klingon, el ganador es el que continúa con vida al final de la historia.

Los dos hombres palidecieron.

—¿Es cierto que harían algo semejante? ¿Amenazar a nuestras familias? —preguntó el más joven con voz estrangulada.

—Es perfectamente posible —le respondió Spock.

«Más que simplemente posible», pensó McCoy, que de pronto advirtió que los klingon eran más alienígenas para aquella gente que para él o Spock. La historia de Chyrellka no estaba llena de canallas como Hitler y Genghis Khan, que podrían haberles preparado para enfrentarse a seres como los klingon. Habían vivido en paz durante al menos dos siglos, así que incluso a aquellos hombres, que acababan de ver cómo mataban a varios de sus amigos, les resultaba difícil creer hasta qué extremos podían llegar los klingon, capaces de ensañarse con personas totalmente inocentes si eso convenía a sus propósitos.

—Si yo fuera ustedes —declaró McCoy en voz baja, pero con tono apasionado—, acudiría a mi casa lo antes posible y llevaría las familias a esa casa segura de la que nos ha hablado Tylmaurek... antes de que Delkondros se despierte y le diga a su escuadrón de asesinos dónde viven ustedes.

—Tiene razón —confirmó Tylmaurek cuando vio que los otros dos seguían vacilantes y volvían sus rostros horrorizados e interrogativos hacia él—. Marchad mientras aún tenéis posibilidad de hacerlo.

Abruptamente, los dos hombres dieron media vuelta y echaron a correr por la calle en direcciones opuestas.

—Vámonos —dijo Tylmaurek, que comenzó a atravesar la calle—. Mi vehículo está a la vuelta de la esquina. —El hombre se estremeció—... Cuando antes

desaparezcamos de la vista, mejor me sentiré.

Mientras Spock y McCoy seguían a Tylmaurek a lo largo de la calle sin aceras, el gemido de un vehículo flotante que se ponía en marcha llegó hasta ellos de la calle inmediatamente paralela, y luego su siseo cuando se puso en movimiento. Un instante después, el mismo sonido les llegó de la dirección opuesta. Luego Tylmaurek pulsó la combinación del panel cerradura de un vehículo flotante color verde oscuro y les hizo un gesto para indicarles que subieran.

Permaneció en silencio mientras el vehículo, que era aún menos ruidoso en el interior que fuera, se elevó sobre el colchón de aire y salió disparado calle abajo. Pasados algunos segundos, Tylmaurek dirigió la mirada hacia los dos tripulantes de la *Enterprise*; McCoy pudo ver el dolor y la confusión que inundaban los ojos del hombre.

—Supongo que debo asumir que los klingon están aquí —comentó—. Pero, ¿por qué? ¿Qué hacen aquí?

—¡Causan problemas, obviamente! —exclamó McCoy.

—Pero, ¿qué pueden querer de nosotros? No estamos ni lejanamente próximos a su nivel tecnológico, así que es imposible que vayan tras nuestros conocimientos. Y si lo que quieren es robar nuestras materias primas... Ni siquiera tenemos puestos avanzados en las tres cuartas partes de las tierras de Vancadia. Podrían aterrizar en cualquier lugar de esa zona, y nosotros no llegaríamos jamás a saber que estaban allí, y menos aún podríamos hallar una forma de detenerles. —Sacudió nuevamente la cabeza—. Para tomarse tantísimas molestias, debe haber una razón, ¿no creen?

—Esa es una manera lógica de pensar —le respondió McCoy con una mueca—, pero yo no apostaría mi vida por ello. Al menos no juraría que tengan una razón reconocible por ninguno de nosotros. Ya lo he dicho anteriormente, y lo repito ahora: los klingon hacen cosas sin más razón que la pura terquedad klingon. Demonios, yo siempre he pensado que ese era el único motivo que tuvo aquel otro grupo para crear problemas en Neural. Después de todo, ¿qué sacaron realmente de aquello? Incluso aunque les hubieran dejado obrar en libertad, ¿qué habrían obtenido... además del placer de observar cómo dos tribus hasta entonces pacíficas se masacraban mutuamente?

—Es difícil saberlo, doctor —comentó Spock cuando McCoy se retrajo en un sombrío silencio—. No obstante, fueran cuales fuesen los propósitos que les impulsaron en el caso de Neural, a primera vista parece que aquí siguen las mismas pautas de conducta.

Brevemente, Spock explicó, más por Tylmaurek que por McCoy, cómo los klingon habían entregado armas de fuego avanzadas a una de las tribus, y luego la habían alentado para que hiciera la guerra a la otra.

—El escudo —murmuró McCoy cuando Spock hizo una pausa—. En este caso,

los klingon les han dado el escudo.

—Precisamente, doctor. Tylmaurek, ¿qué sabe usted de ese escudo? ¿Afirmó Delkondros haberlo inventado él?

Tylmaurek volvió la cabeza por encima del hombro para mirar al vulcaniano y negó con la cabeza.

—Nunca lo hizo de forma específica. No le habló a nadie de la existencia de ese escudo, al menos no me lo comentó a mí hasta que nos salió con ese descabellado plan suyo; e incluso entonces no dijo virtualmente nada al respecto, excepto que estaría listo para entrar en funcionamiento «cuando fuera necesario».

—¿No les dio en absoluto ningún tipo de información específica, consejero? ¿Ni acerca de su tamaño? ¿Ni de su alcance? ¿Quién construía el generador que lo alimenta? ¿Cuánta energía requería? ¿Nada en absoluto?

—Ni un sólo detalle. Pero desde que yo le dije lo que pensaba de ese plan y comencé a intentar hacer algo para contrarrestarlo, no hemos confiado mucho el uno en el otro. Yo no le hablé de las precauciones que estaba tomando, y él no me contó muchas cosas, aparte de la forma en que debía funcionar su plan.

—¿Y qué hay de lo que comentó cuando se apoderó de nuestros comunicadores? —le preguntó McCoy—. Eso de que el escudo consumía más energía de la que ustedes tenían disponible, razón por la cual deberían desactivarlo dentro de poco tiempo.

—Tampoco sé absolutamente nada de eso.

—En cualquier caso, parece que mentía una vez más —comentó McCoy—, lo cual no es demasiado sorprendente.

Mientras hablaban McCoy y el vancadiano, Spock había vuelto a sacar su comunicador e intentado contactar con la *Enterprise*. Tampoco en esa ocasión tuvo éxito, pero en lugar de volver a colocar el aparato en su cinturón le dio la vuelta, le quitó la tapa de atrás y lo estudió durante un instante. Finalmente, lo cerró, volvió a colocárselo en el cinturón y centró su atención en el sensor.

—Si no estoy equivocado, consejero —declaró el vulcaniano después de estudiar las lecturas durante unos instantes—, la fuente energética de esta ciudad es la fusión nuclear. La planta generadora se encuentra a unos quince kilómetros en dirección norte, ¿correcto?

Tylmaurek frunció el entrecejo, pero no apartó los ojos de la calle.

—Correcto. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Porque aparece con bastante claridad en el sensor —le explicó Spock—. Lo que resulta intrigante es que no pueda encontrar ni un sólo indicio de la existencia de un escudo energético de ninguna clase.

Una repentina ola de esperanza se apoderó de McCoy.

—¡Tal vez lo hayan desactivado finalmente! —murmuró mientras sacaba su

comunicador del cinturón y lo abría. McCoy a *Enterprise*. McCoy a *Enterprise*. Adelante, *Enterprise*.

Pero no obtuvo respuesta.

El momentáneo júbilo le abandonó a la misma velocidad con que había hecho acto de presencia.

—Tal vez mi comunicador esté averiado —comentó, no dispuesto aún a darse por vencido—. Spock, ¿lo ha intentado con...?

—No, doctor. Según mi sensor, funciona exactamente como corresponde a su diseño. Resulta obvio que el problema está en alguna otra parte, probablemente en la *Enterprise*.

—¿En la *Enterprise*? ¿Qué puede funcionar mal ahí arriba?

—Puesto que no estoy a bordo, no puedo decírselo. Repentinamente, la mente de McCoy comenzó a funcionar a toda velocidad.

—Si los klingon están implicados en esto... oiga, Spock, ¿y si los klingon hubieran conseguido inventar un nuevo tipo de escudo, algo que no pudiera ser detectado por nuestros sensores?

—Por supuesto, también esa sería una posibilidad. Sin embargo, no sugiere solución alguna para nuestro problema.

—Pero, eso, al menos, nos diría que el problema tiene su origen aquí abajo y no en la *Enterprise*. Podríamos intentar alejarnos a toda velocidad. Quizá de esa forma consiguiéramos llegar a una zona que esté fuera del alcance del escudo.

—Cosa que, en cualquier caso, deberá esperar hasta mañana —les advirtió Tylmaurek—, a menos que quieran que les detengan por violar el toque de queda.

La réplica de Spock fue interrumpida por un pitido y una luz que se puso a brillar intermitentemente en el panel de controles del vehículo flotante. Tylmaurek frunció el ceño y tendió una mano hacia el interruptor que había junto a la luz.

—¿Y ahora qué sucede? —masculló, tras lo cual se puso a explicar la situación—. Esto significa que el gobierno, el gobierno colonial chyrellkano, ha intervenido todas las transmisiones y tiene un mensaje para nosotros.

Cuando Tylmaurek acabó de hablar, un par de pantallas diminutas —una en la parte delantera, contigua a la luz que aún parpadeaba, y la otra alojada en la parte trasera del asiento de delante—, se habían encendido.

—Debe ser verdaderamente urgente —comentó Tylmaurek con el ceño fruncido—. Habitualmente no envían señales de vídeo a los vehículos en movimiento.

Apareció un hombre de rostro anguloso, vestido con un uniforme negro en cuyas mangas se veían las tiras con los colores verde y rojo de Chyrellka.

—Es el gobernador planetario —declaró Tylmaurek con gesto de repulsión—. Se llama Ulmar.

—Ciudadanos de Vancadia —comenzó a decir el gobernador, lo cual acentuó aún

más la expresión de disgusto en el rostro de Tylmaurek—. Me dirijo hoy a ustedes para transmitir una información que podría significar la vida o la muerte para ambos mundos. No obstante, puesto que no ignoro los sentimientos negativos que muchos de ustedes abrigan contra la administración colonial chyrellkana, no seré yo quien les transmita esta información. No deseo en modo alguno que se haga caso omiso del mensaje a causa de la desconfianza que inspire el mensajero. Es demasiado vital para correr ese riesgo. Por lo tanto, permitiré que dicha información sea presentada por el hombre que la ha traído hasta mí.

El gobernador hizo una pausa, miró hacia un lado y por primera vez le abandonó la fachada de serenidad que había mantenido hasta aquel momento, un destello de desapacible nerviosismo destelló en sus ojos y en un momentáneo fruncimiento de sus labios.

Luego volvió a mirar a la cámara.

—Ciudadanos de Vancadia, el presidente del Consejo de Independencia de Vancadia.

La pantalla se oscureció durante un momento y luego se iluminó de nuevo al ser substituido el rostro del gobernador por el de Delkondros.

—Les insto a todos a que me escuchen y crean lo que voy a decirles —comenzó sin preámbulos la imagen de Delkondros que se veía en las dos diminutas pantallas—. He renunciado a mi libertad para traerles a ustedes este mensaje. Así de importante lo considero. Para conseguir que el gobernador Ulmar me escuchara, para lograr que me permitiese hacer esta transmisión, he tenido que entregarme. ¡Lo que debo decirles es tan importante, tan vital, que estoy dispuesto a pagar ese precio!

Hizo una pausa y tragó, en una buena imitación de hombre nervioso.

—Como ya saben todos ustedes —prosiguió—, hace algún tiempo que los chyrellkanos solicitaron la ayuda de la Federación para resolver las disputas que han surgido recientemente entre nuestros dos mundos. En un primer momento, yo creía profundamente que, una vez aquí, los representantes de la Federación escucharían realmente no sólo a los chyrellkanos, que les habían llamado, sino también a nosotros. Ahora, sin embargo, se ha hecho evidente que esa esperanza era absolutamente cándida, más aún que las esperanzas de muchos de ustedes respecto a que un día Chyrellka trate a Vancadia con justicia. Pero no somos las únicas víctimas de esa candidez.

Hizo una pausa tras aquella digresión, como para devolver sus pensamientos al tema central.

—La ayuda de la Federación ha llegado. Una nave de dicha organización ha entrado en órbita alrededor de Chyrellka hace apenas unas horas. No tenemos forma alguna de saber qué hacen allí. Todas las comunicaciones con Chyrellka quedaron cortadas a los pocos minutos de su llegada, y ni yo ni el gobernador hemos podido

restablecer el contacto. Lo que sí sabemos, no obstante, es que una nave de la Federación está en órbita alrededor de Vancadia. Podría tratarse de la misma nave, pero también podría ser una segunda, aunque eso no es importante. Lo que importa verdaderamente es que sí sabemos lo que ha hecho la tripulación de esa nave.

Hemos podido ver qué tipo de «ayuda» nos ha enviado la Federación.

El rostro de Delkondros se desvaneció bruscamente y fue substituido por una imagen de la sala de la que habían huido Spock y McCoy con Tylmaurek y los otros dos vancadianos. El cuerpo del otro klingon miembro del consejo yacía donde había caído, pero el del hombre al que habían empujado al interior con la pistola de láser en la mano ya no se encontraba allí.

Pero eso no era todo. Otros siete miembros del consejo yacían dispersos por el suelo, junto con otros tres hombres a los que ni Spock ni McCoy reconocieron. Resultaba obvio que todos habían sido víctimas de disparos de láser.

—¿Cómo han llegado esos tres hasta allí? —exclamó Tylmaurek, casi ahogado.

—¿Quiénes son? —le preguntó Spock, mientras la cámara se detenía en mostrar los cadáveres.

—Son chyrellkanos —replicó Tylmaurek con incredulidad—. ¡Son supervisores coloniales chyrellkanos! ¡Y dos de ellos pertenecen a la plantilla personal del gobernador!

—Esta es la ayuda que la Federación ha proporcionado a Vancadia —prosiguió Delkondros—. Seguramente reconocerán entre los muertos a miembros tanto del consejo de independencia como del personal del gobernador. Se celebraba una reunión, en terreno neutral, entre algunos de los miembros de nuestro consejo y unos integrantes de la plantilla del gobernador, personas con las que hemos mantenido contacto secreto desde que nos declararon delincuentes. Era la primera tregua auténtica entre nosotros en más de un año, se había acordado a causa de la llegada de la nave de la Federación. Teníamos la esperanza, todos nosotros...

Delkondros se interrumpió y sacudió la cabeza; consiguió imitar otra vez, bastante bien, la forma en que se comporta un ser humano en momentos de tensión.

—¡Ya ni siquiera puedo recordar cuál era nuestra esperanza —declaró con una voz repentinamente apasionada—, pero lo que la Federación nos envió fue una banda de asesinos, los responsables de la matanza que acaban de ver en la pantalla! ¡Esos hombres han dejado una huella indeleble de sus rostros!

La cara de Delkondros permaneció en la pantalla durante algunos instantes más, luego fue reemplazada por un par de imágenes obviamente generadas por computadora, la una junto a la otra. Presumiblemente basadas en los recuerdos de Delkondros, no eran totalmente perfectas en una docena de detalles. La coloración era ligeramente más pálida, la forma de las narices, mentones y orejas estaban sutilmente distorsionadas, las expresiones eran fríamente amenazadoras.

Pero eran, sin lugar a dudas, los rostros de Spock y McCoy.

6

—Tal vez sería mejor que otra nave se hiciese cargo de la misión, Jim —sugirió el almirante Brady, cuyo curtido rostro llenaba la pantalla—. Podríamos tener un reemplazo de camino dentro de veinticuatro horas.

—No, gracias, almirante, prefiero buscar yo mismo una solución.

—Ya sé que ése es su deseo, Jim, pero dadas las actuales circunstancias...

—Dadas las actuales circunstancias —le interrumpió Kirk con voz tensa—, es responsabilidad mía y absolutamente de nadie más. Si usted duda de mi capacidad para conservar la objetividad, puede ordenarme que abandone el caso, esa será la única forma en que yo acepte marcharme.

La imagen de Brady estudió silenciosamente a Kirk durante varios segundos. Finalmente, asintió.

—Hubo una época en la que eso podría haber sucedido —le contestó en voz baja —, pero ha quedado atrás. Manténgame informado. Yo notificaré lo sucedido a Sarek y Amanda, así como a la hija del comandante McCoy. ¿Cómo se llama, Jim?

—Joanna. Pero no lo haga todavía, almirante.

—¿Por qué no? ¿Prefiere hacerlo usted mismo?

—Si he de decirle la verdad, sí, lo prefiero. —Si tenía que decir toda la verdad, no podía soportar la idea de que algún otro diera aquella noticia, pero no se trataba sólo de eso—. Almirante...

—¿De qué se trata, Jim? —le preguntó Brady al ver que Kirk no continuaba—. ¿Tiene alguna duda respecto a que hayan muerto?

Kirk tragó.

—En realidad, no, señor, pero...

—Ya comprendo. Hasta que no vea los cadáveres, siempre quedará espacio para una duda razonable. Muy bien. Cuando quede satisfecho, lo notificará usted mismo a los familiares. Entre tanto, ordenaré que se haga una revisión de todos los registros de contactos establecidos con mundos no pertenecientes a la Federación, en busca de pruebas de influencia externa, ya sea klingon o de otro tipo.

—Existe otra prueba aquí mismo, almirante —intervino Kaulidren, que había permanecido de mala gana en silencio hasta ese momento—. Ahora que les he oído a usted y al capitán Kirk hablar de esos klingon y de su táctica desorganizadora, puedo verlo con claridad.

Kirk se volvió velozmente hacia el chyrellkano.

—¿De qué pruebas habla, Kaulidren? ¿Se trata de algo diferente al escudo?

Kaulidren asintió con un enfático movimiento de cabeza.

—Usted estaba interesado en las posibles causas del actual estado de relaciones entre nuestros mundos, capitán. Bueno, pues ahora le hablaré de una de las

principales razones que nos separó... la aparente invención por parte de los vancadianos de un motor interplanetario perfeccionado.

—Pero, ¿no habría tenido el efecto precisamente contrario la aparición de ese motor perfeccionado? —le preguntó Kirk con el entrecejo fruncido—. Habría hecho más fácil viajar entre ambos planetas, habría favorecido el contacto.

—Si lo hubiéramos descubierto nosotros —le contestó el chyrellkano—, habría sucedido exactamente así. Pero no fuimos nosotros sino los vancadianos quienes lo hicieron. O a quienes se lo entregaron esos klingon de los que hablan ustedes. En cualquier caso, ese descubrimiento ha hecho necesario que apostáramos naves de vigilancia en la órbita de Vancadia.

—Explíquese mejor, primer ministro —le pidió Kirk con expresión ceñuda cuando Kaulidren hizo una pausa.

—Es bastante sencillo. Seguramente, usted sabe que nosotros empleamos lanzaderas para entrar y salir de la órbita. Todos los vuelos interplanetarios se realizan en naves construidas en la fábrica orbital de Chyrellka. Al menos así era hasta hace cuatro años, cuando alguien de Vancadia construyó un tipo de motor perfeccionado. Eso les permitía llegar a Chyrellka en una sola nave, apenas más grande que nuestras propias lanzaderas. Podían hacer esa nave en cuestión de horas, en vez de los días que necesitábamos, y aún necesitamos, para construir nuestras propias naves.

—¿Y por qué hizo eso necesarias las naves de vigilancia? —le preguntó Brady con impaciencia cuando Kaulidren volvió a hacer una pausa.

—Porque los vancadianos utilizaron sus naves para obstaculizar y destruir completamente nuestra capacidad de llegar hasta Vancadia —le contestó un iracundo Kaulidren—. Eso ocurrió cuando Delkondros estaba dedicado a la agitación para conseguir la independencia instantánea, así que sólo puedo suponer que había decidido poner en marcha los medios para lograrla. Si nos aislaban físicamente de Vancadia, él suponía que no nos quedaría otra alternativa que dejarles hacer lo que quisieran, y eso fue precisamente lo que trató de hacer. Primero atacó y destruyó una flota de nuestras naves interplanetarias. Hasta ese momento, nosotros no teníamos siquiera noticia de la existencia de esas naves perfeccionadas. Y casi en el mismo momento, otra de esas naves atacó nuestra fábrica satélite. Por pura suerte, hubo algo que falló en los nuevos motores y la nave vancadiana quedó destruida antes que pudiera causarle algo más que daños menores a nuestra fábrica.

—¿Y desde entonces? —preguntó Kirk.

—Desde entonces hemos conseguido recuperar el control de la situación. Obviamente, no hemos sido capaces de librarnos del propio Delkondros, pero por lo menos hemos conseguido que él y sus terroristas se vieran obligados a pasar a la clandestinidad. Sin embargo, hemos tenido mucha suerte. Si Delkondros no hubiese

estado demasiado ansioso por utilizar sus dos primeras naves, no sé qué habría podido llegar a suceder. Pero las utilizó. Era demasiado impaciente para esperar diez años a que se les concediera la independencia prometida, y demasiado impaciente para esperar a que el nuevo motor estuviese plenamente perfeccionado. Atacó, y perdió las únicas dos naves operacionales que tenía a su disposición; antes que pudiera poner más en funcionamiento, nosotros conseguimos armar varias de nuestras naves y ponerlas en órbita alrededor de Vancadia. En efecto, levantamos una barrera ante él. A pesar de ello, intentó realizar otros lanzamientos en los meses siguientes, no solamente de naves de control remoto como la que vimos ayer, pero nosotros conseguimos derribarlas antes de que alcanzaran la órbita. Entonces, incluso él comprendió que le habíamos vencido y abandonó los intentos.

—¿Sabían ustedes con seguridad que las naves que derribaron estaban equipadas con el motor perfeccionado? ¿Y que estaban armadas?

—No podíamos estar seguros, por supuesto, no sin disponer de unos sensores como los que tienen ustedes. —Kaulidren echó una mirada en dirección a la terminal científica—. Pero no podíamos correr ningún riesgo. Si hubiésemos permitido que esas naves escaparan del campo de gravedad de Vancadia, su poder y maniobrabilidad las hubiera hecho aún más extraordinariamente peligrosas. La primera destruyó media docena de nuestras propias naves antes que consiguiéramos derribarla. Evidentemente, no podemos permitir que algo semejante vuelva a suceder.

—¿Y quién fue el responsable de la invención de ese motor perfeccionado? —le preguntó Kirk.

Kaulidren meneó la cabeza con el entrecejo fruncido.

—Ellos, por supuesto, nunca nos lo han dicho. Delkondros ha llegado incluso a negar su existencia, no sólo ante nosotros, sino ante los mismísimos vancadianos. A ellos les ha dicho que todo eso lo inventamos nosotros con el fin de poder mantener un control más estrecho sobre los vuelos de sus lanzaderas, y para continuar negándoles la independencia que exigen. No obstante, nosotros hemos conseguido recoger algunos rumores concernientes al origen del motor.

—Y esos rumores...

—Dicen que uno de los científicos de Vancadia, uno que estudió en Chyrellka hace más de una década, desarrolló la teoría en la que se ha basado ese perfeccionamiento, aunque ese supuesto inventor se mató muy convenientemente en uno de los primeros vuelos de prueba. Se dice que sus notas le sobrevivieron, y que otros han podido completar así el trabajo iniciado por él. Todo eso, por supuesto, sucedió mucho antes que apostáramos nuestras naves de vigilancia en la órbita de Vancadia, por lo que no podemos saber qué parte de la historia es verdad, si es que hay alguna cierta.

—¿Ese científico era alguien a quien usted conociera?

—No personalmente, por supuesto. En este momento ni siquiera recuerdo cómo se llamaba, pero sí tengo muy presente que examinamos el historial académico que de él tenían en la universidad de Chyrellka, donde había estudiado.

Era casi el último de su clase en prácticamente todo. Decididamente, no era el historial académico que uno esperaría de alguien que está a punto de hacer un gran descubrimiento científico.

—Pero lo hizo —comentó Kirk cuando Kaulidren guardó silencio—, y por lo tanto ustedes suponen que con ayuda.

—Ahora que sé que esa ayuda pudo haber estado a su disposición, sí, lo supongo. Esa sería, en apariencia, la única explicación razonable.

—¿Le ha dado alguna pista el sondeo del sistema realizado con los sensores, Jim? —inquirió Brady desde el cuartel general de la Flota Estelar.

—Absolutamente nada, almirante. Aparte de la *Enterprise*, dentro del radio de alcance de los sensores no hay nada que sea capaz de desarrollar velocidades hiperespaciales, tampoco hay ninguna fuente energética de antimateria.

—¿Y el escudo mismo no podría ocultar alguna?

—No, almirante. El escudo evitaría que nosotros pudiésemos localizar con precisión cosas semejantes, incluso que obtuviéramos datos técnicos fiables sobre ellas, pero no bloquea nuestros sensores hasta el punto de ocultar la existencia misma de un generador energético de antimateria o de un motor hiperespacial. Por ejemplo, podemos detectar un generador energético de fusión nuclear que está debajo del escudo. Lo único que no sabemos son su tamaño y emplazamiento precisos.

—Comprendo. —Brady guardó silencio durante un momento, luego asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible—. ¿Su evaluación, entonces, es que si bien los klingon podrían haber intervenido en estos mundos en un pasado reciente, se han retirado ya?

—O que se mantienen ocultos mientras nosotros nos encontramos en las proximidades —agregó el capitán Kirk—. No tengo forma de saber si aún están o no presentes y activos algunos klingon o, para el caso, otros alienígenas.

—Confío en que su principal prioridad será averiguarlo de una forma u otra.

—Por supuesto, almirante.

—Muy bien, Jim. Continúe adelante; y, recuerde, podrá disponer de ayuda si la considera necesaria.

—Comprendido, almirante. Gracias.

—Manténganos informados —le dijo bruscamente Brady, y un instante después la pantalla se oscureció.

Kirk se volvió a mirar a Kaulidren.

—Primer ministro Kaulidren —comenzó en voz baja—, si los klingon les han dado a los vancadianos el escudo y el motor perfeccionado, puede que les hayan

entregado más cosas. Podrían darles más en estos precisos instantes, incluso algo que les permitiera derribar sus llamadas naves de vigilancia desde la propia superficie del planeta. Así que, primer ministro, le aconsejo que nos lo cuente todo, y no solamente las supuestas actividades terroristas a las que han estado dedicados los vancadianos. Si los klingon están realmente implicados en todo esto, lo que ha sucedido hasta el momento podría no ser más que el primer acto.

—Estos dos hombres son los responsables de la matanza que ustedes acaban de ver —repitió Delkondros con voz áspera mientras los rostros de Spock y McCoy continuaban expuestos en las pantallas—. Aparecieron en medio de nosotros y se pusieron a disparar sin previa advertencia, sin motivo alguno. Yo conseguí escapar, todavía no sé exactamente cómo.

Delkondros hizo una pausa, como si necesitara tranquilizarse y ordenar sus pensamientos antes de continuar; entretanto aparecieron otros tres rostros en la pantalla. Esta vez eran fotografías, no imágenes generadas por computadora. Tylmaurek, que aún se ocupaba de los controles del vehículo flotante, profirió un grito ahogado al reconocer su propia cara y los rostros de los otros dos miembros del consejo.

—Y estos son sus colaboradores —continuó la voz de Delkondros—. ¡Los traidores que los condujeron hasta nosotros! No sabemos cuánto hace que esos tres mantienen contacto con la Federación, tampoco podemos discernir qué les ofreció la Federación a cambio de la ayuda que le prestan, ni siquiera sabemos qué pretende conseguir la Federación con un comportamiento tan sanguinario como éste. Sin embargo, el asesinato de la mitad de los miembros del consejo, así como de varios miembros del personal del gobernador, sugiere poderosamente que tienen planeado eliminar a todos los líderes de ambos bandos y poner en su lugar a marionetas de la Federación.

Las palabras cesaron y el rostro de Delkondros volvió a aparecer en las pantallas.

—Obviamente, su trabajo no ha concluido aún —prosiguió Delkondros con un tono de voz terrible—. Sólo puedo suponer que proyectan perpetrar más asesinatos, muchos más, incluidos el mío y el del propio gobernador. Por eso les transmito esta información. ¡Los asesinos todavía están aquí! El equipo de asesinos de la Federación y sus colaboradores continúan en Vancadia, aquí, en la capital, dedicados tranquilamente a su misión. ¡Es necesario detenerlos!

Los cinco rostros volvieron a aparecer en las pantallas.

—Estos son los cinco hombres que buscamos —repitió Delkondros—. ¡Manténganse alerta por si les ven, pero no se acerquen a ellos bajo ninguna circunstancia, si en algo valoran su vida! Establezcan contacto con las autoridades, ellas se encargarán de estos hombres.

Delkondros guardó silencio, pero las caras de los buscados permanecieron en las pantallas. Pasados algunos instantes, los nombres aparecieron debajo de los rostros y luego, por una estrecha franja abierta de través, pasó una versión condensada de la advertencia que Delkondros acababa de lanzar, en la que se solicitaba que cualquiera que viese a aquellas personas lo notificara directamente a la oficina del gobernador. Pasado otro minuto volvió a aparecer el gobernador, y todo el proceso comenzó nuevamente desde el principio; aparentemente, era el comienzo de una interminable cadena que continuaría hasta que Spock, McCoy y sus «colaboradores» fuesen capturados o, más probablemente, derribados a disparos sin previo aviso.

—Eso lo cambia absolutamente todo —declaró Tylmaurek con voz débil—. La casa de la que les he hablado ya no será segura, después de toda esa sarta de mentiras. Seguramente alguien me ha visto por allí, y no tendrá razón alguna para no creer...

Sacudió la cabeza con expresión de incredulidad.

—Es exactamente como dijo Valdreson: puedo enfrentarme con los chyrellkanos, pero con esto... Oigan, Spock, doctor McCoy, ustedes ya se han enfrentado antes con estos klingon, ¿no es cierto? ¿Tienen alguna sugerencia?

—Si se refiere usted, consejero —le contestó Spock—, a si tengo alguna sugerencia concreta respecto a una línea de acción específica que pueda sacarnos del aprieto en que nos encontramos, le diré que no la tengo. Me parece que usted está en una posición mejor que la nuestra para analizar lo que sucede, puesto que un conocimiento minucioso de la gente de la localidad probablemente será más útil en estos momentos que un conocimiento similar sobre los klingon. No obstante, yo señalaría que, si nos basamos en el relato que ha maquinado Delkondros y en las estridentes advertencias que ha proferido respecto a que los cinco debemos ser evitados a toda costa, es lógico deducir que uno de sus objetivos, además de capturarnos o darnos muerte, es evitar que podamos hablar con nadie. Eso, por su parte, sugiere que teme que podamos dar a conocer la verdadera situación de Vancadia, y que en verdad existe al menos una posibilidad de que se dé crédito a nuestras palabras.

McCoy se animó y asintió con la cabeza mientras se volvía para mirar a Tylmaurek.

—Yo no había pensado en el asunto exactamente de esa manera, pero Spock tiene razón. Sin embargo, lo primero que debemos hacer es desaparecer de la vista y mantenernos con vida hasta que hallemos una forma de contactar con la *Enterprise*, o bien hablar con alguien de aquí abajo sin que nos disparen hasta dejarnos como un colador. —Recorrió la calle con la mirada; estaba vacía, a excepción de algún vehículo aparcado aquí y allá. Sólo había visto otros cuatro vehículos en movimiento desde que habían salido del parque—. Si somos el único vehículo de la calle, será difícil mantenernos prudentemente fuera de la vista. ¿Todas las calles de la ciudad

están así de vacías?

—Probablemente —le respondió Tylmaurek con un estremecimiento—. Y si no lo están, lo estarán dentro de unos instantes. El toque de queda que impuso el gobernador lleva en vigencia desde hace más de un mes, cuando su hijo mayor fue muerto por una bomba probablemente destinada a él. Muy pocas personas se atreven siquiera a salir de sus casas después de oscurecido. Debemos alejarnos de las calles o no habrá necesidad alguna de que nos denuncien. Las patrullas nocturnas del gobernador nos detendrán sin que nadie las avise.

McCoy gimió y realizó otro intento con su comunicador.

—Será mejor que nos encuentre un refugio lo antes posible, consejero —comentó mientras cerraba el comunicador—. Debe haber alguien en quien pueda confiar.

Tylmaurek negó lúgubrementemente con la cabeza.

—A estas alturas no sé si ese alguien todavía existe o no. Hace diez minutos podría haberles nombrado un centenar de personas, pero después de esa transmisión que acaban de hacer... Puede que tengan ustedes razón respecto a que Delkondros teme que hablemos con alguien, pero eso no me ayuda a imaginar con quién podríamos tener nosotros más probabilidades de éxito.

—Como punto de partida, consejero —comenzó a decir Spock—, ¿qué persona de autoridad conoce sobre la que pueda estar completamente seguro que no es un klingon?

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Yo ni siquiera sospechaba de Delkondros, y hace muchos años que le conozco, desde que me eligieron para formar parte del consejo!

—Existen algunos criterios lógicos que pueden aplicarse a esa pregunta —continuó Spock—. La primera, una persona cuya familia aún esté con vida. Por ejemplo, ¿tiene el gobernador más familiares, aparte del hijo que le mataron?

—Dos hijos y una hija. Además de su esposa. Pero, ¿significa eso que no puede ser un klingon?

—No hay nada que pueda ser seguro al ciento por ciento, consejero, pero es un primer indicio. Otro indicio sería la forma en que fue elegido.

—Él no fue elegido, sino nombrado para el cargo que ocupa... hace aproximadamente quince años. Pero, ¿qué tiene que ver la forma en que alguien es elegido con que pueda o no pueda ser un klingon?

—Según lo que tanto Delkondros como Kaulidren le dijeron al capitán de nuestra nave, tengo entendido que Delkondros fue elegido por primera vez para la presidencia del consejo después que su principal opositor fue asesinado.

—Pero ese asesinato lo perpetraron los chyrellkanos —objetó Tylmaurek—. Los chyrellkanos han llevado a cabo una campaña de... —Tylmaurek se interrumpió con la boca abierta—. ¡Así que fue esa la forma en que lo hicieron! —exclamó con voz ronca—. ¡Presentaron a Delkondros y mataron al único candidato que tenía

probabilidades de vencerle en las elecciones!

—Las operaciones realizadas por los klingon son, probablemente, algo más sofisticadas —le aseguró Spock—, pero sospecho que, en esencia, eso es precisamente lo que hicieron. ¿Sería demasiado precipitado suponer que se han producido algunas circunstancias similares?

—¡Al menos un centenar en los últimos cinco años! —exclamó Tylmaurek mientras sacudía la cabeza—. De hecho, todas esas muertes, los envenenamientos... eran la principal razón por la que queríamos que ustedes acudieran a Vancadia. ¡Siempre habíamos pensado... siempre se nos había dicho... que sus responsables eran los chyrellkanos, que era la forma que ellos tenían de asegurarse que no resultaran elegidas las personas que no les convenían! ¡Pero deben haber sido los klingon quienes perpetraron todos esos asesinatos! A menos que... ¿podrían haber hecho esos klingon una alianza con los chyrellkanos? ¿Podrían trabajar juntos? ¿Podría ser una farsa toda esa historia de que Delkondros se ha entregado al gobernador?

—Es una posibilidad que debe tomarse en consideración —admitió Spock—, particularmente a la luz de la notable celeridad con que se llevó a cabo la supuesta rendición de Delkondros.

Tylmaurek parpadeó.

—Tiene usted razón. Yo mismo habría podido verlo si... si me dedicara a pensar en lugar de dejarme invadir por el pánico que me causan las mentiras que han contado sobre nosotros. No habría habido tiempo para... —Tylmaurek se interrumpió y sus ojos se agrandaron con alarma—. ¿Podría ser el gobernador Ulmar un klingon, después de todo?

—Cualquier cosa es posible, consejero —le contestó Spock—, pero, si consideramos otros factores, lo más probable es que él, al igual que ustedes mismos, haya sido engañado por los klingon.

—¿Y qué hay del propio gobierno chyrellkano? —preguntó abruptamente McCoy—. ¿De Kaulidren mismo?

—Es, por supuesto, posible que también él sea un klingon, doctor, pero resulta altamente improbable. Sería excesivamente temerario, incluso para el klingon de aspecto más humano, subir a bordo de la *Enterprise*. El más rudimentario de los sondeos de escáner podría poner de manifiesto su verdadera naturaleza, de la misma forma que la verdadera naturaleza de Delkondros se hizo instantáneamente evidente mediante un sencillo sensor de mano.

—Lo que a un vulcaniano le parece temerario podría tener perfecto sentido para un klingon, Spock —objetó McCoy—. ¡Cualquier raza que considera que el asesinato es un método aceptable, incluso un medio admirable de ascenso profesional, es una raza que tiene los tornillos demasiado flojos y es capaz de cualquier cosa que le

beneficie!

—No puedo manifestar desacuerdo alguno con su pintoresca metáfora, doctor —reconoció Spock, que miraba una vez más las desiertas calles por las que corría a toda velocidad el vehículo flotante—. No obstante, no servirá de nada para hallar una solución al aprieto en que nos encontramos ahora. Consejero, ¿ha conseguido pensar en alguien que tenga suficiente confianza en usted para escuchar lo que tengamos que decirle?

—Conozco a varias personas que casi con total seguridad no son klingon, pero después de esa transmisión... —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. Después de esa transmisión, si yo no conociera la verdad, desconfiaría hasta de mí mismo.

Tras pasar dos horas con Kaulidren en la sala de reuniones de la *Enterprise*, Kirk estuvo seguro de que los klingon se hallaban implicados en los sucesos de Vancadia.

Pero creer era una cosa y demostrarlo, otra muy distinta. La mera existencia de unos avances tecnológicos anormales, aunque fuesen de gran importancia, no probaba que esos adelantos fuesen el resultado de una interferencia externa, y mucho menos el resultado de una interferencia específica de los klingon. Existían cosas como los genios propios de un planeta; y el repentino estallido de hostilidades entre fracciones anteriormente amigas no era en modo alguno prueba de una injerencia exterior. Varios milenios de historia de la Tierra y de docenas de otros mundos de clase-M habían demostrado, miles y miles de veces, que los seres en apariencia inteligentes eran capaces de trabarse en lucha a todos los niveles, desde el interpersonal al interplanetario, sin la más mínima ayuda externa.

E incluso aunque hubiera pruebas...

Con una mueca, James Kirk recordó la conclusión profundamente insatisfactoria del asunto de Neural. Pese a las buenas intenciones que tenía, la Federación, por necesidad, descendió al nivel de los klingon y había entregado a los montañeses el mismo tipo de armas que los klingon les habían dado a sus enemigos.

No podía permitirse que en Vancadia sucediera nada remotamente similar a aquello, con los niveles tecnológicos existentes, por muy deseoso que estuviera Kaulidren de tener en sus manos algo que estuviera a la altura o superara lo que ya les habían entregado a los vancadianos.

—Ustedes no tienen por qué darnos las armas —insistió Kaulidren—, sino sólo la información. Nosotros podríamos hacer el resto.

—Imposible —replicó Kirk con tono intransigente—. El resultado siempre sería el mismo en cualquiera de los dos casos.

—¡El resultado sería —le contestó Kaulidren con voz iracunda— que nosotros tendríamos al menos una oportunidad de sobrevivir! Si no están dispuestos a protegernos ni siquiera ahora... —hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Puesto que esos klingon suyos les han dado a los vancadianos el escudo y los motores perfeccionados —prosiguió—, ¿qué les impedirá entregarles los rayos fásicos, o los torpedos de fotones?

—Probablemente muy pocas cosas —admitió Kirk—, siempre que los vancadianos estén dispuestos a aceptar y utilizar cosas semejantes.

Kaulidren profirió un bufido.

—¿Y por qué no iban a estarlo? ¿Quién, en su sano juicio, rechazaría un poder de ese tipo si se lo ofrecieran?

—¡Alguien que no lo necesitara! —le espetó Kirk.

—¿Sugiere, capitán Kirk, que la situación en que nos encontramos es culpa nuestra? ¡Permítame recordarle que lo primero que hicieron los vancadianos con sus motores perfeccionados fue atacarnos a nosotros! ¡Sin el más mínimo motivo!

—Eso lo comprendo. Sin embargo, ellos deben haber pensado que tenían uno.

—¡Por supuesto que lo pensaban! ¡La independencia inmediata! ¡Ya se lo comenté en el preciso instante en que subí a bordo de su nave! ¡Delkondros acababa de ser elegido para formar parte del consejo, y esa fue su forma de ascender! ¡De convertirse en presidente! Es evidente que esos klingon suyos tuvieron que llegar hasta él. ¡Obviamente, estaba dispuesto a hacer virtualmente cualquier cosa para ganar esas elecciones! ¡No me sorprendería lo más mínimo saber que fue él el responsable de la muerte de su principal opositor en aquellas elecciones, ese hombre de cuyo asesinato nos acusa a nosotros! ¡El hombre cuya muerte él mismo utilizó en su campaña para despertar sentimientos contra nosotros!

Kaulidren, jadeante, hizo una pausa para calmarse antes de proseguir.

—Si esos klingon de ustedes acechaban por los alrededores, si escuchaban nuestras comunicaciones y nuestras transmisiones, eso era lo único que les hacía falta saber. Debieron captar inmediatamente que Delkondros era un objetivo perfecto para sus propósitos. Lo único que necesitaban hacer era proporcionarle el motor. Y, una vez que él le hubiese puesto las manos encima, lo único que necesitaba hacer... lo único que hizo, de hecho, fue fabricar algunas mentiras acerca de nosotros. Nos culpó de media docena de tumultos que probablemente inició él mismo. Nos culpó de una muerte tras otra, la mayoría de las cuales fueron o bien accidentes o bien obra suya. ¡Luego hizo correr rumores sobre nuestro cambio de opinión y nuestro abandono de la promesa de concederles la independencia en la fecha acordada! Finalmente, presentó ese motor perfeccionado que según usted le entregaron los klingon y dijo: «¡Aquí lo tenéis! ¡Esto nos proporcionará la independencia, pero no dentro de diez años ni dentro de cien, sino ahora mismo!».

—Si eso es lo que sucedió, primer ministro —le dijo Kirk—, hay mayores razones todavía para no darles a usted y su mundo las mismas armas que tienen los vancadianos. Hemos de detener este proceso... esta escalada, ¡no encender la mecha que la haría estallar en una guerra abierta!

—Después de lo que ese demente les ha hecho a sus hombres, ¿todavía puede hablar así?

Kirk se tragó el dolor que momentáneamente le aferró la garganta ante el recuerdo.

—En primer lugar —le explicó al otro con deliberada lentitud—, todavía no sabemos qué sucedió realmente ahí abajo. Incluso sin tener en cuenta que los klingon estén involucrados, cualquier cosa es posible. Y con los klingon de por medio... probablemente con uno o más de ellos en el planeta en este preciso momento... lo

que les sucedió a mis hombres fue directa o indirectamente obra de esos klingon. Incluso aunque concedamos que Delkondros era una persona idónea para que los klingon le corrompieran, o que ya estaba corrompido y que los klingon sólo le convirtieron en alguien más poderoso, ¿qué hay de todos los demás habitantes del planeta? Seguramente no pretenderá usted que todos los vancadianos... todos esos vancadianos que morirían si nosotros les entregáramos a ustedes las armas que quieren... merecen morir.

—¡Por supuesto que no! ¡Pero, si se trata de elegir entre sus muertes y las de nuestra propia gente, le aseguro que no voy a escoger las de los nuestros! ¡Y le aseguro que las cosas llegarán a ese extremo si Delkondros recibe más ayuda, si obtiene rayos fásicos y torpedos de fotones para instalarlos en las naves que los klingon ya le han entregado! ¡Con los rayos fásicos podría derribar nuestras naves de vigilancia, lo único que les mantiene recluidos en Vancadia! ¡Con un sólo torpedo de fotones podría destruir la estación de manufactura que tenemos en órbita! ¡Con unos pocos más podría destruir nuestro mundo!

Kirk sacudió tristemente la cabeza.

—Ninguno de los mundos debe ser destruido, primer ministro. En lugar de intentar enfrentarnos a los klingon con las armas de la Federación, hemos de procurar enfrentarnos a ellos con la verdad.

—¿Y cómo se propone usted hacer llegar esa verdad a los habitantes de Vancadia? ¡El escudo continúa levantado, y ellos se niegan a mantener comunicaciones con nosotros desde que asesinaron a sus hombres! —Bruscamente, Kaulidren se levantó de la silla que ocupaba ante la mesa de la sala de reuniones—. Resulta obvio que carece de sentido hablar más de este asunto, capitán. Insisto, por tanto, en que me permita regresar a Chyrellka. Ya he permanecido apartado de mi gobierno demasiado tiempo.

Kirk le miró con expresión severa.

—¿Está tan ansioso por arriesgar las vidas de los demás que no va a hacer ni el más mínimo esfuerzo por salvarlas?

—Ya he hecho ese esfuerzo. Usted también ha hecho un esfuerzo, que ya ha costado dos vidas. Haga más esfuerzos y pierda más vidas durante todo el tiempo que le plazca, pero hágalo sin mí. ¡Le exijo que me devuelva a mi mundo!

La expresión ceñuda de Kirk se agravó momentáneamente, pero luego suspiró.

—Muy bien, primer ministro. Continuaremos con nuestra labor mediadora lo mejor que podamos, sin usted. Tendremos una lanzadera preparada para transportarles a usted y a sus consejeros en cuanto estén dispuestos a partir.

—¿Una lanzadera? Pero, mi propia nave...

—... Es incapaz de cubrir la distancia entre este punto y Chyrellka sin ayuda, y en este momento yo no estoy dispuesto a sacar a la *Enterprise* de la órbita de

Vancadia con el único propósito de transportarle. Le será entregada más tarde, una vez que hayamos resuelto la situación en este planeta. Entre tanto, puede recoger de su nave cualquier cosa que necesite.

—¡Capitán! ¡Esto es inaceptable! ¡Le exijo...!

—Lo siento, primer ministro, pero, por el momento, la *Enterprise* permanecerá en órbita alrededor de Vancadia.

—¿Y cuánto tiempo tiene intención de mantener esta observación inútil, capitán? Si se niega usted a emplear las armas de que dispone, no logro comprender qué resultados espera obtener.

—Por el momento, insistiré para abrir las comunicaciones con Delkondros o cualquier otra persona de Vancadia con la que podamos contactar. Y espero que el escudo se desactive, o que nosotros encontremos alguna forma de neutralizarlo con el fin de poder hacer un sondeo fiable del planeta con los sensores de la nave.

Durante un largo momento, Kaulidren permaneció frente a Kirk con el rostro contraído. Luego, bruscamente, dio media vuelta y salió a zancadas de la sala de reuniones, con su silencioso cortejo de consejeros detrás de él. Kirk hizo un gesto hacia el alférez de seguridad que estaba junto a la puerta.

—El alférez Carlucci les escoltará.

—¡Podemos encontrar el camino hasta la cubierta del hangar sin su ayuda! —le espetó Kaulidren.

—Como usted quiera, primer ministro.

Un instante después la puerta se cerró tras ellos con un siseo.

—Seguridad del hangar —llamó Kirk por el intercomunicador.

—Sí, capitán —le respondió instantáneamente la voz de la teniente Shanti.

—El primer ministro y sus hombres van de camino hacia ahí. Recogerán lo que necesiten de su propia nave y lo llevarán a una de las lanzaderas, que les transportará hasta Chyrellka. Proporcióneles toda la ayuda que necesiten.

—Por supuesto, capitán.

—Designa a dos de sus subordinados para que se hagan cargo de la lanzadera, teniente. Uno para pilotarla Y el otro para... observarlos.

—Sí, señor. Brickston y Spencer.

Kirk asintió para sí, de acuerdo con la elección. Brickston tenía una memoria casi fotográfica, y Spencer superaba fácilmente en fuerza al corpulento guardia de Kaulidren que aún se encontraba tieso como una estatua en lo alto de la escalerilla de su nave.

—Manténgame informado, teniente. Ahora voy hacia el puente.

—Sí, señor.

Las puertas del turboascensor apenas se habían abierto sobre el puente con su siseo característico cuando la emocionada voz del teniente Pritchard anunció:

—¡Capitán! ¡Han bajado el escudo!

—¡Sala de transporte! —exclamó Kirk instantáneamente por el intercomunicador, pero antes que hubiera acabado de pronunciar las palabras, Kyle estaba en el intercomunicador.

—Preparado, capitán, pero... —una breve pausa y luego un suspiro audible—. Pero no hay nada en lo que pueda centrar el transportador.

—¡Teniente Pritchard! —exclamó Kirk mientras avanzaba rápidamente hacia el sillón de mando—. Los sensores...

—Están sondeando, señor, pero no hay nada en las coordenadas de la transferencia original, no obtengo absolutamente ninguna lectura de formas de vida. Los comunicadores no aparecen por ninguna parte.

Kirk asintió con la cabeza y se dejó caer lentamente en el asiento, mientras sus ojos recorrían la imagen repentinamente hostil del planeta que se veía en la pantalla frontal.

Independientemente de lo que le dijera la lógica, percibía que no había renunciado del todo a la esperanza... hasta aquel preciso instante. Había admitido eso cuando le pidió al almirante Brady que retrasara la notificación de las bajas a sus familiares. Mientras el escudo estaba activado, no dejaba de existir la posibilidad, por pequeña que fuese, de que Spock y Bones estuvieran al otro lado, sin la posibilidad de ser detectados y aún con vida.

Pero esa posibilidad ya no existía.

—Señor... —Era Uhura la que hablaba detrás de él, Kirk captó la emoción en la voz de la mujer antes de volverse y ver que tenía los ojos húmedos—. No hay actividad ninguna en las frecuencias subespaciales normales.

Kirk asintió con la cabeza mientras luchaba para mantener su propia compostura. Aquel no era el momento. Spock se habría sentido ofendido por cualquier fallo de la eficiencia causado por las emociones humanas, aunque esas emociones fuesen el resultado de su propia muerte y la de McCoy...

—¿Hay algún indicio del generador que alimenta el escudo, teniente Pritchard? —preguntó Kirk tras aclararse la garganta. Su propia voz le sonaba forzada.

—Nada detectable, señor.

—¿No hay ninguna zona pequeña que todavía esté protegida? ¿Particularmente en los puntos cercanos al centro del escudo anterior?

—No, señor, nada. Ni siquiera hay señales residuales del uso de grandes cantidades de energía; no se aprecia ningún indicio de la presencia de antimateria. Las únicas grandes fuentes energéticas que hay en el área protegida por el escudo son un par de estaciones que reciben poder transmitido desde dos satélites orbitales de energía solar, y una planta de fusión nuclear que se encuentra a varios kilómetros al norte de las coordenadas a las que fueron transferidos el señor Spock y el doctor

McCoy, pero en ningún caso cercanas al centro del área.

—¿Esa planta puede haber generado la energía que alimentaba el escudo que hemos visto?

—No durante tanto tiempo como permaneció activado el escudo, señor.

—Teniente, ¿intenta decirme que el escudo que ha cubierto un área de diez mil kilómetros cuadrados no puede haber existido, que es una ilusión?

—Yo... —Pritchard pareció momentáneamente confundido, pero luego se rehízo y se encogió de hombros con gesto de impotencia—. No, señor. Lo que sucede es que... nuestros sensores no nos proporcionan explicación alguna de ese fenómeno.

«No la emprenda con el chiquillo, Jim.» Kirk casi pudo oír a McCoy reprenderle con esa frase. Consiguió sonreír débilmente y le hizo a Pritchard un gesto de asentimiento con la cabeza.

—De todas formas, continúe la búsqueda. —Hizo girar nuevamente el asiento de mando—. Teniente Uhura, ¿capta alguna transmisión local, alguna comunicación entre los propios vancadianos?

—Ninguna, señor. Hay un monitor que las busca de manera constante, pero la totalidad del planeta parece guardar un absoluto silencio radial.

«Spock y McCoy cayeron en un agujero —pensó Kirk—, y ahora han cerrado el agujero sobre ellos.» Pulsó un botón del asiento de mando.

—Teniente Shanti, ¿está Kaulidren todavía en la cubierta del hangar?

—Sí, señor. En este momento él y sus hombres se disponen a subir a bordo de la lanzadera.

—Deténgale. Quiero hablar con él.

—Sí, señor.

Tras un breve momento de silencio, la irritada voz de Kaulidren resonó en el intercomunicador.

—¿Y ahora qué quiere, capitán? ¿Es que nos niega el derecho a regresar a nuestro mundo? —El escudo ha sido desactivado —le dijo Kirk, que pasó por alto la colérica pregunta—. Es un escudo que, según las lecturas de nuestros sensores, Vancadia no puede haber sido capaz de crear, con o sin ayuda de los klingon. Además de eso, la totalidad de las comunicaciones radiales del planeta han sido cerradas. ¿Tiene usted alguna explicación? ¿Alguna especulación?

—Ninguna que no hayamos discutido ya largo y tendido, capitán. Si la presencia de los klingon no sirve de explicación para las observaciones realizadas por ustedes, yo no tengo ninguna idea mejor. Y ahora, ¿me permite regresar a Chyrellka o no?

—Dentro de un instante, primer ministro. —Kirk cerró el canal de comunicación con la lanzadera—. Teniente Uhura, vuelva a contactar con la Flota Estelar.

—Sí, señor.

—Ingeniería... Scotty, ¿ha oído eso?

—¿Lo del escudo que no puede existir? Sí, capitán, lo he oído perfectamente.

—¿Alguna teoría? ¿Algún otro dato sobre ese escudo? ¿Sus necesidades energéticas?

—Al menos unas diez veces más de lo que puede proporcionarles esa estación de energía nuclear, incluso durante un corto período de tiempo. Como usted ya ha dicho, no puede existir, pero existe.

Kirk cerró fuertemente los ojos con frustración.

—¿Dónde nos deja eso, Scotty? ¿En que existe la verdadera fuente energética, pero está oculta tras otro escudo? ¿Con un escudo más sofisticado aún que los de los klingon? ¿Un escudo que nuestros sensores no pueden detectar?

Kirk calló. El pensamiento de las lecturas erróneas de los sensores le recordó el fallo de funcionamiento sufrido por la computadora, que había causado aquella falsa alarma de intrusión poco después que Kaulidren y su grupo llegaran a bordo de la *Enterprise*. Según Spock, había sido el resultado de dos lecturas mutuamente contradictorias realizadas por dos equipos sensores diferentes.

—Haga un repaso completo de los sensores, señor Scott —le pidió al ingeniero.

—¿Señor? —inquirió la voz de Scott—. ¿Está usted seguro? Eso nos llevará casi...

—Hágalo, Scotty —le espetó Kirk con impaciencia—. Haga de ello una prioridad.

—Sí, capitán. Le mantendré informado.

—Teniente Uhura, ¿ha contactado ya con la Flota Estelar? —No, capitán —le respondió ella con la frente arrugada de perplejidad—. No obtengo respuesta en ninguna de las frecuencias estándar. ¿Quiere que lo intente en la banda de emergencia?

—Primero haga una comprobación de los equipos —le contestó Kirk, cuya intranquilidad aumentaba un punto más.

—Ya ha concluido la comprobación, señor. No se detecta ningún problema de funcionamiento.

—Comprendo. —Volvió los ojos hacia Pritchard, que continuaba ante la terminal científica, y se volvió hacia Uhura—. Muy bien, teniente, inténtelo en la banda de emergencia.

—Sí, señor.

—Teniente Pritchard, Spock dijo que tenía un programa que ya estaba listo para ponerlo en funcionamiento, algo cuyas probabilidades de identificar con precisión qué había provocado el aparente desperfecto del funcionamiento de la computadora superaban el diez por ciento de los programas corrientes. Búsquelo y póngalo en funcionamiento.

—El señor Spock dejó iniciado el proceso de revisión antes de bajar al planeta,

capitán. —Pritchard hizo una pausa y se inclinó sobre las lecturas—. No hemos obtenido ningún resultado concluyente. Sólo confirma el primer diagnóstico general. El problema se originó como resultado de un conflicto surgido entre las lecturas de dos sensores diferentes. No hay ningún indicio de cuáles fueron esas lecturas ni del motivo causante del conflicto.

—¿Hay alguna otra prueba a la que pueda someterse la computadora, teniente?

—Ninguna con los programas estándar, señor. —Pritchard vaciló durante un momento; sus ojos se encontraron con los de Kirk y luego los bajó—. Tengo entendido que al señor Spock se le habían ocurrido algunas ideas para realizar modificaciones especiales en su propio programa con el fin de aumentar su capacidad para diagnosticar problemas de este tipo, en los que una parte o todas las grabaciones de las lecturas causantes del conflicto han sido borradas, pero, hasta donde yo sé, nunca se llegaron a realizar esas modificaciones.

«Y, ahora, ya nunca se harán, —no pudo evitar decirse mentalmente Kirk—, a menos que consigamos otro oficial científico que esté a la altura de Spock.» No era una perspectiva muy probable.

—La Flota Estelar no responde a la llamada de emergencia, capitán —informó Uhura—. Vuelvo a intentarlo.

—Procure contactar con otras naves que estén dentro de nuestro radio de alcance. El almirante dijo que había como mínimo una a menos de un día de distancia.

—Sí, capitán. —Diestramente, los dedos de Uhura corrieron por el panel que tenía ante sí—. No hay respuesta —anunció pasado un momento.

Las arrugas del entrecejo de Kirk se hicieron más profundas, su inquietud aumentó más aún.

—Vuelva a intentarlo, teniente. Y, teniente Pritchard...

—Capitán —le interrumpió Uhura con una voz mezcla de sorpresa y alivio—. La Flota Estelar nos llama.

—¡En pantalla!

—Sí, señor.

Vancadia desapareció de la pantalla y un instante después fue reemplazada por un remolino abstracto y caótico. Aquello duró varios segundos, hasta que finalmente se resolvió en una imagen rielante y borrosa del almirante Brady.

—*Enterprise* —comenzó a decir la imagen sin más preámbulo—, aquí el almirante Brady desde el cuartel general de la Flota Estelar. Sabemos que han intentado hablar con nosotros, pero hay algo que ha interferido sus señales subespaciales y, aparentemente, nuestras respuestas. Utilizamos la energía de emergencia para impulsar temporalmente nuestra señal, esperamos que les llegue. Aún no hemos podido determinar si la interferencia es un fenómeno natural o artificial. En cualquier caso, la revisión preliminar de las grabaciones de nuestros

contactos con mundos no pertenecientes a la Federación en el sector de Chyrellka han revelado efectivamente una posible influencia externa. No hay nada concluyente, pero, según nuestra experiencia pasada, es muy probable que los klingon estén implicados en este caso.

La imagen onduló y estuvo a punto de desaparecer. Cuando volvió a afirmarse, Brady todavía hablaba.

—...una campaña organizada que nosotros no hemos conseguido determinar. — Hizo una pausa—. Sin embargo, si esa campaña existe realmente, parece bastante probable que el sistema de Chyrellka sea objeto de la misma. No obstante, es usted quien está en el escenario de los acontecimientos, Jim. Usted podrá juzgar mejor que yo, su interpretación de la Primera Directriz según se aplicaría a una posible interferencia klingon es, por lo menos, tan válida como la mía.

Trato de decirle, Jim, que tenemos una confianza absoluta en su criterio para tomar decisiones, sean cuáles sean. Usted ya lo sabe. No pensamos ponerle en tela de juicio por un asunto de esta importancia, en el que posiblemente se vea comprometida la seguridad de la Federación.

La imagen comenzó a ondular una vez más.

—La interferencia subsespacial parece empeorar todavía más. Buena suerte, Jim.

Y desapareció en una colorida explosión de electricidad estática.

—Hemos perdido la señal, capitán —confirmó Uhura.

—Intente establecer contacto de nuevo —le espetó Kirk—, y no lo deje.

—Sí, señor.

Kirk permaneció momentáneamente en silencio, mientras los chisporroteos desaparecían y eran reemplazados por la imagen de Vancadia. Aún no había ningún indicio de la reactivación del escudo.

—Señor Pritchard, haga otro sondeo con los sensores... —le ordenó Kirk al oficial—, pero esta vez hacia afuera.

—¿Hacia afuera, señor?

—Hay algo que interfiere en las señales de salida y entrada con la Flota Estelar. Quiero saber con seguridad si el escudo ha sido realmente desactivado... o si podrían haberlo expandido, ampliado hasta el punto de encerrar a todo el planeta, y también a la *Enterprise*. Puede que parezca imposible —continuó, más para sí, pensando en voz alta—, pero según las lecturas de sus sensores, el escudo de la superficie del planeta era, en sí mismo imposible. Puesto que ya tenemos una imposibilidad confirmada, será mejor que comprobemos la existencia de una segunda.

—Sí, capitán.

Pritchard pulsó las órdenes necesarias a toda velocidad y observó las lecturas resultantes.

—No hay nada dentro del radio de alcance de los sensores, capitán —declaró tras

unos segundos—. No hay campo energético de ninguna clase, excepto los asociados normalmente con los planetas y las estrellas.

—¿Y no hay nada fuera de lo corriente en esas lecturas?

—No, señor. Todo es normal dentro del radio de alcance.

—¡Capitán Kirk! —exclamó la voz de Kaulidren desde el intercomunicador—. ¡Mis consejeros y yo aún esperamos!

—Supongo que también han escuchado.

—¡Así es, y lo que hemos oído no hace más que aumentar nuestra ansiedad por obtener licencia para regresar a Chyrellka antes que esos problemas de funcionamiento... o ese sabotaje... se extienda al sistema de motores de su nave y nosotros nos quedemos varados en órbita alrededor de Vancadia! ¡Puede que usted desee pasar aquí el resto de sus días, pero puedo asegurarle que yo no!

A punto de hacer rechinar los dientes, Kirk refrenó su cólera.

—Muy bien, primer ministro —le contestó con voz tensa... La situación crecientemente impredecible hacía que no se sintiera inclinado a enviar a ninguno de sus tripulantes en una travesía del sistema a bordo de la lanzadera—. Suban a bordo de su propia nave. Nosotros les devolveremos a la órbita en torno a Chyrellka.

Tras cortar la comunicación con la cubierta del hangar, se volvió bruscamente hacia el timón.

—Llévenos a Chyrellka, señor Sulu, máximo impulso, y luego tráiganos de vuelta aquí.

Cuando el coche flotante abandonó las desiertas calles de la ciudad y se puso a atravesar la igualmente desierta zona universitaria, el doctor Leonard McCoy empezó a creer que, después de todo, quizás conseguirían llegar al punto de destino que Tylmaurek había seleccionado finalmente.

—Durante el período de emergencia sólo están permitidas las clases diurnas —les explicó Tylmaurek con nerviosismo mientras el vehículo flotante se deslizaba silenciosamente por el liso terreno ajardinado que mediaba entre los altos edificios de varias plantas. A excepción de una sola calle de superficie dura que acababa en el equivalente vancadiano del edificio de administración, no había nada previsto para vehículos rodados; sólo unas pistas flanqueadas por arbustos por las cuales podían pasar, sin demasiadas dificultades, los coches flotantes.

McCoy miró a Spock cuando el vulcaniano realizó un último infructuoso intento de contactar con la *Enterprise* a través del comunicador. McCoy mismo lo había intentado media docena de veces, con igual falta de resultados positivos. En el momento en que Tylmaurek condujo el vehículo a través de la entrada de un área de aparcamiento subterránea que aparentemente abarcaba el subsuelo de la mayor parte del recinto universitario, Spock guardó silencio y volvió a colocar el comunicador en

el cinturón.

—¿Todavía no hay suerte, Spock?

—Ninguna, doctor —le respondió el vulcaniano; una ceja alzada constituyó el único indicio de que encontraba la pregunta de McCoy no tanto retórica como ilógica e innecesaria.

—Será mejor que utilicemos las escaleras —comentó Tylmaurek mientras dejaba el coche flotante en el primer espacio libre que había encontrado—. Tendremos menos probabilidades de encontrarnos con alguien y nos resultará más fácil escondernos si eso sucede.

—Espere un momento, consejero —le advirtió Spock cuando Tylmaurek comenzaba a abrir la puerta del vehículo.

—¿Qué sucede?

—Dos formas de vida humanoide se aproximan por la izquierda —le contestó el vulcaniano cuando levantó los ojos del sensor.

Tylmaurek se agachó y espió nerviosamente en la dirección indicada.

—Probablemente no sean más que unos estudiantes que se marchan a casa —comentó en voz baja, pasado un momento—. La mitad de la facultad vive en este edificio y, desde que fueron canceladas las clases nocturnas oficiales, algunos profesores imparten clases informales en sus dependencias personales. Es la única hora libre que tienen muchos estudiantes que trabajan.

En la nave contigua se puso en marcha el motor de un vehículo flotante y éste partió, con un ruido mucho mayor a los que habían oído hasta aquel momento. Pasados unos minutos, todo quedó en absoluto silencio.

—¿Viene alguien más hacia aquí? —preguntó Tylmaurek con una voz insegura—. Ya ha pasado la hora del comienzo del toque de queda, así que no debería salir nadie más, pero...

—No se acerca nadie, consejero. Tampoco —agregó Spock— puedo detectar ningún klingon en el interior del edificio.

—Después de esa transmisión —comentó McCoy con una mueca—, debemos preocuparnos de mucha más gente que los klingon. Tylmaurek, ¿piensa usted que ese profesor Rohgan es la única persona en la que puede confiar? ¿No hay nadie más, alguien que viva en una zona menos poblada? Estos uniformes y nuestras orejas no son precisamente el tipo de cosas que pueden pasar inadvertidas.

—Lo siento de veras —le respondió Tylmaurek, que tragó con dificultad—, pero me parece que es la mejor apuesta que podemos hacer. Mi actual situación es idéntica a la que él vivió hace cinco años —continuó.

Mientras el consejero hablaba, McCoy comenzó a preguntarse con inquietud si aquel hombre se sentía tan inseguro como parecía, si no hablaría simplemente para convencerse a sí mismo de haber tomado la decisión más correcta.

—Era miembro del consejo cuando éste era un organismo legítimamente electo, antes que nos declararan ilegales —prosiguió Tylmaurek—. Cuando Delkondros decidió intentar la consecución de nuestra independencia mediante el ataque a la fábrica orbital de Chyrellka, Rohgan y una media docena más de miembros presentaron la dimisión. Tylmaurek frunció el entrecejo—. Puede que incluso les comunicase a los chyrellkanos el ataque planeado por Delkondros, no lo sé. Puede que ese fuese el motivo de su fracaso. En todo caso, Rohgan comprendió hace ya cinco años quién era Delkondros y se retiró del consejo. No he hablado con él desde que el consejo fue declarado ilegal, pero ahora...

Hizo una pausa y volvió a sacudir la cabeza.

—Es sólo una sensación, pero pienso que él es la única persona capaz de escucharme antes de disparar contra mí o entregarme a las autoridades. Y sólo él puede llegar hasta alguna persona que ocupe un cargo de autoridad para revelar la verdad acerca de Delkondros. Eso, claro está, si hay alguien en un puesto de autoridad que no sea un klingon. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. Ahora que pienso en ello, me sorprende que Delkondros no haya incluido a Rohgan en su lista negra de colaboracionistas. Cuando el consejo fue declarado ilegal, después que los chyrellkanos destruyeran nuestras naves, Delkondros quería matarle, pero los demás conseguimos convencerle que sería contraproducente, si no algo peor.

—En efecto, ese hombre parece nuestra mejor apuesta —comentó McCoy cuando Tylmaurek guardó silencio, con una voz que pretendía alentar—. Y ahora pongámonos en marcha antes que Spock intente hacernos cambiar de opinión, o que nos atrapen.

—¿Por qué iba yo a querer hacerles cambiar de opinión, doctor? Creo efectivamente que el contacto con el profesor Rohgan nos ofrece una de las mejores probabilidades de supervivencia en las actuales circunstancias.

Los ojos de McCoy se agrandaron.

—¿Se basa en la «sensación» de Tylmaurek, Spock?

—Por supuesto que no, doctor. Mi acuerdo se basa en el resto de lo que Tylmaurek acaba de contarnos. No obstante, me veo obligado a señalar que, en la situación en la que nos hallamos, las mejores probabilidades no son en absoluto unas probabilidades buenas.

—¡Y se ponen peor cada segundo que permanecemos aquí sentados comentándolas! —Abruptamente, McCoy abrió la puerta de un empujón y salió del vehículo.

Tras otra rápida comprobación de las lecturas del sensor, Spock y Tylmaurek le siguieron y segundos más tarde los tres se internaban por una escalera cerrada, a unos doce metros de donde habían dejado el vehículo flotante.

—El vestíbulo está vacío —declaró Spock cuando llegaron al cuarto piso. Poco

después los tres se hallaron en un corredor espartano, ante una puerta lisa de color marrón.

—¿Rohgan está solo, señor Spock? —le preguntó Tylmaurek al vulcaniano.

—Si quiere saber, consejero, si hay una sola persona al otro lado de esta puerta —precisó Spock mientras levantaba los ojos del sensor que llevaba colgado al hombro—, la respuesta es sí. Si esa persona es o no el hombre al que usted llama Rohgan, es algo que no tengo forma alguna de saber. Las lecturas indican, sin embargo, que ese hombre no es un klingon, que pesa aproximadamente noventa kilos, que tiene el perfil fisiológico correspondiente a un ser humano terrícola de aproximadamente sesenta años de edad, y que en este momento se encuentra extremadamente agitado.

Tylmaurek parpadeó y miró el sensor.

—Supongo que esa cosa no podrá decirle el porqué de esa agitación.

—No, consejero, pero la lógica sugiere que su estado emocional está relacionado con la aseveración transmitida por Delkondros referente a que su mundo está, en efecto, bajo un ataque de la Federación. Usted mismo se encuentra en un estado similar.

—Si ustedes dos han acabado ya de discutir sobre sus respectivos estados emocionales... —les interrumpió McCoy con un gesto hacia la puerta.

Tylmaurek asintió con la cabeza y llamó brevemente.

La puerta se abrió casi de inmediato y en ella apareció un hombre alto y esbelto, de cabello blanco y ralo. Llevaba el mismo tipo de camisa suelta que vestía Tylmaurek, pero con una prenda por encima, probablemente el equivalente vancadiano del jersey. Sus ojos se agrandaron al ver a Tylmaurek. Un instante después, cuando echó una mirada hacia un lado y vio a Spock y McCoy, retrocedió con un respingo involuntario.

McCoy se tensó, preparado para echar a correr, pero entonces, abruptamente, una débil sonrisa apareció en el rostro del maduro profesor.

—Ah —comentó en voz baja—. El escuadrón asesino de la Federación y uno de los colaboracionistas traidores. Entren, rápido, antes que les vea algún ciudadano leal.

8

—Todos los sensores comprobados, funcionamiento al ciento por ciento, capitán —anunció la voz de Scott por el intercomunicador— mientras Sulu hacía virar la *Enterprise*, la dirigía hacia Vancadia y volvía a imprimirle máximo impulso.

—Lo mismo ocurre con los equipos de comunicaciones, capitán —dijo Uhura, un instante después—. Pero no hemos obtenido más respuesta de la Flota Estelar, ni por los canales corrientes ni por la banda de emergencia.

Kirk dejó escapar el aire con un suspiro de frustración. Los percances iban en aumento. Según las pruebas realizadas, todos los sistemas de la *Enterprise* funcionaban a pleno rendimiento, o casi; sin embargo, en muchos aspectos parecía que la nave hubiera caído fuera del universo conocido. No podían ponerse en contacto con el cuartel general de la Flota Estelar ni con ninguna otra nave que estuviera en el espacio. Los millares de señales electromagnéticas que anteriormente habían captado tanto de Chyrellka como de Vancadia, no existían ya. Los sensores no captaban otra cosa que las radiaciones de los tendidos energéticos y cosas así... pero ninguna señal modulada, ni de radio, ni de televisión, absolutamente nada.

Cada vez se hacía más poderosa la sensación de que el escudo no había sido puesto alrededor de Vancadia ni de la totalidad del sistema chyrellkano, sino en torno a la propia *Enterprise*, de no ser porque los sensores, que podían detectar los campos magnéticos de ambos planetas y del propio sol, no conseguían captar escudo alguno. Tal vez si enviaba una lanzadera fuera de la nave y comparaba las lecturas de sus sensores con las de la *Enterprise*...

—¡Capitán! Lo han vuelto a activar.

La voz del teniente Pritchard interrumpió las especulaciones de Kirk sobre lo imposible. Al volver velozmente los ojos hacia la pantalla frontal, el capitán de la *Enterprise* vio que tenía un imposible más para incluir en aquella ecuación. Efectivamente, el escudo había sido reactivado, pero si antes su elusivo temblor cubría un círculo de aproximadamente cien kilómetros de diámetro, ahora abarcaba un área que doblaba por lo menos esa extensión.

Además, en lugar de un débil rielar indefinido, destellaba con una transparencia sólida.

McCoy no advirtió que había permanecido con la respiración contenida hasta que el profesor Rohgan cerró apresuradamente la puerta tras ellos y se volvió para mirarlos; la sonrisa había desaparecido de su rostro, en el que sólo se reflejaba tensión.

—Supongo, Tylmaurek —comenzó a decir Rohgan—, que existe una explicación

razonable para lo que Delkondros acaba de afirmar en esa transmisión.

—¡Mentiras, absolutamente todo! —declaró Tylmaurek atropelladamente.

—¿No han sido asesinados nuestros amigos? —La esperanza brillaba en los ojos de Rohgan.

Por un momento reinó un silencio absoluto. McCoy pudo ver cómo temblaba la mandíbula inferior de Tylmaurek con el regreso del dolor, mientras el hombre negaba con la cabeza.

—No —le contestó con voz quebrada—, los asesinatos fueron reales. —Tras tragarse la indecisión, continuó—. Yo no presencié sus muertes, pero sé casi con seguridad que realmente los mataron. Vi a Delkondros asesinar a otro hombre, pero no a uno de los miembros del...

—¿Afirmas que Delkondros es un asesino? —le interrumpió Rohgan—. ¿Estás completamente seguro? ¡No creía que ni siquiera él pudiese estar tan loco!

Tylmaurek profirió un bufido, un resoplido seco y amargo.

—Él lo hizo, o les ordenó a otros que lo hicieran, pero no fue por locura. —Miró a McCoy y Spock—. Al menos no por ninguna clase de locura normal.

Luego comenzó a explicárselo todo. Mientras Tylmaurek hablaba, los ojos de Rohgan se agrandaron primero y luego se entrecerraron. De vez en cuando miraba a Spock y McCoy, como si quisiera verificar en las expresiones de sus caras la verdad de lo que contaba Tylmaurek.

Cuando éste concluyó, Rohgan dejó escapar la respiración en un suspiro explosivo.

—¿Lo que tú crees, entonces, es que Delkondros no es el paranoico excesivamente ambicioso que yo siempre he supuesto que era, sino un alienígena asesino?

—Ya sé que parece algo descabellado, profesor —comenzó McCoy cuando Tylmaurek pareció no hallar respuesta—, pero...

—Muy al contrario, doctor... McCoy, ¿verdad? Muy al contrario, es la primera explicación razonable del comportamiento de Delkondros que he oído en los últimos años. Y resulta casi un alivio para mi propia conciencia. Desde que marché del consejo, he tenido muchísimo tiempo para preguntarme si, de no haberlo hecho, hubiera podido influir sobre él para que siguiera una línea de acción menos desastrosa que la aplicada. No obstante, según lo que ustedes dicen, creo que nadie lo podría haber conseguido. Sus palabras y sus actos han estado todos conscientemente dirigidos a separar nuestros dos mundos, a provocar toda la discordia posible. Pero, ¿por qué? ¿Qué razones pueden tener esos alienígenas para querer trastornar nuestros pequeños mundos?

McCoy profirió un bufido reprimido.

—Es parte de su misión en esta vida. Se dedican a eso.

—Aún así... —Rohgan dejó la frase sin terminar—. Pero estamos desperdiciando un tiempo muy valioso —declaró, y se volvió bruscamente hacia Spock, recorrió una vez más con los ojos al vulcaniano, sus orejas, el delicado matiz verde cobrizo de su piel; luego bajó los ojos hasta el sensor que continuaba colgado del hombro de Spock—. ¿Puede usted detectar con ese aparato a los alienígenas, independientemente de su apariencia externa? ¿Y a una distancia razonable? ¿Es eso lo que debo deducir?

—A estos alienígenas en particular, profesor —le respondió Spock—. Pero no a todos.

—¿Es que hay algún otro tipo implicado en esto?

—No que yo sepa, profesor.

Rohgan respiró profundamente.

—En ese caso, suponiendo que todo lo dicho por Tylmaurek sea verdad, quizá yo pueda conseguir ponerles en contacto con su nave. Incluso tal vez pueda disponer las cosas de forma que se les traslade a la propia nave.

Una ola de esperanza invadió a McCoy y le aceleró el ritmo cardíaco, pero un instante después, como un golpe físico, le acometió brutalmente la sospecha de que aquel hombre trataba forzosamente de engañarles. Era sencillamente demasiado bueno para ser cierto que la primera persona a la que les había llevado Tylmaurek, además de no intentar disparar contra ellos o entregarles, tuviera una forma de poder contactar con la *Enterprise*.

—¿Cómo? —le preguntó McCoy con sequedad—. Nosotros tenemos comunicadores de la Flota Estelar, y no podemos ponernos en contacto con la nave.

—Es una larga historia, ahora no tenemos tiempo para explicaciones —le respondió Rohgan—. Baste decir que un grupo de nosotros hemos trabajado en un plan propio. Ahora...

Rohgan se interrumpió y profirió un grito ahogado cuando un sonido como el de una sirena llenó la habitación.

—Otro boletín —anunció con voz temblorosa a causa del repentino sobresalto.

Se volvió para activar la pantalla que estaba empotrada en la pared. Al encenderse, la bandera chyrellkana llenó la pantalla y pasados apenas unos instantes fue reemplazada por el rostro del gobernador.

Pero no se trataba de su imagen en directo, sino obviamente de una imagen fija, una fotografía.

Entonces comenzó a hablar una voz que no era ni la del gobernador ni la de Delkondros.

—La oficina colonial de Vancadia lamenta anunciar que el gobernador Ulmar y el presidente del consejo Delkondros han muerto a manos del grupo asesino de la Federación.

Con esas palabras, la fotografía del gobernador desapareció y fue substituida por

las mismas imágenes de Spock, McCoy y Tylmaurek que habían sido utilizadas en la emisión anterior.

—Hace apenas unos minutos —prosiguió la voz—, por medio de alguna tecnología de la Federación, desconocida por nosotros, estos tres individuos consiguieron eludir los dispositivos de seguridad del gobernador, asesinaron al gobernador Ulmar y al presidente del consejo Delkondros y escaparon después. Si alguien ve...

Rohgan apagó la pantalla. McCoy vio que tenía la cara blanca como el yeso, y se preguntó si no estaría a punto de desmayarse. Sin embargo, dio media vuelta, se precipitó hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Vengan conmigo, rápido! Les explicaré todo por el camino.

—Espere, profesor.

Era Spock quien acababa de hablar. McCoy volvió la cabeza y vio que su compañero estaba concentrado en las lecturas del sensor. El vulcaniano lo había consultado cada pocos segundos desde que entraron en la habitación, pero en aquel momento estudiaba las lecturas sin levantar los ojos de ellas y desplazaba ligeramente el instrumento.

—Hay tres formas de vida que acaban de penetrar en el edificio —prosiguió Spock—, en la planta del aparcamiento. Las lecturas indican que dos de esas formas de vida son humanas, pero la tercera es un klingon y lleva un arma energética similar a las pistolas de láser que fueron utilizadas en los anteriores atentados contra nuestras vidas.

McCoy le lanzó a Rohgan una mirada acusadora. ¡Efectivamente, era una trampa!

—¿Qué hizo usted, profesor? —le espetó—. ¿Pulsó alguna alarma cuando entramos aquí?

—No, doctor —le contestó Spock, sin apartar los ojos del sensor—. Según las reacciones fisiológicas del profesor, está tan sobresaltado como usted mismo, probablemente más todavía. Pero si vamos a marcharnos de aquí, caballeros, yo sugeriría que lo hiciésemos ahora mismo. Los recién llegados están a punto de entrar en el ascensor.

Rohgan, que se había quedado inmóvil al oír la advertencia de Spock, se lanzó ahora al exterior y echó a correr por el pasillo.

—Podemos bajar por las escaleras. Mi...

—Sólo el klingon y uno de los seres humanos han entrado en el ascensor —le previno Spock—. El segundo ser humano parece regresar a las proximidades del vehículo que los ha traído hasta aquí; desde él, según creo, se ve claramente la entrada a la escalera.

Rohgan se detuvo con un estremecimiento ante la puerta de la escalera y se recostó contra ella sacudiendo la cabeza.

—¿Estamos atrapados, entonces?

—No necesariamente —exclamó McCoy, al recordar cómo había conseguido escapar de Delkondros. Continuaba sin confiar plenamente en Rohgan, pero aquel hombre era decididamente preferible a lo que subía en el ascensor—. Spock —dijo agitadamente mientras rebuscaba en su maletín médico—, todavía me quedan un par de dosis en la pistola hipodérmica.

—Comprendido, doctor —le contestó Spock, que continuaba con los ojos fijos en el sensor—. Profesor, creo que nuestra mejor oportunidad reside en que se coloque usted directamente ante las puertas del ascensor, al otro lado del pasillo. Atraiga la atención de esos dos cuando se abran las puertas.

—¿Qué...?

—Consejero, permanezca fuera de la vista —le ordenó Spock con un gesto de la mano que tenía libre—. Doctor, el klingon está a la izquierda.

Con la pistola hipodérmica en la mano, McCoy corrió hacia el lado izquierdo del ascensor y se apoyó de espaldas contra la pared. Spock, tras cambiar el sensor a la mano izquierda, se apostó contra la pared del lado derecho.

—Segundo piso —anunció Spock, contando en voz baja—. Tercero y...

El runrún del ascensor cesó. Spock cerró y soltó el sensor, que quedó colgado de la correa que tenía sobre el hombro. Durante un momento sólo hubo silencio, excepto el continuo tragar nervioso de Rohgan.

Las puertas se abrieron hacia los lados.

El ser humano pareció sobresaltarse al ver a Rohgan de pie a menos de dos metros de él. Tendió la mano hacia el arma de proyectiles que llevaba en el cinturón, semejante a la empleada por Delkondros en el edificio del que habían huido.

El klingon, con un aspecto tan humano como el que presentaba Delkondros, ya tenía la pistola de láser en una mano y su brazo colgaba laxamente a un lado. Se puso rígido, luego sonrió y comenzó a levantar el arma en el momento en que ambos salían del ascensor.

Con el brazo derecho estirado, Spock se apartó de la pared. Cuando el ser humano y el klingon empezaron a volver la cabeza hacia el movimiento percibido en la periferia de su campo visual, los dedos de Spock se cerraron sobre los nervios del cuello del hombre. Simultáneamente, McCoy adelantó la mano en la que tenía la pistola hipodérmica y la hizo entrar en sólido contacto con el cuello del klingon.

El pinzamiento nervioso derribó instantáneamente al ser humano, pero el klingon tuvo tiempo de reconocer al vulcaniano, y habría tenido la posibilidad de acabar de levantar el arma y disparar, de no haber tendido Spock una mano por encima del hombre que estaba en el suelo para aferrar el brazo del klingon y obligarle a que lo bajase, con lo cual el disparo de láser dio inofensivamente en el piso. Antes que el sorprendido klingon pudiera poner en juego su fuerza contra la mano de Spock que le

sujetaba, la inyección, aplicada a pocos centímetros del cerebro, hizo efecto. Con un rostro que comenzaba a manifestar cólera, el klingon cayó, inconsciente.

En el momento en que el klingon chocaba contra el suelo, Tylmaurek se lanzó hacia adelante y le arrebató la pistola de láser de la mano.

—Si hubiera hecho lo mismo con Delkondros... —comenzó a decir, pero Spock le aferró la muñeca y desvió fácilmente el cañón del arma que apuntaba al klingon. Tylmaurek luchó momentáneamente, pero luego cedió y dejó que la pistola de láser colgara flojamente en sus dedos. A pesar de sus iracundas palabras, parecía casi aliviado porque Spock le hubiese detenido a tiempo.

—Si vamos a regresar a la *Enterprise* —declaró Spock—, este klingon será una prueba valiosa. —Luego se volvió a mirar a Rohgan—. ¿Tenemos que ir muy lejos, profesor?

—Aproximadamente a unos doscientos kilómetros —replicó el hombre, que tragaba nerviosamente mientras apartaba los ojos del klingon caído y de la quemadura de láser, a pocos centímetros de sus propios pies—. Pero no veo cómo vamos a poder conseguirlo ahora. El toque de queda... el boletín que mostraba las caras de ustedes tres...

—¿Tendríamos más posibilidades si utilizáramos el vehículo en el que estos tres han llegado hasta aquí?

—Probablemente, pero...

—En ese caso, trataremos de apoderarnos de él. —Spock se volvió a mirar a McCoy—. Doctor, al parecer Delkondros se despertó bastante pronto de la dosis que le administró usted anteriormente. ¿Tiene algo capaz de mantener a este inconsciente más tiempo?

McCoy asintió con la cabeza. Ya había cambiado la carga de la pistola hipodérmica.

—Esto no le habría hecho efecto con tanta rapidez —explicó, mientras la aplicaba al cuello del klingon caído—, pero le mantendrá dormido al menos diez veces más tiempo.

Spock se inclinó, recogió al klingon, se lo echó con facilidad al hombro y se encaminó de vuelta a las habitaciones privadas del profesor Rohgan.

—Haga lo mismo con el humano —le pidió a McCoy— y tráigalo.

Diestramente, el médico de la *Enterprise* volvió a cambiar la carga de la pistola hipodérmica, esta vez por algo más adecuado para el metabolismo de un ser humano, lo aplicó en el cuello del hombre, y observó cómo Tylmaurek y Rohgan lo levantaban y seguían a Spock y su carga klingon al interior de las dependencias del profesor.

Menos de dos minutos después habían vuelto a salir y bajaban en el ascensor; el klingon yacía en el suelo y Tylmaurek llevaba puesto el uniforme holgado de color gris del humano que había subido con el alienígena. Se detuvieron en la planta baja,

donde McCoy y Rohgan salieron mientras Spock recogía al klingon y lo depositaba en los brazos extendidos de Tylmaurek. El hombre gimió bajo el peso que Spock acababa de colocar en sus brazos, luego el vulcaniano retrocedió apresuradamente y se reunió fuera del ascensor con los otros dos. Antes que las puertas del ascensor se hubieran cerrado ante el sobrecargado Tylmaurek, los tres bajaban ya por las escaleras. Al llegar a la planta del aparcamiento, Spock abrió la puerta lo suficiente para dejar apenas una rendija y permanecieron allí al acecho.

A los pocos segundos, el ruido de las puertas del ascensor que se abrieron con un sonido raspante anunciaron la llegada de Tylmaurek. Este puso buen cuidado en mantener el rostro apartado del coche en el que sabía que aguardaba el segundo hombre y salió tambaleándose del ascensor con el klingon aún sujeto entre los brazos. Dado que apenas era capaz de aguantar el peso, no tuvo necesidad de fingir un andar inseguro al salir dando traspiés ni al dejar que se le doblaran las rodillas cuando intentó depositar al klingon suavemente sobre el suelo. Con el rostro aún desviado, le hizo gestos de urgencia al otro para que acudiera en su ayuda.

Tras un tenso instante, la puerta del coche flotante se abrió y el segundo hombre saltó al exterior y se acercó a la carrera.

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir, pero en aquel momento la mano de Spock salió disparada por la rendija repentinamente ensanchada. El hombre cayó tan rápidamente como lo había hecho su compañero, cuatro pisos más arriba. McCoy pasó junto a Spock y le aplicó otra dosis de somnífero; luego los dos vancadianos se encargaron de depositar al hombre dentro del vehículo de Tylmaurek.

—Si alguien le encuentra ahí dentro —comentó Tylmaurek con una sonrisa cansada—, no creo que me proporcione más líos de los que ya tengo.

Un minuto más tarde metieron al klingon en el maletero de su propio coche flotante mientras Rohgan, que intentaba recobrar la calma, se familiarizaba con los controles del vehículo. Pasado otro minuto lo sacó del área de aparcamiento hacia el desierto recinto universitario.

—Ahora que nos hemos quitado este problema de en medio —dijo McCoy mientras desandaban el camino por el que Tylmaurek les había llevado un rato antes—, ¿le importaría explicar cómo va a conseguir llevarnos hasta la *Enterprise*? La última vez que reparé en ello, los coches flotantes no conseguían del todo ponerse en órbita.

—Y siguen sin poder hacerlo, doctor —le contestó Rohgan con una sonrisa nerviosa—, aunque después de todo lo que ustedes me han contado esta noche acerca de los alienígenas y sus maquinaciones, no me sorprendería lo contrario. No. Tenemos una nave que, espero, será capaz de conseguirlo.

McCoy frunció el entrecejo con escepticismo en el débil fulgor de las luces callejeras.

—¿Y qué sucederá con Kaulidren y sus naves de vigilancia?

—Nuestra nave es capaz de evitarlas —replicó Rohgan. Tragó dificultosamente, con un sonido claramente audible, como si realizara un constante esfuerzo para mantener su muy delicada calma—. Al menos eso es lo que me han asegurado. Sin embargo, cada vez me parece más obvio que no existen plenas garantías; hay demasiadas incertidumbres, la menor de las cuales no es precisamente que ese mismísimo dispositivo que le permite a nuestra nave eludir la guardia de Kaulidren muy bien podría ser otro «regalo» de esos klingon de ustedes.

McCoy puso los ojos en blanco y miró a Spock, que parecía absorber la información con su habitual impasibilidad estoica.

—Eso es lo que yo llamaría un verdadero monumento de incertidumbre, profesor.

—Obviamente. No obstante, dadas las presentes circunstancias, no veo más alternativa que intentarlo, ¿no le parece? Según todo lo que yo sé, es la única posibilidad que tienen de escapar del escudo y contactar con su nave, si es el escudo lo que realmente bloquea las comunicaciones.

—Puede que así sea —replicó McCoy—, pero usted ha dicho que deberemos recorrer un par de cientos de kilómetros. ¿Por qué no nos lo explica todo... sin pasar por alto cómo usted, entre todos los habitantes de Vancadia, tiene casualmente acceso al único artefacto de este planeta que cuenta con alguna posibilidad de eludir las naves de vigilancia de Kaulidren?

—Sí, profesor Rohgan —agregó Tylmaurek, en cuya voz había aparecido repentinamente una nota de suspicacia—. Me gustaría oír esa explicación.

Rohgan parpadeó y le lanzó una mirada sorprendida a Tylmaurek. McCoy pensó que, o bien estaba genuinamente sorprendido ante la sospecha que de pronto había detectado en los demás, o bien era un actor excelente.

Finalmente, Rohgan asintió con la cabeza.

—Muy bien, caballeros —les dijo—, pero les advierto que es una larga historia.

Tras su dimisión como miembro del consejo, Rohgan había mantenido contacto secreto con los ingenieros que trabajaban en el motor perfeccionado, la mayoría de los cuales estaban de acuerdo con él y se oponían a que fuera utilizado para atacar la fábrica orbital de Chyrellka. Unas pocas semanas después de su fracaso, Delkondros les había puesto a trabajar en un nuevo conjunto de «notas», supuestamente dejadas por el mismo genio misteriosamente fallecido cuyos borradores anteriores les habían conducido a la creación del motor perfeccionado. El grupo de notas describía un escudo que permitiría a cualquier nave que se hallase encerrada en él pasar sin ser detectada junto a las naves de vigilancia de Kaulidren.

Delkondros, para horror de los ingenieros, no sólo mantenía en secreto la existencia de ese escudo ante los demás miembros del consejo, sino que planeaba

utilizarlo para ultimar la labor en la que había fracasado la primera vez. Había conseguido mantener una de las naves oculta a los ojos de los chyrellkanos cuando las otras tres fueron destruidas, y proyectaba utilizarla, con el escudo, para destruir la fábrica orbital.

En lugar de transmitirles esa información a los chyrellkanos, como habían hecho cuando se preparaba el primer ataque, Rohgan y los ingenieros, junto con varios de los antiguos miembros del consejo que habían dimitido al mismo tiempo que él, trazaron sus propios planes. Los ingenieros le entregaron a Delkondros informes falsos que indicaban unos avances mucho más lentos de los que en realidad hacían. Hasta donde sabía Delkondros, pasaría aún un año o más hasta que el primer escudo prototipo estuviese construido e instalado. En realidad, ya había sido construido, instalado y puesto a prueba.

—Nuestro plan original —continuó Rohgan— era que un grupo de nosotros sacara la nave del planeta, la hiciera pasar sin ser detectada junto a las naves de vigilancia y continuara hasta entrar en órbita alrededor de Chyrellka. Una vez allí, desactivaríamos el escudo, dejaríamos que los chyrellkanos nos viesan y anunciaríamos nuestras intenciones pacíficas para demostrarles, de una vez por todas, que nosotros no deseábamos la guerra, que éramos dignos de confianza.

Rohgan hizo una pausa y sacudió la cabeza.

—Ya sé que parece una ingenuidad, pero para nosotros era infinitamente mejor que el intento de asesinar a todos aquellos chyrellkanos de la fábrica orbital, como pretendía Delkondros. Y, si los chyrellkanos se mostraban de acuerdo con nosotros, esperábamos que reaccionaran de forma similar.

—McCoy meneó la cabeza. Se sentía inclinado a creer en lo que decía aquel hombre.

—La mayoría de la gente debería ser igual de ingenua —comentó, excepto quizá cuando se enfrentan con los klingon—. Pero, esa nave... ¿dice usted que está preparada para partir?

Rohgan asintió con la cabeza.

—Estábamos casi a punto de lanzarla cuando nos comunicaron que la nave de ustedes venía de camino hacia aquí. Eso cambió nuestros planes. Sabíamos que los chyrellkanos les llenarían la cabeza de mentiras, por lo que decidimos proceder al lanzamiento lo antes posible, después de la llegada de su nave. Básicamente, íbamos a actuar según lo planeado, con la diferencia de que le diríamos a la Federación lo que habíamos pensado comunicarles a los chyrellkanos.

—Y luego, esta noche, Delkondros hizo esa emisión —concluyó el doctor McCoy.

—Precisamente —asintió Rohgan—. No teníamos ninguna razón para no creérmola, así que cuando Delkondros nos contó lo que ustedes habían hecho y nos

mostró los cadáveres de personas a las que todos conocíamos, sólo pudimos suponer que o bien la Federación era tan siniestra como esos klingon de los que hablan ustedes, o que Kaulidren les había convencido para que se pusieran de su parte. Y que si nos acercábamos a la nave de ustedes, seríamos sencillamente destruidos.

Pero todos los que debían ir en esa misión ya se habían reunido en la nave. El lanzamiento debía realizarse esta misma noche, así que los que íbamos a quedarnos aquí hemos intentado ponernos en contacto con los de la nave para detener el lanzamiento. Sin embargo, las comunicaciones han quedado interrumpidas, no sabemos por qué. Algunos de los nuestros salieron hacia la nave hace algunas horas, con la esperanza de llegar a tiempo para impedirles partir. De hecho, hacia allí iban los dos que ustedes vieron salir del edificio cuando llegaron. No obstante; ahora que conocemos la verdad podremos continuar adelante con el lanzamiento. Y ustedes tres podrán ir a bordo. La nave les llevará más allá del escudo, donde podrán utilizar los comunicadores para ponerse en contacto con su nave e informar de la situación aquí abajo.

McCoy hizo una mueca cuando Rohgan guardó silencio, mientras el coche flotante corría por las calles desiertas. Confiaba en que Rohgan creyera en cada una de las palabras que acababa de pronunciar y que no les tendiera intencionadamente una trampa; pero aún así, en el mejor de los casos era muy improbable que consiguiera sacarles al espacio para poder contactar con la *Enterprise*. Era mucho más probable que Delkondros y los demás klingon hubieran estado desde el principio al corriente de la pequeña conspiración existente entre el profesor y los ingenieros. Todo lo cual significaba que, si él y Spock acompañaban a Rohgan hasta la nave, lo más previsible es que acabaran directamente en manos del enemigo.

A pesar de ello, por mucho que se estrujaba el cerebro, no conseguía pensar en una sola maldita cosa que les diera mayores posibilidades de llegar siquiera a ver nuevamente la *Enterprise*.

9

Kirk contempló con expresión ceñuda la pantalla y el ahora casi opaco escudo que se extendía sobre más de veinte mil kilómetros cuadrados en la superficie de Vancadia.

—¿Pueden aún penetrarlo los objetos físicos, teniente Pritcharro? —preguntó Kirk.

—No puedo decírselo con seguridad, capitán, puesto que ahora bloquea casi completamente nuestros sensores, pero todo indica que sí podrían hacerlo.

Kirk pulsó uno de los botones en los brazos de su asiento.

—Señor Scott —dijo cuando el jefe de ingenieros respondió a la llamada—. Voy a enviar una lanzadera ahí abajo. Escoja la más fiable de todas y luego, entre usted y el teniente Pritchard, pongan en funcionamiento un programa automático que la lleve hasta un punto inmediatamente por debajo del escudo. Veamos si podemos determinar la naturaleza del mismo, su fuente energética y alguna manera de eludirlo o desactivarlo.

—Sí, capitán. Me reuniré con el teniente en el muelle de las lanzaderas.

—Dos minutos, Scotty. El teniente ya va de camino hacia allí.

Con el ceño aún fruncido, Kirk se volvió hacia la pantalla frontal. Parecía como si la potencia del escudo hubiese aumentado durante los segundos que había mantenido los ojos apartados de él.

Hargemon sonrió con infinita satisfacción al contemplar la *Enterprise*, indefensa, en la pantalla que tenía delante. La pequeña estación repetidora, firmemente anclada a la nave estelar mediante su rayo tractor de un kilómetro de largo, funcionaba a la perfección. Si lo deseara, podría hacer en aquel preciso instante que la *Enterprise* entrara en un deslizamiento irreversible que la conduciría a la destrucción. Kirk no sería capaz de detenerla. Spock no sería capaz de detenerla. Sin duda alguna, quienquiera que en aquellos momentos se hallara a cargo de la terminal científica, no sería capaz de detenerla. Sólo Spock, si todavía estuviese a bordo, tendría alguna probabilidad de detectar el problema y evitar la destrucción.

Y quizá ni siquiera Spock podría conseguirlo, pensó con una leve punzada de pesar. Era una desgracia que el vulcaniano no pudiera tener la oportunidad de intentarlo. Había sentido la tentación de concedérsela, pero el comandante se había negado de lleno. Y él debía admitir, que por una vez el comandante tenía razón.

Sin embargo, el turno de Hargemon llegaría muy pronto.

El comandante le había dado a aquel proyecto el nombre de prueba, y también en eso había tenido razón, aunque quizá no del todo en el sentido que él creía.

Con una sonrisa, Hargemon pensó en el acorazado klingon que llegaría a toda velocidad a recogerles cuando él, el comandante y los demás hubieran concluido su trabajo en el sistema chyrellkano. Aquel sería un buen objetivo para su propia «prueba». La computadora de ese crucero sería un juego de niños comparada con la que había a bordo de la *Enterprise*. Podría conseguir que hiciera toda clase de monerías computerizadas en cuestión de semanas. Incluso aquel idiota de Kelgar que el comandante le había endilgado sería capaz de engañar a esa primitiva colección de microcircuitos, ahora que había observado a Hargemon y, presumiblemente, había aprendido de él.

Su atención volvió bruscamente a la pantalla. ¡La escotilla de lanzaderas de la *Enterprise* se abría! ¿Qué demonios pensaba Kirk que podría conseguir enviando una lanzadera al exterior de la nave?

Durante un momento, una sensación de fracaso le aferró el estómago. ¿Habría adivinado Kirk la verdad? ¿No habría sido suficiente con quitar de en medio a Spock?

Pero, no; eso no tenía importancia. Incluso aunque Kirk hubiera captado las líneas generales de lo que sucedía, incluso si enviaba esa lanzadera para comprobar su teoría, nunca sería capaz de dilucidar los detalles específicos. Sólo Spock, que a veces parecía vivir en una simbiosis virtual con la computadora, podría conseguir algo semejante... al menos en el tiempo que le quedaba a la *Enterprise*.

A pesar de todo, no tenía sentido correr ni siquiera ese mínimo riesgo.

Sus dedos corrieron por el teclado que él mismo había diseñado. Hargemon cursó una serie de órdenes y observó mientras una a una pasaban por la parte inferior de la pantalla y eran confirmadas. Las órdenes verbales habrían sido más eficientes, pero los sistemas klingon que se había visto obligado a adaptar para sus propósitos no disponían de esa capacidad, al menos no con el grado de precisión y fiabilidad que él necesitaba.

Cuando la última de las órdenes fue repetida en la pantalla, las compuertas de la lanzadera comenzaron a cerrarse. Se echó a reír mientras imaginaba la cara del piloto de la lanzadera, y luego la de Kirk cuando la información llegara hasta el puente. ¡El capitán estaría fuera de sí! Era un hombre que vivía para controlar —a hombres y máquinas por igual—, y el control se le escapaba de las manos, camino del caos.

Un pitido de la pantalla le indicó que alguien había intentado abrir manualmente las compuertas, Hargemon volvió a reír. Era casi demasiado malo que Kirk debiera morir junto a todos los demás. Habría resultado más satisfactorio encararse con él, contarle con toda precisión qué había sucedido... y por qué.

Otro pitido. Otro intento de apertura manual. Esta vez provenía de la sala de ingeniería, probablemente realizado por Scott.

Durante varios segundos no sucedió nada más. Luego, toda una serie de órdenes y

respuestas codificadas, cada una de las cuales era fácilmente reconocible por sus ojos expertos, pasaron rápidamente por la pantalla.

Más pruebas, aunque esta vez no de los sensores sino de los circuitos de control, de las desviaciones, e incluso de partes de la computadora.

Aunque, por supuesto, no de las partes que tenían importancia. Esas partes estaban...

Con el ceño fruncido, siguió una de las series de datos que atravesó la pantalla. No la reconocía. ¿Sería el sustituto de Spock mejor de lo que él había creído? ¿Habría heredado uno de los programas detectores de problemas de Spock y lo utilizaba ahora?

Pero, no, aquella hilera de datos no indicaba una prueba. Se trataba de una respuesta... una respuesta que acababa de dar la computadora.

Una respuesta que la computadora no debería haber dado, advirtió con inquietud.

El fruncimiento del entrecejo se hizo más profundo y aguardó hasta que la serie hubo concluido. Las pruebas habían acabado, al menos por el momento. Para garantizar que no volvieran a comenzar mientras él realizaba las suyas propias, tecleó una sola orden y luego procedió a enviar mensajes que destellaron en la pantalla.

Así continuó durante cinco minutos; sus ojos sondeaban las fórmulas, las reconocían y las descartaban, las reconocían y las descartaban.

Hasta que...

¿Qué era aquello? Le recorrió un escalofrío. ¿Había cometido un error? Después de tantos meses de trabajo, ¿era posible que hubiera pasado por alto algo tan obvio? Miró el teclado con expresión ceñuda. Con control verbal, algo semejante nunca habría podido suceder. ¿Estaría la totalidad de aquel proyecto a punto de desmoronarse sobre su cabeza a causa de la primitiva tecnología de los klingon?

¡Pero, no! Al repasarlo una vez más, comprobó que no se trataba de un error, no podía ser un error. Era algo demasiado complejo para que pudiera deberse a un simple error de teclado al hacer el programa.

Pero, si no se trataba de un error, ¿qué era? ¿Y cómo se había metido allí?

El escalofrío de aprensión desapareció, para ser reemplazado por una colérica determinación de llegar al fondo de aquel misterio. ¿Habría cambiado Kelgar cosas sin su expresa autorización? Si lo había hecho...

Aquella bien podía ser la oportunidad que había esperado, pensó abruptamente Hargemon, una oportunidad para quitarse de encima a Kelgar. Si Kelgar, en la errónea creencia de comprender aquellos intrincados programas, había tomado la decisión de cambiarlos, era casi seguro que hubiese liado algo. Y, si había una cosa que el comandante no estaba en absoluto dispuesto a tolerar, era que alguien se pusiera a liar las cosas. Al igual que Kirk, el comandante descargaba todo el peso de su poder cuando las cosas no salían bien.

Una débil sonrisa pasó por los labios de Hargemon. El comandante se había puesto completamente lívido cuando les había llegado desde Vancadia el mensaje que daba cuenta de la fuga de Spock y McCoy. Alguien había cometido un error y alguien iba a pagar por ello.

Kelgar había cometido un error allí, con la computadora, y con un poco de suerte sería el propio Kelgar quien pagaría por ello. En el peor de los casos, ya no sería el ayudante incompetente y entrometido perro guardián que se había visto obligado a soportar durante los últimos seis meses. Puede que otro ocupara su lugar, pero eso no sucedería de inmediato, al menos no hasta que los planes de Hargemon estuvieran bien encaminados.

Así, pues, ¿qué era exactamente lo que había hecho Kelgar? O, más probablemente, ¿qué había tratado de hacer? Con una débil sonrisa, Hargemon se puso a teclear metódicamente órdenes y preguntas.

Lentamente, a medida que las respuestas comenzaron a aparecer en la pantalla, la sonrisa del hombre desapareció. Fuera lo que fuese lo que Kelgar había hecho, era muchísimo más complejo de lo imaginado por Hargemon. Aquel cambio había estado alojado en el corazón mismo de su programa y afectaba a cada aspecto de éste.

Y estaba muy bien escondido, advirtió con sobresalto. Si no hubiera logrado identificar aquella respuesta anormal cuando corría por la pantalla, jamás habría logrado encontrarlo. De mala gana, aumentó un punto la estimación que había realizado sobre la competencia de Kelgar. Aquello no era obra del chapucero por el que había tomado al klingon. Era el trabajo de alguien que, klingon o no klingon, sabía con total precisión lo que hacía.

Era obra de alguien que, comprendió Hargemon con un nuevo escalofrío, sabía de computadoras tanto como él mismo... al menos de aquella computadora en particular. Pero, aún así, ¿qué efectos tendría aquel cambio?

Más preguntas, más órdenes, más respuestas que corrían veloces por la parte inferior de la pantalla. Hasta que...

—¡Así que se trata de eso! —Las palabras salieron espontáneamente de sus labios.

Los cambios no tendrían efecto alguno... mientras la computadora de la *Enterprise* dispusiera de su plena alimentación y estuviera en funcionamiento.

Pero cuando se apagara a causa de la completa pérdida de alimentación, como sucedería dentro de poco, y su contenido fuese leído por otra computadora...

—Ya veo que lo ha descubierto —dijo la rasposa voz de Kelgar procedente de ninguna parte, e instantes después su rostro reemplazó los datos en la pantalla.

En aquel preciso instante, Hargemon oyó algo a sus espaldas... un siseo y luego un chasquido. Se volvió bruscamente y vio que la única puerta de salida de la sala se había deslizado... encerrándole definitivamente en el interior.

—¿Qué demonio cree que...?

—Si quiere que le diga la verdad, Hargemon —continuó Kelgar sin prestar atención a los inútiles intentos que realizaba el otro para hablar—, no me sorprende en lo más mínimo y, desde luego, puedo asegurarle que no me decepciona. Ya le había dicho al comandante que muy probablemente lo descubriría.

—¿Está enterado el comandante de esto?

—Por supuesto. Todo fue idea suya. Al igual que lo fue la alarma destinada a alertarnos cuando usted descubriese los cambios efectuados.

Hargemon se puso bruscamente en pie, dio media vuelta y empujó la puerta. No consiguió moverla.

—No podrá moverla —le advirtió la imagen.

—¿Por qué?

—Porque no podíamos saber cómo reaccionaría usted. Después de todo, la destrucción de una nave comandada por un hombre al que usted detesta es una cosa. Pero la destrucción de toda la Flota Estelar es otra muy distinta. Incluso un traidor como usted podría no estar dispuesto a llegar tan lejos.

De pronto, mientras contemplaba nuevamente el sonriente rostro burlón del klingon, la situación adquirió una claridad absoluta ante los ojos de Hargemon. Kelgar, según la mejor tradición klingon, se disponía a asesinar a su superior inmediato. Por supuesto, presentaría la situación bajo un aspecto diferente ante el comandante, pero el comandante la aceptaría y...

El comandante sería asimismo asesinado muy pronto y el mérito de haber puesto de rodillas a la totalidad de la Federación iría a parar a un verdadero klingon.

—¡Imbécil! —le espetó Hargemon—. ¡En lo que yo he hecho hay mucho más de lo que usted podría llegar nunca a imaginar! ¡Si cree que lo único que se precisa es conseguir que mi programa infecte las computadoras que intentarán reconstruir la memoria de la computadora de la *Enterprise*, ha sido usted muchísimo más chapucero de lo que yo creía!

—Eso ya lo veremos, Hargemon, eso ya lo veremos. O, mejor dicho, yo lo veré. Pero pienso concederle un momento para que pueda apreciar mi hábil trabajo y tal vez revisar la valoración que había hecho de mis capacidades.

En aquel momento el mundo de Hargemon, que ya presentaba un mal aspecto, acabó de desmoronarse. De pronto, el hombre comprendió que, tanto si Kelgar conseguía tener éxito en sus planes a largo plazo como si no, indudablemente lo tendría el cumplimiento de su primer paso: el asesinato de su superior inmediato, el propio Hargemon. También comprendió que su única esperanza de supervivencia, por pobre que fuese, residía en la mismísima nave y tripulación cuya destrucción había proyectado durante meses.

Sus dedos volaron por el teclado y escribieron las órdenes, antes que Kelgar

pudiera advertir lo que hacía y le detuviera.

Pero nada sucedió. Donde debían correr por la pantalla las series de datos, sólo se veía la imagen de Kelgar.

—¿Lo ve? —comentó Kelgar—. El comandante y yo teníamos toda la razón al no confiar en usted. Si no hubiera instalado esos bloqueos para evitar que enviase usted el código de reinicialización a la *Enterprise*, habría destruido todo el proyecto antes que pudiéramos siquiera darle buen comienzo.

La imagen de Kelgar desapareció abruptamente. Volvió a verse la *Enterprise*, con las compuertas de la lanzadera firmemente cerradas.

La mente de Hargemon corría a toda velocidad. Kelga entraría por la puerta que tenía a sus espaldas dentro de un minuto, posiblemente menos.

Visualizó lo que había en la pantalla un momento antes de cerrarse la puerta y comenzó a teclear órdenes. Por primera vez se alegró de tener una entrada de teclado. Si hubiese sido una computadora activada por la voz, no habría tenido la más mínima posibilidad, pues todo estaría ahora codificado para obedecer a las voces de Kelgar o del comandante, y nada que él pudiese hacer conseguiría abrir la puerta. Pero con un teclado, y su recuerdo de los datos que figuraban en la pantalla momentos antes de cerrarse, había por lo menos una posibilidad.

Las órdenes y las respuestas corrieron por la pantalla, hasta que...

¡Allí estaba, la configuración exacta que incluía la orden bloqueadora de la entrada!

Tecleó otra orden.

La puerta se abrió. Todavía no estaba muerto del todo.

Hargemon se volvió hacia la puerta... y se detuvo. Era posible que lograra llegar hasta la lanzadera antes que Kelgar le diera alcance. Incluso puede que consiguiera salir con la lanzadera.

Pero lo único que necesitaría hacer Kelgar entonces sería regresar a la sala de control, emplazar la nave tras él y derribarle. Nunca conseguiría llegar a la superficie de Vancadia, como no fuera en átomos separados.

Hasta que...

Se volvió rápidamente hacia la computadora y tecleó una serie de comandos a la velocidad del rayo. El corazón le dio un salto al advertir que en ese sector no había sido colocado bloqueo alguno. El sistema de navegación de la nave estaba completamente abierto.

Otra serie de órdenes, una media docena de pulsaciones más, y Hargemon salió a escape de la sala sin esperar a que las confirmaciones apareciesen en la pantalla.

Diez segundos más tarde había traspuesto la puerta que conducía al pequeño muelle de la lanzadera. Tras pulsar la secuencia de apertura de la puerta para casos de emergencia en el teclado de combinación del panel de controles inmediato a la

lanzadera restante, se lanzó al interior y cerró la escotilla.

La compuerta del hangar se abrió hacia arriba y el aire salió precipitadamente al espacio. Estaba a salvo, al menos por el momento. Afortunadamente, allí no había ningún campo de contención de la atmósfera como el que tenían a bordo de la *Enterprise*. Kelgar no podría entrar en aquella cubierta hasta que la lanzadera no hubiese salido y la puerta se cerrara tras ella.

Pero Kelgar no perdería el tiempo hasta que eso sucediera. Seguramente habría oído o visto abrirse y cerrarse la puerta interior que comunicaba con el muelle de la lanzadera y ya estaría de camino hacia la sala de control principal, impaciente a la espera de disparar contra la lanzadera, tanto como había ansiado disparar contra el propio Hargemon en de la sala de la computadora.

Tras hacerse con los controles, lanzó la pequeña nave a través de las compuertas en cuanto tuvo espacio suficiente para hacerla pasar, segundos antes que se abriese del todo.

Sin volverse a mirar a sus espaldas para ver si las órdenes que le había dado a la computadora en el último minuto habían surtido efecto, aplicó plena potencia y aceleró hacia el lado nocturno de la superficie del planeta. Más tarde ya tendría tiempo de sobras para preocuparse de su punto específico de destino y de la forma de encontrar a Spock y McCoy.

Primero debía ponerse fuera del radio de alcance de Kelgar... y rápido.

—¡Ha de haber alguna explicación para esto!

Kirk se paseaba por el puente con aire de frustración. En la pantalla frontal estaba la superficie de Vancadia, como lo había estado durante la última media hora; el escudo cubría invariablemente más de veinte mil kilómetros cuadrados y aumentaba a ritmo regular su opacidad. En la cubierta del hangar, las compuertas hacían testarudamente caso omiso de todas las órdenes de apertura dadas por la computadora y de todos los intentos de abrirla manualmente, incluidos los que el comandante Scott había realizado personalmente sobre el terreno. En la terminal de comunicaciones, la teniente Uhura había realizado todas las comprobaciones conocidas por la Flota Estelar y unas cuantas que ella misma había inventado sobre la marcha, pero seguían sin recibir respuesta alguna del cuartel general de la Flota Estelar o de cualquiera de las naves de la Federación desde que se había interrumpido el último mensaje del almirante Brady.

—Sí, capitán, siempre existe alguna clase de explicación —asintió Scott mientras se retiraba de la terminal científica ante la que él y el teniente Pritchard habían intentado desenmarañar uno de los programas especiales creados por Spock—, pero si me lo pregunta a mí...

—¡Eso es precisamente lo que hago, preguntárselo, Scotty, así que si tiene alguna idea, por remota que sea, por favor, cuéntemela!

—Sí, capitán, sólo quería decirle que no puedo evitar preguntarme si no nos habremos tropezado con otro Organia.

Kirk hizo una mueca mental, pero no dejó entrever indicio externo ninguno. La misma idea había pasado fugazmente por su cabeza cada vez que aparecía uno de aquellos acontecimientos nuevos e inexplicables, pero se había negado a darle crédito. Habría sido algo carente de sentido. Si verdaderamente se habían encontrado con otro grupo o entidad que tuviese poderes mentales o tecnológicos siquiera remotamente cercanos a los que poseían los organianos, todas las probabilidades apuntaban a que la *Enterprise* se hallaba indefensa. La primera —y hasta entonces única— vez en que tropezaron con los organianos había sido durante otro conflicto con los klingon, recordó con inquietud, un conflicto que sin la intervención de los organianos habría acabado en una guerra a gran escala. Los organianos, en cualquier caso, cuando finalmente perdieron la paciencia con ambos bandos, habían dejado inoperativas simultáneamente todas las naves de la Federación y de los klingon en la totalidad de la galaxia. Interrumpir las conexiones subespaciales con el cuartel general de la Flota Espacial sería comparativamente un juego de niños para alguien con esos poderes.

Las similitudes de la situación en que se hallaban en ese momento resultaban

obvias, pero era igualmente obvio que, mientras no lo supieran con toda seguridad, deberían suponer exactamente lo contrario. Dar por sentado que un superpoder benevolente como los organianos controlaba la situación podría ser fatal si esa suposición resultaba errónea. Hasta que se demostrara lo contrario, si es que podía ser demostrado, debían pensar que la raíz de sus problemas residía en un fenómeno hasta el momento inexplicable, en algo que los propios klingon... o algún nuevo aliado de los klingon... habían conseguido inventar.

Al objeto de asegurar su propia supervivencia, debían dar por supuesto que, fuera lo que fuese lo que sucedía, era algo que, si conseguían desentrañar la verdad, podrían combatir o contrarrestar.

—Todo es posible, Scotty —asintió bruscamente el capitán Kirk—, pero no nos echemos aún al suelo ni nos hagamos los muertos, por si acaso se trata de alguna otra cosa, algo a lo que podamos hacer frente. Veamos, ¿qué tal les va a usted y al teniente Pritchard con el análisis de ese programa de Spock?

No iba a conseguirlo.

El sabotaje de última hora en el sistema de navegación no le había dado tiempo suficiente. Una vez más, había cometido el error de subestimar a Kelgar. El klingon debía haber advertido casi instantáneamente que el sistema no funcionaba como debía. Probablemente sólo había necesitado otro instante para detectar la causa: un sabotaje de última hora perpetrado por Hargemon.

En total, sólo había pasado poco más de un minuto hasta que Kelgar consiguiera estabilizar la nave, hacer que relocalizara el sistema de coordenadas correcto, y salir disparado con ella tras la lanzadera que huía.

El primer disparo erró por casi un kilómetro, su energía se transformó inofensivamente en luz al llegar a la atmósfera que estaba a lo lejos, delante de él; pero Hargemon sabía que los yerros no continuarían. El sistema de navegación de la nave, al que había centrado durante un breve período de tiempo en un falso sistema de coordenadas que estaba a noventa grados del correcto, aún no había acabado de realinearse. Una vez que lo hubiese hecho, en cuanto hubiera acabado de ajustarse —dentro de unos treinta segundos a lo sumo—, su radio de error quedaría reducido a poco más que el diámetro de la lanzadera en la que había escapado. E incluso si no lo conseguía, en un minuto más —o dos, con mucha suerte—, se acercaría tanto la nave persecutora que Kelgar podría realizar los disparos con los controles manuales.

Otro rayo de energía hendió la atmósfera casi exactamente delante de él. Esta vez el error había sido de unos doce metros como máximo. El realineamiento estaba casi concluido.

Abruptamente, Hargemon puso en picado la lanzadera y la hizo descender verticalmente. No aterrizaría dentro de un radio de cien kilómetros alrededor del sitio

que había planeado, pero eso carecía de importancia. La única posibilidad que le quedaba para poder sobrevivir era entrar en la atmósfera antes que Kelgar se acercara demasiado. La nave del klingon no podía entrar en la atmósfera, al menos no demasiado, y los rayos de sus armas de energía, diseñadas para el vacío del espacio, se verían amortiguados y disipados.

Pero entonces, justo en el momento en que concluía que ni siquiera aquella maniobra iba a salvarle la vida, una de las gigantescas naves de vigilancia apareció en lo alto de su pantalla. La esperanza le invadió y su mente recorrió veloz los códigos que le habían permitido tener acceso a los controles de aquella nave. Pero, en el preciso instante en que la primera de las secuencias comenzaba a formarse y sus dedos salían disparados para teclear la primera de las claves, la esperanza le abandonó. Aquellos códigos sólo podían ser transmitidos por la computadora que estaba a bordo de la nave principal, aquella con la que Kelgar se acercaba. Con tiempo, él podría haber hallado la manera de burlar las protecciones que bloqueaban las señales de todas las fuentes menos de una, apoderarse de los controles de los cañones de láser y volverlos contra Kelgar, pero no tenía tiempo.

No, la única conexión directa entre la lanzadera y las naves de vigilancia era la que podía utilizarse para detonar las cargas de antimateria instaladas en todas ellas.

—Sólo para jugar sobre seguro —había comentado el comandante—. No quiero que una de esas asesinas intente derribarme a mí si algo sale mal y decide no reconocer el código de mi salvoconducto.

Era obvio que Kelgar no sentía más que desprecio ante semejantes precauciones «humanas», pero no había dicho absolutamente nada. Y ahora...

Otro rayo de energía pasó junto a la lanzadera.

Sin vacilación, Hargemon realizó un deslizamiento de lado y luego describió una curva ascendente; los motores acentuaron la fuerza propia de la maniobra y le aplastaron contra el asiento del piloto, apenas acolchado. Hargemon podía oír la propia lanzadera, que protestaba con crujidos y pequeños restallidos metálicos. Los bordes de su campo visual se nublaron cuando aceleró más la fuerza ascendente de la pequeña nave... y luego la redujo.

Repentinamente volvió a encontrarse en una caída libre. En la pantalla que tenía directamente delante se veía la monolítica proa de la nave de vigilancia, con sus cañones de láser operativos presumiblemente orientada hacia él. Pero sabía que no iban a dispararle, al menos mientras la lanzadera mantuviese a la vista el código de salvoconducto. Por un instante le pasó por la cabeza la idea de apagarlo. Si Kelgar estaba directamente detrás de él...

Pero, no. Lo que deseaba era una oportunidad de supervivencia, no la posibilidad de hacer que Kelgar pereciese junto con él. La posición que ocupaba en aquel momento, justo entre Kelgar y la nave de vigilancia, le proporcionaba un instante de

respiro. Kelgar no iba a dispararle mientras estuviera en la línea de tiro de los cañones de láser. Con o sin el código del salvoconducto, la nave de vigilancia contestaría a los disparos si creía que era atacada.

En el último instante, Hargemon se desvió hacia un lado, pasó a toda velocidad junto a la nave de vigilancia, a una distancia de menos de cien metros, y luego volvió a alinearse con ella, tras la gigantesca unidad de cohetes de la parte trasera. Si no quedaba completamente oculto a los sensores de manufactura klingon que tenía la nave de Kelgar, al menos su imagen se confundiría con la nave de vigilancia.

Envío el código de detonación.

Detrás de él, el campo de contención del vacío de la antimateria quedó deshecho. En cuestión de milésimas de segundo, la materia normal que lo rodeaba se cerró sobre él, y tanto la materia como la antimateria se convirtieron en energía pura. Como un torpedo de fotones en miniatura, la detonación deshizo la nave de vigilancia con una llamarada de calor y luz mil veces más poderosa que cualquier cosa de la que fueran capaces los cañones láser de la nave misma. Los sensores traseros de la lanzadera de Hargemon ardieron y dejaron de funcionar, la pequeña nave corcoveó y amenazó entrar en barrena.

Tras recuperar el control de la lanzadera, el hombre volvió a dirigir el morro de la pequeña nave hacia abajo, para descender directamente a la atmósfera. Al menos ahora tendría una oportunidad... varias oportunidades. Si la explosión se había producido en el momento en que pasaba la nave de Kelgar, eso sería lo mejor de todo. Tanto Kelgar como la nave habrían desaparecido ya, vaporizados en una bola de fuego de multimillones de grados. Un poco antes, y la explosión habría quemado los sensores frontales de Kelgar, como había quemado los traseros de la lanzadera. Un poco antes todavía y, aunque la nave de Kelgar no hubiese sufrido absolutamente ningún daño, era posible que le hubiera perdido en la explosión, o pensara que ésta le había destruido.

Lo sabría dentro de un minuto, cuando su lanzadera penetrara en la atmósfera de Vancadia... si es que llegaba a penetrar en aquella atmósfera.

Habían visto sólo tres vehículos en movimiento por la ciudad, todos ellos coches flotantes del gobierno, como el que ellos conducían. Uno de ellos llevaba dentro un grupo de tres, entre los que había un klingon, los otros sólo transportaban seres que el sensor de Spock había identificado como completamente humanos. Ninguno de ellos prestó la más mínima atención al vehículo robado, pero el coche en el que iba el klingon, según advirtió Rohgan con inquietud, arrancó ante la casa de uno de sus compañeros de conspiración, otro de los hombres que Tylmaurek recordaba del consejo anterior a la aparición de Delkondros.

—Deben saber algo —comentó Rohgan con una nerviosa arruga en la frente—, pero es obvio que no lo saben todo si van a casa de personas que llevan más de un día a bordo de la nave.

—Quizá —le contestó Tylmaurek con un tono de optimismo que no sentía— simplemente visitan a las personas que yo conozco, las personas a las que han pensado que podría recurrir en busca de ayuda. Tal vez por eso fueron a la vivienda de usted.

Rohgan asintió con la cabeza.

—Sólo puedo esperar que así sea.

Cuando dejaron la ciudad a sus espaldas, todos, menos Spock, profirieron un suspiro de alivio. Incluso McCoy, aunque no bajó la guardia, se permitió pensar que, quizá, no les recibiría un ejército de klingons cuando llegaran a la nave.

Ahora tenían ante ellos la carretera, todavía más desierta que las calles de la ciudad. La única luz que había era el pálido fulgor de la más pequeña de las dos lunas de Vancadia, velada ocasionalmente por tenues nubes altas. No podía verse por ninguna parte ni una sola luz artificial. Era como si la totalidad del planeta se hubiera apagado para pasar la noche.

—Esto no ha sido siempre así —comentó Rohgan cuando las últimas y escasas luces de la ciudad desaparecieron tras ellos—. Sólo espero que, cuando esos klingon de ustedes hayan continuado su camino, la vida regresará.

Durante los siguientes cien kilómetros —colinas suavemente onduladas y tierras cultivadas que a McCoy le recordaban su Georgia natal— los dos vancadianos intentaron determinar el momento aproximado en que habían llegado por primera vez los klingon al sistema chyrellkano. Finalmente decidieron que el plazo más probable había sido unos dos meses después del contacto inicial establecido por la Federación, y ni Spock ni McCoy estuvieron en desacuerdo. Los primeros rumores referentes a la repentina oposición de los chyrellkanos a conceder la independencia a Vancadia en el momento fijado habían comenzado a correr por aquella época, y la primera «oportuna» muerte de un candidato político se había producido tan sólo dos meses

más tarde. La primera vez que alguien oyó hablar de Delkondros fue un año después de esa muerte, para ese entonces Chyrellka tenía un nuevo primer ministro llamado Kaulidren, casi históricamente antivancadiano. Se apresuró a cerrar el férreo puño de Chyrellka sobre la colonia, le arrebató el poder al gobierno vancadiano electo y se lo entregó a los supervisores chyrellkanos, como el gobernador Ulmar.

Entonces había comenzado toda una serie de muertes... muertes obviamente violentas, como las documentadas en la grabación que Kaulidren había llevado a bordo de la *Enterprise*. Chyrellka había respondido con un número masivo de arrestos.

—A veces se tomaban la molestia de fabricar las pruebas —comentó amargamente Tylmaurek—, pero otras, no.

La gota que había colmado el vaso fue el inoportuno intento realizado por Delkondros de destruir no sólo la flota espacial chyrellkana, sino la capacidad del planeta para construir una nueva. A partir de ese instante, los chyrellkanos se transformaron en un ejército de ocupación, por más que una enorme mayoría de los vancadianos, como Rohgan, estaban horrorizados tanto por el ataque de Delkondros como por la matanza de los chyrellkanos residentes en el planeta.

—Cuando se mira en retrospectiva —comentó Rohgan en un momento dado—, resulta obvio que la mayoría de los problemas eran intencionadamente provocados por un grupo relativamente pequeño. Un grupo muy despiadado, dispuesto a matar de forma indiscriminada para conseguir sus fines. Nosotros, y me refiero tanto a los chyrellkanos como a los vancadianos, no somos así. Chyrellka ya se vio envuelta en una guerra hace mucho tiempo, pero el planeta durante doscientos años ha estado en paz, y tenía un gobierno a nivel mundial mucho antes de la colonización de Vancadia. No obstante, esos años de paz nos han hecho muy ingenuos. Nosotros creíamos en lo que nos decían Delkondros y otros como él. Sencillamente, nunca se nos ocurrió pensar...

Se interrumpió en un suspiro y todos continuaron en silencio durante varios kilómetros.

Poco después la carretera describió un giro cerrado a la izquierda, el aroma del mar —más penetrante, más limpio que el de la Tierra, pero en nada diferente— llegó hasta los hombres. Minutos más tarde aparecieron ante ellos, a lo lejos, algunas luces artificiales, además de unas pocas docenas de casas aisladas, las primeras que habían visto desde que salieron de la ciudad. Unas torres esqueléticas, que parecían versiones en miniatura de la media docena de rampas de lanzamiento que aún conservaba el Parque Espacial Kennedy, se encumbraban hacia el cielo nocturno por encima de todo lo que las circundaba. El sensor de Spock detectó una concentración de formas de vida dispersas en un área de varios kilómetros cuadrados, y quizá un centenar de ellas reunidas en la proximidad inmediata a las torres.

—Este es ahora nuestro único puerto espacial —les explicó Tylmaurek, sin esperar a las preguntas—. Está fuertemente vigilado y, si puede darse crédito a los rumores, lo utilizan principalmente para evacuar a los civiles clryrellkanos y reemplazarlos por soldados.

—El vancadiano sacudió la cabeza—. Hace diez años, apenas había soldados. Teníamos media docena de puertos espaciales como éste, que cada día nos traían centenares de nuevos colonos, e incluso algunos turistas. Delkondros y los klingon han destruido todo eso.

—¿Está por ahí su nave? —inquirió McCoy inquieto.

Rohgan negó con la cabeza.

—Esas torres son para Los lanzamientos ordinarios de las lanzaderas. Afortunadamente, nuestra nave no necesita todo ese apoyo. Con los motores que tiene, puede despegar casi desde cualquier parte.

Lentamente, Rohgan giró a la derecha y dirigió el coche flotante hacia una abertura que había entre los arbustos que en aquella zona flanqueaban la carretera. Simultáneamente, aumentó la energía que alimentaba los motores y McCoy oyó que el siseo de estos se incrementaba al entrar la máquina en su modo todo-terreno y elevarse varios centímetros más sobre el suelo. Después, durante varios minutos, ese fue el único sonido que les rodeó, en tanto Rohgan les conducía por un bosque parecido a un parque, cubierto de hierba y con algún sendero ocasional, a las claras poco transitado en las últimas semanas. Estaban cerca de la cima de una colina y Rohgan maniobraba cuidadosamente entre los árboles cuando Spock, que no había quitado ojo del sensor, levantó la mirada.

—Supongo, profesor —comentó el vulcaniano—, que la nave de la que nos ha hablado se encuentra aproximadamente cincuenta y siete grados a la derecha de la dirección que seguimos en este momento.

Rohgan lanzó una rápida mirada al oficial científico de la *Enterprise*.

—¿Cómo se ha enterado de eso?

—Detecto una concentración de antimateria en ese punto, y doy por supuesto que se trata de la fuente de alimentación de su nave. Todas las lanzaderas, que ahora tenemos detrás de nosotros, parecen procesar energía nuclear de bajo nivel para alimentar sus motores.

—¿Antimateria? —McCoy suspiró—. Ya se ha ido al infierno la última esperanza de que ese motor, o cualquier otra cosa, pueda ser un legítimo invento vancadiano. Esa antimateria ha de proceder forzosamente de los klingon. —Luego miró a Rohgan y Tylmaurek—. A menos que Vancadia tenga los medios necesarios para producir grandes cantidades de antimateria...

Rohgan, nuevamente, negó con la cabeza.

—No; que yo sepa no los tiene. Según tengo entendido, en los laboratorios de

Chyrellka han creado pequeñas cantidades de ella, destinadas a la experimentación científica, pero nunca he conocido en detalle ninguno de los llamados inventos de Delkondros.

—Tampoco yo —agregó Tylmaurek—. Siempre que preguntaba algo...

—Unidad diecisiete —dijo una voz envuelta en parásitos de electricidad estática, desde algún punto del vehículo—, por favor, conteste.

Spock consultó inmediatamente su sensor.

—La señal procede de la dirección en que se encuentra la ciudad —declaró.

—Supongo que este trasto en el que viajamos es la unidad diecisiete —reflexionó McCoy, que miró a los dos vancadianos mientras la llamada se repetía—. ¿No puede ninguno de ustedes fingirse uno de sus tripulantes?

—Yo sugeriría que no lo hicieran, caballeros —les advirtió Spock—, a menos que conozcan los nombres de los ocupantes de los que espera respuesta el que llama.

—Pero si no respondemos... —comenzó McCoy.

—Si no respondemos, doctor, sus sospechas aumentarán. Si contestamos incorrectamente, esas sospechas quedarán completamente confirmadas.

La solicitud de respuesta continuó durante más de un minuto. Cuando finalmente cesó, Spock todavía estudiaba su sensor.

Pasados unos segundos, levantó los ojos.

—Detenga el vehículo, profesor.

—¿Qué? ¿Por qué tengo que...?

—El subterfugio que hemos intentado poner en práctica ha fracasado. Aproximadamente cinco segundos después que la solicitud de respuesta se interrumpiese, un dispositivo electrónico de nuestro coche comenzó a transmitir una señal identificativa. Sólo puedo suponer que su función es conducir a las autoridades hasta este vehículo.

McCoy hizo una mueca mientras el coche flotante aminoraba la marcha y se posaba sobre el suelo. Estaban cerca de la cima de la colina y los árboles comenzaban a ralearse.

—¿No puede usted buscar ese dispositivo, Spock, y quitarlo del coche? —preguntó.

—Ya lo he localizado, doctor —le contestó Spock—. No obstante, dudo que pueda llegar a quitarlo del coche sin las herramientas adecuadas. Está aproximadamente unos veinticinco centímetros directamente detrás del propio dispositivo de comunicación y el sensor no detecta forma alguna de llegar hasta él. Es un diseño muy efectivo... muy probablemente estudiado para evitar los robos como el que hemos perpetrado nosotros.

—¡Esos condenados klingon paranoicos —masculló McCoy— piensan en todo!

—Ya casi hemos llegado a la nave —declaró Rohgan—. Si nos movemos con

rapidez, podremos estar en ella antes que puedan enviar a nadie a perseguirnos. Después de todo, estamos a casi doscientos kilómetros de la ciudad.

Spock efectuó durante varios segundos un sondeo con el sensor de la zona que tenían ante sí.

—Puede que eso sea cierto, profesor —comentó finalmente—, pero sospecho que tendremos algunas dificultades para llegar hasta la nave.

—¿Qué? ¿Por qué íbamos a tener problemas...?

—Ahora mismo, por las formas de vida que detecto en las inmediaciones, calculo que estamos muy cerca del emplazamiento de su nave, profesor, pero dos de las formas de vida que se encuentran en la proximidad inmediata a la antimateria corresponden a klingons.

¡Lo había conseguido! ¡Iba a sobrevivir, a pesar de todo!

La atmósfera, que había abordado con un ángulo más inclinado del que la lanzadera había sido diseñada para soportar, se cerró alrededor de Hargemon como una manta de llamas generadas por la fricción, le arrancó los sensores delanteros y le dejó totalmente ciego hasta que el envolvente capullo de aire recalentado no se enfriara para volverse transparente. Incluso entonces estaría limitado a lo que sus propios ojos, poco técnicos, pero tremendamente fiables, pudieran ver a través del puesto de observación de emergencia.

¡Pero todavía estaba vivo! Aquello era, pensó con una repentina carcajada silenciosa, al menos un principio.

El puesto de observación perdió finalmente su mortaja de llamas, y un trozo de la superficie del planeta apareció en la estrecha abertura, apenas visible a la pálida luz de la única luna que lo iluminaba. Todavía descendía demasiado en picado, advirtió bruscamente. Tras levantar el morro de la lanzadera un grado más, luego dos, se inclinó hacia el puesto de observación en un intento de obtener una vista más amplia.

El corazón le dio un vuelco cuando detectó, varios kilómetros a su derecha, las luces del complejo de las lanzaderas. La suerte no le había dado la espalda. La otra nave, aquella a la que debía llegar si quería tener la oportunidad de salir del planeta, si quería tener la posibilidad de vengarse alguna vez del comandante, estaba sólo una docena de kilómetros tierra adentro, y otra docena hacia el sur. Al menos estaba en la zona correcta... un milagro, si se consideraba el método que había empleado para descender; aunque también estaba mucho de encontrarse a salvo. Aquella otra nave no estaría convenientemente encendida y, con los sensores inutilizados, Hargemon ya no tendría la posibilidad de dirigirse hacia su fuente de antimateria.

Y aunque pudiera hacerlo, tampoco tendría posibilidad alguna de aterrizar allí mismo. No se atrevía a utilizar los ruinosos restos de la pista de aterrizaje, con casi cien años de antigüedad. Era probable que los klingon que el comandante mantenía

de guardia en el lugar, aún no hubieran recibido noticia de lo sucedido entre él y Kelgar, pero, a pesar de ello, su suspicacia y paranoia innatas serían más que suficientes para impulsarles de inmediato a ponerse en contacto con el comandante si una lanzadera inesperada y fuera de programa llegaba dando tumbos y la mano derecha del comandante, el hombre que supuestamente debía estar a miles de kilómetros controlando la *Enterprise*, salía a trompicones de ella y exigía con insistencia suicida subir a bordo de aquella nave.

Y, además, era realmente muy posible que llegase demasiado tarde, que la nave ya hubiese sido lanzada al espacio.

No obstante, no tenía sentido considerar siquiera unas posibilidades tan horribles. Si la nave ya había sido lanzada, él se quedaría varado para siempre en aquel...

La lanzadera dio un salto que casi le tiró del asiento. Abruptamente, su mente volvió a concentrarse solamente en la supervivencia. ¿Qué demonios funcionaba mal ahora?

Tras pulsar los controles, descubrió inmediatamente qué había sucedido. Su entrada en la atmósfera había dañado algo más que los sensores. La diminuta computadora que hacía funcionar esos sensores, además de los controles de la lanzadera, había quedado también inutilizada; algunos de sus circuitos clave probablemente se habían sobrecargado por un efecto de retroalimentación antes que los sensores mismos pasaran a mejor vida. ¡Condenados diseños klingon!

Tras aferrar los controles manuales, comprobó que el diseño klingon aún no había dejado de amargarle la vida. Aquellos controles manuales estaban pensados para la fuerza de los klingon, no para la de un simple ser humano. Podía moverlos, aunque no con la velocidad ni la destreza que necesitaría en una situación como aquella, donde una fracción de segundo podría constituir toda la diferencia entre la vida y la muerte.

Mientras sus ojos se esforzaban por detectar puntos de referencia familiares a la tenue luz de la luna, lanzó silenciosas imprecaciones y volvió a luchar con los controles. Todavía luchaba con ellos un minuto más tarde, cuando el suelo pareció saltar repentinamente para interponerse en su camino y un gigantesco árbol —que se parecía notablemente a un sauce, según insistía en señalar un rincón de su mente— lanzó sus ramas ante él y derribó la lanzadera contra el suelo.

12

Cuando oyó a Spock anunciar que había klingons en el campo de lanzamiento, todos los recelos de McCoy regresaron al galope. Rohgan, si no estaba aliado con Delkondros y los otros klingon, como mínimo habían sido engañado por ellos. En cualquiera de los dos casos, las actividades «secretas» del grupo de Rohgan, formado por ingenieros y ex miembros del consejo, había sido un libro abierto para Delkondros, y él y Spock nunca tendrían una sola oportunidad de escapar.

—No parece que hayan sido muy buenos en mantener su secreto, después de todo, profesor Rohgan —comentó el médico con expresión ceñuda.

—Si tomamos en consideración todas las circunstancias que hemos puesto al descubierto, doctor —intervino Spock serenamente—, ese fallo no es ni sorprendente ni digno de culpa. En cualquier caso, nos resultará más provechoso dedicar nuestras energías a planificar una línea de acción futura que a recriminar las acciones pasadas.

McCoy volvió momentáneamente su rostro ceñudo hacia Spock, y luego sacudió la cabeza.

—Supongo que tiene usted razón —replicó—, pero temo que me he quedado completamente sin ideas, y casi sin inyecciones que puedan poner fuera de combate a los klingon —agregó con unos golpecitos sobre su maletín médico.

—Si pudiéramos encontrar otro vehículo, uno que no tenga ese dispositivo de llamada... —comenzó a decir Rohgan.

—¡Fue usted quien dijo que tendríamos más posibilidades de escapar en este coche! —le espetó Tylmaurek—. Si hubiéramos cogido el mío...

—Profesor Rohgan —le interrumpió Spock—, ¿está usted familiarizado con la disposición física del arca de lanzamiento?

Tras un breve silencio, Rohgan se volvió en su asiento para mirar a Spock.

—Hasta cierto punto, sí.

—En ese caso, si yo señalara con total precisión el lugar en el que se encuentran los klingon, ¿podría usted llevarnos a pie hasta la proximidad inmediata de la nave, dando un rodeo para evitarlos?

—Creo que podría hacerlo, sí.

—¿Y hay alguien, entre los que se encuentran cerca de la nave, en quien usted pueda confiar? ¿Alguien que no vaya a dar la alarma en el momento en que nos acerquemos a él?

—Varios, de eso estoy seguro, aunque probablemente sería mejor que yo dispusiera de uno o dos minutos para hablar a solas con ellos antes de aparecer ustedes.

—Por supuesto, profesor. Sin embargo, podría suceder que no pudiéramos permitirnos ese lujo. Si...

Algo destelló en el cielo nocturno, un punto brillante que eclipsó momentáneamente el pálido fulgor de la única luna, con una luz que rivalizaba con la de un sol pequeño.

—¡La nave! —exclamó Rohgan con un grito ahogado, mientras se volvía bruscamente para contemplar la luz que se apagaba—. ¡Han destruido la nave!

—No, profesor —le contestó Spock casi instantáneamente—. El combustible de antimateria de su nave continúa en tierra, intacto. La fuente de esa descarga se ha producido... —Hizo una pausa para estudiar los datos que aparecían en el sensor—, fuera del alcance de este instrumento para poder localizarla con total precisión, pero una radiación de esa naturaleza sólo puede crearla una explosión de antimateria.

—¿Torpedos de fotones? —preguntó McCoy, cuya voz se había vuelto repentinamente insegura.

—No, doctor— Ha sido mucho más pequeño que cualquiera de los artefactos que tiene la *Enterprise*.

—Pero una nave klingon podría...

—Es una posibilidad, doctor. —El vulcaniano todavía estudiaba los datos del sensor—. Una nave pequeña acaba de entrar en el radio de alcance, su trayectoria de descenso hace pensar que proviene de las inmediaciones de la liberación de energía.

—¿Klingon?

—Las lecturas indican, efectivamente, tecnología klingon. No obstante, el único ocupante de la nave es completamente humano.

McCoy meneó la cabeza.

—¿Qué rayos sucede? ¿Tylmaurek? ¿Profesor Rohgan?

—¡Si eso tiene que ver con sus klingon —le contestó Rohgan—, usted debería saberlo mucho mejor que cualquiera de nosotros dos!

—Si continúa con su presente trayectoria —anunció Spock, que levantó la mirada del sensor—, descenderá a muy poca distancia de aquí.

—¿Aterrizará? —preguntó McCoy al vulcaniano—. ¿O se estrellará?

—No es posible determinarlo en este preciso instante. Aparentemente, el piloto tiene un cierto control sobre la lanzadera, pero desconozco si posee el suficiente para aterrizar sano y salvo. En cualquier caso, sin embargo, yo sugeriría que investigásemos esa lanzadera antes de encaminarnos hacia el campo de lanzamiento.

—Spock, ¿ha perdido usted su juicio de orejas puntiagudas? ¡Lo que debemos hacer es correr hacia esa nave... ahora mismo! ¡Si esa cosa aterriza en algún lugar de las proximidades, nos proporcionará una distracción! ¡Por lo que a eso respecta, la explosión que acaba de producirse ya nos la ha proporcionado, y deberíamos aprovecharnos de ello!

—Eso carece de lógica, doctor. En primer lugar, es posible que la explosión, más que distraer a los klingon y a los posibles aliados que tengan por las inmediaciones,

les haya alertado aún más. En segundo lugar, es igualmente posible que ellos sepan qué causó esa emisión de energía, si es que no son responsables de ella, y que por lo tanto no les haya distraído en absoluto. Finalmente, hablar con el piloto o, en caso de no poder hacerlo, la simple inspección de la nave o de sus despojos, podría proporcionarnos información de vital importancia.

McCoy puso los ojos en blanco.

—La información nunca está de más, Spock, ya lo sé, ya lo sé. Pero hay momentos en los que uno debe dejar de recoger información y actuar.

—Por supuesto, doctor, y eso es lo que haremos, en cuanto hayamos aprovechado esta oportunidad aparentemente accidental. —Luego volvió su atención hacia el sensor.

—Profesor Rohgan —dijo el vulcaniano tras un instante—, diríjase usted hacia un punto que está aproximadamente a unos diez grados a la derecha del campo de lanzamiento.

—¿Es allí donde descenderá? —le preguntó Tylmaurek.

—Allí es donde el presente curso que sigue la nave, algo errático, indica que tocará el suelo. Yo le sugeriría, profesor, que no perdamos más tiempo en conversaciones.

—Por fin nos ponemos de acuerdo en algo —masculló McCoy mientras Rohgan ponía en funcionamiento el coche flotante y lo conducía en la dirección indicada por Spock.

Cinco minutos más tarde, cuando coronaban una nueva colina, una línea de pequeños destellos apareció en la capa baja del cielo, lo que en apariencia confirmaba las lecturas del sensor del vulcaniano.

—Ese aparato no tiene aspecto de ir a realizar precisamente lo que yo llamaría un aterrizaje perfecto —comentó McCoy, e hizo una mueca de dolor cuando los destellos desaparecieron tras la colina siguiente.

—Tal vez no, doctor —asintió Spock pasados algunos segundos—, pero el piloto ha sobrevivido, aunque no sin lesiones.

La nave, según vieron menos de cinco minutos después, era pequeña y utilitaria, claramente construida para llevar un solo ocupante. Se había precipitado sobre las ramas del árbol más grande de la ladera de la colina. Eso era, de hecho, lo que le había evitado sufrir daños aún mayores cuando llegó al suelo, en mitad de la ladera. La puerta había saltado hacia afuera y colgaba a un lado.

—El piloto está inconsciente —comentó Spock cuando Rohgan detuvo el vehículo flotante a una docena de metros de la nave.

McCoy echó una nerviosa mirada al campo de lanzamiento mientras salían del coche.

—¿Qué hay de esos klingon que ha detectado? ¿Vienen también a examinar esta

cosa?

—No creo que tengan intención de hacerlo, doctor. Dentro del radio de alcance del sensor, ninguno se ha movido desde que los detectamos por primera vez.

Precedidos por McCoy y Spock, que estudiaba constantemente los datos del sensor para comprobar si el motor de la nave o su fuente de alimentación se desplazaban hacia la explosión, todos corrieron hacia la nave caída. McCoy, con la mano sobre el sensor médico, fue el primero en llegar y echar una mirada al interior.

—¡Spock! ¡Écheme una mano! ¡Este hombre pertenece a la Flota Estelar!

—¿A la Flota Estelar, doctor?

—¡Lleva puesto un uniforme de alférez! ¡Ahora, haga el favor de echarme una mano! Saquémosle de ahí dentro para que pueda hacer algo por él.

Mientras Spock se detenía para abrir más la puerta a viva fuerza, McCoy intentó obtener algunas lecturas más. Finalmente, la puerta quedó abierta y resultó posible entrar en el aparato. Tras hacerle a McCoy un gesto para indicarle que se apartara a un lado, Spock se inclinó en el interior y consiguió extraer al piloto del asiento, que se había inclinado hacia adelante pero no se había soltado del todo de las fijaciones que lo sujetaban al suelo. El piloto tenía la mitad de la cara cubierta de sangre, por el lado en que había chocado contra el puesto de observación.

Cuando Spock lo levantó, el piloto gimió suavemente.

—Parece un poco mayor para ser un alférez —masculló McCoy al ver el cabello gris muy corto mientras Spock depositaba al hombre sobre el suelo irregular, a unos pocos metros de la nave estrellada. Tras acuclillarse, McCoy comenzó a pasar el sensor de su escáner médico por encima del hombre.

—Eso se debe, doctor —le contestó Spock en voz baja—, a que en otra época fue un teniente comandante.

—¿Qué? —le preguntó McCoy, que levantó los ojos hacia el vulcaniano con el entrecejo arrugado—. ¿Puede saberse de qué demonios habla, Spock?

—Es una larga historia, doctor. Lo que importa ahora es su estado. ¿Tiene heridas graves?

Con expresión aún ceñuda, McCoy volvió a concentrarse en el hombre que estaba tendido en el suelo.

—No tiene nada roto —declaró después de trabajar durante unos cuantos segundos más con el sensor médico—, milagrosamente. Muchas contusiones, algunos cortes claros en la cabeza y una conmoción menor.

—¿Cuándo podrá recobrar el conocimiento, doctor?

—Dentro de muy poco, Spock, si lo tuviera en la enfermería de la *Enterprise*. Pero, aquí, sería mucho más seguro dejar que saliera de ella por sí solo. La mezcla de conmociones con medicamentos y equipos médicos muy limitados no es...

—Lo comprendo, doctor, pero sospecho que este hombre podría tener las

respuestas a unas cuantas preguntas de gran importancia, respuestas que supuestamente podrían aumentar nuestras probabilidades de regresar sanos y salvos a la *Enterprise*.

McCoy guardó silencio durante un momento mientras miraba nuevamente la pantalla del sensor y volvía los ojos hacia el vulcaniano. A pesar del perpetuo desacuerdo aparente que existía entre él y Spock, McCoy nunca había conseguido, ni siquiera en las más acaloradas de las discusiones mantenidas con él, dudar de los conocimientos ni de la inteligencia del vulcaniano, ni tampoco de sus intuiciones.

—De acuerdo, Spock —respondió finalmente—. Sé que nunca se muestra usted enigmático sin una razón de peso. Concédame un minuto y veré qué puedo hacer.

Sacó del maletín médico un algodón hiperabsorbente y enjugó apresuradamente la sangre que comenzaba a secarse alrededor de las heridas de la cabeza del hombre. Cubría las áreas con una combinación germicida cicatrizante y coagulante contenida en un aplicador atomizador cuando Spock levantó los ojos del sensor y recorrió brevemente con la mirada el paisaje circundante.

—¿Podemos trasladarlo sin peligro, doctor?

—Siempre que no le demos golpes en la cabeza. Pero yo creía que usted deseaba que le despertase.

—Ha surgido un asunto más urgente, doctor. Los klingon que detecté anteriormente cerca del campo de lanzamiento vienen hacia aquí, aparentemente en un par de coches flotantes. Cada uno de ellos lleva un arma energética y va acompañado por otras tres formas de vida que registro como humanas.

McCoy hizo una mueca, pero no se sorprendió. Aquella era una prueba más de que los klingon estaban mucho mejor informados, mucho mejor coordinados de lo que había creído el profesor Rohgan. Cuando la señal del coche flotante robado había llegado finalmente a su destino y los klingon de la ciudad habían advertido que estaba cerca del campo de lanzamiento, probablemente habían contactado con los compañeros que montaban guardia en la pista y les habían enviado a detener a los ladrones.

O, más probablemente, a matarlos.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó McCoy con voz tensa.

—A la velocidad que avanzan en este momento, aproximadamente de tres coma cinco minutos.

McCoy hizo una mueca mientras terminaba de aplicar el cicatrizante-coagulante y devolvía el aplicador a su maletín médico. Cuando el médico se puso en pie, Spock deslizó la correa del sensor del hombro y le entregó el aparato a McCoy.

—Yo lo llevaré hasta el vehículo —dijo Spock mientras se acuclillaba y deslizaba los brazos por debajo de la espalda y piernas del hombre.

Sin ningún esfuerzo aparente, Spock se irguió nuevamente y apoyó con gran

cuidado la cabeza del hombre contra su hombro. Tras depositarlo sentado en el centro del asiento trasero del vehículo flotante, entró él mismo y le hizo un gesto a McCoy para indicarle que se sentara al otro lado con el fin de que entre los dos pudieran prestarle apoyo al hombre inconsciente. Rohgan y Tylmaurek ya se encontraban en el asiento delantero y observaban a Spock con aire aprensivo.

McCoy, que todavía seguía la pista de los klingon a través del sensor de Spock, entró.

—Parece que intentan atacarnos por sorpresa —comentó mientras le devolvía el aparato al vulcaniano—. Se han separado y se aproximan por ambos lados.

Spock estudió las lecturas de la pantalla del sensor durante apenas un segundo.

—Profesor Rohgan —dijo luego—, ¿cuánto tiempo hace falta para activar la nave y hacerla despegar?

—Realizar las comprobaciones de rutina requerirá...

—Limite su estimación a las comprobaciones esencialmente necesarias para un despegue de emergencia, profesor.

Los ojos de Rohgan se agrandaron en la casi total oscuridad.

—Eso llevaría tan sólo un minuto, quizá menos.

Spock volvió a mirar el sensor y luego sus ojos se dirigieron a derecha e izquierda.

—Los dos coches flotantes aparecerán por encima de aquella elevación —hizo un gesto hacia el sitio indicado y desde el otro lado de aquella arboleda aproximadamente dentro de un minuto. Le sugiero que tome la ruta más directa posible hacia la nave... si piensa que puede confiar en sus compañeros de conspiración para que acepten con rapidez lo que les diga de palabra y nos ayuden.

—Ya no sé realmente qué pensar —le aseguró Rohgan mientras se pasaba nerviosamente la lengua por los labios. Sus ojos lanzaron miradas fugaces a un lado y otro, hacia los puntos por los cuales Spock había dicho que aparecerían los klingon en cualquier momento. Dejó escapar la respiración con un suspiro resoplante—. Pero tampoco veo otra alternativa.

El suave y perezoso siseo del vehículo flotante aumentó bruscamente de volumen. McCoy estabilizó al hombre inconsciente cuando el vehículo entró de golpe en su modalidad todo-terreno y se balanceó momentáneamente antes de recuperar el equilibrio y comenzar a correr colina arriba.

—Los dos vehículos klingon han variado su curso para adaptarse al nuestro, profesor —advirtió Spock un instante después—. Aparentemente pueden seguirle la pista a nuestro vehículo gracias a la señal electrónica.

—No puedo decir que eso me sorprenda, Spock —masculló McCoy, pero el vulcaniano pareció no darse cuenta de las palabras pronunciadas porque levantaba el sensor para sondear lo que había más adelante.

—¿Qué tamaño tiene su nave, profesor? —preguntó el vulcaniano un instante más tarde mientras sus cejas se alzaban imperceptiblemente—. ¿Cuántos pasajeros pueden viajar en ella?

—No lo sé con total precisión. La construyeron a partir de una de las lanzaderas originales, que tiene asientos para cuarenta personas. Pero el acolchado estaba tan deteriorado que nos vimos obligados a retirar los asientos y acolchar simplemente el suelo y las paredes. Al menos eso es lo que me contaron. También me dijeron que no podría haber más de veinte de nosotros a bordo cuando despegara.

Un momento después coronaron la colina y comenzaron a descender. Los ojos de McCoy se agrandaron ante la escena que se extendía ante ellos. Incluso a la luz tenue de la luna solitaria, podía ver la totalidad del valle de un kilómetro de anchura, con su fondo casi perfectamente liso y su largo —de unos diez kilómetros— casi perfectamente recto. En el centro había una pista de aterrizaje abandonada desde hacía mucho tiempo, no muy diferente de las que habían utilizado las primeras lanzaderas de la Tierra. A ambos lados había centenares de edificios ruinosos, todos ellos parecían prefabricados, que iban desde gigantescos hangares y fábricas hasta lo que alguna vez debían haber sido viviendas. En una colina del otro lado del valle había un complejo de docenas de antenas de acumuladores de energía, cada una de ellas medía decenas de metros de ancho. En otra época, era casi seguro que habían estado orientadas hacia el satélite solar que orbitaba el planeta a la altura del ecuador, pero en este momento sólo unas pocas de ellas apuntaban en esa dirección. La mayoría estaban combadas, todas tenían una capa de herrumbre por encima y algunas habían caído del todo.

En un extremo de la pista, casi directamente ante ellos, había una nave en todo semejante a una gigantesca versión más robusta de las antiguas lanzaderas de la Tierra, excepto porque las bocas de los cohetes habían sido reemplazadas por motores de impulso.

La puerta que había en uno de los flancos estaba abierta y una rampa improvisada conducía hasta ella. Una fila de hombres y mujeres subían por aquella escalerilla.

—¡Dios mío! —jadeó Rohgan—. ¡Hablando de oportunidad! ¡Se preparan para despegar! —Sacudió la cabeza—. Pero no deberían hacerlo, si la gente que enviamos para advertirles después de la transmisión de Delkondros...

—Registro la presencia de cincuenta formas de vida, dentro de la nave y a punto de entrar en ella —declaró Spock, que levantó los ojos de la pantalla del sensor.

—Eso significa que virtualmente todos están aquí, incluidos los que acudieron a advertir a los que habían llegado anteriormente —afirmó Rohgan—. ¿Qué demonios sucede?

—Eso es lo que me gustaría saber —comentó McCoy con irritación. Al mirar hacia atrás, vio que los dos coches flotantes que les perseguían, aparecían en ese

momento en lo alto de la colina y comenzaban a descender la ladera del valle tras ellos—. Pero, sea lo que sea, no tiene buen aspecto.

El médico de la *Enterprise* hizo una mueca cuando Rohgan aceleró el coche flotante a su máxima velocidad ladera abajo. Independientemente de lo que supieran o planearan hacer los klingon, llegar a la nave era la única verdadera esperanza que les quedaba a él y a Spock. La señal electrónica hacía imposible una huida en el vehículo flotante. Y, si lo abandonaban, los klingon que les perseguían en los coches estarían sobre ellos en cuestión de segundos, y no tenían siquiera una pistola física con la que defenderse.

De pronto se hallaron entre los edificios. McCoy gimió cuando Rohgan deslizó el coche flotante entre dos hangares cuyo ruinoso estado era aún más evidente a aquella corta distancia. Delante de ellos, el último de los pasajeros había llegado a lo alto de la escalerilla. Se detuvo en la puerta y se volvió a mirar atrás, sorprendido por el ruido del vehículo que se aproximaba. Tras ellos, los dos coches flotantes de los klingon parecían haber aminorado la velocidad y se deslizaban por otra larga avenida, más ancha que la imposiblemente estrecha calle escogida por Rohgan.

El vehículo de los fugitivos se detuvo y se posó en el suelo a escasos metros del pie de la escalerilla. Rohgan y Tylmaurek salieron de él inmediatamente, el primero agitó los brazos en dirección al hombre que se hallaba en lo alto.

—¡Es Jarlok! —les dijo por encima del hombro a McCoy y los demás—. ¡Es uno de los que enviamos para que advirtiera de lo sucedido!

—¡Rohgan! —le gritó el hombre que se encontraba en lo alto de la escalerilla—. ¿Qué hace usted aquí? El último mensaje que nos envió...

—¡Era una mentira! —fue la respuesta que le gritó Rohgan—. ¡Yo no he enviado ningún mensaje desde que ustedes mismos salieron de mi apartamento!

—Entonces, ¿por qué...?

—;Se lo explicaré más tarde! ¡Por el momento, por favor, ha de confiar en mí! ¡Tenemos que subir a bordo e iniciar de inmediato el lanzamiento!

—Pero la transmisión del gobernador decía que Tylmaurek... —Jarlok se interrumpió bruscamente y sus ojos se agrandaron al ver a Spock y McCoy que salían del vehículo; Spock con el hombre herido en los brazos y McCoy nuevamente con el sensor colgado del hombro—. ¿Es usted prisionero de ellos?

—¡Ni mucho menos!

Rohgan y Tylmaurek habían alcanzado ya el pie de la escalerilla y comenzaban a ascender por ella.

—¡Esa transmisión no era más que una mentira! ¡Virtualmente todo lo que ha oído esta noche, y una gran parte de lo que nos han contado en los últimos años, ha sido mentira!

Ya en lo alto, Rohgan aferró al hombre por un brazo, mientras Tylmaurek

permanecía un paso más atrás con un aspecto aún más incómodo que el de Jarlok.

—¡Le aseguro que existe una explicación —le dijo Rohgan con tono de urgencia—, pero, a menos que despeguemos inmediatamente, yo no viviré lo bastante para contarla! ¡Cualquier cosa que haya oído usted esta noche acerca de la Federación, Jarlok, es probablemente una mentira! ¡Lo que importa en este momento, porque la vida y la muerte nos importa a todos nosotros, es que todos subamos a esta nave y despeguemos antes que esos... —Hizo un gesto hacia atrás, en dirección a los coches que se aproximaban— puedan detenernos!

—Pero es que solamente el procedimiento de comprobación...

—¡Puede reducirse! —le espetó Rohgan—. ¡Debe ser reducido!

Durante un largo momento los ojos de Jarlok parecieron buscar la verdad en los de Rohgan. Luego, abruptamente, cuando Spock llegaba al pie de la escalerilla, el hombre retrocedió y desapareció en el interior de la nave.

Rohgan se apartó rápidamente a un lado e hizo gestos a los otros para que entraran. Spock, a pesar de la carga que llevaba en los brazos, subió los escalones de dos en dos. McCoy, a tan sólo un segundo detrás de él, se detuvo bruscamente al recordar de pronto que el klingon, la «prueba» de Spock, continuaba metido en el maletero del coche flotante. Pero ya no había tiempo de ir a buscarlo y, además, por la forma en que marchaban las cosas, iban a tener todas las pruebas que necesitasen. Tras lanzarle una última mirada al vehículo, McCoy se precipitó al interior de la nave.

El interior era una cabina desierta, anticuada y parecida a una barraca, con una especie de fino acolchado en el piso y las paredes. Muchas de las personas ya se encontraban tendidas en el suelo y estaban aferradas a unos asideros improvisados, mientras que otras se tendían en ese momento. En la parte delantera había un mamparo con una puerta abierta, tras la cual estaba el área del piloto. El hombre con el que había dialogado Rohgan se encontraba justo al otro lado y hablaba muy seriamente con el que ocupaba el asiento del piloto.

Cuando Spock depositó al hombre inconsciente sobre el suelo escasamente acolchado, Rohgan cerró la puerta exterior. La mayoría de las personas observaban a Spock y a McCoy con abierta curiosidad, y tres o cuatro con algo bastante parecido al miedo.

McCoy hizo una mueca al mirar una vez más la pantalla del sensor, antes de devolvérselo a Spock. Los klingon ya no corrían tras ellos. Habían detenido los vehículos flotantes a unos buenos cien metros de la nave y permanecían en su interior; presumiblemente observaban, informaban y pedían nuevas instrucciones.

—¡Rohgan! —gritó uno de los pasajeros mientras sus ojos saltaban nerviosamente de Tylmaurek a los tres hombres vestidos con el uniforme de la Flota Estelar y al propio Rohgan—. ¿Por qué ha traído a estos... a estos asesinos hasta

aquí?

Rohgan se apartó bruscamente de la puerta, ahora sólidamente cerrada.

—La transmisión era una mentira! —declaró en voz alta—. ¡Fue el propio Delkondros quien mató a esos hombres, no Tylmaurek ni ninguno de los integrantes de ese llamado escuadrón asesino!

Una docena de voces se pusieron a gritar al mismo tiempo, cada una de ellas ahogaba con sus gritos a las demás. Rohgan levantó rápidamente ambas manos por encima de la cabeza.

—Por el momento —gritó para hacerse oír por encima de todas las demás voces, hubo de repetir las palabras tres o cuatro veces hasta que los otros guardaron silencio —, por el momento van a tener que confiar en mí. Ya sé que a algunos de ustedes les va a costar creer que Delkondros sea un asesino, pero es la verdad, y aún hay cosas peores, muchísimo peores. Aunque, en este preciso instante, lo más importante es que nosotros y estos tres hombres de la Federación, de la nave estelar *Enterprise*, salgamos al espacio. Si lo conseguimos, habrá tiempo para dar todas las explicaciones del caso y...

—¡No, profesor Rohgan, eso no es suficiente! —intervino una nueva voz. El piloto, un hombre rubio casi tan delgado como un esqueleto, se había levantado de su asiento y estaba de pie en la puerta, mirando a Rohgan con el ceño fruncido—. Hemos recibido una orden diferente tras otra durante las últimas horas... de usted mismo entre otros... y ahora llega a toda prisa, en el último momento, con tres personas de las que sus mensajeros nos dijeron hace apenas unos minutos que eran asesinos a sangre fría. Yo no voy a...

—¡No son asesinos! —le interrumpió Rohgan, casi a gritos—. ¡Apenas consiguieron escapar ellos mismos con vida! ¡Las transmisiones del gobierno eran mentira! Por favor, tiene que...

La nave se estremeció y les redujo a todos a un repentino silencio. El piloto se volvió rápidamente hacia los controles.

El asiento que acababa de abandonar continuaba vacío, pero la secuencia de luces en los paneles de control destellaban. Las cartas y cálculos pasaban rápidamente por la pantalla.

Sin decir una sola palabra, el piloto volvió a sentarse y se puso a tocar los controles.

Las luces continuaron su baile de encendidos y apagados y los mensajes se sucedieron en la pantalla.

La nave volvió a estremecerse... y luego comenzó a moverse.

El piloto volvió la cabeza y miró a Rohgan con expresión iracunda.

—¿Otra de sus sorpresas, profesor? —le preguntó con una especie de gruñido.

Rohgan dirigió miradas atemorizadas hacia Spock y McCoy.

—¿Qué sucede? ¿Me han mentido?

Spock se había puesto a estudiar su sensor en el preciso instante en que los motores de la nave habían despertado a la vida. En aquel momento levantó los ojos.

—Su nave está siendo controlada remotamente por señales enviadas desde algún punto del espacio que queda fuera del alcance de este instrumento.

Rohgan y el piloto contemplaron fijamente al vulcaniano. La nave aceleraba ahora bruscamente y obligaba a todos los que no estaban tendidos sobre el suelo a aferrarse a los asideros que había en las paredes.

—¡Eso es imposible! —protestó el piloto—. Esta nave no tiene incorporados receptores de control remoto.

—No obstante, caballeros, eso es lo que sucede.

—¡Esa nave de ustedes... la *Enterprise*, es la culpable! —No, caballeros, la *Enterprise* no dispone de ese tipo de capacidades.

—¿Pero no desea usted en ocasiones que los tenga, señor Spock?

Aquella nueva voz hizo que todos dieran un respingo y se pusieran a buscar con los ojos algún altavoz, hasta que alguien advirtió que procedía de algún punto próximo al panel de controles de la nave.

El piloto se volvió rápidamente y comenzó a accionar botones y palancas en un intento de acallar aquella voz. Mientras lo intentaba, la nave despegó y viró bruscamente hacia el cielo.

—¿Quién es usted? —preguntó, y se dejó caer en el asiento—. ¿Qué nos está haciendo?

Spock levantó los ojos del sensor.

—La voz procede de la misma fuente que las señales que controlan la nave —declaró.

—Muy bien, señor Spock —replicó burlonamente la voz—. ¿Sería una osadía por mi parte suponer que también ha deducido usted mi identidad?

—La del personaje que representa actualmente, sí, primer ministro Kaulidren. —Un nuevo estallido de voces indignadas siguió a las palabras de Spock, pero todos guardaron silencio cuando el vulcaniano volvió a hablar—. No obstante, todavía no he podido determinar su verdadera identidad. —No me gustaría que muriese usted sin conocerla, señor Spock. Soy Carmody, Jason Carmody.

Spock guardó silencio durante un momento.

—Comienzan a aclararse ciertos aspectos de esta situación, teniente comandante Carmody. La Flota Estelar siempre había supuesto que le habían dado muerte o le habían hecho prisionero los klingon.

—Suponía que esa información estaría grabada en sus bancos de datos, señor Spock; y es correcta. Fui hecho prisionero por los klingon después de salir de Delar Siete, junto con la mayor parte de los tripulantes de la Chafee, pero, dado que yo ya

era un prisionero encerrado en el calabozo de una nave estelar de la Federación, los klingon sintieron curiosidad, como es natural. Al final, llegamos a un punto de coincidencia, podría decirse. Desde entonces he progresado bastante, mucho más de lo que hubiera conseguido ascender en la Federación, ¿no le parece?

—Es muy comprensible que, contrariamente a lo que le sucedió con la Federación, la filosofía klingon le resulte más afín a la suya propia. Según recuerdo, las pruebas que se habrían presentado ante el consejo de guerra que iba a juzgarle, todas avaladas por testigos presenciales pertenecientes a su propia tripulación, habrían tenido como resultado casi inevitable su condena por la violación premeditada de la Primera Directriz.

—Sin duda alguna, habría sido así. —La voz de Carmody se hizo más áspera—. La Flota Estelar nunca comprendería, nunca aceptaría las razones que tuve para hacer lo que hice en Delar... pero hice lo adecuado. En cierto sentido, lamenté profundamente no disponer de la oportunidad para presentar oficialmente mi punto de vista sobre el caso, las razones que tuve. —Se oyó un suspiro burlón—. Es una auténtica lástima que mis tímidos amigos de la Flota Estelar tampoco lleguen a conocer nunca la verdad sobre este episodio. Pero, de otro modo, se frustrarían sus objetivos, ¿no le parece, señor Spock? No obstante, que usted me identifique como el responsable de sus próximas muertes, por no hablar de la muerte inminente y la caída en desgracia del capitán Kirk y la destrucción de la *Enterprise*, así como, eventualmente, la de toda la Federación, ayudará a aliviar la decepción que siento.

Otra docena de voces irrumpieron en torno a Spock... eran voces interrogativas y asustadas.

—Usted se lo explicará a los demás, ¿no es cierto, señor Spock? —continuó Carmody—. Quiero decir, todo lo que sea capaz de deducir lógicamente. Yo mismo les haría los honores, pero tengo entre manos otros asuntos que debo atender, particularmente ahora que nos hemos visto obligados a deshacernos de mi ayudante en todo esto, el teniente comandante Finney.

«¡Finney!» Instintivamente, McCoy comenzó a volverse hacia el hombre herido, pero casi al instante sintió la férrea mano de Spock que le impedía moverse.

—¡Spock! ¿Qué demonios?

—¿Qué ha hecho el señor Finney para merecer su mala voluntad? —inquirió Spock con una voz insólitamente alta para ahogar las protestas de McCoy.

—No dispongo de todos los detalles, señor Spock —contestó la voz con una sonrisa perceptible—. Baste decir que, al igual que la propia Flota Estelar, no tenía un estómago bastante resistente para tomar decisiones duras llegado el momento. Si tengo oportunidad de volver a hablar con usted, como espero que sucederá, puede que le explique algo más, pero, a decir verdad, dudo que vaya a hacerlo. Y si lo hago... no voy a mentirle y decirle «larga y próspera vida». No, me limitaré a decirle adiós.

Adiós, señor Spock, doctor McCoy. Nunca sabrán lo placentero que me ha resultado hacer negocios con ustedes y ese santurrón capitán suyo, sobre el que el señor Finney me ha contado tantas cosas.

La voz guardó abruptamente silencio y la conexión quedó aparentemente cortada.

—Parece que ahora podemos hablar sin miedo a que nos escuchen —anunció Spock tras echar una fugaz mirada a la pantalla del sensor.

—¡Así que a eso se refería usted, Spock! —exclamó McCoy mientras se volvía; luego se aferró a uno de los asideros fijados en el suelo para no perder el equilibrio y se inclinó sobre el hombre que habían subido a bordo—. «En otra época fue un teniente comandante» ¡Este es Finney! ¡Usted le reconoció de inmediato! Por supuesto, debe haber escapado antes de concluir el tratamiento psiquiátrico. Pero, ¿qué quiso decir Kaulidren... Carmody... con eso de deshacerse de...?

Las palabras de McCoy fueron interrumpidas por el grito ahogado que profirieron una docena de gargantas.

Alarmado, levantó la cara, con la boca aún medio abierta, mientras sus ojos seguían la mirada de los demás hacia la pantalla de la cabina del piloto. Los mensajes que antes pasaban por ella habían desaparecido.

En su lugar, McCoy vio el amenazador bulo de una nave de vigilancia que se aproximaba, con sus baterías de cañones de láser apuntadas hacia ellos.

13

—Los mismos resultados, capitán. —El teniente Pritchard levantó los ojos de las lecturas en la terminal científica—. El programa confirma la existencia de lecturas anormales por parte de los sensores, pero no puedo identificarlas ni determinar su naturaleza. Sé que parece una locura, señor, pero es como si la computadora le escondiese deliberadamente esa información al programa. Si el señor Spock estuviera aquí, él podría...

—¡Pero el señor Spock no está aquí, señor Pritchard! —le espetó Kirk—. ¿Hay alguna otra cosa que podamos hacer los que todavía estamos a bordo de la nave?

Pritchard se puso rojo ante aquella contestación, pero no protestó. De todas las personas que había a bordo, él sabía que el capitán Kirk era quien más sentía la pérdida de Spock... y el que menos se atrevía a demostrarlo.

—Puedo intentar modificar el programa ahora que ha acabado el análisis —le respondió—, pero no puedo garantizar cuáles serán los resultados sin disponer de información sobre las intenciones del diseñador del programa. No sabemos qué perseguía él con esas operaciones específicas, ni que esperaba averiguar con los resultados. Ni siquiera sabemos si este programa, en la forma que tiene actualmente, hace de verdad lo que el diseñador pretendía. Todavía trabajaba en ese programa cuando... —La voz de Pritchard se apagó, y el joven mostró un aire de incomodidad.

Kirk guardó silencio durante un momento, sus facciones se suavizaron a medida que el fruncimiento del entrecejo desaparecía.

—Comprendido, señor Pritchard —le respondió—. Haga todo lo que pueda. —Desvió el rostro de la terminal científica y pulsó el botón de comunicación con ingeniería—. Señor Scott, ¿ha habido suerte con los sensores desde su extremo?

—Ni la más mínima, capitán. Las unidades que hemos quitado y reemplazado han sido desmontadas casi hasta el nivel molecular, y todas las pruebas indican que funcionan perfectamente. Sea cual sea el problema, no está en los sensores... no en estos sensores, por lo menos.

—¿Y las compuertas del muelle de las lanzaderas?

—Dos de mis hombres trabajan para conseguir que podamos abrirlas sencillamente a mano, sin siquiera la fuerza hidráulica. No va a resultar fácil, capitán. Ya sabe, el tamaño de esas compuertas... no han sido diseñadas para algo así.

—Comprendido, Scotty. Continúe en ello. Teniente Uhura, ¿ha conseguido...?

—Nada, capitán. Los circuitos dan unos resultados de funcionamiento al ciento por ciento, independientemente de las condiciones a las que los someta. Simplemente, no nos llega ninguna clase de señal, ni estándar ni subespacial.

—Capitán —intervino el teniente Sulu—, hay una nave que acaba de traspasar el escudo.

Kirk se volvió apresuradamente hacia la pantalla.

—¡Detalles, señor Pritchard! ¡Potencia, formas de vida, absolutamente todo!

—¡Parece tener una forma rudimentaria de impulso, capitán, pero eso es completamente imposible!

—Debe de ser el motor perfeccionado del que nos habló Kaulidren —comentó Kirk, mientras el fruncimiento volvía a su frente. Incluso el más básico de los motores de impulso era más potente, y tecnológicamente más avanzado, que los motores de energía nuclear—. ¿Cómo está alimentado ese motor, teniente?

—Con una pequeña unidad de antimateria, señor.

—¿Antimateria? ¿No me había dicho antes que el sondeo realizado anteriormente con los sensores no detectaba ningún indicio de antimateria?

Pritchard parpadeó como si acabara de recordarlo en aquel preciso instante.

—Así fue, y esa cantidad debería haber bastado para poder detectarla.

Kirk hizo una mueca.

—Otra imposibilidad, en este caso una que ni siquiera podría explicar una interferencia ajena al planeta. ¿Hacia dónde se dirige la nave, teniente?

—Su actual trayectoria la llevará hasta una órbita inmediatamente superior a la de las naves de vigilancia, pero con un motor de impulso podría ir a cualquier parte del sistema solar.

—¿Formas de vida?

—Aproximadamente... —comenzó a decir Pritchard, pero se interrumpió mientras sus ojos se desviaban rápidamente hacia las lecturas apropiadas.

—¿Sucede algo malo, teniente?

—No lo sé, señor —replicó Pritchard pasado un instante. Rápidamente le pidió a la computadora que volviera a presentar en la pantalla una serie de lecturas anteriores—. No hay ninguna forma de vida —continuó, y luego frunció el entrecejo—. Pero he apreciado que había formas de vida a bordo cuando la nave acababa de atravesar el escudo, varias formas de vida.

Kirk se acercó a la terminal científica y se detuvo detrás del teniente.

—¿Y ahora nada?

—Así es, señor. He pedido a la computadora que volviera a presentar en pantalla las primeras lecturas, las que yo creía que indicaban la presencia de formas de vida... y fíjese —agregó, señalando la pantalla—, puede verlo usted mismo. Nada.

—Justo al revés que lo de la antimateria, que no estaba, ahora sí.

Pritchard tragó.

—Sí, señor.

—Las formas de vida que cree haber visto... ¿Le pareció que eran humanas? ¿Klingon?

—Yo... no lo sé. Humanas, creo, pero sólo las vi durante un instante, de reojo, así

que quizá solamente supuse que lo eran... Pero si realmente no están allí, carece de importancia.

—Tal vez sí, y tal vez no. ¿El programa de diagnóstico del señor Spock continúa en funcionamiento?

—Sí, señor. Lo he modificado para que analice constantemente la actividad de la computadora. —Mientras hablaba, Pritchard tecleó el código y sacó en pantalla los resultados del diagnóstico—. Presenta básicamente lo mismo que desde el principio, capitán. Insiste en que hay lecturas anormales por parte de los sensores, pero sigue sin poder identificarlas o localizarlas.

—Como si la computadora escondiese deliberadamente cierta información al programa... ¿no es eso lo que dijo usted antes, teniente?

—Sí, señor, pero...

—Si eso fuera verdad, la computadora también podría ocultar la existencia de formas de vida a bordo de esa nave.

—Supongo que sí, señor, pero eso no tiene sentido.

—Virtualmente nada de lo que ha sucedido desde que entramos en el sistema chyrellkano ha tenido sentido, teniente, así que ese no es un criterio válido en este caso. Por el momento, será mejor que dé por supuesto esa posibilidad. Luego intente imaginar cómo puede hacerse una cosa así.

—Básicamente, señor, habría que reprogramar probablemente la totalidad de la computadora.

—Cualquier cosa de esa magnitud debería dejar rastros... enormes huellas fangosas, diría yo.

—Normalmente, sí, señor, pero alguien verdaderamente bueno...

—Podría borrar sus huellas con una perfección casi total. Alguien como el señor Spock. Comprendido, señor Pritchard. Y haría falta alguien como el señor Spock para encontrar los pocos rastros que hubiesen sido pasados por alto.

—Sí, señor.

—Haga todo lo que pueda en su ausencia. Y, ya que estamos en ello, ¿cómo guían esa nave, si no hay un piloto a bordo? ¿Por control remoto?

—No, señor, no hay indicio alguno de señales externas de control. Debe seguir un curso preprogramado.

—¿Armas?

—Ninguna, señor.

—En ese caso, la nave de vigilancia la destruirá con toda seguridad.

—Si funcionan como ha dicho el primer ministro Kaulidren, sí.

Pritchard estudiaba las lecturas mientras hablaba, y ahora sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¡Capitán! ¡Sí que tiene armas! Podría haber jurado...

—¿Qué clase de armas?

—Cinco cañones láser, señor. ¡Pero antes no estaban allí!

—¿Como la antimateria y las formas de vida?

—Sí, señor, pero respecto a las lecturas de las formas de vida es probable que yo cometiera un error, y la cantidad de antimateria era lo bastante pequeña para que los sensores la hubieran pasado por alto en los sondeos realizados hasta ahora. ¡Sin embargo, esas armas han sido detectadas con tanta claridad que yo no puedo haberlas ignorado!

—¿Resultado de otra lectura «anormal» de los sensores, teniente? ¿Ha comprobado las grabaciones de las lecturas originales?

—Lo hago en este momento, señor. —Los dedos del joven oficial corrían por el teclado. Al cambiar los datos de la pantalla, el teniente negó con la cabeza—. Estaban allí, señor, desde el mismo principio.

—Según las grabaciones de la computadora, señor Pritchard, según las grabaciones de la computadora. —El débil destello de una idea comenzó a formarse en la mente del capitán—. Por el momento, concentre todas sus energías en trabajar con el programa de diagnóstico. Pida toda la ayuda que necesite. —Luego Kirk se volvió hacia la terminal de comunicaciones.

—Teniente Uhura, ¿es correcto suponer que esa nueva nave no intenta hablar con nosotros?

—No efectúa ninguna transmisión, señor, y no responde a nuestras llamadas.

—Capitán —intervino Sulu—, parece que dos de las naves de vigilancia chyrellkanas han localizado la nave. Se desplazan para interceptarla.

—Señor Pritchard, ¿resistirían nuestros escudos ante los rayos láser de los cañones de las naves de vigilancia y los de la nave que acaba de aparecer... si es que estos últimos existen?

—Indefinidamente, señor; si es correcta la lectura que hacen los sensores de la energía que tienen esas armas. Kirk hizo una mueca.

—No tengo más remedio que dar algo por sentado. Active los escudos, señor Sulu, y colóquenos directamente entre las llamadas naves de vigilancia y la que asciende. Me gustaría echarle una mirada desde más cerca, antes que la vuelen en pedazos.

—Sí, señor. Escudos activados. Velocidad de impulso.

La *Enterprise* salió disparada hacia adelante, en un curso descendente hacia la periferia de la atmósfera del planeta, mientras la nave que subía por ella brillaba en la pantalla frontal. Luego, cuando pasó por encima de aquélla, se detuvo tras describir un amplio arco, se estabilizó directamente frente al pequeño aparato e igualó su velocidad con la de éste.

Momentos más tarde apareció en la pantalla la nave de vigilancia más cercana,

que se precipitaba directamente sobre ellos.

—Los sensores indican que los cañones de láser están armados y listos para disparar —informó Pritchard.

Mientras el teniente hablaba, dos rayos salieron disparados de la nave que se les aproximaba; la energía de estos se disipó contra los escudos de la *Enterprise* en una abrasadora lista de fuego.

—Los escudos resisten, capitán —informó Sulu—, pero la otra nave de vigilancia se aproxima por el lado contrario. Puede que hayamos de retroceder y...

Sulu se interrumpió en seco. Casi simultáneamente cesaron los disparos de láser y la nave de vigilancia permaneció en punto muerto durante un momento; luego dirigió su proa rectangular hacia arriba para dirigirse aparentemente hacia su órbita normal.

—¡Capitán! —dijo Sulu con una voz cargada de sorpresa—. ¡La nave ha desaparecido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó precipitadamente Kirk—. ¿La ha derribado la otra nave de vigilancia?

—No, señor, no ha sido derribada. Simplemente... ha desaparecido. Se ha desvanecido.

—¿Es que tiene su propio escudo? ¿Uno como el que hay en el planeta?

—No, señor. Simplemente ha desaparecido. Como si... —Sulu hizo una pausa y lanzó una fugaz mirada a Kirk por encima del hombro—. La única vez que he visto algo semejante, señor, fue cuando vi camuflarse una nave romulana.

A McCoy se le heló el corazón al observar la gigantesca nave de vigilancia que se agrandaba en la pantalla de la cabina. Rohgan se hallaba de pie junto al piloto, que había regresado a su asiento y trataba de conseguir que los controles le respondieran. Todos los ojos estaban fijos en la nave de vigilancia, excepto los de Spock, que permanecían constantemente atentos a la pantalla de su sensor.

—¿Se ha activado el dispositivo que supuestamente debería protegernos? —preguntó bruscamente Rohgan.

El piloto negó con la cabeza y volvió a su tarea.

—¡No lo sé! No hay nada que responda a nuestros controles; si está activado ha sido obra de quienquiera que nos manipule. —Se volvió hacia Spock y McCoy—. ¿Están ustedes aliados con Kaulidren? ¿Es por eso que están aquí?

—¡Sí, también a mí me gustaría saberlo! —exclamó Rohgan, que había dado la vuelta para encararse asimismo con ellos—. Yo creí sus palabras respecto a todas esas cosas, así como a Tylmaurek, pero ahora... —Lanzó una mirada de aprensión a la nave de vigilancia que había en la pantalla—. ¿Están a punto de hacernos volar por los aires? ¿Es eso lo que ha querido decir Kaulidren cuando afirmó ser el responsable de nuestras muertes?

—Yo no lo creo así —le contestó Spock en voz baja—, aunque supongo que pronto seremos destruidos de una u otra forma, a menos que consigamos averiguar con toda precisión qué planea hacer el hombre al que ustedes conocen como Kaulidren.

—Sea quien sea —declaró Rohgan—, parecía creer que usted ya lo sabía, señor Spock. Y se mostraba complacido, no preocupado.

—Sé un poco y sospecho más —admitió Spock—, pero no bastante para salvar nuestras vidas. Nuestra única probabilidad realista de supervivencia...

Se interrumpió abruptamente y desplazó la mirada del sensor a la pantalla.

—Una nave, probablemente una nave estelar de la Federación, posiblemente la *Enterprise*, acaba de entrar en el radio de alcance del sensor —anunció mientras sacaba el comunicador que llevaba sujeto al cinturón.

En el momento en que lo abría, la propia *Enterprise* apareció en la pantalla, bloqueando a medias la nave de vigilancia que se aproximaba. McCoy había sacado su comunicador un instante después, pero ni él ni Spock consiguieron obtener respuesta alguna.

—¿Qué rayos sucede? —exclamó McCoy con irritación mientras sacudía el comunicador como si quisiera obligarle a cooperar por la fuerza— ¡Ese escudo no puede bloquear ahora nuestras comunicaciones!

—Y no lo hace, doctor —replicó Spock mientras volvía a mirar el sensor—. Los escudos de la *Enterprise* están activados, pero eso no...

Volvió a interrumpirse cuando los escudos de la *Enterprise* se encendieron bajo los repentinos disparos de láser de la nave de vigilancia, pero al cabo de pocos segundos los disparos cesaron.

Después, la nave de vigilancia se reorientó rápidamente y comenzó a subir a toda velocidad hacia la órbita más alta que había ocupado anteriormente.

—Tal vez si se acercaran lo bastante... —murmuró McCoy mientras devolvía su atención al comunicador.

—No creo que podamos contar con eso, doctor —comentó Spock con los ojos aún clavados en la pantalla donde también la *Enterprise* disminuía rápidamente de tamaño—. Parece que también ellos regresan a la órbita estándar.

—¡Eso es una locura! ¡Acaban de salvarnos el pellejo en el momento en que esa cosa intentó hacernos volar en pedazos! Usted lo ha visto tan bien como yo.

—Yo vi que la nave de vigilancia disparaba, doctor, y vi que los escudos de la *Enterprise* desviaban esos disparos. Nada indica que supieran que nos encontramos a bordo. De hecho, su comportamiento en estos momentos denota que ignoran nuestra presencia.

—Eso es una locura más grande todavía, Spock. ¡Deben saber que estamos aquí! ¡Incluso en el caso de que nuestros comunicadores estén de alguna forma bloqueados,

los sensores de la nave han de detectarnos! A esta distancia, incluso han podido ver que hay un vulcaniano a bordo, así, pues, ¿por qué...?

La pantalla se iluminó con una luz brillante, mucho más brillante que el destello de los rayos láser sobre los escudos de la *Enterprise*. La mayoría de los tripulantes de la pequeña nave profirieron un grito ahogado y todos los ojos se volvieron rápidamente hacia la pantalla.

—¡Nos dispara otra vez! —dijo alguien casi en un grito, y de pronto se produjo un absoluto silencio.

—No dispara —declaró Spock, que levantó una vez más los ojos del sensor—. La nave de vigilancia más cercana simplemente ha sido destruida por una explosión de antimateria.

McCoy renunció bruscamente a intentar darle algún sentido a nada de lo que sucedía y se puso a sacudir la cabeza. Luego sus ojos bajaron hasta el hombre herido, y aún inconsciente, que habían llevado a bordo.

—¿Como la explosión que tuvo lugar justo antes de bajar este amigo nuestro a la superficie? —preguntó McCoy con el entrecejo fruncido por una nueva perplejidad—. ¿Hay algo que las esté derribando, Spock, o qué?

—Las explosiones han sido bastante similares, doctor —le contestó Spock mientras volvía a mirar el sensor—, pero yo sospecho que no las han derribado. Otra nave del mismo tipo acaba de entrar en el radio de alcance de mi sensor, también contiene una pequeña cantidad de antimateria. La energía que alimenta los motores de la nave, sin embargo, proviene de la fusión nuclear. La antimateria no forma parte de ningún dispositivo generador de energía, está aislada en un campo de contención sencillo. Es lógico suponer que la primera nave llevaba una carga similar y que el campo de contención fue roto por algún medio que desconocemos.

—¿Y para qué rayos iba a llevar una nave un pedazo de antimateria por ahí, si no la utiliza como fuente energética... ni como arma?

—No dispongo de datos suficientes para sacar una conclusión lógica, doctor. Sin embargo... —Spock volvió a interrumpirse y sus cejas se arquearon ligeramente cuando otra cosa entró en el radio de alcance de su sensor—. Ahora dispongo de nuevos datos, doctor. La nave de vigilancia que tenemos detrás acaba de ser destruida por una explosión idéntica a la anterior. En este caso fue precedida por una señal similar a las que controlan la nave a bordo de la cual viajamos.

—¿Lo cual significa qué, Spock? —le apremió impaciente McCoy cuando el vulcaniano guardó un momentáneo silencio.

—Según todas las apariencias, doctor, la antimateria cumplía las funciones de un mecanismo de autodestrucción que podía ser activado desde lejos.

—¿Significa eso —intervino Rohgan— que la antimateria de esta nave puede ser detonada de la misma manera?

—Eso es bastante dudoso, profesor, aunque no imposible. La antimateria que tenemos aquí forma parte del motor, no es un objeto aislado con una función discernible. La persona a la que deberíamos preguntárselo es al ex comandante Finney, aquí presente, doctor.

—Revivirlo para que luego se nos muera en las manos no servirá de nada —le espetó McCoy.

—En ese caso, haga todo lo posible para que no se nos muera, doctor. Tengo plena confianza en sus capacidades.

Durante los cinco minutos siguientes el sensor de Spock detectó otros dos estallidos de energía provocados por explosiones de antimateria, pero McCoy, concentrado en el hombre herido, apenas las advirtió.

Finney, había dicho Kaulidren... Carmody... ahora que lo contemplaba con mayor atención, McCoy supo que era la pura verdad. Incluso adivinó cómo se las había ingeniado Spock para reconocerle inmediatamente, a pesar de los cambios sufridos. Todo su cabello pelirrojo, excepto un ligero toque, había sido reemplazado por pelo gris. La mitad inferior de su rostro estaba cubierta por una barba entrecana muy corta.

Pero los ojos no habían cambiado. Había una expresión torturada en ellos cuando le había encontrado escondido en la *Enterprise*, tras el fracaso de su complot para fingir su propia muerte y manipular luego la computadora de la nave, de forma que apareciera una grabación falsa en sus registros donde constara que el capitán había dado la orden de emergencia que supuestamente había provocado esa muerte. En aquel momento, aun con los ojos cerrados e inconsciente, su rostro reflejaba aquella misma expresión torturada, como si su reacción ante las injusticias que en su imaginación amontonaban sobre él sus superiores, desde la mismísima época en la academia de la Flota Estelar, se hubiera convertido finalmente en una parte inseparable de sus rasgos.

El hombre, que incluso en aquel momento pensaba en sí mismo como Hargemon, se encontró repentinamente despierto. Instintivamente, hizo un gesto defensivo, mientras las últimas imágenes de la lanzadera que se estrellaba pasaban velozmente ante sus ojos. De sus labios escapó un grito contenido, pues hasta ese gesto insignificante le produjo un doloroso latido en la cabeza.

«Dónde demonios...»

Se aclaró su visión y volvió a proferir un grito ahogado al encontrarse con el rostro del doctor Leonard McCoy, que le contemplaba con su habitual expresión ceñuda. Detrás de él estaba el comandante Spock.

Y Rohgan, y media docena de los integrantes del grupo manipulado por el comandante.

Y por encima de él...

Con un sobresalto, reconoció finalmente el lugar en el que se hallaba... ¡la lanzadera! ¡Y por la sensación que tenía y los sonidos que percibía, ya estaban en camino! Si habían llegado demasiado lejos...

Volvió bruscamente los ojos hacia los dos tripulantes de la *Enterprise*.

—¿A qué distancia estamos de Vancadia?

—Aparentemente hemos alcanzado ya la órbita, señor Finney —le respondió Spock en voz baja—, pero no se ha detenido la aceleración.

Ante aquella respuesta, Finney dejó escapar la respiración con un sonoro suspiro y se relajó, dejando que su cuerpo se aflojara sobre el suelo escasamente acolchado.

—En ese caso, tenemos tiempo de sobra. —Sus ojos volvieron a fijarse en Spock y McCoy—. Puede que en este instante no me crean, pero les aseguro que me alegro mucho de verles a los dos.

—A estas alturas, Finney —le contestó McCoy—, ¿por qué habría de creer cualquier cosa que dijera usted? ¿Cómo demonios consiguió...?

—Ya tendremos tiempo más tarde para ponernos al día respecto a los viejos tiempos —le interrumpió Finney mientras la antigua amargura afloraba a su voz. Con ostentosas muecas de dolor, consiguió levantarse trabajosamente y se puso, tambaleándose, de pie—. Es decir, lo tendremos después que yo haya realizado ciertas transmisiones. Doctor, ¿tendría la amabilidad de prestarme su transmisor?

El fruncimiento del entrecejo de McCoy se hizo más profundo.

—¿Por qué rayos habría de hacer una cosa semejante? ¿Qué...?

Finney le tendió la mano con la palma hacia arriba.

—Porque, si no lo hace, me veré obligado a utilizar el sistema de comunicaciones de esta nave, que sin duda ha sido intervenido. Y si no hago esa llamada, y pronto, esta nave y todos los que están en ella serán vaporizados.

Kirk corrió hacia la terminal científica.

—Informe, señor Pritchard.

—La nave ya no aparece registrada en ninguno de nuestros sensores, capitán.

—¿Ha seguido la pauta propia de nave que activa su dispositivo de camuflaje? ¿O se trata de algo diferente? Señor Sulu, llévenos de vuelta a la órbita estándar. No quiero que tengamos una colisión accidental con eso, sea lo que sea.

—Sí, señor.

Mientras la *Enterprise* se retiraba de vuelta a su anterior órbita, Pritchard ordenó que aparecieran en pantalla las series de lecturas realizadas por los sensores, las estudió brevemente, comenzó a hablar y, tras detenerse, le pidió a la computadora otra serie de datos.

—Computadora, realice una comparación detallada entre estas dos series de lecturas.

—Las dos series son idénticas —replicó la monótona voz femenina de la computadora, instantes después.

Pritchard le lanzó una mirada al capitán y luego se volvió nuevamente hacia la pantalla.

—Repita la comparación —le pidió pasado un momento—. Puesto que las naves de esos dos incidentes difieren tremendamente en lo que a masa y volumen se refiere, parece improbable que las lecturas puedan ser completamente idénticas.

—Las dos series de lecturas son idénticas —repitió la computadora.

Pritchard se volvió a mirar a Kirk.

—Ya lo ha oído, capitán —comentó con inquietud—. Hemos comparado las lecturas tomadas durante los instantes que la nave tardó en desaparecer con unas lecturas similares recogidas cuando una nave romulana activaba su dispositivo de camuflaje. Deberían haberse registrado al menos algunas diferencias.

—Estoy de acuerdo, teniente —replicó Kirk pensativo—. En ningún caso dos acontecimientos del tipo que sea deberían producir dos conjuntos de datos idénticos. Pero, si tomamos en consideración los problemas que tenemos con los sensores, ¿podemos confiar en las lecturas tomadas actualmente?

Pritchard tragó con dificultad.

—No lo sé, capitán. —Miró nerviosamente las lecturas y luego volvió los ojos hacia Kirk—. El programa del comandante Spock sólo indica que hay lecturas anormales. No ha confirmado que ninguna lectura específica, ni ningún conjunto de lecturas, sean verdaderamente erróneos.

—Comprendido, señor Pritchard. Señor Scott...

—¡Capitán! —le interrumpió Sulu—. ¡Han disparado contra una de las naves de

vigilancia!

Kirk se volvió bruscamente hacia la pantalla frontal.

—¡Máximo aumento!

—Sí, señor.

Durante un momento la pantalla estuvo totalmente cubierta por la imagen de una de las naves de vigilancia de aspecto amenazador, con un agujero de bordes fundidos en el lugar en que había estado uno de los falsos cañones de láser. Después desapareció, la pantalla se encendió con la sobrecarga del estallido y luego disminuyó el aumento hasta que sólo quedó en su centro un diminuto sol que se apagaba.

—Origen del disparo —ordenó Kirk.

—Es imposible localizar el origen, capitán —informó Sulu—. Pero podría asociarse con un disparo de láser de la nave que acaba de camuflarse.

—¿Me dice que ha disparado sin desactivar el dispositivo de camuflaje? ¡Eso es imposible!

—Sería imposible para una nave que utilizara el dispositivo romulano, capitán —reconoció Sulu—, pero no sabemos si ese es el caso.

—Capitán —anunció Pritchard—, los sensores han vuelto a detectar la presencia de la nave.

—No aparece en la pantalla, teniente —le contestó Kirk—. Señor Sulu, compruebe las coordenadas.

—Sí, capitán. —Se produjo una pausa de no más de un segundo—. Coordenadas comprobadas. Sigue sin haber señal...

Abruptamente, la nave desaparecida volvió a hacerse visible, pero no rieló hasta hacerse sólida, como sucedía cuando una nave romulana desactivaba su dispositivo de camuflaje, sino que apareció de manera repentina, como si se hubiese alzado un telón.

—Ha vuelto —comentó Sulu, con la perplejidad claramente reflejada en su voz—. Apparently sigue un curso de intersección con la segunda nave de vigilancia.

Mientras Sulu hablaba, la nave desapareció de la pantalla una vez más. Un minuto más tarde reapareció, detrás y por encima de la nave de vigilancia. La nave más grande apenas había comenzado a volverse para apuntar a la atacante con sus propios cañones de láser cuando estalló y desapareció. Momentos más tarde la nave atacante desapareció una vez más.

Una a una, las restantes naves de vigilancia siguieron la suerte de las dos primeras. Una consiguió efectuar un disparo, pero fue a parar a más de un kilómetro del blanco previsto. Al menos, observó Kirk con el entrecejo fruncido, la nave atacante desactivaba el dispositivo de camuflaje cada vez que disparaba. Aquella primera vez, los aparentes disparos realizados mientras conservaba el camuflaje habían sido seguramente resultado de los problemas todavía sin especificar en los

sensores de la propia *Enterprise*; un pensamiento que resultaba casi tan inquietante como la posibilidad de que la nave pudiera realmente disparar sus armas mientras mantenía activado el dispositivo de camuflaje.

—Capitán —informó Uhura—, capto una señal. Sólo auditiva, electromagnética corriente, no subespacial.

—Pásela a los altavoces, teniente.

Los dedos de la oficial de comunicaciones corrieron apresuradamente por los controles, un instante después la voz del primer ministro Kaulidren, débil y plagada de sonidos de fondo, llenó el puente de mando de la nave.

—¿... sucede? Repito, capitán Kirk, ¿qué sucede? ¡Los datos que recibimos indican que las naves de vigilancia son atacadas y destruidas por una nave o naves que no pueden detectar! ¿Es esto obra suya, capitán? ¿Se ha pasado usted al bando de los terroristas? ¡Exijo que me explique qué sucede!

Kirk reprimió un gemido.

—El primer ministro no es precisamente la persona que yo hubiera elegido para establecer comunicación, pero al menos está fuera de la *Enterprise*. Señor Sulu, llévenos hasta una órbita estándar alrededor de Chyrellka, para que podamos entablar una conversación bilateral y ver si el primer ministro tiene alguna idea nueva.

La mitad de los tripulantes de la lanzadera hablaban a un tiempo, en respuesta al inesperado anuncio de Finney de su pronta vaporización. Mientras Rohgan procuraba restablecer algo parecido a la calma, Spock intentaba una vez más ponerse en contacto con la *Enterprise* a través de su comunicador.

—Sigue sin haber respuesta, señor Finney —declaró. —¡Por supuesto que no la hay! —le contestó Finney, colérico—. Necesita el código correcto... mi código.

«Es muy propio del vulcaniano —pensó—, dar una y otra vez con la cabeza contra una roca en lugar de pedir ayuda.» —¿Un código para hacer qué, señor Finney? —Déme el comunicador y se lo demostraré. Spock lo estudió en silencio durante varios segundos. —El señor Carmody —comentó finalmente— cree que se han... «deshecho de usted», fueron sus palabras, si mal no recuerdo.

Finney se tensó. Si su comandante se llegaba a enterar de que estaba vivo...

—¿Cuándo habló usted con... con el comandante? —Poco antes de recobrar usted el conocimiento. —No le habrá dicho que yo estaba vivo, ¿verdad? —No, me pareció mejor no darle más información de la que ya tenía.

Finney dejó escapar el aliento con un resoplido de alivio y sonrió débil y amargamente.

—De todas formas, habría de haber supuesto que no lo había hecho. En caso contrario, probablemente ya habríamos sido vaporizados. Al comandante no le gusta correr riesgos innecesarios. Ahora, por favor, déme un comunicador. O, si continúa

sin confiar en mí, puedo darle el código para que lo utilice usted mismo. De todas formas, los intervalos con los que se transmiten los dígitos son una parte importante del código, e igualmente importante es la voz que lo dicte.

Spock permaneció en silencio durante unos pocos segundos más, sin dejar de estudiar a Finney. Finalmente le entregó el comunicador.

—¡Spock! —McCoy miraba al vulcaniano con expresión ceñuda. Los ojos de Finney se agrandaron de sorpresa.

—Proceda, señor Finney —le dijo Spock.

Finney asintió con la cabeza.

—Usted siempre ha sabido cuando puede depositar su confianza en algo, señor Spock —reconoció de mala gana—, ya sea una persona o una computadora.

Tras abrir el comunicador, comenzó a pronunciar, lenta y deliberadamente, una serie aparentemente aleatoria de números y letras.

Después de más de veinte dígitos, se detuvo. Y esperó.

Repentinamente sintió un nudo en el estómago. ¿Habría cambiado Kelgar el código? Pero, ¿por qué iba a hacerlo? ¿no habían sido más que suficientes todas las otras trampas? ¿Por qué cambiar el propio código, cuando ya había eliminado todos los medios por los que ese código podía ser enviado?

A menos que...

Una docena de escenas pasaron fugazmente por la mente de Finney. Kelgar tenía previsto aislarle desde el principio y había cambiado los códigos hacía mucho tiempo.

O el comandante tenía desde el primer momento la intención de traicionarle, en cuanto Finney hubiese acabado de diseñar el programa, lo hubiera instalado y ya no fuera necesario.

O bien, durante la huida, Kelgar no se había dejado engañar por la explosión de la nave de vigilancia, aunque no había querido que el comandante supiera que había permitido que Finney escapara, razón por la cual le había dicho que se «había deshecho» de él, y luego había cambiado el código para impedir que Finney, asimismo, pudiera cambiar los planes.

Fueran cuales fuesen las razones...

Reprimió el temblor que amenazaba con apoderarse de él y comenzó nuevamente toda la secuencia.

Finalmente, el primer ministro apareció en la pantalla frontal de la *Enterprise*. Su habitual séquito, según advirtió Kirk, no se veía por ninguna parte. —¿Tiene alguna idea, primer ministro —comenzó Kirk, antes que Kaulidren tuviera la más mínima oportunidad de hablar—, de por qué no hemos podido ponernos en contacto con nadie, ni por ondas de radio corrientes ni a través del subespacio, desde que usted se marchó de la *Enterprise*?

Kaulidren parpadeó.

—Si consideramos la velocidad a la que fallaban sus equipos antes que me permitiera abandonar su nave, lo que acaba de decirme no me sorprende. ¡Sin embargo, sus pequeñas dificultades no me preocupan en este momento, capitán Kirk! Según todos los indicios, nuestras naves de vigilancia han sido destruidas o inutilizadas. ¡Sólo puedo suponer que Delkondros ha obtenido nueva ayuda de esos klingon de ustedes y en este preciso instante está de camino hacia aquí para completar la destrucción que comenzó hace cuatro años! ¡Exijo saber qué va a hacer usted al respecto!

—¿Qué querría usted que hiciéramos?

—Dios mío, capitán, ¿es que no resulta evidente? ¿Qué más necesita usted? ¡Seguro que esa llamada Primera Directriz no le obliga a permanecer de brazos cruzados mientras millares de personas indefensas son asesinadas! ¡Particularmente, cuando es obvio que esos klingon de ustedes están involucrados e incluso tal vez son directamente responsables! ¡Yo oí que su almirante Brady le decía que tenía usted autoridad para... para hacer cualquier cosa que creyera necesaria! ¡Bueno, pues en este momento es necesario que esa nave sea detenida! Es prácticamente seguro que ahora mismo viene de camino hacia Chyrellka. ¡Si el motor que tiene es similar al de las naves que fueron destruidas durante el primer ataque que nos dirigieron, podría estar aquí dentro de pocas horas! Su objetivo, su primer blanco, será indudablemente el mismo que entonces: la fábrica orbital que construye nuestras naves interplanetarias. ¡En ella hay millares de personas, tanto los trabajadores como sus familias y más... millares de personas morirán si no hace usted algo inmediatamente!

—En ese caso, le sugiero que comience la evacuación sin pérdida de tiempo, primer ministro.

—¿Evacuación? ¡Imposible! ¡Con nuestras lanzaderas, nos llevará días hacer algo semejante, no horas!

—Nosotros les ayudaremos. Haga que todos los habitantes de la fábrica satélite se reúnan en grupos, y proporciónenos a nosotros sus coordenadas y las coordenadas de los lugares a los que deban ser transferidos; los transportadores de la *Enterprise* podrán hacer el trabajo en el tiempo que nos queda.

—¿Transportadores? ¿Esas máquinas que le deshacen a uno y luego vuelven a rehacerle? No creo que...

—¿Prefiere que mueran?

—¡Lo que preferiría es que eliminara usted la amenaza que se cierne sobre ellos!

—Si todo lo demás fracasa...

—¡Si éste es un ejemplo de cómo ayuda la Federación a sus miembros, capitán, puedo entender por qué han sido tan pocos los que han tomado la decisión de ingresar en ella! ¡Aun en caso que la evacuación sea un éxito, la fábrica satélite será destruida!

—Primer ministro, las coordenadas...

—¡Como usted quiera!

El rostro de Kaulidren se contorsionó con una colérica mueca de desprecio mientras desaparecía bruscamente de la pantalla. Un instante después era reemplazada por uno de sus consejeros habitualmente silenciosos.

—Los pondré en contacto con Bardak —declaró el hombre con aire rígido—. Es el director del satélite. Podrán explicarle a él lo que necesitan.

También él desapareció casi tan bruscamente como lo había hecho Kaulidren.

Tras realizar un tercer intento con el comunicador, Finney tragó nervioso y levantó los ojos hacia Spock y los demás que le rodeaban.

—No funciona.

—Tal vez, señor Finney —dijo Spock sin hacer caso del despectivo resoplido del doctor McCoy—, debería usted tomarse el tiempo necesario para explicarnos la situación. Una vez que sepamos lo que usted, el ex comandante Carmody y un número desconocido de klingons han intentado conseguir aquí, en el sistema chyrellkano, tendremos la posibilidad de encontrar una solución para nuestro actual problema, la cual no le resulta clara a usted.

—No existe solución posible si han cambiado el código —declaró Finney, que sacudió la cabeza mientras la familiar expresión de torturada desesperanza volvía a sus ojos—. Sencillamente no hay forma alguna de averiguar el nuevo. Y, sin ese código, no hay forma de evitar lo que está a punto de suceder.

—¿Y qué rayos está a punto de suceder, Finney? —le preguntó McCoy con aspereza—. ¿Y dentro de cuánto? ¡Y, ya que estamos en ello, no me molestaría lo más mínimo saber por qué va a suceder! ¡A ninguno de nosotros nos molestaría lo más mínimo saber por qué estamos a punto de morir!

Finney hizo una mueca de dolor ante las palabras de McCoy. A través de los párpados bajos vio a los otros, docenas de ellos, que le miraban fijamente con unos ojos llenos de miedo e ira. Durante un instante los rostros dieron vueltas ante él, anónimos y distantes, extraños todos, incluso los de la docena de hombres que conocía desde hacía tres años.

Hasta que...

Sin previo aviso, una de aquellas caras, una entre la media docena de mujeres jóvenes que estaban a bordo, saltó hacia él. Era imposible, pero...

—¿Jamie?

El nombre de su hija escapó de sus labios en un ronco susurro por la garganta repentinamente contraída. Durante un confuso momento la lanzadera desapareció a su alrededor y volvió a verse a bordo de la *Enterprise* hacía tantos años, el sabotaje completado, su venganza a punto de cumplirse cuando la nave de Kirk comenzase a caer catastróficamente de su órbita.

Y entonces había descubierto que Jamie estaba a bordo, llevada hasta la nave por Kirk para que fuese destruida. Y ahora, de alguna forma, aquel hombre la había llevado hasta aquella lanzadera... aquella...

Sacudió violentamente la cabeza para alejar de sí a toda velocidad aquel rostro imaginado junto con las otras docenas de caras. Cerró fuertemente los ojos para protegerse del repentino vértigo que se había apoderado de él.

Varias manos le aferraron por los hombros para impedir que cayera sobre la cubierta, que parecía oscilar bajo sus pies.

—¡Finney! ¿Se encuentra bien?

Era la voz ronca del doctor McCoy que le hería los oídos.

Con temor, abrió los ojos. El rostro del médico estaba a pocos centímetros del suyo propio y le contemplaba con expresión ceñuda. Los otros volvían a estar distantes, quietos, en vez de cambiar y ondular como en una pesadilla de vigilia.

El rostro que por un instante había imaginado perteneciente a su hija, no se parecía en nada al de Jamie. Había sido una alucinación, se dijo, surgida de aquellas otras pesadillas que nunca le habían abandonado del todo.

Pero era la hija de alguien, pensó de pronto, y ese pensamiento hizo que le invadiera una sensación de realidad que le envolvió más apretadamente de lo que lo había hecho la momentánea alucinación, mucho más que nada en su vida durante muchos años. ¡Todos los que estaban allí, todas esas personas de cuya muerte inminente él era responsable, eran la hija o el hijo o la hermana o el hermano de alguien!

Todas aquellas caras pertenecían a personas reales. Ya habían dejado de ser simples nombres y números de un plan, del juego de venganza que él y el comandante habían trazado. Excepto a Kirk y los otros enemigos a bordo de la *Enterprise*, nunca había visto personalmente a ninguna de las personas anónimas atrapadas en su plan, nunca había tenido que mirarlas a los ojos y...

Tragó con dificultad y levantó la mirada, pero volvió a evitar los ojos del doctor McCoy.

—De una forma u otra —comenzó a decir—, en algún momento de las próximas horas, la *Enterprise* destruirá esta nave, probablemente con sus baterías fásicas,

posiblemente con un torpedo de fotones.

—¡Eso es una locura! —le espetó McCoy—. ¡Jim nunca dispararía contra una nave desarmada llena de gente!

—Es que él no sabrá que está desarmada, y tampoco sabrá que hay alguien a bordo.

—¡Eso es una locura todavía más grande! Los sensores de la *Enterprise* pueden detectar los microorganismos que digieren lo que usted ha comido. ¿Cómo es posible que lleguen a pasar por alto...?

El médico se interrumpió al recordar cómo, apenas unos minutos antes, la *Enterprise* se había acercado a pocos kilómetros de ellos y actuado como si no existieran.

—Los sensores no pasarán nada por alto —le respondió Finney—, pero la computadora no transmitirá a la tripulación la información que recojan.

—¿Cómo rayos ha podido...?

McCoy volvió a interrumpirse, ahora, al recordar una vez más la anterior ocasión en la que Finney y el capitán se habían enfrentado, lo comprendió todo.

—¡Usted ha manipulado la computadora! ¡De la misma forma que lo hizo cuando quería condenar a Jim a un consejo de guerra! Pero ¿cuándo...? ¿Cómo...?

Finney sacó un objeto del tamaño de una moneda del lugar en que había estado firmemente sujeto a su cinturón y se lo tendió al vulcaniano.

—Deje que su sensor le eche una mirada a esto, comandante Spock.

—Emite un código que puede ser captado por la computadora —declaró Spock pasados unos segundos—. Supongo que la programación de la computadora ha sido modificada para reconocer este código.

—Lo llevé a cabo hace apenas unas horas, cuando Kaulidren... Carmody, quiero decir... supongo que deberé acostumbrarme a llamarle así, aunque no será por mucho tiempo... cuando Carmody llegó a bordo de la *Enterprise*. Yo estaba en la lanzadera que le llevó a bordo, con este uniforme. Ese es el motivo por el que él se negó a utilizar el transportador, la razón por la cual insistió en realizar él mismo la maniobra de entrada, a fin de poder aparcar la nave cerca de la pared del hangar para proporcionarme una mejor oportunidad de salir y entrar sin que nadie me viera. Cuando el guardia que Carmody dejó en la lanzadera me hizo una señal para indicar que el terreno estaba libre, me deslicé al exterior y me encaminé directamente hacia la sala de la computadora. Conocía muy bien el camino. Llevaba el programa en un cartucho de datos, por lo que me llevó sólo unos segundos introducirlo. Parte del programa, por supuesto, incluía la instrucción para que la computadora pasara por alto la existencia de cualquiera que llevase este dispositivo encima. Los sensores detectarían mi presencia, pero la computadora, en el instante mismo en que recibiera la señal que radia este dispositivo, haría caso omiso de mi existencia y ni siquiera

grabaría esa información en los bancos de datos.

—¿Y por eso la computadora no le hará saber a nadie que estamos a bordo de esta nave? —le preguntó McCoy.

—No. Eso era sólo para mi propio uso mientras permaneciera dentro de la *Enterprise*, sometido a la influencia de los sensores internos. Mi programa no tiene control ninguno sobre ellos. Esto simplemente me permitió salir de la sala de la computadora y regresar a la lanzadera. Es la información de los sensores externos, del sistema de armamento, de todos los sistemas que le permiten a la tripulación interactuar con el universo exterior a la *Enterprise*, lo que está controlado por el programa principal que yo introduje en la computadora. Y, a su vez, ese programa está controlado y vigilado, por la computadora de la nave de Kaulidren... de Carmody, y por el operador de esa computadora. Dejamos un pequeño dispositivo de control anclado a la *Enterprise* mediante un rayo tractor. Actúa como estación repetidora entre la *Enterprise* y la nave de Carmody. En realidad, lo que la computadora de la *Enterprise* le muestra a su tripulación es lo que la otra computadora y su operador quieren que les muestre. En todo momento, la computadora de la *Enterprise* grabará, como lo hace siempre, todo lo que sucede en realidad, como los disparos que derribarán a esta lanzadera en la que nos encontramos. No quedará registro alguno de la estación repetidora, por supuesto, y cuando todo esto haya acabado, podremos... Carmody podrá ordenar las grabaciones a su gusto, hasta que a cualquiera con medio cerebro le resulte natural que el asesinato de los dos amigos íntimos y compañeros de oficialidad desquició al capitán Kirk y le impulsó a exceder todos los límites de la Primera Directriz para calmar su sed de venganza.

—En ese caso, señor Finney, el doctor McCoy estaba en lo cierto —observó Spock— al sugerir que había manipulado usted la computadora de la *Enterprise* de una forma similar a la que empleó cuando fingió su propia muerte e intentó que culparan al capitán Kirk por ello. ¿Fue esa la otra razón que le impulsó a apartarnos al doctor McCoy y a mí de la nave, para evitar que reconociéramos las pautas de lo que pasaba?

Finney casi sonrió.

—En su caso, señor Spock, sí. Carmody temía que la historia se repitiera, y probablemente estuviera en lo cierto. Era usted el único de esa gabarra que tenía alguna posibilidad de deducir qué sucedía en realidad.

—No subestime al capitán Kirk, señor Finney —le advirtió el vulcaniano.

Finney meneó la cabeza.

—Oh, es posible que llegue a percibir que algo anda mal, particularmente ahora que no soy yo quien controla las cosas, pero no va a tener posibilidad de hacer absolutamente nada al respecto. Kelgar...

Hizo una pausa y sonrió con la boca torcida.

—Kelgar es probablemente quien controla en estos momentos la computadora. Yo le subestimé en el pasado, sencillamente porque es un klingon, pero ahora ya no lo sé. A mí me hizo una zancadilla con bastante facilidad, me dio una puñalada por la espalda. En cualquier caso, incluso si Kirk llega a comprender lo que ocurre, no podrá hacer nada para solucionarlo, no sin reprogramar virtualmente la totalidad de la computadora. O sin tropezarse por casualidad con el código exacto que iniciará el programa que devolverá a la computadora su funcionamiento normal. No, esta vez no hay absolutamente nada que él pueda hacer. Este no es un pequeño programa sencillo como el que utilicé en la ocasión anterior. He trabajado en él durante casi dos años. Creo que ni yo mismo podría encontrarlo de no saber con toda precisión dónde y cómo buscar. E, incluso en caso que lo descubriese, ciertamente no podría deshacer sus efectos en el tiempo que resta, no sin disponer del código.

—Pero, ¿por qué, Finney? —estalló McCoy—. ¿Qué rayos pretendía conseguir usted, por el amor de Dios?

Finney volvió a hacer una mueca dolorosa. «Parecía una idea tan buena en su momento», fue la vieja frase hecha que le pasó por la cabeza. Pero ahora, cuando se veía obligado a pensar en ello, rodeado por aquellas futuras víctimas, ya no se sentía tan seguro. El comandante... Carmody... se había mostrado convincente y, visto retrospectivamente, bastante poco sincero.

—Kirk es quien hizo que le encerraran —le había dicho Carmody—, él habría matado a su hija sin pestañear siquiera, sólo para salvar su preciosa *Enterprise*. Y la Flota Estelar le respaldó, le dio unas palmadas en la espalda por haberle traicionado a usted, en aquella época y en el pasado. Simplemente piense en mi pequeño plan como en una forma de devolverles la pelota a los dos, a Kirk y a su preciosa Flota Estelar. Y lo haremos precisamente con el principio rector de sus vidas, su magnífica Primera Directriz.

Saber que iba a trabajar con klingons, que el propio Carmody se había convertido esencialmente en un klingon al mando de un grupo de soldados y científicos klingon, no había bastado para disuadirle, en el estado en que se encontraba entonces.

—Las capacidades son lo que cuenta para nosotros —le había asegurado Carmody—, las capacidades y la lealtad, no ser esclavos de millones de ordenanzas insignificantes, ni de la llamada Primera Directriz, que le atan las manos a un capitán de nave estelar y no permiten que la Federación deje de estar arrodillada y se convierta en una potencia verdaderamente digna de reconocimiento... como el propio imperio klingon.

Y, finalmente:

—¿Qué les debe usted a la Federación o a la Flota Estelar, señor Finney? ¿Usted era un oficial mejor que cualquiera de los que formaban parte de ella, pero acabó en

el montón de los marginados! Conmigo, con los klingon, usted encontrará reconocimiento a sus contribuciones, no la baja del servicio por motivos psiquiátricos y las humillaciones de la terapia obligatoria, y todo por hacer lo que cualquier klingon honorable haría, por buscar la justicia según sus propias convicciones.

Y después, una vez que le hubieron trasladado al sistema chyrellkano y le asignaron la identidad de Hargemon, Finney se había dedicado exclusivamente al programa, absolutamente fuera de contacto con todo el mundo, excepto Carmody y Kelgar, además de algunos pocos klingon. Había dedicado todo su tiempo mental al programa, a su elaboración, su perfeccionamiento, lo comprobó una y otra vez, hasta que finalmente...

—El plan original —dijo abruptamente Finney— era hacer que Kirk, o el capitán de cualquier nave que respondiera a la solicitud de ayuda como mediador, disparara contra una nave desarmada, que disparara contra esta nave en la que ahora nos encontramos; y eso es lo que las grabaciones de la computadora de la *Enterprise* demostrarán que hizo Kirk. La Flota Estelar se verá humillada, pero lo más importante es que en el futuro irán con una cautela aún mayor para procurar no volver a violar la Primera Directriz. Según la opinión de Carmody, eso le dará una gran ventaja a los klingon. Hará que la Federación se muestre más cautelosa, más temerosa que hasta ahora de correr riesgos, y eso la hará perfectamente vulnerable a un desafío por parte de los klingon... un desafío que Carmody tenía planeado dirigir él mismo.

—¿Y por qué decidió usted echarse atrás, entonces? —le preguntó McCoy con desprecio—. ¿Es que cambió repentinamente de idea?

Finney negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera decir que lo hice, pero...

Con el rostro contorsionado por una mueca de ironía, prosiguió con la explicación de cómo había descubierto los cambios realizados por Kelgar, o por Kelgar y Carmody de común acuerdo.

—Ellos creían que ya no me necesitaban, así que pasé a ser prescindible. Cuando descubrí lo que habían hecho, me condené sin remedio. Pero también advertí —se apresuró a agregar— que, a causa de esos cambios realizados en mi programa, cuando otra nave estelar acudiese a investigar lo sucedido e intentara rescatar las grabaciones de la computadora de la *Enterprise*, ese programa sería recogido junto con el resto de la información y transmitiría a cualquier computadora en la que lo insertaran todo lo que llevaba dentro. En cuestión de pocos años, podría estar absolutamente en todas las computadoras de la Flota Estelar. —Momento en que Spock continuó el razonamiento cuando Finney guardó silencio— las naves klingon podrían penetrar en el espacio de la Federación cuando quisieran, puesto que controlarían lo que las naves de la Federación captaran y las destruirían a su voluntad.

Con la cabeza baja, Finney asintió.

—No veo qué puede detenerles a estas alturas.

Con un aspecto muy parecido al de una gigantesca colonia O'Neil, la fábrica satélite de Chyrellka llenó la pantalla frontal de la *Enterprise*.

—¿Cuántas personas hay, señor Pritchard? —preguntó Kirk.

Aproximadamente nueve mil, capitán. Casi todas están ya reunidas en las coordenadas especificadas.

—Deberemos transferirlas a la superficie del planeta con la misma velocidad con que las traeremos a bordo... la nave no podrá dar cabida a tanta gente. Inicie el transporte, oficial —ordenó Kirk—. Yo me encargaré de ver qué podemos hacer con los rezagados.

—Sí, capitán —le respondió por el intercomunicador la voz del oficial que se encontraba en la sala de controles del transportador de carga.

—Capitán —intervino Uhura—, el director Bardak está...

—A pantalla, teniente.

Un instante más tarde, el calvo oficial reemplazó la imagen del satélite.

—¿Qué sucede, señor Bardak?

El director tragó con nerviosismo.

—Lo lamento, capitán, pero aún quedan algunos que se niegan a cooperar. Ellos dicen... dicen que prefieren los peligros de los terroristas a los de su transportador.

Kirk reprimió una mueca.

—Sabíamos que había algunos rezagados, pero no que permanecían por voluntad propia lejos de las coordenadas. Vuelva a insistir.

—Lo haré, pero... ¿no hay alguna forma de que usted pueda recogerlos de todos modos?

—Necesitamos las coordenadas precisas en las que se encuentran, con el fin de poder centrar el transportador sobre ellos. Sin esos datos... aún quedaría una posibilidad, Bardak. Si tuviéramos tiempo suficiente, podríamos transferir algunos de nuestros tripulantes a las coordenadas cercanas, con comunicadores extra. ¿Cree que su gente se resistiría físicamente a mis tripulantes?

—No lo sé con total seguridad, capitán, pero sospecho que al menos algunos de ellos sí lo harían. Incluso los que se han reunido aquí abajo, como han pedido, están nerviosos. Todos hemos tenido noticia de los problemas de funcionamiento o sabotaje que sufre su nave, así que aquellos de nosotros que normalmente no se preocuparían en lo más mínimo por la experiencia de ser transportados...

—Lo comprendo, señor director, pero, si el primer ministro Kaulidren está en lo cierto, la alternativa que tienen es una muerte prácticamente segura.

—Ya lo sé. Les he explicado eso a todos los que están aquí, pero no es suficiente para ellos.

Kirk suspiró.

—¿Qué me dice de sus propias lanzaderas? Una vez que yo haya sacado de ahí a todos los demás, ¿podrían esas lanzaderas transportar a los rezagados?

—Por supuesto, capitán, pero no hay ninguna necesidad de esperar. Nuestras lanzaderas...

—No —le interrumpió Kirk—. Según lo que dicen usted y Kaulidren, si las lanzaderas comenzaran a sacar gente del satélite, todos los demás querrían marchar por ese mismo medio y tendríamos que recomenzar el proceso de persuasión desde el principio. Mantenga sus lanzaderas a la espera, pero...

—¡Capitán! —irrumpió la penetrante voz del jefe de la sala del transportador—. ¿Ha comprobado usted si nos han dado correctamente las coordenadas en las que se encuentra la gente que hemos de transportar?

—Coinciden perfectamente con las lecturas de nuestros sensores... ¿no es así, señor Pritchard?

—Así es, capitán.

—Entonces es el transportador el que no funciona bien, señor. No puedo centrarlo en nadie. En esas coordenadas, mis instrumentos sólo detectan un espacio vacío.

—¿Ha comprobado...?

—¡He comprobado absolutamente todo lo que puede comprobarse sin desmontar completamente el sistema del transportador, capitán!

—Señor Scott...

—Sí, capitán —respondió instantáneamente la acongojada voz del ingeniero—, dos de mis hombres van hacia allí.

—Gracias, señor Scott, pero también quería un informe sobre el estado de los generadores de nuestros escudos.

—Todos operan al ciento por ciento, capitán. Al menos hasta donde yo sé.

—No parece usted demasiado seguro, Scotty.

—Así es, capitán, no lo estoy. ¿Lo estaría usted? ¡Hace diez horas no habría creído que nada de esto fuese posible, por no hablar de todo al mismo tiempo!

—Comprendido. Sé que sigue usted con el asunto. Kirk se volvió a mirar la pantalla, en la que todavía se veía el rostro de Bardak.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó abruptamente el director cuando los ojos de Kirk se encontraron con los suyos—. He oído algo respecto a que las coordenadas...

—¿Es posible que nos hayan transmitido las coordenadas erróneas del punto de reunión?

—No veo cómo. Acabo de comprobarlas otra vez y...

—Notifique a su gente que al parecer no podremos transportarlos a la superficie. Díales que permanezcan a la espera, que no abandonen las coordenadas, por si lográramos solucionar el problema. Entre tanto, la *Enterprise* se acercará más al

satélite y extenderá sus escudos para englobarlo completamente.

«Siempre y cuando el sistema de dirección no falle también —pensó Kirk sin poder evitarlo—, y en lugar de eso nos estrellamos contra el satélite.»

Todos los tripulantes permanecieron en silencio durante varios segundos, una vez que Finney acabó de relatar su huida de la nave de Carmody.

—¿Cuán detallado fue el análisis que realizó usted y que le llevó a descubrir los cambios introducidos por Kelgar en su programa, señor Finney? —le preguntó el vulcaniano.

—Muy, muy detallado. De otra forma, no habría podido descubrir ninguna anomalía.

—Si alguien cambió su código antes de ese momento, dicho cambio ha debido estar incluido en su análisis, ¿no es verdad?

—Sí, supongo que sí, pero...

—Y el propio código podría ser determinado a partir de ese análisis que usted llevó a cabo.

—Tal vez sí, si tuviéramos aquí la grabación completa del análisis. —Finney negó con la cabeza mientras una amarga mueca le torcía los labios—. No tuve tiempo suficiente para imprimir un listado y llevármelo.

—Quizá no, señor Finney, pero, según lo que nos ha contado, usted no apartó sus ojos de la pantalla mientras duró el análisis.

—¡Por supuesto! En caso contrario...

—En ese caso, lo único que nos hace falta es acceder al recuerdo de lo que observó entonces.

Finney parpadeó y luego negó con la cabeza.

—Mi memoria es buena, pero no tanto. Es usted quien tiene una memoria fotográfica, no yo.

—Usted fue capaz de reconstruir la secuencia de datos que le permitió hallar la orden que abrió la puerta y posibilitó su huida.

—¡Eso sucedió sólo segundos después de verla, no horas más tarde! ¡Y además tenía la computadora para trabajar, para reconstruir la secuencia y cambiarla hasta que conseguí obtener la correcta!

—Lo cual, según lo que acaba de decirnos, lo consiguió en cuestión de segundos.

Finney profirió una risa áspera y carente de humor.

—Realmente no tenía ninguna alternativa en aquel momento, señor Spock.

—Y tampoco la tiene ahora, señor Finney, si es que desea sobrevivir. Si desea que sobreviva la Federación.

—¡Si desea sobrevivir treinta segundos más, señor Finney, o como demonios quiera que se llame usted, y olvídese de las próximas horas —le espetó un hombre

fornido de mediana edad mientras se le acercaba a una distancia amenazadoramente corta—, hará lo que le digan que haga! ¡Ahora!

Durante los diez minutos siguientes, Finney estrujó su memoria, pero sin éxito alguno. Cuanto más intentaba concentrarse, cuanto más ahínco ponía en reconstruir mentalmente las imágenes velozmente cambiantes de la pantalla de la computadora, más parecían alejarse de él esas imágenes.

—No resultará —se lamentó al fin, y se dejó caer pesadamente—. No puedo recordarlo.

—Se lo he advertido... —comenzó a decir el hombre fornido, pero, antes que pudiese continuar, Spock se interpuso entre los dos y contuvo con facilidad al que avanzaba.

—Existe otra posibilidad —declaró el vulcaniano mientras se volvía a mirar a Finney—. Señor Finney, usted está familiarizado con las disciplinas mentales vulcanianas.

—Estoy enterado de su existencia, sí, pero no sé qué son, al menos no con exactitud; y desde luego no podría aprenderlas en las próximas dos horas, aunque resultase concebible que me ayudaran a recordar esos datos.

—No pretendo que haga algo semejante, señor Finney. Lo que sugiero es que, con la cooperación de usted, sus recuerdos podrían resultar directamente accesibles para mí. Entre los dos podríamos conseguirlo.

McCoy, con expresión ceñuda, se volvió a mirar a Spock.

—¿Habla usted de fusión mental... con este tipo?

—¿Le negaría usted el tratamiento médico, doctor?

—Por supuesto que no, por tentador que pudiera resultarme hacerlo, pero...

—No se preocupe usted, doctor McCoy. La experiencia no es nunca agradable en sí misma, así que poco añade la naturaleza del compañero del momento y no puede permitirse, en ningún caso, que ésta me impida realizar los esfuerzos que requiere un asunto tan urgente e importante como éste.

Spock se volvió para mirar a Finney.

—Señor Finney, le pido que no se resista.

Finney retrocedió.

—Ya he oído hablar de ese truco telepático que emplea usted. Lo que quiere hacer es... meterse dentro de mi mente.

—Se trata de algo más complejo que eso, señor Finney, pero puede pensar en el proceso en esos términos, si le place. Nuestras mentes, si yo tengo éxito, se fundirán la una con la otra. Nuestros pensamientos, en condiciones ideales, no podrán diferenciarse, como si nuestras mentes fuesen una sola.

La voz de Spock era tan serena y racional como siempre; su expresión igualmente reservada, pero al observar McCoy el rostro del vulcaniano pudo ver en sus ojos —o

creyó verlo— un atisbo del sufrimiento que se le avecinaba. La fusión mental implicaba una mezcla absoluta de la psique, del yo de dos personas; era una rotura de las barreras levantadas a lo largo de toda una vida.

Finney tragó sonoramente.

—¿No hay nada más que pueda usted intentar?

—¡Si lo hubiera, ya lo habríamos intentado! —le contestó McCoy con irritación, y luego le hizo un gesto al hombre fornido que había amenazado a Finney. Los dos se colocaron a ambos lados de éste, que lanzó miradas a uno y al otro y luego, tras respirar profundamente, cerró los ojos y esperó; la piel empapada en sudor se estremeció de pronto con una dolorosa hipersensibilidad que hizo que la tela del uniforme pareciera de lija.

Incapaz de evitar completamente los temblores de su cuerpo, que se rebelaba con cada fibra, Finney aguardó indefenso la invasión de su mente. Todos los sonidos parecieron desvanecerse, excepto el raspar de las suelas de las botas de Spock cuando avanzó hacia él, el sonido de la respiración del vulcaniano cuando se detuvo a pocos centímetros de distancia y el latir desesperado de su propio corazón que hacía golpear su pecho contra la tela que lo cubría.

El sonido de la respiración de Spock se detuvo un momento, luego siguió una inspiración profunda... y el contacto de una palma sobre su frente, los dedos del vulcaniano que le aferraban las sienes y la coronilla.

Al principio no hubo nada más que el contacto físico, y Finney pensó: «No funciona. Estoy a salvo. Todos moriremos, pero yo estoy a salvo».

Durante lo que parecieron minutos, la misma frase se repitió una y otra vez como una letanía, mientras el corazón de Finney proseguía con sus acelerados latidos y la piel permanecía dolorida bajo el tacto de lija del uniforme que la cubría.

Pero después, sin previo aviso, una ola de tristeza le invadió completamente, una tristeza tan intensa que por debajo de sus párpados cerrados comenzaron a manar lágrimas.

«¡No me pertenece! —gritó su mente—. ¡No me pertenece!»

Pero un instante más tarde supo que sí le pertenecía. En aquel momento le pertenecía, era algo con lo que él había vivido, algo que había controlado y contenido durante la mayor parte de su vida adulta, y ahora se preguntaba cómo había podido hacerlo sin que su mente se rompiera en mil pedazos de dolor. Pero su mente sí que se había hecho añicos cuando su hija...

¡No! Esa era otra mente, otra angustia, una que él no había podido controlar ni contener, aunque en aquel preciso momento advertía que en realidad era algo trivial, comparada con esa otra tristeza que acababa de salir de la nada para empaparle con su dolor, aunque ahora se transformaban en dos cosas indistinguibles, a medida que la traición de Kirk se convertía en amistad y lealtad de toda una vida y después, una

fracción de segundo más tarde, una nueva revelación del rostro del traidor/amigo —la imagen común en ambos dolores— comenzó a girar ante él y precipitó sus pensamientos en una mezcla caleidoscópica de odio y lealtad, y fue incapaz de concentrarse en nada más hasta que Kirk pareció estar físicamente ante él, a punto de traicionarle/ofrecerle su amistad una vez más.

Al echarse hacia atrás, sintió que los dedos de Spock le aferraban las sienes con más fuerza. Incapaz de zafarse, sólo pudo permanecer de pie y aguantar la experiencia, mientras se maravillaba ante la intensidad de aquellas sensaciones hasta que, finalmente...

Una voz.

Desde el interior del doble dolor le llegó una voz que hablaba lentamente, con precisión, y calmaba de alguna forma todo aquel dolor, que se elevaba por encima del mismo, mientras él se hundía más en sus profundidades. Con paciencia y estoicismo infinitos, comenzó a guiarle hacia atrás desde el momento presente, lo hizo retroceder hasta su repentino despertar, el choque de la lanzadera, la destrucción de la nave de vigilancia, la huida de la nave del comandante, el descubrimiento de...

«¡Ahí está!», dijo en silencio la voz que surgió del ondeante mar de dolor, la imagen de la pantalla de la computadora, tras sus párpados aún cerrados. «¡Ahí está lo que buscamos!»

Entrar en el camarote de Spock era como salir del transportador en un mundo alienígena. El brusco cambio de temperatura al calor desértico arrancó un involuntario grito ahogado de la garganta de Kirk, la sombría iluminación de tonalidad rojiza le hizo imaginarse momentáneamente que una película transparente de sangre le velaba la visión. Habitualmente, en atención a la comodidad de sus visitantes, Spock mantenía en sus dependencias unas condiciones más afines a las del planeta Tierra, pero durante los últimos días a bordo, mientras intentaba conseguir que germinaran unas semillas de una planta vulcaniana semejante a los cactus...

En aquellas condiciones de «normalidad vulcaniana», pensó Kirk mientras la puerta se cerraba a sus espaldas con un siseo, la habitación proporcionaba una visión de la auténtica naturaleza de Spock, más que cualquier cosa que él hubiese visto antes. Más que su lógica vulcaniana, más que su hábito de dormir con los ojos completamente abiertos, más que sus orejas puntiagudas y el color verde de su sangre, aquella habitación hacía que Kirk adquiriera consciencia de los orígenes no humanos de su primer oficial, de su verdadera condición de alienígena.

Pero también le recordaba su fortaleza y su dedicación, no sólo a Jim Kirk sino a la Flota Estelar y la Federación. Para Spock, el puente de mando, la totalidad de la *Enterprise* —excepto aquel refugio raras veces utilizado por él—, había sido un mundo alienígena, con luces duras y excesivamente brillantes, temperaturas gélidas, con habitantes ilógicos y frecuentemente salvajes.

Y sin embargo, con plena consciencia del entorno físico y psicológico que debería soportar, había escogido estar en él. Y había permanecido fiel, tanto a esa elección como a sí mismo, a pesar de las presiones externas e internas que le impulsaban a hacer lo contrario. La presión constante para que «fuera más humano», a la que el propio Kirk había contribuido con frecuencia. La presión, imposible de mitigar, aunque no expresada con palabras, para que siguiera el camino vulcaniano, un camino que Sarek había trazado para el único hijo que tenía con Amanda. Habría sido tremendamente más sencillo, muchísimo menos doloroso, tanto física como emocionalmente, haberse sometido a los deseos de Sarek.

Pero Spock no lo había hecho. Había elegido permanecer en la Flota Estelar y arriesgó su vida en innumerables ocasiones para servirla. Incluso había arriesgado su honor, algo que para él tenía más importancia que su propia vida, pero menos que la lealtad hacia quienes le eran leales. Cosas todas ellas que había demostrado más allá de cualquier duda en numerosas circunstancias, pero nunca con mayor claridad que en aquel viaje final a Talos IV con su amigo y mentor, Christopher Pike.

Con el rostro contorsionado por una mueca, Kirk se enjugó el sudor de la frente y los ojos. ¿Por qué demonios había acudido allí? En aquella habitación no había nada

que pudiera ayudarles en la apurada situación en que se hallaban. Fuera cual fuese el programa de diagnóstico con el que Spock hubiese experimentado en la terminal de su camarote, sería accesible desde el puente o desde cualquiera de los centenares de otras terminales que había por toda la nave.

Y los especiales conocimientos de Spock, la afinidad casi simbiótica que tenía con la computadora... eso ciertamente no estaría allí. Aquello había desaparecido con Spock. No era algo que uno pudiese esperar que fuera «absorbido» de su entorno anterior, por mucho que Kirk lo deseara posible. Se trataba de algo que Spock había desarrollado durante décadas de disciplina vulcaniana y negación del propio yo. No era algo que él pudiese dejarle como «herencia» a otra persona, ni siquiera algo que pudiese enseñarle, excepto en su forma más rudimentaria.

No, debía regresar al puente, cuya situación aparecía reflejada en las pantallas constantemente analizada en las incontables lecturas. No tenía absolutamente ninguna razón para estar allí, sudando su pesar... ¿su sensación de culpabilidad... por no haber investigado más a fondo antes de permitir que Spock y Bones descendieran a la superficie de Vancadia? Lo único que habría hecho falta, según comprendía ahora, eran unas pocas preguntas correctas. Puede que no hubiera conseguido enterarse de la existencia del escudo, pero al menos habría podido tener noticia de los otros inventos, e intuir la posible intervención de fuerzas ajenas a aquel planeta.

—¡Capitán! —Aquella sola palabra estalló a través del intercomunicador e hizo añicos los pensamientos de Kirk.

—Aquí Kirk —replicó rápidamente—. ¿Qué sucede?

—¡La nave rebelde acaba de desactivar el dispositivo de camuflaje, capitán —exclamó la voz de Sulu—, y se desplaza en una línea de intersección con el satélite! ¡Sólo quedan treinta minutos para que el satélite esté en el radio de alcance de los cañones de láser de la nave!

—Mantenga nuestros escudos a la máxima potencia, señor Sulu. Señor Pritchard, obtenga una segunda lectura de las armas mientras aún tenemos oportunidad de hacerlo. Compruebe si se ha producido algún cambio desde la última vez.

—Ya lo he hecho, señor —le respondió instantáneamente la voz del teniente Pritchard—. Las lecturas de las armas no se han modificado; aún no he recogido indicio alguno de formas de vida.

—Las formas de vida desaparecidas. Efectúe más sondeos, teniente, y no deje de hacer funcionar el programa de diagnóstico del señor Spock.

—Sí, señor.

—Capitán —intervino la voz de Uhura—, el primer ministro...

—Quiere volver a pedirme que destruya la nave en pedacitos —le contestó secamente Kirk—. Dígale que, a menos que disponga de alguna información nueva, hablaré con él cuando tenga tiempo para hacerlo.

Tras soltar el botón del intercomunicador a mitad del acuse de recibo de Uhura, el capitán de la *Enterprise* parpadeó cuando se abrieron las puertas del camarote y las luces del corredor, de un brillo excesivo tras los minutos pasados en la habitación de Spock, casi le cegaron. Mientras corría hacia el turboascensor, el escalofrío espiritual de momentos antes se hizo repentina e incómodamente real porque el aire del pasillo, veinte grados más frío, le evaporaba la humedad de la piel.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó Rohgan. El vancadiano se hallaba al lado, prácticamente encima mismo, de Spock y Finney, que se encontraban sentados en dos de los asientos de la cabina del piloto, uno frente al otro, silenciosos y aparentemente ajenos a lo que les rodeaba. Ya llevaban en ese estado casi una hora, mientras las manos del vulcaniano rodeaban la cabeza de Finney—. ¿Cuándo sabremos si eso dará resultado?

Aunque Rohgan intentaba ocultarla, en la voz del científico había una nota de ansiedad que a McCoy no le gustó. Si Rohgan perdía los estribos y se dejaba invadir por el pánico, arrastraría consigo a toda la tripulación de la lanzadera. Era lo último que necesitaban en aquel momento.

—Escuche, profesor —comenzó McCoy, que le tomó del brazo y le alejó de los dos hombres sentados—. Spock conseguirá obtener la información que necesitamos... hace falta tiempo para penetrar profundamente en la mente de un hombre, eso es todo. Lo principal que nosotros tenemos que hacer ahora —se llevó un dedo a los labios y simultáneamente bajó la voz— es asegurarnos de no romper la fusión mental que realizan.

«Por supuesto —pensó McCoy—, el volumen con que hablemos probablemente no afectará en lo más mínimo esa fusión mental, pero al menos ayudará a que Rohgan conserve la calma.»

Rohgan asintió con la cabeza.

—Lo comprendo, doctor McCoy. Pero es muy frustrante permanecer inactivo, impotente, sin poder hacer nada.

McCoy simpatizaba con los sentimientos del profesor. A lo largo de su carrera se había visto forzado a esperar mientras tenía lugar aquel mismo proceso... y, a decir verdad, en aquel instante esperaba que a Kirk se le ocurriera algo casi tanto como contaba con que Spock tuviese éxito. Nunca antes había sabido que el vulcaniano pudiera conseguir extraer una información tan específica mediante una fusión mental.

—¡En ese caso, no nos quedemos inactivos, impotentes, mientras se acerca nuestra muerte! —gritó de pronto una de las pasajeras, una mujer de estatura baja y expresión apasionada—. Intentemos hacernos nosotros mismos con el control de la nave, hagámosla virar...

—¿Con todas las trampas que probablemente nos han puesto los klingon? —la

interrumpió McCoy con una sacudida de la cabeza—. No lo conseguiríamos. Sólo moriríamos más rápido.

—¡Debe haber algo que podamos hacer! —exclamó otro pasajero con frustración.

—Ya han oído al doctor McCoy —intervino Rohgan—. Nuestra mejor posibilidad, nuestra única posibilidad, es aguardar a que el señor Spock consiga localizar la información que necesitamos.

—¡Yo digo que hemos de arriesgarnos y tratar de recuperar el control de la nave! —insistió la mujer—. De todas formas, ¿quién sabe si esta gente de la Federación es de fiar?

—¿Qué otra elección nos queda? —le preguntó el profesor mientras avanzaba hasta que las puntas de sus pies casi tocaron las de la pasajera rebelde—. ¡Escuchaos a vosotros mismos! ¿Habéis olvidado que somos científicos, que la razón misma de la existencia de esta nave es la de prevenir el tipo de riñas a las que estáis ahora entregados?

La mujer permaneció inmóvil durante un momento y miró con ferocidad, primero a Rohgan y luego a McCoy. Finalmente asintió con un movimiento de cabeza y se retiró a la zona de la tripulación, junto con el grupo que se había reunido detrás de ella.

McCoy le dirigió a Rohgan una mirada de gratitud.

—Gracias. Considero muy probable que me haya salvado la vida una vez más.

—A su disposición, doctor —replicó Rohgan mientras señalaba a Spock y Finney con un gesto de la cabeza. Cuando habló esta vez, no intentó disimular su preocupación—. Sólo espero que su amigo pueda devolverme el favor.

Durante lo que a Finney le parecieron horas, la imagen de la pantalla de la computadora onduló ante él, demasiado borrosa a causa del recién descubierto dolor como para que pudiese verla con claridad, pero fijada allí por aquella otra mente que, cuando intentaba examinarla, era de alguna manera la suya propia. Las líneas de códigos también danzaban y describían piruetas en la periferia de su cerebro: recuerdos de proyectos similares, el trabajo de toda una vida pasada...

Durante todo ese tiempo, la voz no dejaba de insistir, le instaba a ignorar la intensidad terrible de aquel dolor, a mirar más detenidamente la imagen que tenía ante sí, a recordar lo que había visto. Implacable, lógica, la voz insistía una y otra vez, sin detenerse nunca, sin hacer siquiera una pausa.

Hasta que...

Abruptamente, la imagen se aclaró. Una parte de su mente, de la mente de ellos, pudo, finalmente, enfocarla y le recordó que si él no se concentraba, si no extraía significado alguno de la rielante pantalla de símbolos, él, así como todos los que estaban a bordo de la nave junto con él, morirían.

Pero reparó en que aquella era una imagen de la pantalla en un momento cercano al final del análisis. Si la información necesaria para reconstruir el código de acceso alterado estaba en alguna parte del análisis, se encontraría al principio, no al final, y luego sintió que él mismo asentía ante aquel pensamiento.

La pantalla previa; era allí donde había descubierto finalmente la naturaleza de los cambios que Kelgar había introducido en el programa, y sintió que otra parte de sí mismo asentía nuevamente, como si leyera por encima de su hombro, no a través de sus propios ojos.

Lentamente, una imagen por vez, él/ellos retrocedieron, cada una de las imágenes era aparentemente más nítida que la anterior. Un fragmento aquí, una línea allá... Kelgar había escondido bien los cambios, había mantenido el código dentro de la máxima simplicidad posible para que una mirada casual no percibiera alteración ninguna. Finalmente, consiguieron toda la información necesaria.

Pero debía ser extraída, interpretada y reconstruida. Sería como rescatar un puñado de palabras de una hoja de papel escrito mediante un sistema de análisis en el cual las palabras eran uno de los cien elementos analizados: la forma en que las formas de las letras estaban complejamente entretajadas con el contenido químico de la tinta de cada letra, la forma en que esa tinta reaccionaba al contacto con el papel, el grosor y la textura de la superficie del papel, y otros incontables detalles.

Pero la información estaba allí, debía estar. Lenta y meticulosamente, él... ellos... comenzaron el proceso de extracción.

Una vez comprobado todo lo que podía comprobarse, Kirk le indicó a Uhura con un gesto que pasara a Kaulidren a la pantalla frontal del puente. —¡En el nombre de Dios, capitán! ¿Puede saberse a qué espera? —casi le gritó la imagen a Kirk en el preciso momento en que apareció ante él.

—Tenemos a su satélite en el interior de nuestros escudos deflectores, primer ministro. Resistirán indefinidamente los rayos láser de la nave que se aproxima.

—Pero, ¿qué sucederá si fallan? ¡Su llamado transportador ha fallado ya! ¡Su radio subespacial también ha fallado! ¡Y sabe Dios qué más ha fallado y usted no se ha molestado en comunicarme! Si quieren arriesgar sus propias vidas confiando en sus evidentemente poco fiables artilugios de la Federación, es asunto suyo, pero ahora arriesgan también nuestras vidas. Capitán, hay más de nueve mil hombres, mujeres y niños en ese satélite, y usted mismo ha dicho que en esa nave rebelde no había nada excepto armas... ¡armas que acabarán con todas esas vidas, a menos que usted detenga la nave, ahora!

—Lo tendremos presente, primer ministro.

—¡Haga algo más que tenerlo presente, capitán! ¡Haga algo al respecto! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

—Haré lo que pueda, primer ministro —le contestó Kirk mientras le indicaba silenciosamente a Uhura que cortara la conexión. Cuando el rostro del primer ministro desapareció de la pantalla, Kirk pulsó el botón de comunicación con ingeniería.

—Señor Scott, ¿ha conseguido algún progreso... en algo?

—Nada que pueda detectarse, capitán —le respondió la voz del comandante Scott, auténticamente furibunda—. ¡Hemos desmontado completamente otra docena de sensores, pero no hay en ninguno de ellos ni una sola condenada avería! Mis hombres han examinado el transportador de carga hasta donde es posible sin desmontarlo pieza por pieza, pero los resultados revelan que está en un estado tan perfecto como los sensores. ¡La única pequeña dificultad es que no sirve para transportar absolutamente nada!

Kirk guardó silencio durante un momento.

—No comience a desmontar el transportador, Scotty, al menos no de momento. Y no reemplace ningún otro sensor.

—Sí, capitán, pero qué...

—Es obvio que no llegaremos a ninguna parte con la comprobación de los sistemas después de su fallo, así que comencemos por comprobarlos antes que dejen de funcionar. Revise todo lo que pueda, tan minuciosamente como le sea posible... los escudos, los motores de impulso, los motores hiperespaciales, absolutamente

todo. Si falla alguna otra cosa, y si usted la observa en el momento en que falle, quizá pueda averiguar algo.

—Sí, capitán, tal vez tenga usted razón, pero yo no apostaría nada por ello.

«Todavía piensa que podría deberse a la influencia de los organianos», pensó Kirk, pero lo único que dijo fue:

—Si hay alguna cosa que pueda averiguarse, Scotty, usted es el único adecuado para averiguarla.

Al volverse hacia la pantalla frontal, Kirk advirtió que la nave que se aproximaba ya era visible en su centro.

—¿Algún indicio de por qué ha decidido desactivar el dispositivo de camuflaje ahora, señor Pritchard, en lugar de esperar hasta que tuviese al satélite en el radio de alcance de los cañones láser? ¿Sobrecarga energética? ¿Alguna clase de fallo?

—Nada, capitán. Pero las lecturas realizadas por los sensores en el momento de desactivarse el dispositivo de camuflaje eran idénticas a las anteriores... e idénticas a las de la nave romulana recogidas hace algunos años.

—¿Y el programa de diagnóstico del señor Spock? ¿Todavía informa de anomalías indefinidas e ilocalizables?

—Sí, señor. —Pritchard se inclinó hacia adelante para estudiar las lecturas que cambiaban constantemente—. No se detiene nunca. He realizado un par de modificaciones menores en el programa, pero...

Pritchard se tensó bruscamente.

—¡Capitán! ¡Una serie completamente nueva... están por todas partes!

—¿Se refiere a lecturas anómalas de los sensores?

—¡Sí, señor, docenas de ellas! Pero el programa continúa sin poder...

—¡Capitán! —interrumpió Sulu con una exclamación—. ¡Los escudos fallan!

Kirk se volvió rápidamente hacia la pantalla frontal. —¿Qué ha sucedido, señor Sulu? ¿Lo ha provocado algo que haya hecho esa nave?

—No hay ninguna relación obvia, señor. —Los dedos de Sulu pulsaron una serie de controles mientras sus ojos registraban los resultados—. ¡Sencillamente... fallan! ¡Por mucha energía que derivo hacia ellos, los escudos continúan decayendo!

—¡Scotty! Los escudos...

—Sí, capitán, ya lo sé. ¡La energía todavía entra en esos generadores, no puedo encontrar nada que funcione mal en ellos, pero los escudos decaen!

—¿Cuánto tiempo falta para que queden completamente desactivados?

—A este paso, no más de cinco minutos.

—Haga lo que pueda, señor Scott. Señor Pritchard, esas lecturas anómalas... han coincidido con el comienzo del fallo en los escudos, ¿no es así?

—Eso es lo que parece, capitán, pero ahora han descendido hasta... bueno, hasta un nivel en el que ya he comenzado a pensar como nivel de fondo «normal».

—¿Ha podido detectar alguna pauta? ¿Cualquier cosa?

—Sólo que se produjo una inundación de ellas, todas al mismo tiempo, señor; y cuando el programa dio marcha atrás para analizarlas... —Pritchard sacudió la cabeza con un gesto de frustración—. Lo mismo que hemos hablado antes, señor. La única pauta es que todo discurre como si la propia computadora le ocultase deliberadamente información al programa. Y en el caso presente... bueno, ya sé que quizá sea una analogía equívoca, pero casi podríamos decir que el programa captó esa nueva sarta de anomalías por el rabillo del ojo mientras tenía la atención centrada en otra cosa, y cuando se volvió para mirarlas directamente, las anomalías habían desaparecido. Todas las comprobaciones dieron resultados de perfecto funcionamiento.

—Pero los escudos se desactivan a nuestro alrededor.

—Correcto, señor, los escudos se desactivan.

—Eso no puede ser una coincidencia —exclamó Kirk—. Señor Scott, ¿vio usted algo desde su terminal de ingeniería, cualquier cosa, cuando comenzó esto?

—Ni una sola, capitán. Ninguno de los monitores parpadeó siquiera. Y todavía no lo han hecho. Según todo lo que puedo ver desde aquí abajo, los generadores producen la misma energía que antes. Incluso más, ahora que el señor Sulu intenta compensar los escudos.

Kirk sacudió la cabeza con frustración.

—Lo que me dice usted, señor Scott, es lo mismo que me asegura el señor Pritchard... se trata de un imposible, pero que de todas formas ocurre.

—Sí, capitán, yo mismo no podría haberlo expresado mejor.

«Imposible —volvió a resonar el pensamiento en la cabeza de Kirk—, pero de todas formas está sucediendo.»

Y entonces, al parecer procedente de la nada, le llegó un segundo pensamiento: «Tan imposible como lo sucedido aquella otra vez, en que el registro de la computadora demostraba que yo había lanzado el compartimento de Finney mientras estábamos en alerta amarilla, si bien yo sabía perfectamente que lo había hecho cuando entramos en estado de alerta roja».

Repentinamente, todo encajó en su sitio.

—¿Capitán?

—Ante el timón, Sulu volvió la cabeza y miró fijamente a Kirk con expresión intrigada—. ¿Ha dicho algo?

Kirk contempló la pantalla frontal, las incontables pantallas controladas por la computadora que había por todo el puente y que destellaban y cambiaban rápidamente sus mensajes sobre el estado de todos los sistemas de la *Enterprise*.

Mensajes en los que ya no podía confiar, advirtió de pronto.

—Está usted completamente en lo cierto, lo he hecho, señor Sulu —replicó el

capitán mientras se levantaba del asiento de mando.

Aquella era la única explicación —aparte de los organianos de Scotty— que tenía sentido. El escudo planetario, los repetidos fallos de los sistemas, las lecturas «anómalas» de los sensores detectados por el programa de diagnóstico de Spock, pero que no podía localizar con precisión... todo eso eran «alucinaciones» provocadas por algo que le habían hecho a la computadora. Algo que todavía le hacían a la computadora.

Las lecturas de los sensores recogidas en el momento en que la nave se había «camuflado»... eran idénticas a las tomadas durante el incidente romulano porque con casi total seguridad eran las mismas lecturas, extraídas de la propia memoria de la computadora y entradas nuevamente a través de los circuitos de los sensores.

Las lecturas de los sensores habían dicho en un principio que sí había formas de vida a bordo de la nave, y luego dijeron que no las había; primero que no llevaba armas, y luego que sí las llevaba... esas cosas no habían sido más que «deslices» que habían llegado a su conocimiento porque Pritchard estaba suficientemente alerta para captarlos antes de ser corregidos.

Incluso aquella última y peculiar comunicación del almirante Brady, plagada de interferencias, podría haber sido fabricada por la computadora.

Y la imposibilidad de abrir las compuertas del hangar de las lanzaderas, eso era lo que más sentido le daba a todo el asunto. Los sensores de una lanzadera, a los que no afectaba la computadora principal, verían las cosas con su verdadero aspecto, sin alteraciones, algo que no podía permitir quien estuviera detrás de todo aquello. Pero, ¿quién...?

Todo el proceso había comenzado con la supuestamente falsa alarma en la sala de la computadora principal, sólo minutos después de que Kaulidren y su séquito llegaran a bordo de la *Enterprise* en su propia lanzadera. Sin embargo, ahora comprendía que no había sido una falsa alarma. Hubo un intruso en aquella sala, llevado a bordo por el mismísimo Kaulidren, con casi total seguridad, y con casi total seguridad aquel intruso había saboteado la computadora.

Lo que significaba que también Kaulidren y los chyrellkanos estaban implicados en el complot, no sólo los vancadianos. Por otra parte, era posible, después de todo, que los vancadianos no estuviesen involucrados. Aquellos mensajes de Delkondros, las incendiarias pruebas de Kaulidren, ya no podía confiarse en la validez de nada de eso.

—Teniente Uhura —declaró Kirk mientras se encaminaba hacia el turboascensor —, queda usted al mando. Señor Sulu, venga conmigo.

Finalmente, el último fragmento del código emergió de la rielante masa de símbolos extraída de la memoria de Finney, y Spock lo agregó a los demás. El

vulcaniano estaba impresionado por la sofisticación de los cambios realizados por el programador klingon; en circunstancias diferentes, le habría resultado placentero hablar con Kelgar sobre esos cambios. En aquel momento, no obstante, tenía unas preocupaciones mucho más urgentes. A lo largo de toda la fusión mental, había tenido que proteger a Finney y evitar que la mente de él/ellos fuese consumida no sólo por las propias emociones destrozadas de Finney, sino también por aquellas que el propio Spock había controlado y reprimido durante décadas. De éstas, las que inevitablemente habían sido puestas en libertad en la invasión de Finney, experimentadas por la mente temporalmente compuesta por ambos, habían tenido sobre la porción de aquella mente que pertenecía a Finney unos efectos aún peores que las emociones propias del terrícola.

Spock comenzó a retirarse cautelosamente, pero mientras lo hacía sintió que unos estremecimientos nuevos recorrían la otra mente. Cuando el apoyo del vulcaniano hubiese desaparecido, las defensas normales de Finney, apenas adecuadas para enfrentarse con su propia carga sin el auxilio del autoengaño, podrían hacerse trizas como una cáscara de huevo bajo el peso de lo que había absorbido, no sólo los recuerdos de Spock, sino también el punto de vista objetivo que se había visto obligado adoptar frente a su propia historia, la historia de un comportamiento dañino e irracional.

Debería retirarse lentamente, muy lentamente, debería procurar llevarse consigo todo lo que pudiera de aquellos recuerdos y darle a Finney una parte del tiempo mental para...

Pero no tenía tiempo. Desgraciadamente para Finney, no tenía tiempo.

Tras prepararse para lo peor, mientras intentaba apuntalar lo mejor posible las defensas mentales de Finney, se dispuso a retirarse de la fusión mental.

Bajo la cubierta del hangar, en medio de la maquinaria que controlaba las compuertas, una docena de hombres se esforzaban con las palancas improvisadas que les había proporcionado Scott. Cortadas todas las conexiones con la computadora, la fuerza muscular y las palancas eran lo único con lo que podían contar.

Desde la galería de observación del fondo, inmediatamente delante de una puerta de salida que se mantenía abierta mediante una cuña, Kirk y el comandante Scott observaban en silencio cómo las compuertas del hangar se abrían lentamente, a razón de un centímetro por vez. Sulu estaba sentado ante los controles de una lanzadera, preparado para salir en cuanto las compuertas se hubiesen abierto bastante para permitirle el paso. La teniente Shanti se encontraba en una segunda lanzadera que estaba inmediatamente detrás de la primera. Una vez que Sulu hubiese salido, la teniente haría avanzar su propia lanzadera, la anclaría en el límite interior del campo de contención atmosférica y aguardaría con la radio sintonizada en la misma frecuencia, raramente utilizada, que tenía programada Sulu. Quienquiera que controlase la computadora, podría presumiblemente oír cualquier transmisión normal entre la lanzadera que estaba fuera y la *Enterprise*, pero no podría, o al menos así lo esperaban, escuchar las comunicaciones establecidas entre las dos lanzaderas. Aún así, a Sulu le habían ordenado que sólo utilizase la conexión para transmitir mensajes de rutina. Habían acordado una serie de señales para indicar descubrimientos de tipo específico: si los escudos estaban todavía realmente activados y se mantenían constantes, si había o no armas o formas de vida a bordo de la nave que se aproximaba, si detectaba la presencia de alguna nave que no fuese captada por los sensores de la *Enterprise*. Fuera de esos datos, si descubría cualquier cosa que pudiese estar directamente relacionada con el estado de la computadora, debería regresar e informar personalmente del hallazgo.

—No sabemos ni con qué ni con quien nos enfrentamos en este momento —había dicho Kirk mientras les daba las órdenes pertinentes a Sulu, Shanti y algunos otros en una sección aislada de la sala de ingeniería, que Scotty consideraba libre de cualquier cosa que pudiese servir de puesto de escucha a quienquiera que controlase la computadora—, así que correremos sólo los riesgos absolutamente necesarios. Si descubre ahí fuera cualquier cosa que pueda darnos alguna ventaja, no se arriesgue a transmitirla por radio. Si descubrieran que estamos sobre su pista, si supieran cuál es nuestro próximo movimiento, probablemente conseguirían contrarrestarlo.

—Otros diez centímetros, teniente —le informó Scott a Sulu a través del comunicador que tenía en la mano, sintonizado en otra frecuencia que suponía segura.

El único acuse de recibo fue que la lanzadera se elevó de la cubierta y se centró

con más precisión todavía que antes ante la abertura de las compuertas.

De pronto, el aire de la abertura rieló.

—¡Se abre, señor Sulu! —exclamó Kirk, aunque que sabía que Sulu acababa de ver rielar el aire con sus propios ojos—. Buena suerte.

Los ojos de Scott se agrandaron ligeramente. Miró a Kirk, pero no dijo una sola palabra. Hasta entonces, no había aceptado plenamente que las anomalías de funcionamiento eran provocadas por alguien, pero el fallo del campo de contención atmosférica en aquel preciso momento, aparentemente un esfuerzo de último momento destinado a impedir que la lanzadera saliese al espacio, no podía deberse a una coincidencia. Ambos hombres dieron un paso atrás en dirección a la puerta que tenían a sus espaldas. El estremecimiento del aire aumentó y adquirió un momentáneo brillo irisado, como el aceite en la superficie del agua.

Luego, desapareció abruptamente. En aquel mismo instante, el aire comenzó a salir precipitadamente de la cubierta del hangar, tiró de la lanzadera y amenazó con desplazarla hacia un lado y encajarla brutalmente en la abertura aún demasiado pequeña.

Desde todas partes de la cubierta del hangar les llegó el sonido de las salidas que se cerraban y sellaban, respuesta automática al fallo del campo de contención atmosférica. Kirk y Scott dieron media vuelta y, directamente encarados con el aire que se precipitaba al exterior, entraron trabajosamente por la puerta que tenían inmediatamente detrás, la única que aún no se había cerrado. Cuando atravesaron la entrada, Kirk quitó de una patada la cuña que la mantenía abierta mientras Scott pulsaba un control y la cerraba manualmente, al tiempo que se aseguraba que Sulu y Shanti pudieran abrirla desde la cubierta del hangar si resultara necesario. En todas las demás puertas, una docena de sus hombres hacían lo mismo.

—Lo ha conseguido, señor —informó la voz de Shanti, con su ligero acento, a través del comunicador—. Ha rascado un poco la pintura, pero lo ha conseguido.

—Gracias, teniente —le contestó Kirk mientras él y Scott se encaminaban hacia el turboascensor.

—Capitán Kirk —dijo la voz de Uhura a través del intercomunicador—, el primer ministro Kaulidren quiere hablar con usted.

Kirk y Scott intercambiaron miradas.

—¡Qué agradable sorpresa! —murmuró el capitán—. Dígame que voy camino del puente, teniente —replicó en voz alta.

Cuando Scott salió del turboascensor en el nivel de ingeniería, Kirk se limitó a asentir con la cabeza y a pronunciar sin voz las siguientes palabras:

—A la espera, Scotty.

En el puente, el rostro de Kaulidren ocupaba toda la pantalla. Estaba más furioso si cabe, y Uhura pareció aliviada al poder devolverle el mando a Kirk y regresar a su

terminal de comunicaciones.

—¿Dónde ha estado, capitán? —comenzó Kaulidren en cuando Kirk entró en el campo visual de la pantalla—. ¡Esa nave terrorista tendrá a nuestro satélite dentro del radio de alcance de sus armas en pocos minutos!

—No hay por qué preocuparse, primer ministro Kaulidren —le respondió Kirk con tono seco—. Nuestros escudos mantendrán a salvo al satélite.

El rostro de Kaulidren quedó momentáneamente congelado.

—¿Todavía funcionan, entonces? —Por supuesto.

El primer ministro guardó silencio durante varios segundos; su furia no parecía disminuir.

—En ese caso —dijo finalmente—, ¿debo entender que se niega usted a disparar contra la nave terrorista que se aproxima a nuestro planeta?

—Hasta que hayamos aclarado... ciertas discrepancias, así es, primer ministro.

—¿Discrepancias? ¿Y qué se supone que significa eso, capitán? ¿O es la terminología empleada por la Flota Estelar para referirse a las anomalías de funcionamiento?

—En este caso, podría ser así —declaró Kirk con una nota de reticencia en su voz—. De todas formas, no hay ninguna razón para que usted se preocupe mientras...

—¿Qué discrepancias, capitán? ¿Qué anomalías de funcionamiento? ¡Exijo que las ponga en mi conocimiento! ¡Esto no es ningún juego! ¡Ahora mismo hay nueve mil vidas en peligro! Dígame, ¿qué me oculta?

Kirk miró a Pritchard; el teniente, junto con Uhura, Sulu, Chekov y una docena de personas, había asistido a una u otra de las apresuradas sesiones informativas celebradas por Kirk y Scott.

—¿Hay algo nuevo acerca de esas lecturas anómalas, teniente?

—Nada, señor.

—¿Y todavía está seguro de lo que vio usted inicialmente?

—Seguro, señor.

Kirk se volvió hacia la imagen de Kaulidren.

—Tenemos razones para creer, primer ministro —comenzó a decir lentamente, con un tono más reticente aún en su voz—, que podría haber varios pasajeros en la nave que se aproxima.

—¡Usted dijo que sus sensores le habían informado que no estaba tripulada! ¿O es precisamente ese el problema de funcionamiento que podría sufrir su nave?

—Lo único que sé, primer ministro, es que las lecturas iniciales de los sensores indicaban que sí había formas de vida a bordo, varias docenas de ellas. Las lecturas subsiguientes indicaron que no había ninguna, pero...

—¡Capitán! ¡Hay millares de formas de vida en ese satélite que la nave está a punto de destruir! ¡Incluso aunque efectivamente haya algunas personas en esa nave,

son sin duda unos terroristas! ¡Incluso podrían ser esos klingon suyos que se ocultan tras alguna clase de escudo desconocido para usted! ¡Ya ha visto lo que les han hecho a las naves de vigilancia... todas fueron completamente destruidas! ¡Y los miembros de su propia tripulación... capitán, esa gente ha matado a dos miembros de su propia tripulación!

—Comprendo perfectamente todo eso, primer ministro, pero hasta que hayamos podido aclarar todas estas discrepancias...

—¡Usted se limitará sencillamente a dejar que maten a mi gente! ¿Es eso lo que me dice, Kirk?

—Por supuesto que no. Vamos a mantener al satélite a salvo dentro de nuestros escudos todo el tiempo que tardemos en hacer las comprobaciones.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Afirma usted, Kirk —dijo finalmente Kaulidren—, que los escudos funcionan perfectamente bien? ¿En este preciso instante?

—Eso ya se lo he dicho, primer ministro —replicó Kirk con aspereza.

Otro silencio. Luego, de manera repentina, el furioso entrecejo fruncido de Kaulidren desapareció. El primer ministro se echó a reír.

—Así pues, Kirk —declaró—, sabe usted más de lo que reconoce ante mí.

—¿Cómo dice usted, primer ministro?

—Dejémonos de juegos, Kirk.

—Es usted quien acaba de decir, y con bastante vehemencia, según recuerdo, que esto no era un juego, que las vidas de nueve mil personas de su planeta estaban en peligro.

—Muy cierto. Permítame que se lo diga de otra manera. —Los ojos de Kaulidren quedaron reducidos a dos líneas a causa de la sonrisa paternalista que apareció en su rostro—. Sus escudos no funcionan, capitán Kirk. Ya hace bastante rato que no funcionan. Usted lo sabe. También lo sé yo. Pero voy a decirle algo que usted no sabe: esos escudos no comenzarán a funcionar de repente, por muchas cosas que hagan su jefe de ingenieros y sus torpes subordinados.

Kirk frunció teatralmente el ceño.

—¿De qué demonios habla usted, primer ministro? ¿Y dónde ha obtenido ese supuesto conocimiento sobre los escudos de la *Enterprise*?

—Por favor, Kirk, no se haga el idiota. Los dos sabemos que no va bien con su personalidad. No sé cuánto ha conseguido adivinar, pero sé que es mucho más de lo que quiere hacerme creer. Aunque no lo bastante para salvarse a usted mismo y a su tripulación.

—¿Salvarnos? ¿De qué?

—De caer en desgracia, por mencionar una de las cosas; y de la muerte, por supuesto.

—¿Nos amenaza usted, primer ministro? Creo que no hace falta recordarle que está tratando con una nave estelar de la Federación.

—Sé perfectamente con qué... y con quién... trato, Kirk. Usted, por su parte... pero, mire, para que estemos en un plano de igualdad, por decirlo de manera convencional, permítame que me presente: Carmody, comandante Jason Carmody, antiguamente de la Flota Estelar y actualmente al servicio de una organización más afín con mi manera de pensar. «Esos klingon suyos», para ser más preciso.

«¡Carmody!»

Sin saber cómo, Kirk consiguió no reaccionar externamente ante aquel nombre. Hasta el momento había dado por supuesto que el primer ministro no era más que un chyrellkano ingenuo que trabajaba con los klingon, pero, al descubrir repentinamente que en lugar de eso era un oficial renegado de la Flota Estelar, la mente de Kirk se puso a funcionar a toda velocidad. Que los klingon hubieran descubierto por sí solos la forma de sabotear la computadora de la *Enterprise* no había sido algo fácil de creer. Pero que Carmody lo hubiera averiguado...

Pero, por encima de todo, el propósito de aquella mascarada increíblemente elaborada comenzaba a adquirir de pronto, una especie de significado perverso. Carmody, con la ayuda de los klingon, llevaba a cabo su venganza sobre la Federación por el arresto al que le habían reducido sus propios tripulantes, por el consejo de guerra que se había preparado para juzgarle. Se vengaba por el sistema de intentar que un capitán de nave estelar violase la Primera Directriz, exactamente igual que lo había hecho Carmody, sólo que a una escala más gigantesca.

Con la esperanza de que su rostro no hubiera denunciado los pensamientos que pasaban aceleradamente por su cerebro, Kirk abrió los ojos con perplejidad.

—¿No es usted chyrellkano?

—Todavía se hace el idiota, Kirk. Estoy decepcionado. Su primer oficial, el señor Spock, me advirtió que no debía subestimarle, pero estos estúpidos fingimientos suyos lo hacen cada vez más difícil.

Esta vez, Kirk no se molestó en ocultar la genuina reacción que se apoderó de él.

—¿Spock? ¿Cuándo ha visto usted a Spock?

—No le he visto, solamente he hablado con él. —Carmody hizo una pausa deliberada—. Un poco después que él y el doctor McCoy subieran a bordo de la nave que yo le he incitado a derribar... la nave que sin remedio derribará usted dentro de pocos minutos.

Kirk se tragó la mezcla de emociones que repentinamente comenzó a agitarse en su interior y frunció el entrecejo.

—¡Ahora sé que está usted loco, Kaulidren, o comoquiera que se llame en realidad! El comandante Spock y el teniente comandante McCoy resultaron los dos muertos...

—Ese era nuestro plan —le interrumpió Carmody—, pero demostraron ser superiores a las capacidades de sus supuestos ejecutores. Por supuesto, no permitiré que conserven la vida durante mucho tiempo, pero, si debo decirle la verdad, casi me alegra que hayan conseguido escapar, particularmente dado que acabaron donde lo han hecho... con un poco de ayuda por mi parte. Le aseguro que me place mucho saber que será usted... o al menos su *Enterprise*... la que de hecho perpetrará el asesinato.

«¡Spock y McCoy estaban vivos!» Kirk apenas pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios... pero debía hacerlo, al menos de momento, con el fin de tener una oportunidad para salvarlos. Profirió un resoplido despectivo.

—Permítame aclarar, esto, primer ministro. ¿Cree usted que, después de todo lo que acaba de admitir, podrá convencerme para que dispare contra esa nave?

—Por supuesto que no, Kirk, y usted lo sabe. De verdad, su estupidez intencionada comienza a resultarme tediosa.

«No más a usted que a mí —pensó Kirk—, pero hasta que le haya concedido a Sulu el tiempo suficiente y haya averiguado todo lo posible sobre usted...»

—En ese caso, instrúyame, primer ministro —le pidió Kirk con el mismo tono despectivo y escéptico—. Usted piensa obligarme a matar a mis mejores amigos, le aseguro que me gustaría mucho saber cómo va a conseguirlo.

Carmody sonrió con falsa expresión de lástima.

—Así que ese es su juego, ¿verdad? Usted piensa que, si yo le cuento mis planes, podrá sacarse un as de la manga y conseguirá detenerme. Muy bien, se lo contaré, aunque creo que usted ya lo ha adivinado. Lo haré igual que he desactivado sus escudos, igual que evité que transportara a todos los tripulantes del satélite. Para expresarlo de la manera más sencilla y fácil de comprender, capitán Kirk, yo controlo su computadora y por tanto tengo el control de su nave, y no hay absolutamente nada que usted pueda hacer para impedirlo.

—¡No apueste nada por eso! ¡Señor Scott! ¡Ciérrelo!

—Sí, capitán —replicó instantáneamente la voz de Scotty, y en aquel preciso instante todas las pantallas, todas las lecturas del puente, se apagaron.

Y volvieron a encenderse.

La risa de Carmody llenó el aire del puente.

Tras la accidentada salida de la lanzadera, el teniente Sulu comprobó rápida y eficientemente todos los sistemas de la navecilla mientras sondeaba al mismo tiempo la vecindad inmediata de la *Enterprise*.

Los escudos estaban efectivamente desactivados, según demostraban los escáners. Y allí...

En la sombra del gigantesco satélite fábrica de Chyrellka, que empequeñecía por comparación a la *Enterprise*, flotaba un objeto más pequeño que una lanzadera de un

solo tripulante, unido a la *Enterprise* mediante un fino rayo tractor. ¿Sería eso lo que dominaba a la computadora?

¡Sí! Incluso con los escáners de la lanzadera, Sulu podía detectar la constante corriente de datos que fluía en ambas direcciones entre el objeto y la *Enterprise*. Por un momento pensó en arremeter contra el objeto, aunque el impacto dañara también a la lanzadera. El dispositivo de campo de emergencia con efecto traje espacial le mantendría con vida hasta que la *Enterprise*, con la computadora otra vez en funcionamiento normal, pudiera llevarle al interior. Y, aunque eso no fuera posible, una sola vida era un precio bajo a cambio de...

Pero de pronto advirtió que había algo más. Una segunda corriente de datos que fluía entre aquel objeto y alguna otra cosa, algo que se hallaba fuera del radio de alcance de los escáners de la lanzadera. Aquel objeto diminuto era, evidentemente, una estación repetidora. Posiblemente se trataba de una conexión vital, pero era igualmente posible que fuese una mera comodidad. Aun cuando consiguiera destruirla por completo, quienquiera que estuviese en el otro extremo de aquel flujo de datos se enteraría de lo sucedido. En ese caso, según todas las probabilidades, se limitaría a aproximarse más y hacerse cargo directamente de la situación, supliendo de esa forma la carencia de la estación repetidora. Y Sulu no le serviría para nada a la *Enterprise* en el interior de una lanzadera inutilizada.

No. Como último recurso siempre podría intentar el choque con el objeto, pero, por el momento, era más importante recoger información. La nave que Kaulidren quería que destruyeran estaba todavía a más de veinte minutos de distancia, y averiguar la verdadera naturaleza de la misma era una de sus principales prioridades. Kirk ya sabía que los escudos estaban desactivados, puesto que la ausencia de una señal específica enviada a la teniente Shanti le habría informado de ello.

Primero, un sondeo de la nave que se aproximaba y luego, según lo que descubriera, o bien regresaría a la *Enterprise* con la información o saldría en persecución de aquel flujo de datos para ver lo que podía averiguar.

Tras orientar la lanzadera, Sulu le aplicó máximo impulso.

—¿Tiene algún otro as oculto en la manga, capitán? —le preguntó Carmody a Kirk, con una arrogante te sonrisa fija en los labios.

—¡Le aseguro que si es así —le espetó Kirk— usted será el primero en saberlo!

—De eso no me cabe la menor duda pero, dadas las circunstancias, ¿no hay nada más que quiera saber? Hace tan sólo un momento estaba usted lleno de preguntas. No me diga que su curiosidad ha quedado satisfecha tan fácilmente.

—Se nota que le encanta refocilarse, así que hágalo mientras tiene la oportunidad. Carmody se encogió de hombros.

—A decir verdad, sí que me encanta, pero, si se hallara usted en mi lugar, ¿no le sucedería lo mismo, de ofrecérsele una oportunidad tan perfecta como esta? Lo único que lamento, ahora que he llegado a conocerle tan bien en estas últimas horas, es que va a disponer usted de muy poco tiempo para apreciar la situación global. Sin embargo, el resto de la Flota Estelar tendrá más tiempo para hacerlo, eso puedo asegurárselo; tal vez tendrán hasta dos años. Según mi estimación, eso es lo que hará falta para infectar todas las computadoras de la Flota Estelar. Durante todo ese tiempo usted será recordado como el capitán que mancilló la Federación al violar la Primera Directriz de una forma aún más terrible que yo. Habrá usted disparado contra una nave desarmada y llena de emisarios de paz, y, lo peor de todo, la habrá destruido.

—¿Planea usted tomar represalias contra la totalidad de la Flota Estelar? —le interrumpió Kirk—. ¡No creo que pueda usted suponer que ese «virus» suyo podrá pasar inadvertido, y por tanto no ser eliminado, durante todo ese tiempo dentro de tantas naves!

—Por supuesto que sí, capitán. Estoy seguro de ello. Esta no ha sido más que una operación de prueba y, a pesar de algunos problemas menores, los cuales, por supuesto, serán corregidos, ha constituido un éxito absoluto. En el futuro, ni siquiera un programa como el creado por su señor Spock notará que hay algo fuera de lo normal. Y una vez que todo esté en su lugar... —Carmody hizo una pausa mientras su sonrisa se hacía aún más ancha—. Como dice un viejo refrán muy extendido por toda la Tierra, capitán, será como pescar peces en un barril.

—Si cree usted que va a conseguir salirse con la suya en todo esto...

—Sé que voy a conseguirlo, capitán. Y usted lo sabrá dentro de aproximadamente tres minutos, cuando sus cañones fásicos comiencen a disparar. Ahora, espero que me disculpará; hay otras cosas que requieren mi atención.

La imagen de Carmody desapareció abruptamente para ser reemplazada por la de la nave que se aproximaba, con los cañones de los rayos láser claramente visibles en la proa.

Pero un instante después habían desaparecido los cañones y la proa aparecía lisa y

sin aberturas. Un instante más, y la nave se presentó bajo una forma completamente distinta a la que había tenido hasta aquel momento, con un tamaño que era la cuarta parte del anterior. Si bien Kirk había esperado algo así, no dejó de resultarle inquietante. Se tensó, a la espera del siguiente indicio. No se atrevía a precipitarse, no se atrevía a jugar con excesiva premura la única carta que le quedaba.

—¡Capitán! —gritó el alférez Sparer, que substituía a Sulu en el timón—. ¡Todas las baterías fásicas se orientan hacia la nave que se aproxima! ¡Nada de lo que yo hago causa efecto alguno!

—Muy bien, pues —dijo mientras una sonrisa comenzaba a formarse en sus labios—. ¡Ahora, señor Scott!

No obtuvo respuesta ninguna, pero, un instante más tarde, cuando actuaron Scotty y una docena de sus hombres apostados en puntos clave de toda la *Enterprise*, las pantallas y luces indicadoras del puente se apagaron.

Y esta vez no volvieron a encenderse.

Spock se tambaleó momentáneamente al completar la retirada mental y apartó sus manos de la frente de Finney. El terrícola profirió un grito ahogado y habría caído de no haberle sujetado McCoy por los hombros.

—La información, Spock... ¿la ha conseguido? —preguntó McCoy sin apartar los ojos de Finney.

—Creo que sí, doctor. —Se sacó rápidamente el comunicador del cinturón y lo abrió mientras observaba a McCoy, que depositaba a Finney suavemente sobre el suelo—. Afortunadamente el código nuevo no parece estar unido a ninguna voz específica.

Luego, poco a poco, extrajo los números de su propia memoria y los pronunció en voz alta a través del comunicador, mientras McCoy y los demás le observaban y esperaban tensos. En la pantalla que se encontraba por encima del asiento del piloto, el punto que se veía en el centro se había definido finalmente como un cilindro diminuto, una visión de juguete del satélite de Chyrellka. Otro punto cercano a la misma todavía era simplemente eso... un punto, no identificable como una nave, aunque todos daban por supuesto que se trataba de la *Enterprise*.

Finalmente, tras pronunciar más de dos docenas de números, Spock guardó silencio.

Durante al menos medio minuto reinó un silencio absoluto, excepto por la respiración de los cincuenta pasajeros y los crujidos y gemidos de la nave que continuaba sometida a las insólitas tensiones de los motores de impulso recientemente instalados en ella.

—¿Hay algo que funcione mal, Spock? —preguntó finalmente McCoy al vulcaniano.

—La computadora de la *Enterprise* no responde.

—¡Hasta ahí puedo conjeturar yo solo, Spock! ¿Tiene alguna idea de por qué no responde? ¿Es posible que haya equivocado uno de los números? ¿Que lo haya dicho en la secuencia incorrecta? ¿Estamos fuera del radio de alcance del comunicador?

Spock permaneció en silencio un instante más, mientras observaba las imágenes que se ampliaban gradualmente en la pantalla de la cabina del piloto.

—Es posible que estemos fuera del radio de alcance. Repetiré la secuencia.

Y así lo hizo, y no una vez sino media docena de veces mientras las imágenes continuaban aumentando de tamaño, aunque no tan rápidamente como antes. Era obvio que la nave en la que viajaban aminoraba la velocidad para encontrarse con el satélite.

A aquellas alturas McCoy había conseguido reanimar a Finney y, si bien no había podido devolverle a la normalidad, sí le había proporcionado un mediano estado de consciencia.

—¿Tiene usted alguna idea? —le preguntó McCoy con expresión ceñuda mientras el ex oficial de la Flota Estelar se ponía de pie con poca estabilidad.

Finney sacudió la cabeza, no a modo de respuesta negativa sino más bien para aclarársela.

—¿Respecto a qué? ¿Qué ha sucedido?

—Ese nuevo código que Spock ha extraído de su mente —le contestó McCoy— no funciona.

Finney pareció quedarse en blanco durante un momento, como si a las palabras les costara ese tiempo atravesar las barreras que su mente atribulada había levantado. Luego hizo una mueca.

—A eso tenía miedo yo —replicó.

—¿A qué? —inquirió McCoy con irritación—. Vamos, Finney, si sabía usted que ese código no servía...

—Yo no sabía nada de nada —le contestó él con tono defensivo—. Simplemente pienso que si Kelgar supo... o sospechó siquiera, que yo había sobrevivido a la explosión de la nave de vigilancia, es posible que haya vuelto a cambiarlo. O si alguno de ustedes —prosiguió con una voz que de pronto había adquirido un tono acusador—, le dijo al comandante algo que le hizo suponer mi presencia aquí...

—¡Nosotros no hemos hecho tal cosa! —le espetó McCoy.

—El intento de buscar culpables no sirve para nada, doctor. Por el momento, sugiero que uno de nosotros transmita incesantemente ese código por si hay alguna otra explicación para la falta de éxito hasta el momento.

McCoy volvió su rostro ceñudo hacia Spock.

—Quizá debería usted volver ahí dentro y comprobarlo por segunda vez. ¿No es posible que su imperfecta mitad humana haya pasado algo por alto?

—Absolutamente todo es posible, doctor. No obstante...

—¿Qué es eso?

El hombre fornido que había ayudado a McCoy a intimidar a Finney para que permitiese la fusión mental señalaba hacia la pantalla de la cabina del piloto.

McCoy se volvió velozmente hacia ella y su expresión ceñuda se transformó en una ancha sonrisa cuando sus ojos enfocaron la imagen.

—¡Una lanzadera! —exclamó con regocijo, y le lanzó una desdeñosa mirada a Finney mientras abría su propio comunicador—. ¡lanzadera, aquí el doctor McCoy! ¿Qué demonios sucede? ¿Puede hacer llegar usted un mensaje a la *Enterprise*?

Se produjo un largo silencio mientras la lanzadera aminoraba hasta detenerse en mitad de la pantalla, bloqueando enteramente la imagen del lejano satélite.

—¡lanzadera! —repitió McCoy—. ¡Conteste, demonios! Se volvió bruscamente para encararse con Finney. —No hace falta ese código para contactar con una lanzadera, ¿no es cierto?

Finney negó con la cabeza.

—No. Sólo está afectada la computadora de la *Enterprise*. Las lanzaderas están...

—¿Doctor McCoy? —les llegó la sorprendida voz de Sulu a través del comunicador—. ¿Es realmente usted?

—¡Por supuesto que soy yo! ¿Sulu, es usted?

—Sí, doctor, pero... ¿está Spock con usted?

—¡Sí, teniente! Oiga, Sulu, puede usted enviar un mensaje...

—Si es realmente el doctor McCoy, ¿cómo se llama su hija? —le preguntó Sulu.

—Demonios, Sulu, no pierda el tiempo...

—Por varias razones, doctor, debo verificar su identidad. Por favor, dígame el nombre de su hija.

—¡Joanna! ¿Y ahora, qué...?

—Pero esa información podría haber sido extraída de la computadora de la *Enterprise* —comentó Sulu, como si acabara de caer en ello—. Lo siento, necesito alguna otra cosa... doctor McCoy, la vez en que usted, Scotty y yo arrastramos al señor Spock a aquellas boleras antiguas en la Base Estelar Dos... ¿recuerda de qué le acusó usted?

—¿Cómo demonios quiere que me acuerde de eso? ¡Es algo que sucedió hace muchos años, y yo le he acusado absolutamente de todo lo que puede acusarse a alguien!

—Si eso facilita las cosas, señor Sulu —le respondió Spock a través de su propio comunicador—, ese incidente tuvo lugar en la Base Estelar Uno, no en la Dos, y el doctor McCoy me acusó de haber derribado sólo siete de los diez bolos de forma deliberada con la primera bola, para que la segunda fuese un reto aún mayor. Por alguna razón que no acabo de comprender, aquella acusación le pareció de lo más

divertida a usted. Y ahora, si ya está satisfecho respecto a nuestras identidades, tenemos un mensaje urgente que debe ser comunicado a la computadora de la *Enterprise*. No hemos conseguido establecer contacto a través de nuestros comunicadores.

—Eso probablemente se deba a que la computadora está desactivada. Al menos, supongo que en este momento lo está. —De la voz de Sulu había desaparecido toda suspicacia, reemplazada ahora por una mezcla de alivio y ansiedad—. El capitán sospecha que la totalidad del sistema ha sido sabotado.

—El capitán está en lo cierto, señor Sulu —le interrumpió el vulcaniano—, pero ahora tenemos un código que podría permitirnos invertir los efectos de ese sabotaje, si pudiera volver a encenderse la computadora. De todas formas, necesitamos establecer contacto con la *Enterprise* antes de poder transmitirle el código a la computadora.

Se produjo un sorprendido silencio, y luego Sulu dijo:

—Déme ese código, señor Spock, y yo regresaré con él a la *Enterprise* y se lo entregaré al capitán. Hemos establecido una conexión especial para comunicarnos.

—¿No puede realizar la transmisión desde aquí?

—Podría, pero tememos que quienquiera que controle la computadora pueda oírlo, a pesar de todas las precauciones que hemos tomado. Si ellos me oyeran cuando le transmitiera el código al capitán, puede que consiguieran hacer alguna otra cosa para impedirle que lo utilizara.

—Señor Finney, ¿es posible eso? —preguntó el vulcaniano, mientras se volvía a mirar al hombre.

Finney tragó con nerviosismo.

—Es posible, sí. Si el comandante o Kelgar supiesen que la computadora está a punto de ser encendida y que el código de acceso será introducido inmediatamente después, existe una secuencia de aborto que puede entrar en la computadora antes que el código haya sido completamente transmitido. No hay forma de bloquear esa secuencia. Le devolverá al capitán el control de la computadora, pero la transformará en algo esencialmente inservible porque le borrará toda la memoria y los programas contenidos en ella. A menos que —agregó, y apartó los ojos de los de Spock—, Kelgar haya cambiado también eso.

—Gracias, señor Finney. Señor Sulu, ¿está preparado para recibir el código de acceso?

—Preparado, señor Spock —replicó Sulu con una risa nerviosa—. Tal vez, entre usted y yo, conseguiremos derribar los tres bolos restantes con la segunda bola.

21

El comandante Montgomery Scott, que había estado inclinado sobre un enredo de cables en la parte trasera de la terminal de comunicaciones, se enderezó y se secó el sudor de la frente con el reverso de una mano mientras con la palma de la otra le daba unos golpecitos a la estructura de la terminal. Cuando los sistemas de soporte vital funcionaban sin apoyo computerizado, la temperatura de toda la nave aumentaba tres o cuatro grados, mientras que el lugar en el que él se encontraba, el corredor de servicio que circunvalaba el puente por detrás de las terminales, estaba por lo menos a quince grados más.

—Con eso debería bastarte, muchacha —le dijo a la máquina—. Al menos tendrás alimentación, aunque no dispongas de la computadora para que te sintonice esos pocos miles de frecuencias.

—Gracias, señor Scott —le respondió la voz de Uhura, amortiguada por la masa de la terminal que los separaba.

—Buen trabajo, Scotty —le dijo Kirk, que se asomó por la abertura improvisada junto al turboascensor, de donde habían quitado una de las placas inferiores de la pared—. Sanderson acaba de informar sobre su trabajo por el intercomunicador, hace progresos con las conexiones de los motores de impulso.

—Sí, capitán, pero en el caso de los motores hiperespaciales vamos a tardar bastante tiempo. —Sacudía la cabeza mientras avanzaba por el corredor de acceso y entraba en el extrañamente silencioso puente de mando. Todos los sonidos normalmente asociados con el interminable control que ejercía la computadora sobre virtualmente todos los sistemas de la nave no se oían desde que Scott y una docena de sus hombres habían arrancado simultáneamente todos los cables de alimentación primaria y retroalimentación—. Sin la computadora para que equilibre la antimateria...

De pronto, un centenar de luces y pantallas se encendieron. Uhura retiró convulsivamente la mano como si la hubiesen quemado los controles que manipulaba para fijar manualmente las coordenadas correctas que por fin les pondrían en contacto con el cuartel general de la Flota Estelar. Los demás se tensaron y dirigieron sus ojos de una a otra pantalla con la esperanza de descubrir algún indicio que les informara de lo que sucedía.

Scott sacó apresuradamente el comunicador del cinturón mientras volvía a entrar corriendo en el pasillo de acceso.

—¡Todos los puestos, informen!

Para cuando ya había circundado la mitad del puente y comenzaba a bajar por la escalerilla hacia los niveles inferiores, las respuestas ya habían puesto en su conocimiento dónde estaba el problema.

—Teniente Diaz —le dijo a uno de los hombres que él y el capitán tenían apostados en cada nivel—. El señor Claybourne, del nivel diecinueve, no ha acusado recibo.

—Voy hacia allí, comandante —le respondió una voz profunda mientras Scott llegaba al nivel tres y bajaba a toda velocidad.

Lo único que podía hacer Kirk en el puente era observar, impotente, mientras los instrumentos volvían a la vida. Aquel intento serio de desactivar manualmente la computadora no se mostraba más eficaz que el falso intento realizado anteriormente por él y Scotty. La única esperanza que les quedaba era que Scott y sus hombres pudieran encontrar la conexión energética que evidentemente había restablecido Carmody... y anularla por segunda vez.

—¡Capitán! —La voz del alférez Sparer se alzó por encima de todas las demás desde el control del timón—. El sistema de navegación vuelve a operar. Nos quedan tres minutos hasta que haya completado la orientación y la alineación. Las baterías fásicas se cargan al máximo. No obtengo respuesta a ninguno de los controles.

—Vuelva a intentarlo, alférez; inténtenlo todos. ¡Si no conseguimos encontrar algo que funcione, Spock y McCoy estarán realmente muertos!

—Capitán. —La voz de Scott, sin aliento y ahogada a medias por el eco de las botas del hombre sobre la escalerilla, estalló a través del comunicador de Kirk—. Diaz me informa que el área en la que se encuentra Claybourne está sellada. Le están aplicando un rayo fásico a la puerta. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—De dos minutos y medio, Scotty, si tenemos suerte.

Sin acuse de recibo, el comunicador se apagó.

Un instante después volvió a encenderse con un sonido crepitante.

—Aquí Shanti, capitán. Comunicado del teniente Sulu. Voy a pasárselo directamente a usted.

Los sonidos de la electricidad estática lo ahogaron todo durante un momento, y luego volvió a oírse la voz de Shanti.

—Adelante, teniente.

—¡Capitán! —La voz de Sulu, tensa como un alambre de acero, le llegó inmediatamente a Kirk—. No hay tiempo para explicaciones. Haga lo que yo le diga con total precisión y... ¡Maldición! ¡Permanezca a la espera, volveré si puedo!

Y la voz desapareció.

—¡Sulu! ¡Shanti! ¿Qué...?

Del comunicador brotó un sonido de raspar metálico e inmediatamente la *Enterprise* se estremeció cuando algo chocó contra ella; carentes del control de los sensores, nadie a bordo de la gran nave de la Federación podía saber si se trataba de materia o energía.

Finney lo había adivinado correctamente, advirtió Sulu cuando la *Enterprise*

estuvo dentro del radio de alcance de la lanzadera. Una segunda nave, completamente equipada con tecnología klingon, flotaba a menos de un kilómetro por debajo de la nave estelar. Un rayo transportador de alcance limitado descendía en aquel momento con destino a alguna parte en el interior del segundo casco de la *Enterprise*. Alguien, ya fuera Carmody o aquel klingon Kelgar, estaba allí dentro e intentaba restablecer la energía que alimentaba la computadora con el fin de recuperar el control de la nave de la Flota Estelar.

Mientras contemplaba aquella escena, la frustración de Sulu iba en aumento. Nunca tendría tiempo suficiente para entrar en la *Enterprise* y entregarle el código de acceso al capitán. La lanzadera avanzaba ya al límite de sus posibilidades, no le quedaba ni una pizca más de impulso a la que recurrir. No había más elección que correr el riesgo y contactar a través del enlace radial establecido con Shanti.

—Teniente Shanti —llamó tras activar el transmisor de la lanzadera—, póngame en contacto con el capitán. No hay tiempo para explicaciones.

—¿Teniente Sulu?

—¡Sí! ¡Ahora póngame en contacto con el capitán!

—Sí, señor.

Tras desacelerar a máxima propulsión, Sulu contempló la *Enterprise*, que crecía hasta llenar la pantalla de la lanzadera.

De la radio manó un estallido de electricidad estática, y luego...

—Adelante, teniente.

—¡Capitán! No hay tiempo para explicaciones. Haga lo que yo le diga con total precisión y...

Sulu se interrumpió al ver en una de las pantallas de la lanzadera que la nave klingon se reorientaba a toda velocidad. Dentro de pocos segundos sus armas le apuntarían directamente a él.

—¡Maldición! ¡Permanezca a la espera, volveré si puedo!

Era evidente que no dispondría del tiempo necesario para enviar la totalidad del código de acceso, y probablemente tampoco tendría tiempo para llegar hasta la *Enterprise*, definitivamente no, si se acercaba a ella con un mínimo de precauciones. Tras desviarse bruscamente hacia arriba y a la derecha, Sulu aceleró esta vez en lugar de desacelerar. La otra nave estaba por debajo y más adelante que la *Enterprise*. Si conseguía elevarse bastante, tal vez tendría la oportunidad de realizar el acercamiento final en una línea que quedara oculta a la otra nave por el casco secundario, pero incluso eso le concedería tan sólo unos pocos segundos suplementarios. Ahora bien, si los hombres de Scotty habían conseguido abrir las compuertas apenas un poco más...

Pero no lo habían logrado, según pudo ver Sulu en la pantalla. La lanzadera de Shanti aún estaba anclada sobre la cubierta, justo al otro lado de la abertura, que en

aquel momento sólo era unos cuantos centímetros más ancha que la lanzadera misma.

Tras describir otra curva, Sulu quedó orientado directamente hacia la abertura. No había tiempo para advertirle a Shanti que debía salir de allí. Tendría que penetrar por la parte superior, por encima de la lanzadera aparcada.

El destello de un disparo fásico le distrajo por un instante, pero el rayo fue a parar lejos del blanco al que iba dirigido, pues la nave atacante quedó justo en aquel momento eclipsada por el casco secundario de la *Enterprise*; aparentemente no realizaba movimiento alguno para volver a avistar la lanzadera. Aunque, si intentaba mantener el rayo transportador enfocado en lo que hubiese transferido al interior de la *Enterprise*, comprendió Sulu mientras se apoderaba de él una ola de esperanza, no podía moverse por ningún motivo, no sin arriesgarse a perder el enfoque y verse obligada a recuperarlo; y si los klingon se veían tan apremiados por el tiempo como él mismo...

Tras concentrarse enteramente en la abertura hacia la que avanzaba a toda velocidad y que cada vez parecía más estrecha, Sulu volvió a desacelerar el motor de impulso a plena propulsión mientras desviaba ligeramente el morro de la lanzadera hacia la derecha, luego hacia la izquierda y...

Con un horrendo rechinar de metal contra metal, mucho más poderoso que el que había producido al trasponer la compuerta, quince minutos antes, consiguió entrar con los motores de impulso palpitando y se esforzó por hacer todo lo posible para detener lo que en la práctica era un misil del tamaño de una lanzadera. Se produjo un golpe demoledor cuando la navecilla de Sulu golpeó la cubierta y rebotó, otro cuando volvió a caer mientras la lanzadera parecía correr aún más aceleradamente dentro de aquel lugar cerrado que en el espacio abierto.

Hubo un nuevo choque devastador cuando el morro de la nave se estrelló contra la pared del fondo de la cubierta del hangar, lo que arrojó a Sulu contra los controles con una fuerza arrolladora. El oficial pudo oír de inmediato el siseo del aire que escapaba a través de una rotura que había sufrido el casco en alguna parte del fuselaje, pero no se tomó la molestia de buscarla y apenas si tomó nota de su existencia.

Tras inspirar profundamente, activó el dispositivo de campo de emergencia con efecto traje espacial mediante los controles que tenía en el cinturón y, al mismo tiempo, se puso de pie y pulsó el botón de apertura de la lanzadera. El luminoso halo del campo energético arrojaba un fulgor suave sobre todo lo que le rodeaba y le concedería los segundos que le hacían falta.

Pero la puerta...

Volvió a pulsar el botón de apertura, pero la puerta no se movió. ¡Estaba atascada! ¡Toda la estructura de la lanzadera debía haber quedado dañada a causa del impacto!

Tras pulsar el botón por tercera vez, descargó simultáneamente un golpe con el

hombro sobre la puerta, un golpe en el que puso toda su fuerza de persona delgada pero poderosa.

Y otra vez.

Por último, la puerta cedió con un sonido rechinante, un instante más tarde la presión de la atmósfera del interior de la lanzadera completó el trabajo: la puerta salió literalmente disparada y la ráfaga de aire que escapó al exterior estuvo a punto de derribar al propio Sulu.

Tras recobrar el equilibrio, se deslizó apresuradamente por la estrecha abertura y corrió hacia la puerta más cercana, en la pared posterior del hangar. Si Scotty había conseguido sellar manualmente la puerta en lugar de permitir que lo hiciese la computadora, él podría anular ese cierre desde aquel compartimento carente de aire. Si no...

Tras pulsar el interruptor de anulación para casos de emergencia, aferró la palanca que salió de la pared, a la altura de la puerta. Accionó la palanca de arriba abajo hasta que apareció apenas una estrecha abertura, luego soltó la palanca y metió los dedos en aquella grieta que ahora estaba inundada por el aire que escapaba del interior.

¡Pero no podía moverla! ¡Ni siquiera con toda su fuerza, aumentada por la adrenalina que le inundaba, conseguía moverla! Iba a tener que...

De pronto, otro par de manos, también envueltas en un campo energético de efecto traje espacial, se unieron a las de él...

¡La teniente Shanti! Sulu no la había oído cuando atravesaba corriendo la cubierta del hangar, pero allí estaba, con los tendones de las manos a la vista por la tensión que le producía al unir sus fuerzas con las de él y...

Con un raspar metálico, la puerta se abrió trabajosamente otros preciosos centímetros.

Mientras Shanti aún forcejaba con la puerta, Sulu, cuyo uniforme se raspó hasta casi desgarrarse, pasó apretadamente a través del estrecho espacio que dejaba libre.

Ya en el interior, sin preocuparse por el aire que escapaba al vacío, corrió hacia el intercomunicador más próximo.

—Falta un minuto para que el alineamiento esté completado, capitán —informó Sparer desde los controles del timón—. Continúa sin producirse respuesta alguna a los controles.

Kirk asintió con la cabeza para indicar que lo había oído. Su mente corría a toda velocidad. Debían haberle pasado por la cabeza un millar de soluciones durante los últimos dos minutos, pero todas y cada una de ellas requerían que al menos una parte de la computadora estuviese bajo su control. La única posibilidad remotamente realista que les quedaba era que Scotty o el teniente Diaz consiguieran entrar en aquella zona sellada y arrancar la conexión que evidentemente había restablecido alguien. ¿Sería alguien que había permanecido en la nave durante todo el tiempo? ¿Alguien que había subido a bordo con Carmody y había permanecido en la nave, a la espera que llegara el momento crítico para actuar?

—Acabo de atravesar la primera puerta —tronó la voz de Diaz filtrada a través de los comunicadores—, pero hay al menos una más antes que...

—¡Capitán! —La voz de Sulu irrumpió en el puente, no desde el comunicador de Kirk sino a través del sistema de intercomunicación de la nave, uno de los pocos sistemas que funcionaba casi tan bien sin la computadora como con ella.

—¿Sulu? —exclamó Kirk—. ¿Qué...?

—¡No hay tiempo, capitán —le interrumpió Sulu con un tono tan cortante como una navaja—, no hay tiempo! Entre la siguiente secuencia directamente en la computadora, sin errores, sin interrupciones. ¿Está preparado?

Tras vacilar sólo una fracción de segundo, Kirk corrió hacia la terminal científica.

—Hágalo, señor Pritchard. Adelante, señor Sulu.

Acto seguido, Sulu comenzó, sólo hizo una pausa cuando Pritchard se retrasó momentáneamente respecto al dictado regular pero veloz del oficial de rasgos orientales. En la pantalla frontal, la nave que se aproximaba adquiría un aspecto cada vez más indefenso a cada segundo que pasaba. Sparer observaba el realineamiento del sistema de navegación y realizaba una silenciosa cuenta atrás, pronunciando sin voz los números para que Kirk, que le miraba, recibiera el mensaje. Otras lecturas informaron que las baterías físicas estaban plenamente cargadas y dirigidas hacia la nave que se aproximaba, sólo faltaba que fijasen el blanco y recibiesen la orden de disparar, cosas que llegarían cuando el realineamiento estuviese completado.

El comunicador de Kirk volvió a activarse con un chasquido; otro mensaje de Diaz o Scott, pero el capitán se apresuró a bajar el volumen y se alejó de la terminal científica. Estaba a punto de susurrar una orden de espera en el comunicador, cuando Sulu acabó de dictar la secuencia.

—Eso es todo —comentó, y la tensión que se manifestaba en su voz aumentó aún

más—. ¿Se produce algún cambio?

Sin aguardar la respuesta, Sulu continuó.

—¡Levanten los escudos, a mínimo de dispersión! Hay una nave klingon unos pocos centenares de metros por debajo de nosotros, al menos lo estaba cuando yo entré. En este momento podría estar más cerca. Acaban de transferir a alguien al interior de la cubierta secundaria de la *Enterprise* y...

—¡Capitán! —interrumpió bruscamente la voz de Sparer mientras sus dedos corrían por los controles—. ¡Hemos recobrado el control de la nave! ¡Órdenes de disparar canceladas, escudos... subiendo, a mínima dispersión!

—¡Scotty! ¡Señor Diaz! —gritó Kirk por el intercomunicador—. ¡No procedan a la desconexión! ¡Volvemos a estar en perfecto funcionamiento!

Un suspiro de alivio fue la respuesta que le llegó a través del diminuto altavoz.

—Sí, capitán, las puertas acaban de abrirse.

—Permanezcan en el exterior, los dos. Quienquiera que haya vuelto a conectar la computadora podría estar todavía dentro de la sala, y probablemente es peligroso.

—No, capitán —le interrumpió Pritchard—. Los sensores muestran una forma de vida, una forma de vida klingon, que en este momento es transportada a la nave de la que nos ha hablado el señor Sulu.

—De acuerdo, Scotty, eche un vistazo, pero tenga cuidado de todas formas.

—Sí, capitán.

—La nave klingon se aleja, capitán —informó Sparer—. Plena potencia de impulso.

—¡No la pierda, alférez! Carmody debe responder a muchísimas preguntas.

—Sí, capitán. Preparado rayo tractor.

—¿Dispone esa nave de motores hiperespaciales, señor Pritchard?

—No lo sé, capitán, pero... —Pritchard se interrumpió al aparecer unas lecturas nuevas—. Hay una nave con motores hiperespaciales que sale en este momento del radio de alcance de los sensores, más allá de Vancadia, a factor hiperespacial ocho, por lo menos.

—¿Dirección?

—Hacia la frontera más cercana del imperio klingon.

—Comuníquese con todas las naves que pueda, teniente Uhura —ordenó Kirk—. Si pudiéramos interceptarla dentro del territorio de la Federación...

—Transmiten una señal subespacial desde las proximidades de la nave klingon —comenzó a decir Pritchard, pero se interrumpió bruscamente mientras sus dedos corrían por los controles con una destreza casi igual a la de Spock—. Los generadores de antimateria de la nave de Carmody se sobrecargan intencionadamente, capitán. Entrarán en su punto crítico en cualquier momento.

Pritchard apenas había acabado de pronunciar aquella advertencia cuando la nave

que huía desapareció en una brillante llamarada que dejó la pantalla frontal de la *Enterprise* completamente en blanco.

En el puente reinó un silencio absoluto mientras la pantalla volvía a la normalidad y, finalmente, aparecía en ella la nube de partículas que se disipaba, lo que quedaba de Carmody y su nave de manufactura klingon.

—No es más que una conjetura —comentó Kirk con expresión ceñuda—, pero yo diría que no querían que le pusiéramos la mano encima al señor Carmody.

Al oír el siseo de las puertas del turboascensor, Kirk se volvió de espaldas a la pantalla y al curtido rostro del almirante Brady. No pudo evitar que le asomara a los labios una sonrisa al ver a Spock entrar elegantemente en el puente, seguido por un ceñudo doctor McCoy.

—Ha tardado usted bastante en decidirse a permitir que nos transfirieran a bordo... —McCoy calló en mitad de la frase al ver el rostro del almirante Brady en la pantalla frontal.

—Yo también me alegro de verle a usted, Bones —declaró Kirk tras controlar la sonrisa—. Ya conoce usted al almirante.

—Bienvenidos de vuelta a bordo, doctor McCoy, comandante Spock —y luego volvió a hablar apresuradamente, con un deje de disculpa en la voz—. Espero que comprenderá que esa demora era necesaria. El capitán Kirk quería estar totalmente seguro de la limpieza de la computadora y descartar cualquier sorpresa en los circuitos que controlan las operaciones del transportador.

—Es una precaución lógica, capitán —reconoció Spock cuando McCoy pareció no hallar palabras para responder a aquello—. Pero no interrumpa los procedimientos formales porque nosotros hayamos vuelto a la vida.

—Por supuesto —repuso Brady, que pareció momentáneamente descontento por aquel intercambio de palabras—. Como iba diciendo, no hemos encontrado ni rastro de la nave klingon. Suponemos que cambió de rumbo en cuanto estuvo fuera del radio de alcance de los sensores de la *Enterprise* y consiguió zafarse de la búsqueda de que era objeto. —Sacudió la cabeza—. Dado que sólo había dos naves en el área, no debe haberles resultado difícil conseguirlo.

—Es indudable que habían planeado muy bien la huida —comentó Kirk, que, tras echarles una mirada a Spock y McCoy, prosiguió—. Todo indica que retrasaron la partida hasta que estuvieron seguros del fracaso de Carmody. Delkondros y al menos una docena de otros, que podrían o no haber sido klingons y que se hacían pasar por seres humanos, desaparecieron poco después que fuesen destruidas las naves de vigilancia. Suponemos que se trató de una evacuación. En cualquier caso, es evidente que los klingon no tenían planeado darle a Carmody una segunda oportunidad, al igual que él no iba a hacerlo con Finney.

Brady asintió con la cabeza.

—Incluso aunque hubiera tenido éxito, apostaría a que habrían hallado la manera de librarse de él. Puesto que se mostró tan dispuesto a traicionar a la Federación, ¿cómo podían confiar en que no lo haría con el imperio?

—Eso puede decirlo con toda seguridad —intervino McCoy—. Según Finney, Carmody trabajaba para sí mismo y absolutamente para nadie más. —El médico profirió un bufido—. Encajaba perfectamente con la forma de hacer las cosas de los klingon. Opinaba que el sistema que tienen de «ascenso mediante el asesinato» era sencillamente excelente, y no habría vacilado ni un segundo en utilizarlo él mismo.

—¿Llegaremos alguna vez a comprender a los klingon? —preguntó retóricamente el almirante Brady mientras meneaba la cabeza—. ¿O a los humanos como Carmody, ya que estamos en ello? Pero, Jim, ¿considera probable que los klingon se hayan llevado una copia del programa de Finney?

—Yo diría que eso es virtualmente una certidumbre, almirante, pero dudo que intenten utilizarlo. Para empezar, escucharon absolutamente todo lo que sucedía hasta el segundo en que partieron, razón por la cual ya sabrán que instalaremos protecciones contra ese programa o cualquier otro de características similares. Aunque intentaran utilizarlo, ahora nosotros estaremos a la espera, dado que, Finney ha visto por fin el error de su forma de actuar y prestará a la Flota Estelar toda la ayuda que pueda para proporcionarle esas protecciones, incluso durante el período en que reciba la terapia que le hace falta.

Brady asintió enfáticamente con la cabeza.

—Esta vez, la seguridad de nuestras instalaciones psiquiátricas será un poco más severa. Ah, una cosa, Jim, antes de abandonar el sistema chyrellkano... asegúrese bien que la verdad de lo sucedido circule ampliamente en ambos mundos.

—Eso no constituirá ningún problema, almirante —intervino Spock—. Mientras nos encontrábamos en la nave vancadiana, a la espera de ser transferidos a bordo de la *Enterprise*, el profesor Rohgan y el consejero Tylmaurek se ofrecieron para trabajar en colaboración con nosotros. Los dos dan por seguro que los pueblos de ambos planetas se mostrarán más propensos a razonar, ahora que la intervención de los klingon ha cesado.

—Creo que así será —agregó McCoy—. En cuanto se enteraron de lo que sucedía, todos los tripulantes de la lanzadera se mostraron dispuestos a olvidar y perdonar. La impresión que me dio el profesor Rohgan es que estaba preparado para comenzar a impulsar a estas gentes a ingresar en la Federación en cuanto regresara a la superficie de Vancadia.

—Excelente, doctor McCoy. Todos han realizado un trabajo excelente, capitán, comandante Spock. Manténgannos informados.

Al desvanecerse de la pantalla la imagen del almirante Brady, Kirk volvió a encararse con Spock y McCoy.

—Ustedes dos me han dado un susto de muerte —declaró mientras a sus labios asomaba una débil aproximación de la sonrisa que les había recibido cuando entraron en el puente—. Realmente les agradecería que no volvieran a hacerlo.

—Nos esforzaremos por evitar una repetición de este incidente —replicó solemnemente Spock.

—Tampoco yo puedo decir que me gustaría repetirlo —dijo McCoy, y luego agregó con una sacudida de la cabeza—. ¿Pero sabe qué es lo que resulta verdaderamente aterrador, Jim? Esa gente estuvo a punto de conseguir que su treta funcionase. Probablemente lo habrían conseguido si se hubieran limitado a confiar los unos en los otros, en lugar de apuñalarse por la espalda a la primera oportunidad que se les presentaba.

—Eso es muy improbable, doctor —comentó Spock sin levantarlos ojos de las lecturas de la terminal científica hacia la que se había vuelto en cuanto el almirante había cerrado la comunicación.

—Ah, ¿y mediante qué bola de cristal lo sabe usted, Spock?

—No es necesario disponer de una bola de cristal, doctor, ni de ninguno de los otros artilugios que emplean los charlatanes. Se trata de simple lógica. Me sorprende que usted tampoco sea capaz de verlo.

—Para usted, resolver mentalmente una ecuación de seis dimensiones constituye un simple ejercicio de lógica, Spock. ¿Qué le parece si nos lo explica a nosotros, meros humanos, que tenemos problemas para mantener tres dimensiones en su sitio?

—Como usted quiera, doctor —respondió Spock, y se volvió para mirarle—. Es simplemente que, si las personas son propensas a confiar las unas en las otras, no sienten, en principio, ni el deseo ni las razones que las impulsen a trazar un plan semejante.

McCoy profirió un resoplido.

—Y si los cerdos tuvieran alas, volarían.

Spock arqueó una ceja casi imperceptiblemente.

—¿Debo suponer que ese es uno de sus aforismos humanos, doctor, que implica que los seres humanos, como especie, no son dignos de confianza?

McCoy se encogió de hombros y sus ojos recorrieron rápidamente el puente, de Kirk a Spock y el resto de los tripulantes.

—Creo que mejoramos, señor Spock... al menos un poco aquí y otro poco allá. —Su expresión se volvió más animada—. Bajo su experta guía, por supuesto.

—Es gratificante comprobar que finalmente reconoce usted mis contribuciones, doctor —le contestó Spock mientras volvía su atención hacia los instrumentos de la terminal científica.

Kirk se echó a reír en tanto contemplaba momentáneamente el rostro del vulcaniano en busca de un atisbo de sonrisa que no consiguió descubrir.

—Adelante a factor hiperespacial tres, señor Sulu —dijo—. Sáquenlos de aquí.

FIN

Notas

[1] Parsec: Unidad de medida del espacio interestelar, equivalente a 206.265 el radio de la órbita terrestre, o 3,26 años luz. (N. de la T)